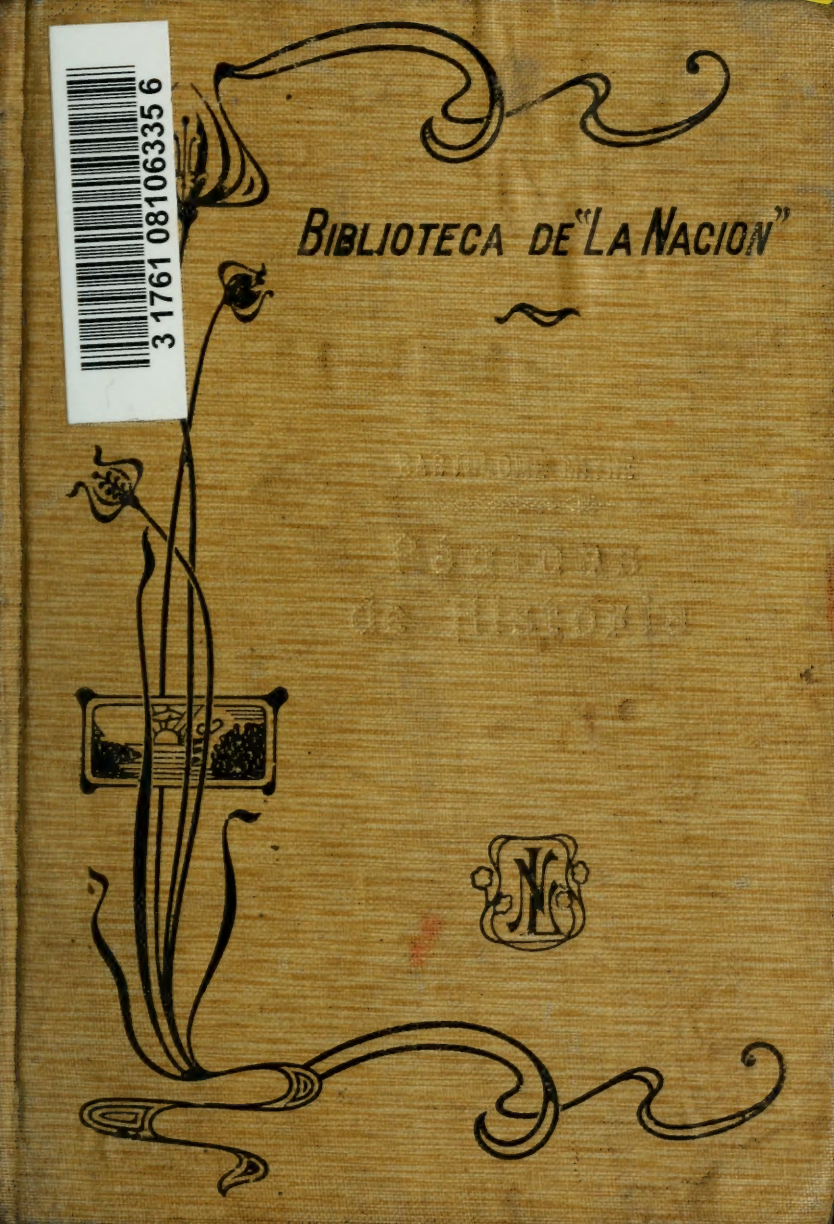
BIBLIOTECA DE "LA NACION"
3 1761 08106335 6

BIBLIOTECA DE LA NACION

BIBLIOTECA DE LA NACION

PÁGINAS DE HISTORIA

BIBLIOTECA DE «LA NACION»

BARTOLOMÉ MITRE

PÁGINAS DE HISTORIA

BUENOS AIRES
1909

F
2843
M57
1904

Imp. y estereotipia de LA NACIÓN.—Buenos Aires

INDICE

PÁGS.

Prólogo..... 9
Falucho y el sorteo de Matucana..... 25
El crucero de La Argentina. (1817-1819)..... 57
El general Las Heras..... 108
Los Sargentos de Tambo Nuevo..... 124
Las cuentas del Gran Capitán..... 136
El Pino de San Lorenzo..... 162
Un episodio troyano. (Recuerdos del sitio grande de Montevideo)..... 183
Pio IX en el Río de la Plata..... 198
Una carta..... 214
Ollantay (Estudio sobre el drama quechua)..... 259
Carta-prefacio de la primera edición..... 298
Teoría del traductor..... 343

LIBRARY
SEP 18 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

DOS PALABRAS

Conocidas son las circunstancias en que la *Biblioteca de* La Nación publicó las «Páginas históricas» del general Mitre, y de ellas, por otra parte, da cuenta el prólogo que se leerá en seguida.

Aunque la primera edición fuera copiosísima, y el valor intrínseco del libro, su interés literario é histórico y la oportunidad del homenaje que á la memoria del ilustre ciudadano representaba, hicieron agotarse bien pronto hasta el último ejemplar.

La solicitud insistente de los muchos que anhelaban poseer y conservar este inestimable recuerdo, y que no podían conseguirlo por la causa apuntada, ha motivado, pues, la nueva edición, que la *Biblioteca* les ofrece hoy para satisfacer sus pedidos.

pues, á nuestra pluma, y no se tilde como presuntuoso el acto humilde y admirativo de detener al lector á las puertas de la obra, para hablarle de lo que va á ver en ella, y alcanzar la satisfacción de coincidir en las opiniones...

La mayor parte de los trabajos que componen el volumen, y que se ven reunidos por primera vez, son de carácter histórico, y en ellos, como en otras obras análogas del general Mitre, se ponen de relieve con extraordinario vigor el claro espíritu de examen, la prolija y copiosa documentación, la clarividencia crítica, la honradez histórica y literaria llevada hasta la minuciosidad, y el patriotismo ilustrado y progresista de quien, mientras levantaba tan grandes monumentos al pasado de su país, tenía los ojos fijos en su futuro y las manos en la plena acción de su presente.

Escritos en diversas épocas y con diversos motivos, todos tienen, sin embargo, el mismo espíritu, el mismo sello, como si se hubieran acuñado en un mismo troquel, y en todos y en cada uno palpita igual aspiración, igual sentimiento, haciendo surgir—aunque no se lo hubiese propuesto el autor,—clara y brillante la personalidad de quien con amor los compuso y redactó, para dar alto ejemplo á su pueblo y trabajar con eficacia en su cultura.

El mismo, refiriéndose á estos escritos que aun estaban en gestación, exteriorizaba su objeto con la siguiente frase: «Siendo todos ellos rigurosamente his»tóricos y fundados en documentos, tendrá, sin em»bargo, cada uno la unidad de un drama, y se leerá »como una novela, popularizando así la historia pa»tria, á la vez que adelantándola.»

Aprovechaba y hacía aprovechar á todo el mundo, de esa manera—adelantando trabajo para los que vinieran después,—el riquísimo é incalculable caudal de datos que iba acumulando con el estudio de los archivos, el examen crítico é imparcial de memorias y correspondencias, los testimonios orales, las publicaciones periodísticas y de librería, las mismas tradicio-

nes que era posible recoger y comprobar ó desautorizar—toda la ingente labor, en fin, que realizaba sin tregua en el acopio de materiales para sus dos grandes libros históricoliterarios.

No se estudia, en efecto—en torno de varones como San Martín y Belgrano, tan ligados á la tierra y á la sociedad, que son la tierra y la sociedad mismas, — el ambiente, las costumbres, los episodios y aventuras, los personajes de una época, sin que ese estudio, por su propia impulsión, llegue á desviarse y como á extraviarse muchas veces, á seguir por rumbos y derroteros inopinados, explorando terrenos y hombres y cosas que no tienen aparentemente sino una atinencia muy relativa con el asunto principal, pero que acaban por dar á éste un fondo admirable de verdad y exactitud, y al estudioso un capital suplementario y magnífico de conocimientos, de temas, de detalles, que llegarán á servir ostensiblemente, á su hora, ó que servirán de base invisible pero poderosa y segura á cuanto se edifique sobre ella.

Esto se evidencia en el libro. Cada una de sus páginas proclama, no sólo su sabiduría histórica, la convicción absoluta con que avanza cada afirmación de un hecho, sino también la unidad de su criterio á través de los largos años que suelen mediar entre un trabajo y otro, y que no resaltaría de manera tan indiscutible si, al emprender el primero de ellos, no se hubiese hallado en pleno dominio de la época á que casi todos se refieren, abarcándola hasta en sus mínimos detalles, y haciendo concordar éstos con la lógica férrea de la verdad reconstruida, del pasado que surge entero ante una irresistible evocación.

Con esto creemos haber sugerido al lector cuánta es la belleza severa de la obra. Los desarrollos estarían demás...

El general Mitre deseaba que á través de estos escritos se leyese la historia patria «como una novela», es decir, con el interés que suelen despertar las obras de la imaginación. Y ha conseguido inspirar con creces ese interés, pero no en el orden mismo en que él se lo

propusiera en un principio, según puede verse en la *Carta* á don Diego Barros Arana. Su idiosincrasia y su misma educación, en efecto, no le permitían abandonar sino muy rara vez—y eso más en la apariencia superficial que en el fondo real de sus trabajos literarios—la grave serenidad del pensador y el historiador, su espíritu enamorado de la síntesis, la tendencia indomable á examinar con prolijidad analítica los elementos de positiva importancia, y á desdeñar los detalles y particularidades poco concurrentes á la reconstrucción histórica de los grandes hechos.

Ahora bien, el novelista procede generalmente á la inversa, y el autor, examinando su plan con más calma, ha debido variarlo luego para no amalgamar con metal precioso de su información y su crítica, otros metales de título más bajo, que necesariamente le harían desmerecer.

Pues, para que estos trabajos resultaran realmente novelescos, hubiera sido necesario que su autor dejase la historia algo á un lado y diese rienda suelta á la fantasía, envolviendo la verdad desnuda con las galas, ya de encaje, ya de brocado, de la imaginación, que la velaran simplemente ó la vistieran del todo. Hubiera tenido que presentar á sus personajes dotados de una vida más ó menos artificial, deducida y reproducida del conocimiento de su carácter, y armonizando el cuerpo con el alma,—entre la objetividad de un escenario reconstruido ó caprichoso y pintoresco, y usando de la palabra cálida y apasionada del momento que, si puede suponerse, no es posible hacer renacer con fidelidad y exactitud.

El general Mitre no admitía semejantes amasijos de verdad y de ficción, de hechos comprobados y de simples conjeturas bien ó mal inspiradas. La inflexibilidad de su espíritu de historiador se ve hasta en los mínimos detalles de los trabajos que forman este libro. Aunque poeta, aunque artista, cuando se halla ante los hechos no concede nada al arte; el arte, para él, debe servir, no ser servido. Así, por ejemplo, si en las hermosas y conmovedoras páginas del épico *Sor-*

teo de Matucana anima su narración con la palabra de los heroicos actores, no es porque de su situación determinada deduzca que aquello debieron decir, sino pura y simplemente « porque aquello dijeron, » porque uno de esos mismos actores, dotado de felicísima memoria, le ha repetido largos años después, bajo su fe de hombre veraz, cada una de las frases de ese coloquio que se diría arrancado de un drama caballeresco ó de una gesta medioeval. (Véanse las notas del capítulo aludido).

Lo mismo ocurre con los paisajes, elemento novelesco de capital importancia para los actuales gustos. Lejos de detenerse á pintarlos, de complacerse en crearlos ó reproducirlos según que los conozca ó no, apenas si los describe geográfica, secamente, con cuatro rasgos—que á veces son, sin embargo, de rara eficacia,—como detalle hasta secundario que más bien embarazara que aligerase su narración. Pero, en cambio, lo que consigue con fuerza y brillo singulares es poner de relieve, en plena luz de mediodía, la acción de sus héroes, y por lo tanto su espíritu, su influencia, sus aspiraciones, su nobleza, sus sacrificios.

No son novelas, no, ni tienen la apariencia de tales, aunque su lectura absorba y apasione. No son, pero serán; pues para ello bastará « diluirlos ». De cada uno de esos trabajos saldrá más tarde, á no dudarlo, una novela, pues los que escriben hallarán en ellos la armazón admirablemente construida de otros tantos romances históricos que invitan á ser desarrollados con amplitud. Por otra parte, es lo que ya se ha ensayado públicamente.

Pero dejemos este orden de consideraciones que podría llevarnos demasiado lejos, y permítasenos agregar tan sólo algunas palabras respecto de las diversas monografías que vienen á reunirse y á mostrar por primera vez su conjunto armónico en este pequeño libro.

Comenzaremos por el caluroso é interesantísimo trabajo titulado *Las cuentas del Gran Capitán*, escrito con motivo del centenario del general San Martín, y

que no habrán podido olvidar quienes antes de ahora lo leyeron.

Es una admirable demostración, el alegato más elocuente y persuasivo de la ejemplar honradez que caracterizaba al gran capitán argentino, y en sus páginas vibra algo más que una convicción, vibra un entusiasmo ardiente y santo, contagioso como el de una diana triunfal. De entre esas frases cálidas y varoniles surge resplandeciente la figura del Libertador, envuelta en una nueva apoteosis de gloria, de gloria pura y sin celajes. La modestísima vida de quien á su albedrío podía manejar como propio patrimonio la fortuna pública de países ricos y desorganizados por la guerra, la sencillez espartana del «hijo barato, del héroe barato,» elevan aún su acción, pues se ve hasta la evidencia que aquel que fuera en muy tristes é ingratos días « el gran proscripto de ultratumba,» desdeñaba la grandeza que no fuese imperecedera é impersonal, tenía en menos la aparente y momentánea grandeza propia, sacrificándola gustoso en aras de la de América toda, de la del continente á que dió libertad, sin tomar siquiera en cuenta que luego tendría que reflejarse también en su memoria veneranda... Se lee con profunda emoción esa página al propio tiempo épica y dolorosa, y cuando se ve á San Martín recibiendo «la limosna de un amigo,» se comprende todo el valor de esa alma inmensa como su desencanto ante la ingratitud de los que todo le debían ; y no sabemos si habrá alguien que no se sienta sacudido por sentimientos penosos y amargos al leer que «inválido de la »gloria, divorciado de la Patria, viudo del hogar, re»negado por los pueblos por él redimidos, pisando, »enfermo y triste, los umbrales de la vejez, el liberta»dor de medio mundo, tomó á su hija en brazos y se »condenó silenciosamente al ostracismo. ¡ Su patria »le miró alejarse con indiferencia, y casi con despre»cio !»

Este admirable retrato moral de don José de San Martín está complementado con nuevas fases en otras de las monografías del volumen, titulada *El pi-*

no de San Lorenzo, en el que el general Mitre traza la fisonomía del héroe y relata la batalla de San Lorenzo, describiéndola con gran copia de datos é informaciones, y que el lector cotejará útilmente con la narración que del mismo hecho de armas figura en la *Historia de San Martín y de la Emancipación Americana.*

Dicho trabajo se escribió con motivo de la repatriación de los restos del gran capitán, á cuya gloria había llegado el momento de la justicia—póstuma, es decir, tardía,—como se ve por las siguientes palabras del autor:

«El pueblo de San Lorenzo, en conmemoración de »este hecho, depositará sobre los restos expatriados »del coronel don José de San Martín, una corona de »oro y plata, entrelazada con gajos del histórico ár»bol, último testigo vivo que queda de tan memorable »combate. A la corona, acompañará una plancha de »oro, en cuyo centro se ve grabada la imagen del pino, »y á su pie, San Martín, solo y sentado en actitud me»ditabunda, cual si en aquel momento hubiese tenido »la visión de sus futuros destinos.»

Otros trabajos tienen interés análogo, porque destacan de la penumbra á héroes grandes y modestos de aquellos tiempos que hoy nos parecen legendarios, aunque de ellos no nos separe un siglo todavía. A esa categoría pertenece la silueta del general Las Heras, ó mejor dicho, la sintética biografía que del prócer escribió el autor con motivo de haberlo visitado en Chile, en su pobre casa, donde, no sin sorpresa, lo encontró departiendo íntimamente con su exenemigo (porque lo era de la Patria) el coronel realista don Manuel Barañao, convertido ya á la causa de la Independencia de la tierra en que había nacido.

Poniendo frente á la vida de sencillez y de retiro del general Las Heras, del libertador de tres Repúblicas, á quien el general Mitre encontrara «sin espada, sin poder y sin fortuna;» poniendo frente á la humilde casa colonial del «Bayardo de la República Argentina»—la vida indigente y el pobre rancho

del Libertador allá en su destierro del viejo continente, el alma experimenta una sacudida, y se siente elevar á regiones más puras. Tanto desinterés, tanta grandeza en la miseria, significan que los espíritus verdaderamente nobles buscan premio más dulce que el oropel, el ruido y la riqueza. Viendo esto se comprende la vida de infatigable obrero del general Mitre. Su alma, conformada ya para tales triunfos sobre la materialidad de las cosas, tenía que retemplarse aún más con estos ejemplos.

Y como se retempló efectivamente, quiso ponerlos vivos y palpitantes ante los ojos de sus conciudadanos, para que la imitaran. Pero... como para toda peculiaridad de la existencia de los hombres, también para esto hay que tener el punto de partida del carácter y la tendencia... Y, hoy por hoy, esos ejemplos, á los que se agrega el que hasta ayer mismo nos ofrecía el general Mitre, quedan sin imitadores. Al menos, los contemporáneos no los descubren, y será menester el crisol de las nuevas generaciones para que se destaquen é irradien luz.

Al lado de estos héroes simples en su grandeza, el general Mitre quiso enaltecer, haciéndoles justicia, á otros héroes que la historia suele desdeñar, y cuyo nombre escapa fácilmente de la memoria de los pueblos, cuando éstos los han aprendido por casualidad alguna vez.

Así, como ante un toque de reunión ordenado por la gloria, en este volumen aparecen junto á los generales sus soldados, junto á San Martín y Las Heras *Los sargentos de Tambo Nuevo* y el negro *Falucho*, fuera de otros humildes hombres de las filas que, como el sargento Cabral, hicieron á la Patria el voluntario y consciente sacrificio de su sangre.

No es sólo un espíritu de justicia lo que guía la pluma del general Mitre al rendir homenaje á estos obscuros colaboradores de la obra de la Independencia. Quiere devolverles, sí, lo que les es debido, en la medida que se les debe, como un padre previsor y filósofo que no exagera ni los defectos ni las virtudes de

sus hijos y no se excede ni en el castigo ni en la recompensa. Pero quiere, también, ejemplarizar, y esos relatos legendarios tienden á un fin moral y grande, no son el feliz desarrollo literario de un asunto interesante. Y así, en la introducción de *Falucho*, le oímos decir:

«¡ Cuántos sacrificios obscuros, cuántos mártires mo»destos, cuántos héroes anónimos y cuántos hechos ig»norados dignos de eterna memoria, de esos que hacen »honor á la humanidad y constituyen la gloria más »excelsa de un pueblo, cuenta nuestra historia mi»litar!»

Conceptos cuyo verdadero alcance establece en *El sorteo de Matucana*, diciendo:

«No se puede concebir un ejército sin temple moral, »sosteniendo una grande y noble causa confiada á »sus esfuerzos. Cada cabeza, cada corazón, debe abri»gar una idea, un sentimiento, una creencia ó una »aspiración superior que lo eleve sobre el nivel co»mún, y alcance, por la combinación de las fuerzas »morales y materiales, el triunfo del ideal político y »social que está en todos y cada uno de los que comba»ten. Por eso los ejércitos de la Independencia argen»tina hicieron triunfar su causa en los campos de ba»talla, queriéndola, amando la libertad y aspirando á »legar á los venideros una patria independiente, li»bre y feliz.»

Vale la pena detenerse á desentrañar la enseñanza de la alta política, presente y futura, que encierran estos pensamientos en apariencia puramente militares.

De esos dos relatos rápidos y vibrantes, el segundo se lee con el palpitante interés que despiertan algunas novelas; pero—ya lo hicimos notar—la fidelidad histórica del general Mitre llega al extremo de que los mismos diálogos que dan nueva y mayor vida á su narración, están perfecta y absolutamente ajustados á la verdad, y el todo fundado en datos y documentos á que se refieren las notas y que no dejan lugar á duda.

Su grande amigo, Giuseppe Garibaldi, aparece

también en el volumen, como uno de los primeros actores de aquel *Episodio troyano* en que nos hace asistir á la heroica resistencia de Montevideo durante diez años de encarnizado sitio de este sitio en que el mismo, Mitre, empuñaba las armas destacándose, casi un niño todavía, entre los más valerosos defensores, y tanto que, á despecho de su edad temprana, fué llamado á una reunión de notables, á un senado compuesto de los hombres de mayor madurez y consejo de la cercada plaza, para tomar graves determinaciones...

La figura del guerrero italiano está trazada vigorosamente y con amor. La admiración del joven Mitre, sin cesar de existir, y siendo retribuida por el «héroe de ambos mundos,» trocóse más tarde en sincera amistad, nunca empañada hasta el último día de la vida; y admiración y amistad respiran esas páginas...

En cuanto al episodio homérico en torno del cadáver de Neira, ¡cuánto merece el título que el autor le ha dado, reivindicando con mayor eficacia que Dumas, padre, su inventor, para la indomable Montevideo, el nombre de «La Nueva Troya»!

Asoma luego entre estos episodios nacionales, contados con la gravedad y con el respeto de quien es también capaz de heroicidades y sacrificios, una sonrisa amena y tranquila, que quienes tuvieron el honor de conocer al general Mitre vislumbraron más de una vez en sus labios y en sus ojos, cuando narraba algún hecho que provocase su buen humor. Nos referimos á su artículo *Pío IX en el Río de la Plata*, en cuyo estilo campea un humorismo de buena ley, más de forma que de fondo, pues este último es también rigurosamente exacto. Las aventuras del primer Papa que haya estado en el Nuevo Mundo (antes ó después de subir al trono pontificio), son curiosas, y más curioso aún el incidente del prelado que traía consigo al padre Mastai Ferreti, desconocido en su calidad de delegado de la Santa Sede por el Gobierno de Buenos Aires, mientras el pueblo le aclamaba pidiéndole de rodillas su bendición. El narrador sigue al que años más tarde ocuparía con tanta resonancia la cátedra de San Pe-

dro, primero hasta Luján, donde va, junto á la imagen milagrosa, á reponerse de las fatigas de la navegación, y luego, á través del país, dominado aún por los indios, hasta Mendoza, donde la delegación pontificia entra en triunfo; en seguida hasta Chile, donde establece su asiento, y donde Pío IX se vincula por lazos de amistad que no desatarán luego ni el tiempo ni la grandeza del solio. La amenidad de esta pequeña aventura de una vida que llamó la atención universal sólo puede apreciarse leyendo las amables páginas en que tan espiritualmente lo ha relatado el general Mitre.

Luego, la historia patria propiamente dicha, vuelve á absorber al escritor, que nos ofrece una completísima monografía del *Crucero de la Argentina*, el glorioso buque corsario que, mandado por Hipólito Bouchard, paseó la enseña que inventara Belgrano, sobre todos los mares y bajo todos los cielos, haciéndola dar por primera vez la vuelta al mundo, y afirmando su orgullo y su derecho de bandera de un pueblo libre con la voz ardiente de sus cañones.

El Crucero de la Argentina ha servido ya de base para escribir una novela histórica, y servirá para que se escriban otras, más tarde, como *Falucho* sirvió para dramatizarlo y para levantar una estatua en Buenos Aires al negro heroico, como han de servir todas las demás monografías de este volumen para informar á los futuros historiadores en primer término, y en segundo, para que en tan hermosos y nobles temas se ensayen la fantasía y la pluma de los jóvenes escritores anhelosos de reconstruir el pasado.

De índole muy diversa á la de los anteriores trabajos es el que lleva el sencillo y modesto título de *Una carta*, cuya lectura recomendamos altamente á cuantos quieran comprender bien y sin mayor esfuerzo la compleja personalidad del general Mitre. Ya no se trata de historia ó biografía, como en los otros, sino de crítica, en la más amplia acepción del vocablo, pues en ella se tocan puntos variadísimos, con una seguridad de criterio y una abundancia de erudición que sor-

prenderán hoy mismo á los que saben que el autor estaba y estuvo hasta su último día al corriente de cuanto en política, en ciencia y en letras se producía en el mundo. Y entre las lecciones en que este libro abunda, no es esa la menos grande y provechosa, pues enseña cómo se debe leer y profundizar y discutir consigo mismo lo que se lee, para merecer el título de escritor y de pensador...

El capítulo que nos ocupa tiene también gran importancia, porque da á conocer la suma de labor enorme que cada obra histórica ha costado al general Mitre, su método riguroso y su conciencia incoercible, y pone de relieve su titánico amor al trabajo, con sólo enumerar de paso y sencillamente las tereas emprendidas y que se proponía emprender, mayores, á no dudarlo, que la capacidad humana para la producción, pero no mayores que la voluntad de hombres como éste. Muchas de esas obras fueron terminadas y coronadas como el monumento intelectual que él mismo se levantó con sus hercúleas manos y que el tiempo no será parte á destruir. Otras han quedado truncas, pero con su armazón poderosamente construida y sus materiales amontonados junto á ellas, como para que manos sabias y respetuosas, por venir aún, las terminen un día... Allí están, en la vieja biblioteca que el general dominaba con su austera figura, y en que conocía hasta la última línea del último libro, como el genial capitán para quien no era un extraño el más reciente de sus reclutas...

Pertenecen también, como este capítulo, á la parte literaria propiamente dicha otros tres trabajos de mucha importancia por diversos motivos. Nos referimos á *Ollantay*, la *Teoria del traductor* y la *Carta-prefacio*, aparecida en la primera edición de las *Rimas*.

Ollantay es un estudio de lingüística americana precolombina, provocado por la común aserción de que el drama quechua que lleva ese nombre, databa de antes de la conquista por los españoles.

Aquí, con mayores desarrollos y amplitud, vuelven á verse las cualidades críticas que señalabámos en la

Carta, y la abundante erudición con que el general Mitre funda siempre cada una de sus afirmaciones.

Cuando apareció esta notable pieza de polémica histórico-literaria, derribando el antojadizo castillo de naipes alzado por los creyentes en la existencia de toda una literatura sudamericana anterior al descubrimiento—no faltaron réplicas apasionadas y ardientes de los mal feridos; pero la demostración de que la estructura del drama y hasta sus mismos versos eran de origen español, resultaba tan indiscutible, que el campo quedó por el americanista imparcial, y *Ollantay* se tiene hoy simplemente por lo que es en suma, y la discusión ha cesado por completo sobre el punto.

Después, *La teoría del traductor* vuelve á mostrarnos en literatura al Mitre inflexible que hemos visto en historia. Léasela atentamente, para comprender—si antes no se ha comprendido—que también hay una honradez literaria, tan poco valorada cuanto difícil y ardua... en compensación.

La *Carta-prefacio* nos obliga á referirnos de nuevo á la *Carta* á Barros Arana: cotéjese lo que dice á este ilustrado literato con lo que dice á nuestro Sarmiento. Al primero lo invita á la acción política, sin que abandone las letras por ello; con el segundo quiebra una lanza en honor de la poesía. Superficialmente, esto parecería contradictorio. No hay tal: recuérdese, si no, la fabulita en que un torpe jardinero dejaba alternativamente sin agua ó las flores del jardín ó los peces del estanque. ¿Por qué no acordarse de peces y de flores á la vez? El gran ciudadano así lo hacía, y no pueden leerse sin emoción las frases en que lamenta que los acontecimientos lo desviaran de sus más caros estudios, ¡á él, llamado á tan envidiables destinos! ¡Tenemos que copiarlas! Dicen: «Odio á Rosas, no sólo porque »ha sido el verdugo de los argentinos, sino también »porque, á causa de él, he tenido que vestir las armas, »correr los campos, hacerme hombre político y lanzar»me á la carrera tempestuosa de las revoluciones sin »poder seguir mi vocación literaria. Hoy mismo (1857), »en medio de las embriagantes agitaciones de la vida

»pública, no puedo menos de lanzar una mirada re-»trospectiva sobre los días que han pasado, y contem-»plar con envidia la suerte de los que pueden gozar »de horas serenas entregados en brazos de la musa me-»ditabunda...»

Uno no puede menos, tampoco, de sonreir enternecido al leer estas palabras del gran patricio que tanto dió á su generación y á las venideras, el ciudadano que, después del rudo batallar del soldado y el político, entre una guerra y una campaña parlamentaria, entre una reivindicación armada de los derechos del pueblo y una lucha periodística, entre un triunfo y una persecución, entre años de gloria y años de injusto é ingrato olvido, entre las preocupaciones del poder y del mando y las amarguras del pan amasado con el sudor de su noble frente, halló tiempo y fuerza y entusiasmo para cantar como poeta, para erigir monumentos, como sus historias de San Martín y de Belgrano, honrando á nuestros próceres, para fundar y cimentar un diario que es bandera de la intelectualidad argentina, para legarnos como simple moneda menuda, libros del temple de éste, en que cada página es un ejemplo, una paternal admonición, un deseo materializado de vernos crecer en el concepto de las gentes, y sobre todo en el nuestro—porque nada importa la opinión ajena cuando se llega á la conciencia del deber integralmente cumplido...

Y no queremos detener más al lector en esta humilde antesala, tanto deseamos compartir, exteriorizándola, su veneración hacia la ilustre sombra que revive en el santuario de las páginas siguientes...

ROBERTO J. PAYRÓ.

Junio 25 de 1906.

EPISODIOS DE LA REVOLUCIÓN

Falucho y el sorteo de Matucana.
El crucero de «La Argentina» (1817-1819).
El general Las Heras.
Los sargentos de Tambo Nuevo.

FALUCHO Y EL SORTEO DE MATUCANA

I

Los héroes desconocidos.

¡Cuánta acción heroica ha quedado envuelta en el humo de los combates ó yace sepultada en el polvo de los archivos!

Millares de héroes sin biografía han rendido noblemente su vida, como el mensajero de Marathon «sin pensar siquiera en legarnos sus nombres,» según la expresión del poeta.

Estos son los héroes anónimos de la historia.

Multitud de hechos magnánimos y generosos yacen envueltos en el polvo del olvido, sin que una mano piadosa se cuide de sacudirlo, para que aparezcan en todo su esplendor las nobles figuras de nuestros soldados ilustres.

Estos son los héroes desconocidos de la historia.

¡Cuántos sacrificios obscuros, cuántos mártires modestos, cuántos héroes anónimos y cuántos hechos ignorados dignos de eterna memoria, de esos que hacen honor á la humanidad y constituyen la gloria más excelsa de un pueblo, cuenta nuestra historia militar!

El episodio histórico que vamos á narrar, uno de los más interesantes y sublimes de la guerra de la Independencia sudamericana es el comprobante de las melancólicas reflexiones que anteceden.

Hace medio siglo que un soldado obscuro de Buenos Aires sacrificó deliberadamente su vida como un soldado de Leónidas, por no prestar sus armas á la bandera del enemigo triunfante.

Hace medio siglo que un puñado de oficiales del ejército argentino en el Perú sorteó la vida con un estoicismo heroico, digno de los mejores tiempos de la Atenas de Sócrates.

Hace hoy cincuenta años que dos ilustres mártires argentinos, nuevos Curcios romanos, se sacrificaron con abnegación por salvar la vida de sus compañeros de armas, como víctimas propiciatorias de la libertad americana.

Transcurrieron treinta y tres años ¡ la edad de un redentor ! antes que una parte de estos hechos fuera recordada, cuando, para mengua de la gratitud argentina, la patria de aquellos héroes aun no conocía ni sus nombres. Empero, esos nombres merecen ser inscriptos en letras de bronce, en el gran monumento que la posteridad consagrará á las glorias nacionales.

Mientras tanto, la imprenta, con sus fungibles letras de plomo, que se reproducen sin cuento, se encarga del premio y de la reparación.

La sublevación del Callao durante la Guerra de la Independencia, y la suerte de los jefes y oficiales que quedaron prisioneros á consecuencia de tal suceso, forman el fondo de este episodio de los tiempos heroicos de la República Argentina en que hasta los simples soldados eran héroes.

El coronel don Juan Espinosa, natural de Montevideo, y al servicio del Perú, fué el primero que le consagró un recuerdo tardío en una obra publicada en 1852, bajo el título de *La herencia española de los Americanos.*

La relación del coronel Espinosa, aunque llena de

interés y escrita con animación, era incompleta y adolecía de inexactitudes.

Nosotros, compulsando nuevos documentos, reuniendo los recuerdos de los mismos actores en el drama sangriento que vamos á historiar, pudimos salvar en toda su integridad una de las más bellas páginas de nuestra historia militar, que podría figurar sin mengua en un libro de los héroes de Plutarco.

Publicada por primera vez en 1857, nuestra narración hizo populares los nombres de Falucho, de Milán y Prudan, y desde el humilde folletín de un diario, subieron hasta la escena dramática. Después, el silencio se hizo en torno de ellos.

Han transcurrido desde entonces dieciocho años, una nueva generación ha crecido, y todavía ningún libro histórico ha registrado esos nombres.

La prensa popular, que se encargó antes de la reparación y del premio, se encarga de hacerles revivir, agregando hoy nuevas noticias á su respecto, mientras llega el tiempo en que del *Diario* pasen al *Libro*.

II

La sublevación del Callao.

En la noche del 4 al 5 de febrero (1) de 1824 se sublevó la guarnición patriota de los castillos del Callao de Lima, arrebatados á la dominación española por las

(1) Espinosa dice que este suceso tuvo lugar el 15 de febrero, pero consta la fecha que damos de documentos auténticos, cuales son las notas de Casariego, jefe de la sublevación, á Canterac; la del comandante español, don Isidro Alaix, al brigadier Rodil, al tiempo de recibirse del Callao, y el manifiesto de Torrelagle, presidente á la sazón del Perú.

combinaciones estratégicas del genio militar de San Martín.

La guarnición se componía en su mayor parte de las reliquias del memorable Ejército de los Andes, libertador de Chile y del Perú. El regimiento del Río de la Plata, los batallones 2.° y 5.° de Buenos Aires, los artilleros de Chile, y dos escuadrones del célebre regimiento Granaderos á caballo que se reunieron más tarde (el 14) á los sublevados, fueron las tropas que, después de haber combatido por la independencia americana, rindieron el primer baluarte del Perú á sus más encarnizados enemigos, obscureciendo con este hecho sus antiguas glorias.

Se han dado distintas explicaciones sobre esta sublevación.

La versión más acreditada es la que atribuye el motín á la falta de pago, en más de cinco meses, lo que es un hecho positivo, (2) á lo que se agrega que en el día anterior á la sublevación habían sido abonados de sus sueldos los jefes y oficiales, sin que se acordasen de la tropa. Parece, en efecto, que esta fué la causa inmediata que determinó el movimiento, pero es indudable que éste tenía raíces más profundas, pues á haber estado animada la tropa de mejor espíritu, tal escándalo no habría tenido lugar. Así lo reconocen en cierto modo los mismos jefes españoles, que tuvieron ocasión de penetrar en el fondo del pensamiento que presidió á la conspiración.

El general García Camba, á quien más adelante veremos figurar en este drama de una manera sombría, dice al relatar el hecho: «Bien fuese efecto del vivo »deseo de regresar á Buenos Aires y á Chile, de donde »procedía la guarnición del Callao, bien disgusto por

(2) Manifiesto del general don Enrique Martínez.

»el atraso que experimentaban en el pago de sus habe-
»res, ó bien, en fin, repugnancia de embarcarse para la
»costa del Norte á disposición de Bolívar, cuyas voces
»corrían, celosa al mismo tiempo de las preferentes
»atenciones que se llevaban las tropas colombianas, lo
»cierto es que en la noche del 4 al 5 de febrero se su-
»blevó la guarnición del Callao.» (3)

El general en jefe de los restos del Ejército de los Andes, que lo era á la sazón don Enrique Martínez, nos revela en uno de sus manifiestos sobre este suceso, que, además de los cuatrocientos mil pesos que se le adeudaban por sus servicios, y que el Gobierno se negaba á pagar siquiera en parte, el jefe de ese mismo Gobierno y su ministro de la Guerra se habían puesto en comunicación con los enemigos traicionando su causa. No era sólo esto. Los jefes y oficiales del mismo ejército, divididos entre sí conspiraban para deponer tumultuosamente á su jefe participando la tropa de estas maniobras. Más aún. El Gobierno republicano de Lima había ordenado por nota oficial firmada por un argentino que formaba parte de él, que en razón de no existir el gobierno general de las Provincias Unidas, el Ejército de los Andes debía borrar su nombre y quitarse la escarapela argentina. A consecuencia de esto último, el Ejército de los Andes se había puesto bajo la protección del gobierno provincial de Buenos Aires, manifestando al del Perú que, puesto que no se le necesitaba y existía siempre la Nación cuya bandera enarbolaban, se le diese al menos algo á cuenta de lo mucho que se le debía, lo suficiente siquiera para fletar algunos buques en que trasladarse á la Patria. (4)

---

(3) Memorias de las armas españolas en el Perú.

(4) Todos estos pormenores constan además de los documentos de la causa que se formó sobre el particular, del manifiesto del general don Enrique Martínez, dado en Montevideo en 1845, cuyo

En honor de los antiguos veteranos que cometieron este crimen, debemos creer que influyeron muy poderosamente en su resolución los recuerdos de la Patria lejana y el deseo de volverla á ver, después de tan largos y fatigosos años de campaña. Debe también contarse por algo el orgullo militar ajado en las tropas que, después de haber sido la intrépida cabeza de la columna de la Revolución, se veían colocadas á su retaguardia, huérfanas del vencedor de Chacabuco y Maipo, y sometidas á Bolívar, su feliz rival. Si esto no disculpa el hecho en sí, sirve por lo menos para atenuarlo, y sobre todo, para explicarlo, demostrando que la falta de pago fué más bien un accidente inmediato que determinó la sublevación. Más adelante se verá que esa sublevación no tuvo en su origen un carácter político, y que otro accidente le imprimió el carácter y la dirección que definitivamente asumió.

III

Los sargentos Moyano y Oliva.

Operada la sublevación, aparecieron á la cabeza de ella los sargentos Moyano y Oliva, ambos pertenecientes al regimiento del Río de la Plata, el cual sirvió de base al motín. Estos dos sargentos eran naturales, uno de Mendoza y otro de Buenos Aires; habían hecho todas las campañas del Ejército de los Andes, distin-

---

original tenemos en nuestro poder (M. S.). Constan también algunos de ellos, á la par de otras particularidades que no son del caso, de la correspondencia inédita de don Félix Alzaga, á la sazón enviado diplomático del gobierno de Buenos Aires cerca de Chile y el Perú. (MS. *del Archivo de relaciones exteriores).*

guiéndose ambos por su valor más que por su inteligencia.

El general don Rudesindo Alvarado era en aquella ocasión gobernador del Callao. El primer paso de los sublevados fué apoderarse de la persona del gobernador y de todos los jefes y oficiales de la guarnición, quienes fueron puestos presos, quedando aquéllos dueños absolutos de la plaza.

Obtenido el triunfo, los amotinados no acertaban á dictar ninguna medida, ni á dar una dirección al movimiento. Una parte de la tropa arrastrada por sorpresa, y otra sorprendida tal vez, volvía instintivamente los ojos hacia los jefes que por tantos años estaba acostumbrada á obedecer, y á cuyas órdenes se había batido siempre. La soldadesca, emancipada del freno saludable de la disciplina, se entregaba á cometer excesos, no bastando ya á contenerla la autoridad de los nuevos caudillos. El motín no tenía un objeto declarado que pudiese mantener unidos en un mismo pensamiento á 1500 soldados, mandados por dos sargentos. En consecuencia, la reacción debía tardar lo que tardase en brillar la aurora del nuevo día.

Moyano, que como más audaz había asumido el mando superior, se encontraba desmoralizado en medio de su triunfo: veía desorganizarse los elementos que había desencadenado y tenía delante de sí en perspectiva el cadalso. Oliva, menos arrojado que Moyano, pero más sagaz que él, tuvo en aquel momento supremo una inspiración funesta, que decidió de la suerte del Callao.

Hallábase entre los prisioneros españoles encerrados en las Casas-Matas del castillo el coronel don José María Casariego, hombre de carácter firme y de gran presencia de espíritu en los momentos críticos. Habíalo conocido en Chile el sargento Oliva, y persuadió á

Moyano que se dirigiesen á él, para que les aconsejase en aquella difícil circunstancia.

Moyano acogió la idea, y ambos se dirigieron en silencio á los retirados calabozos de Casas-Matas, donde descansaba el coronel Casariego, ajeno á la revolución que se operaba en su destino. Luego que los dos sargentos le informaron del objeto de su visita, comprendió todo el partido que podía sacarse de aquel suceso y de aquellos hombres, pero se guardó bien de manifestar su pensamiento. Se limitó á aconsejarles que trasladasen á los prisioneros españoles, de quienes nada tenían que temer, al cuartel de la Puerta del Socorro, que estaba en contacto con los amotinados, y que los reemplazasen en las Casas-Matas con los jefes y oficiales independientes, aislándolos así de la tropa y previniendo una reacción.

Moyano y Oliva acogieron con avidez el consejo, y antes de amanecer el día se hallaban todos los presos patriotas en las Casas-Matas, bajo la custodia de Oliva, mientras Moyano alimentaba el fuego de la sedición, teniendo por coadjutor á Casariego.

La indisciplina y el desorden subieron de punto como era natural, y esto, agregado á las maniobras, á las amenazas y á las promesas de los agentes patriotas, no hizo sino aumentar la confianza de Moyano y Oliva, que entonces comprendían el alcance del paso que habían dado, y se reconocían inferiores á la situación violenta y falsa que habían creado. El astuto Casariego, que se había insinuado ya con ellos respecto de la conveniencia de dar á la sublevación un carácter reaccionario, y que los encontró vacilantes, se aprovechó con habilidad de aquel momento. Pintó á Moyano y Oliva con los más negros colores todo lo que tenían que temer de los patriotas, después del paso atrevido que habían dado, dibujándoles del modo más ha-

lagüeño las recompensas que debían esperar del Rey de España, si se atrevían á levantar en los castillos el estandarte real. Valiéndose así de la esperanza y del temor, logró fijar á aquellos hombres en el mal camino encendiendo en sus almas un súbito relámpago de ambición y de grandeza, que debió ofuscarlos. Persuadidos de que no tenían salvación posible sino en el camino que se les abría, insinuaron artificiosamente en la tropa que este era el único medio de regresar á Buenos Aires y á Chile, y aquélla aceptó la idea tal como se le presentaba ; y desde ese momento Casariego fué el árbitro de la situación, y el Rey de España dueño de la primer fortaleza de la América del Sur.

Los prisioneros españoles fueron puestos en libertad ; Moyano se declaró jefe superior con el grado de coronel ; Oliva fué nombrado teniente coronel ; Casariego asociado al mando político y militar ; se dió nueva forma á los cuerpos sublevados ; se intercalaron en ellos los jefes y oficiales españoles ; se hizo una promoción general á oficiales entre los cabos y sargentos rebeldes, y se ofició al general Canterac poniendo á su disposición las fortificaciones y la guarnición del Callao.

Después de muchos días de negociaciones, que Casariego entretenía con astucia, y después de contrarrestar valerosamente los sublevados varios ataques por mar y tierra, oscilando entre el desorden y la esperanza del pronto auxilio del ejército español, llegó por fin éste el 29 de febrero al Callao, y tomó posesión de la plaza, confirmando en sus honores y empleos á los tres caudillos de los sublevados.

Moyano y Oliva llegaron á ocupar altos puestos en el ejército español, muriendo rodeados de honores.

Casariego, mal recompensado de sus servicios, quedó en América. Por mucho tiempo vivió de la limosna de

los conventos de Lima, y murió en la obscuridad y la miseria, ¡ sin que el Rey de España se acordase de su nombre !

IV

Falucho.

En la noche del 6 de febrero, subsiguiente á la de la sublevación, hallábase de centinela en el torreón del Real Felipe un soldado negro, del regimiento del Río de la Plata, conocido en el Ejército de los Andes con el nombre de guerra de *Falucho*.

Era Falucho un soldado valiente, muy conocido por la exaltación de su patriotismo, y, sobre todo, por su entusiasmo por cuanto pertenecía á Buenos Aires. Como uno de tantos que se hallaban en igual caso, había sido envuelto en la sublevación, que hasta aquel momento no tenía más carácter que el de un motín de cuartel.

Mientras que aquel obscuro centinela velaba en el alto torreón del castillo, donde se elevaba el asta-bandera, en que hacía pocas horas flameaba el pabellón argentino, (5) Casariego decidía á los sublevados á enarbolar el estandarte español en la obscuridad de la noche, antes de que se arrepintiesen de su resolución.

Sacada la bandera española de la sala de armas, donde se hallaba rendida y prisionera, fué llevada en

(5) Esta bandera, traída del Perú por el general don Enrique Martínez, fué entregada al gobierno de Buenos Aires, acompañada de una memoria sobre las campañas del Ejército de los Andes. Es la misma que se ha presentado al pueblo al jurar Buenos Aires la Constitución Nacional y al inaugurarse las estatuas de San Martín y de Belgrano.

triunfo hasta el baluarte de Casas-Matas, en donde debía ser enarbolada primeramente, afirmándola con una salva general de todos los castillos.

Faltaba poco para amanecer, los primeros resplandores de la aurora iluminaban el horizonte y el mar Pacífico estaba sereno.

En aquel momento se presentaron ante el negro Falucho los que debían enarbolar el estandarte, contra el que combatía después de catorce años.

A su vista el noble soldado, comprendiendo su humillación, se arrojó al suelo y se puso á llorar amargamente, prorrumpiendo en sollozos.

Los encargados de cumplir lo ordenado por Moyano, admirados de aquella manifestación de dolor, que acaso interpretaron como un movimiento de entusiasmo, ordenaron á Falucho que presentase el arma al pabellón del Rey que se iba á enarbolar.

—Yo no puedo hacer honores á la bandera contra la que he peleado siempre—contestó Falucho con melancólica energía, apoderándose nuevamente del fusil que había dejado caer.

—¡ Revolucionario ! ¡ Revolucionario !—gritaron varios á un mismo tiempo.

—¡ Malo es ser revolucionario, pero peor es ser traidor !—exclamó Falucho con el laconismo de un héroe de la antigüedad ; (6) y tomando su fusil por el cañón, lo hizo pedazos contra el asta-bandera, entregándose nuevamente al más acerbo dolor.

Los ejecutores de la traición, apoderáronse inmediatamente de Falucho, le intimaron que iba á morir, y haciéndole arrodillarse en la muralla que daba frente al mar, cuatro tiradores le abocaron á quemarropa

---

(6) Todos estos detalles y palabras, como los demás que se leerán, son rigurosamente históricos.

sus armas al pecho y á la cabeza. Todo era silencio y las sombras flotantes de la noche aun no se habían disipado. En aquel momento brilló el fuego de cuatro fusiles, se oyó su detonación: resonó un grito de *¡viva Buenos Aires!* y luego, entre una nube de humo, se sintió el ruido sordo de un cuerpo que caía al suelo. Era el cuerpo ensangrentado de Falucho, que caía gritando *¡viva Buenos Aires!* ¡Feliz el pueblo que tales sentimientos puede inspirar al corazón de un soldado tosco y obscuro!

Así murió Falucho, como un guerrero digno de la República de Esparta, enseñando cómo se muere por sus principios y cómo se protesta bajo el imperio de la fuerza. Para enarbolar la bandera española en los muros del Callao, fué necesario pasar por encima de su cadáver. Se enarboló al fin, pero salpicada con su sangre generosa, y aun tremolando orgullosamente en lo alto del baluarte, el valiente grito de *¡viva Buenos Aires!* fué la noble protesta del mártir contra la traición de sus compañeros. Esa protesta fué sofocada por el estruendo de la artillería en los baluartes del Callao.

Falucho había nacido en Buenos Aires, y su nombre verdadero era Antonio Ruiz. Pocos generales han hecho tanto por la gloria como ese humilde y obscuro soldado, que no tuvo un sepulcro, que no ha tenido una corona de laurel, y cuyo nombre todavía no ha sido registrado en la historia de su patria.

¡El martirio de Falucho no fué estéril!

Pocos días después, se sublevaron en la Tablada de Lurín (7) dos escuadrones del regimiento de Granaderos á caballo, y deponiendo á sus jefes y oficiales, marcharon á incorporarse á los sublevados del Callao. A

---

(7) Orden general de García Camba publicada en Lima.

la distancia vieron flotar el pabellón español en las murallas. A su vista, una parte de los granaderos, que ignoraba que los sublevados hubiesen proclamado al Rey, volvieron avergonzados sobre sus pasos, como si la terrible sombra de Falucho les enseñase airada el camino del honor. Sólo los más comprometidos persistieron en su primera resolución y volvieron sus armas contra sus antiguos compañeros, quedando así disuelto por el motín y la traición el memorable Ejército de los Andes, libertador de Chile y del Perú.

V

Los calabozos de Casas-Matas.

Los jefes y oficiales patriotas encerrados en los calabozos de las Casas-Matas, oían desde su prisión los lamentos y los gritos de Falucho, al mismo tiempo que la descarga que le quitaba la vida y la salva de artillería que saludaba la ascensión de la bandera española en los castillos. Los respiraderos de la prisión comunicaban con el torreón del Real Felipe, donde Falucho estaba de centinela. Estos respiraderos, que dejaban penetrar los ruidos pavorosos del exterior, apenas daban paso á la luz ; así es que los presos vivían en tinieblas.

Hacía dos días que, en el desorden que reinaba en la plaza, no se había acordado nadie de dar de comer á los prisioneros, de manera que sufrían las angustias de la situación y las punzantes mortificaciones del hambre. Para mayor tormento se habían aglomerado en una sola cuadra más de cien personas, que no tenían ni

el aire suficiente para respirar, ni el suelo necesario para dormir.

Tal era la triste situación de los jefes y oficiales patriotas encerrados en Casas-Matas, mientras Falucho moría heroicamente en el baluarte.

Aun no había amanecido, y muchos de los prisioneros dormían, cuando repentinamente se iluminó el suelo de la cuadra y se vió correr una línea azulada de fuego, que se dirigía como una serpiente hacia la entrada de un depósito de mistos de guerra, que comunicaba con la prisión por una débil puerta de madera.

Era un incendio que se pronunciaba y que tenía por origen una gran cantidad de azufre derramado por el suelo al tiempo de trasladar los mistos al depósito indicado. El fuego de un cigarro determinó su combustión.

El terror se apoderó de los prisioneros, y en los primeros momentos no acertaron á hacer ningún movimiento, á pesar de que el fuego se propagaba con rapidez por el suelo y se dirigía siempre hacia la puerta del depósito. Algunos, con más presencia de espíritu, se arrojaron sobre el fuego, para sofocarlo con sus cuerpos ó con sus ropas, impidiendo así que se pusiera en contacto con los mistos. Al fin lo consiguieron para verse amenazados de otro peligro mayor.

El ruido que causó en la prisión la alarma del incendio y los esfuerzos hechos para apagarlo, llamaron la atención de los que se hallaban en la explanada de las Casas-Matas. Lo primero que se les ocurrió fué que los jefes y oficiales se habían sublevado, y sin más averiguaciones se pusieron á hacer fuego por las ventanillas del calabozo.

Los que acababan de salvar de tan inminente peligro se vieron nuevamente expuestos á morir entre una lluvia de balas que cruzaban la prisión en todas di-

recciones. Al fin pudieron hacer comprender á la guardia lo que sucedía, y por esta vez al menos salvaron sus vidas.

Muchos de ellos habían pasado más de diez años de su vida encerrados en aquellas horribles prisiones, y el temor de terminarla miserablemente en ellas debilitaba en sus almas hasta la esperanza de la libertad. Los que con más arrogancia soportaban su desgracia aun esperaban que la escuadra patriota y el ejército de línea pudiesen abrirles á cañonazos las puertas de la prisión. Los ruidos por la tarde, de tierra, las descargas de fusilería que por allí se sentían á veces, las detonaciones del cañón marino en la bahía, los resplandores intermitentes que en medio de la noche penetraban á manera de relámpagos por los respiraderos, eran otras tantas luces de esperanza que el silencio volvía á apagar bien pronto. Todo contribuía á apocar los ánimos y á destemplar la varonil energía de que tanto necesitaban para hacer frente con dignidad á la desgracia.

Después de más de cuarenta días de riguroso carcelaje y de miseria fueron sacados de sus calabozos los jefes y oficiales independientes presos en las Casas-Matas. La transición violenta de la obscuridad á la luz del día deslumbró á los más, habiendo algunos que por largo rato creyeron haber enceguecido. Inmediatamente fueron entregados al general Monet, que con su división debía custodiarlos hasta el valle de Xauxa, para hacerles pasar de allí á la isla de los Prisioneros, situada en el lago de Titicaca ó Chucuito.

Eran los presos como 160 entre jefes y oficiales, (8) y fueron divididos en dos grupos para mayor seguridad,

---

(8) Alaix en sus partes al general Rodil dice que eran ciento cinco.

pues en la misma división que debía custodiarlos, iban los dos escuadrones de Granaderos á caballo, últimamente pasados al enemigo.

El grupo de prisioneros, cuya marcha vamos á seguir, y en que tuvo lugar el suceso que vamos á narrar, se componía de 80 jefes y oficiales, entre los que se contaban un general y tres coroneles.

VI

La quebrada de San Mateo.

La división Monet salió de Lima el 8 de marzo y tomó el camino de la quebrada de San Mateo, que es el camino de uno de los pasos de la cordillera que conduce directamente al valle de Xauxa, dando origen al celebrado río Rimac.

La quebrada de San Mateo, que ha sido reconocida por uno de nuestros primeros geógrafos (9) es la más pintoresca de la Sierra del Perú. A lo largo de ella hay diez pueblos, y por su centro corre un río torrentoso, que se desprende de lo alto de la Cordillera, que va tomando el nombre de las diversas poblaciones que baña, y que, frente al pueblito de San Juan, se denomina río de Matucana. El camino es sumamente fragoso; se marcha casi continuamente por estrechas laderas ó desfiladeros elevados á centenares de pies sobre el cauce del río, que brama sordamente en el fondo de la quebrada, no pudiendo muchas veces pasar por ellas sino un hombre de frente. Cuando de esas laderas se

(9) El coronel don José Arenales.

baja al fondo del precipicio, para faldear la montaña opuesta, hay que atravesar el río por varios pequeños puentes de piedra, que facilitan esta operación, hallándose estos puentes precisamente en aquellos sitios donde la escabrosidad de las rocas facilita la ocultación de las personas, sin que se den cuenta de ello, aun los mismos que van más inmediatos. Multitud de hondas acequias en que puede ocultarse un hombre, se cruzan en todo sentido.

Esta descripción era necesaria para comprender cómo pudieron efectuar su evasión algunos de los prisioneros, al mismo tiempo que sirve para hacer formar al lector una idea del severo y agreste paisaje donde tuvo lugar la sangrienta tragedia del sorteo de San Juan de Matucana.

El primer día anduvieron los prisioneros siete leguas á pie y pernoctaron en Vicentelo. Don Juan Ramón Estomba y don Pedro José Luna (después coroneles), se tendieron en el suelo, uno al lado del otro. A pesar de estar muy fatigados, los dos velaban. Una conversación en voz baja se estableció entre ellos, y antes de entregarse al sueño los dos se habían juramentado para fugarse en la primera ocasión propicia. Al día siguiente comunicaron su proyecto á don Pedro José Díaz (después coronel), y á los oficiales Millán y Prudan, sus compañeros de hilera, comprometiéndose á auxiliarse mutuamente en la fuga, á darse unos á otros la preferencia según las circunstancias y á no revelar el secreto en ningún caso.

Al tercer día de marcha (en la noche del 21 de marzo), llegaron á la estrecha ladera de Tambo Vizo. Marchaban los prisioneros en desfilada. Estomba y Luna iban entre Millán y Prudan. Al descender al fondo de la quebrada, la cabeza de la columna atravesó una honda acequia, y se comprometió en uno de los puente-

cillos ya descriptos, colocado precisamente en un recodo del camino que impedía ver lo que pasaba á retaguardia. Al pasar por la acequia, soldados y prisioneros se agachaban sobre la marcha para tomar agua. Estomba y Luna imitaron el mismo movimiento y se deslizaron á lo largo de ella como por un camino cubierto. Millán y Prudan cerraron el claro con impasible abnegación, renunciando á la salvación para burlar la vigilancia de la custodia. (10) ¡ Esta generosidad debía costarles la vida !

Apenas supo Monet, al amanecer del día siguiente, la evasión de Estomba y Luna, se puso furioso. y según lo afirman tres testigos presenciales, (11) y lo repite el coronel Espinosa, se degradó hasta el extremo de insultar personalmente á los prisioneros y abofetear á algunos de ellos. Pero este hecho no está bien probado y no hay necesidad de recargar con sombras este cuadro, demasiado fúnebre para sí.

Lo que, sí, es positivo es que, habiendo sido vanas las pesquisas para dar con los fugitivos, el cura del lugar fué desterrado para siempre de él, por sospecharse haberles dado asilo. (12)

---

(10) Todos estos pormenores constan de una carta del mismo coronel Luna, cuyo original tenemos en nuestro poder, en la cual se dice: «Al pasar la columna ya estábamos al borde de un precipicio para arrojarnos á él, en el caso de ser encontrados.» (M. S. *autógrafo*). El general español García Camba nombra al capitán Alegre en vez de Luna, en lo cual padece un error, no obstante haber sido actor en el suceso.

(11) Los coroneles Dulanto y González y el comandante Guirourt, los tres al servicio del Perú.

(12) Carta del coronel Luna, citada en la nota 9.

VII

El sorteo.

La columna siguió su marcha ascendiendo siempre á lo largo de la quebrada.

Luego que la división llegó al pueblo de San Juan de Matucana, que dista 19 leguas de Lima, los prisioneros fueron colocados sobre la ribera del río del mismo nombre, bajo la guardia de dobles centinelas de vista. Inmediatamente se presentó el general García Camba, jefe de estado mayor de la división, acompañado del coronel español Fur. El primero (á quien se atribuye haber instigado á Monet á cometer el acto de barbarie que se ejecutó en ese día, y que en sus *Memorias* se justifica mal del cargo), ordenó á los prisioneros que se formasen en ala, lo que ejecutaron todos, con excepción del general don Pascual Vivero, que estaba separado de ella, y que era el mismo que se había sublevado contra el Rey de España, entregando la plaza de Guayaquil.

Así que los prisioneros estuvieron formados, García Camba les habló en términos duros con el semblante airado que le era habitual.

—Señores—les dijo,—tengo orden terminante del general de la división de sortear á ustedes, para que mueran dos, por los dos que se han fugado; en la inteligencia de que, de hoy en adelante, serán responsables los unos de los otros, pues si se fugan diez, serán fusilados diez; y si se fugase la mitad, morirá el resto.

El doctor López Aldana, auditor de guerra del ejér-

cito independiente, el hombre de la justicia, el representante del derecho en presencia de la fuerza, fiel á sus compañeros de infortunio y á los sagrados deberes del abogado, no pudo contener su indignación, y levantó su voz enérgica en favor de los oprimidos, como si abogase ante el tribunal; y para honor de la humanidad esta defensa se ha salvado por la tradición oral.

—En ninguna parte se ha visto—dijo López Aldana,—que la víctima sea custodia de la víctima. En las sociedades bárbaras no se recuerda un hecho tan atroz ni tan injusto. Que responda el oficial de las faltas, pero jamás ninguno de los prisioneros, porque ninguno ha negado ni niega sus brazos y sus pies á las cadenas que quieran ponerles. Sobre todo, reclamo que se observe con nosotros el derecho de gentes y...

—Bastante se ha observado el derecho de gentes con usted y sus compañeros—le interrumpió Camba,—pues tienen aún la cabeza sobre los hombros.

Inmediatamente se dispuso lo conveniente para proceder al sorteo, y los prisioneros, comprendiendo que se hallaban bajo el peso de una resolución implacable, guardaron silencio, salvando así su dignidad y esperando tranquilamente el misterioso fallo del destino.

El coronel argentino Videla Castillo, que formaba, por su elevada graduación, á la cabeza de sus compañeros, quiso hacer aún un último esfuerzo por ellos, inmolándose por la salvación común.

—Va á procederse al sorteo—dijo Camba, en alta voz, dirigiéndose á los prisioneros.

—¿Con qué derecho se hace esto?—le preguntó Videla Castillo.

—¡Con el derecho del que lo puede!—repuso secamente Camba.

—Bien; tenga usted cuidado con la represalia, señor Camba.

—Señores, va á procederse al sorteo—volvió á repetir Camba.

—¡ Es inútil esa suerte !—dijo con tranquila firmeza el noble coronel Videla Castillo.—Aquí estamos dos coroneles: elija usted cuál de los dos ha de morir, ó fusílesenos á los dos juntos si se quiere, y hemos concluido.

—¡ No ! ¡ No ! ¡ A la suerte !—gritaron casi á un mismo tiempo todos los prisioneros. (13)

El general Vivero, que en este intervalo había advertido lo que pasaba en el campo de los prisioneros, se dirigió hacia donde ellos estaban, y sin proferir una palabra se formó tranquilamente á la cabeza de la fila, como si fuese á cumplir con un deber ordinario del servicio.

Era el general don Pascual Vivero un anciano de más de setenta años, de figura marcial y fisonomía simpática, á la que daban apacible majestad los blancos cabellos que coronaban su cabeza.

García Camba, que se hallaba en aquel momento distraído presidiendo los preparativos del sorteo, notó al general Vivero al levantar la vista.

—Señor don Pascual—le dijo, haciéndole con la mano ademán para que se retirase,—con usted no reza la orden.

—¡ Sí, reza !—contestó sencillamente el noble anciano, con el sublime laconismo del padre de los Horacios.

—No, señor don Pascual, esta orden sólo reza para los prisioneros que marchaban unidos.

---

(13) Todos estos diálogos son textualmente recogidos de boca de los actores del sorteo que aun viven, y principalmente del coronel don Pedro José Díaz, que á una extraordinaria memoria para repetir textualmente las palabras que había oído, reunía la facultad de describir las acciones de guerra y escenas históricas que había presenciado, recordando hasta los gestos.

—Debe rezar conmigo, porque debo participar de la suerte de mis compañeros, así en las desgracias como en las felicidades. Por mi grado me corresponde sacar la primera suerte.

—¡ Se va á proceder al sorteo !—gritó el implacable jefe de estado mayor, sin darse por entendido de la insistencia.

Entonces el general Vivero, sensibilizado en presencia de tantos jóvenes que iban á jugar sus vidas, se dirigió al ejecutor de tan tiránica orden, hablándole en estos términos:

—Soy un viejo soldado que ha sido traidor á Fernando VII, que ha entregado la plaza de Guayaquil, y he devuelto todos mis honores al Rey. He perdido dos hijos en el campo de batalla, y han muerto defendiendo su Patria, que es también la mía, porque era mía la sangre que derramaron *(textual)*. De consiguiente, poco útil puedo ser ya á la Patria: esos jóvevenes todavía pueden darle días de gloria, por lo que pido y suplico que se sacrifique á este pobre viejo, y que se salven tan preciosas vidas.

García Camba, que en aquel momento escribía las cedulillas del sorteo á muerte, sobre una caja de guerra que le tenía su tambor de órdenes, no oyó, acaso aparentó no oir, las sentidas palabras del generoso anciano.

Escritas las cedulillas, eran dobladas por el tambor, y arrojadas en el morrión cónico de un sargento del regimiento de Cantabria, que daba ese día la guardia. Acto continuo se procedió á pasar lista á los prisioneros, que para algunos de ellos iba á ser la última lista de la vida.

Sentimos no poder dar los nombres de todos los jefes y oficiales que pasaron aquella fúnebre lista, jugando con serenidad la vida. He aquí los únicos que hemos

podido recoger: auditor de guerra, López Aldana. Jefes: Videla Castillo (José), Ortega, Carrasco (don Eduardo), Medina, Magan (Escolástico), Agüero, Llicio, Girouf (Eugenio), Tenorio. Oficiales: Díaz (Pedro José, muerto de coronel en Buenos Aires), Gómez, Pando, Cavero, Belareso, Campana, Lista (don Ramón, muerto en Buenos Aires, de coronel), Ortiz, Heredia, Castro, Prudan (Juan Antonio), Pérez, Jiménez, Callejas, Reaño, Noriega, Ríos, Quiroga, Carrillo, Grados, Cheguecas, Gallangos, Lucero, Miro, Funes, Alvarez, Calderón, Muniz, González, Taramona, González (Lorenzo Román), González (José Ignacio), Pérez (José Miguel), dos hermanos Dulantos, dos hermanos Barrones, Castro, Tapia, Tineo, Fernández, Gómez, Cabanillas, Ariste, Godoy, Pérez (Manuel), Luján, Oliva, López (Manuel). (14)

El orden de la formación, dando frente al río, que corría como á diez pasos, era el siguiente:

General Vivero, español.
Coronel Videla Castillo, de la Punta de San Luis.
Coronel Ortega, colombiano.
Mayor Escolástico Magan, argentino.
Capitán Reaño, de San Juan.
Capitán Manuel López, de Córdoba.
Capitán don Pedro José Díaz, de Mendoza.
Mayor Tenorio, peruano.
Capitán Ramón Lista, de Buenos Aires.

Seguían sucesivamente todos los demás, entre los cuales se hallaban representadas todas las provincias de la República Argentina, en aquella época, incluso la Oriental, no deteniéndonos más en esta revista, por ser los nombrados los únicos (con excepción de uno so-

(14) La lista que trae Espinosa es más incompleta.

lo) á quienes les cupo el terrible honor de tomar suerte, como se verá más adelante.

El primero que metió la mano en el morrión que contenía la ciega sentencia de muerte que pesaba sobre aquellas nobles cabezas, fué el coronel don José Videla Castillo. Tomó su cédula sin que se le notase agitación en el pulso, la abrió y vió que era *blanca*, y ningún síntoma de alegría se dibujo en su semblante austero y reposado.

El coronel Ortega, el mayor Magan, los capitanes Reaño, López y don Pedro José Díaz, tomaron sus cédulas, con igual serenidad, imitando el bello ejemplo que les daba su jefe. A todos ellos les tocó blanca.

Parecía imposible que entre tantas almas tan bien templadas pudiese haber un cobarde, y, sin embargo, lo hubo. El nombre de ese infame debe clavarse en la picota de la historia para eterno baldón suyo, y nos honramos en ser los primeros que lo damos á luz, para hacer resplandecer más la sublimidad del heroísmo estigmatizando la cobardía como merece.

Cuando llegó su turno al mayor Tenorio, su rostro se demudó, y retiró instintivamente la mano que iba á meter en el morrión fatal, que contenía la vida ó la muerte.

—¡ Yo no tomo cédula !—exclamó, al fin, el cobarde Tenorio, después de algunos momentos de vacilación en que no vió por todas partes más que semblantes adustos.

—Tome usted su suerte como los demás—le ordenó con imperio García Camba.

—Que declare primero el señor—dijo Tenorio, señalando á Lista que estaba á su izquierda,—él sabe quiénes son los que protegieron la fuga.

—¡ Yo no sé nada !—interrumpió bruscamente Lista. —Venga la suerte.

—Usted me ha dicho que sabía quiénes eran; y no deben pagar los justos por los pecadores.

—¡Es usted un infame!—le apostrofó Lista.—Si yo he dicho algo á usted, será en el seno de la confianza. ¡A ver, venga mi suerte!—añadió, metiendo la mano en el morrión fatídico del impasible sargento de Cantabria y sacando una cédula que se dispuso á desdoblar con sangre fría.

En aquel momento salió un joven de entre las filas, y adelantándose cuatro pasos, exclamó con voz vibrante:

—¡Yo soy uno!

—¡Yo soy el otro!—dijo inmediatamente otro oficial, que imitó la acción de su compañero.

—¡Venga la suerte! ¡Venga la suerte!—gritaron todos á un mismo tiempo, á excepción del infame Tenorio.

—¡Es inútil!—les contestaban aquellos dos grandes corazones, que se ofrecían al sacrificio como víctimas propiciatorias de sus compañeros de armas.

El primero de éstos, joven todavía, en la edad de las verdes promesas de la vida, se llamaba don Juan Antonio Prudan, (16) y era natural de Buenos Aires. (17)

El segundo, de edad más provecta, con la frente calva y con una orla de cabellos negros que le circundaban el cráneo, dándole un aspecto imponente, era el capitán don Alejo Millán, hijo de Tucumán.

Ambos habían hecho casi todas las campañas de la Independencia, especialmente Millán, quien había es-

(16) Espinosa le llama equivocadamente Manuel.

(17) Algunos de sus compañeros de armas le tenían por hijo de Montevideo, y así lo repite Espinosa. Su familia era de Buenos Aires, y su fe de bautismo existe en la parroquia de San Nicolás. (Noticia transmitida por el coronel don José María Bustillos, pariente de Prudan).

tado presente en todas las guerras del Alto Perú. Prudan, prisionero en Vilcapugio, había permanecido siete años prisionero en las Casas-Matas del Callao, hasta que la expedición de San Martín á Lima puso fin á su largo cautiverio. (18)

Sin embargo de la tranquila resolución de Prudan y Millán, todos exigían que se continuase el sorteo.

—¡ Es inútil !—volvió á repetir Millán.—En prueba de que soy yo el que debe morir, aquí está una carta del general Estomba.

—En el equipaje que viene en mi maleta se encontrará la casaca de Luna—dijo Prudan

—¡ No les crea !—gritaron á una voz todos los prisioneros.

—¡ Es cierto !—contestaba Prudan.

—No hay que afligirse—añadía Millán, con entereza,—¡ verán morir dos valientes !

—Es inútil seguir la suerte—dijo entonces con frialdad García Camba.—Habiéndose presentado los dos culpables, serán fusilados. (19)

Millán, prisionero de los españoles en la batalla de Ayohuma, y que había estado encerrado en las Casas-Matas del Callao cerca de siete años, dijo entonces :

—Prefiero la muerte, de cualquier modo que sea, á los tormentos de ser presidiario de los españoles. (20)

---

(18) He aquí la única noticia que sobre Prudan encontramos en el Archivo general: En el *Legajo* «General del ejército de los Andes», 1818, se registra una carta del virrey Pezuela á San Martín, de 18 de diciembre de 1717, contestando á una propuesta de canje de prisioneros (que no tuvo lugar), á la cual se adjunta una relación de los del Alto Perú. En ella se lee: «Cadete Manuel Prudan, 17 años, patria Buenos Aires». Por consecuencia, al tiempo de morir, Prudan no había cumplido los 25 años. (M. S.)

(19) Repetimos que, tanto este diálogo como los demás son rigurosamente históricos. Apenas nos hemos permitido arreglar la frase que nos ha sido transmitida, y que hemos copiado bajo el dictado de los testigos oculares de aquella tragedia.

(20) Memoria de Miller.

VIII

Prudan y Millán.

Las dos víctimas predestinadas fueron puestas en capilla, y por una de aquellas coincidencias burlescas que siempre aparecen en las catástrofes, el capitán encargado de custodiarlos llevaba el apellido de Capilla.

Dos horas se les dieron para encomendar su alma á Dios. El cura de Matucana los confesó y fué el que los asistió hasta los últimos momentos. Habiendo cumplido con los deberes religiosos del cristiano, Prudan y Millán no cesaron de apostrofar á sus verdugos, y en esta circunstancia se apoya García Camba, en sus *Memorias*, para justificar su ejecución. (21)

Cuando se acercaba la hora del suplicio, dijo Millán al capitán Capilla:

—Espero que me hará usted el último favor que le voy á pedir: voy á morir por la Patria, y quiero que me traigan mi uniforme que tengo en mi maleta.

Habiéndole traído la casaca y vestídose con ella, sacó de entre su forro las medallas con que había sido condecorado, y colgándolas al pecho, dijo á sus llorosos compañeros:

—He combatido por la Independencia desde mi juventud; me he hallado en ocho batallas, he caído pri-

(21) Espinosa supone que Prudan y Millán fueron fusilados á consecuencia de haberles tocado en suerte. La versión que damos es la verdadera.

sionero en Ayohuma; (22) he estado siete años encerrado en Casas-Matas y habría estado setenta, antes de transigir con la tiranía española, que va á dar una nueva prueba de su ferocidad. Mis compañeros de armas, testigos de este asesinato, algún día lo vengarán, y si ellos no lo pueden hacer, lo hará la posteridad.

¡ Víctima ilustre, tus votos están cumplidos!

Pocos momentos después se oyó el sordo redoble del tambor. La custodia de los prisioneros se puso sobre las armas, y la guardia de capilla los condujo al lugar del suplicio, sobre la ribera del río. Los demás fueron formados de á dos en fondo, dando frente al río, y Millán y Prudan dando la espalda al río y el frente á sus compañeros.

Los ejecutores quisieron vendarles los ojos, pero ambos se resistieron, permaneciendo de pie, con la cabeza erguida y en actitud valerosa, prontos á dar su vida por su religión política.

La escolta del suplicio preparó sus armas que traía ya cargadas, y al tiempo de echárselas á la cara, Millán, que con el pelo echado hacia atrás y con el rostro encendido de nobles iras, apostrofaba enérgicamente á sus asesinos, gritó con voz estentórea:

—¡ Compañeros, la venganza les encargo!

Y abriéndose con furor la casaca, añadió:

—¡ Al pecho! ¡ al pecho! ¡ viva la Patria!

Al sonar la fatal descarga cayó bañado en su sangre generosa, repitiendo el valiente grito de ¡ viva la Patria! (23)

---

(22) El autor de *Herencia Española* dice que en Vilcapugio; pero, sin embargo, lo da presente en Ayohuma, que fué posterior. El general Paz, que conoció á Millán, nos ha asegurado este hecho.

(23) El coronel don Ramón Estomba, uno de los fugitivos que fué causa del sorteo, compuso una canción fúnebre, que consagró á estos dos valientes, la que, con la música de la *Pola*, se cantó por

Prudan, menos ardiente que su compañero de suplicio, guardaba silencio, ostentando la apacible serenidad y la mansa resignación de un mártir, y murió exclamando también: ¡Viva la Patria! La muerte no arrebató á su fisonomía ese bello carácter de tranquilidad, mientras que el rostro desfigurado de Millán, con la amenaza pendiente aún de los labios, guardaba el ceño terrible con que lo encontraron las balas que atravesaron su magnánimo corazón.

Los verdugos de Prudan y de Millán, no satisfechos con aquel bárbaro asesinato, hicieron desfilar á todos los prisioneros por delante de los cadáveres sangrientos de aquellas dos nobles víctimas. *¡Horresco réferens!*

IX

El lago de Chucuito.

Los desgraciados que sobrevivieron á Prudan y Millán, continuaron tristemente á su destino, donde les esperaban nuevas amarguras, mientras que los demás compañeros de infortunio, que iban por otro camino, debían pasar por pruebas no menos duras.

Los prisioneros sorteados en San Juan de Matuca-

---

largos años en los campamentos militares. En ella se mencionan estas particularidades en la siguiente estrofa:

Al suplicio conducen á entrambos
Y con ánimo grande Millán
Desabrocha el honroso uniforme
Y les dice: «Aquí, al pecho, ¡tirad!»

Las palabras que ponemos en boca de Millán, y los otros pormenores, nos fueron transmitidos por el coronel don Pedro José Díaz, testigo presencial y actor en esta tragedia.

na, fueron confinados á la isla de Esteves, que se halla frente á la ciudad de Puno, en el gran lago de Chucuito, cuna de la civilización indígena del Perú. La isla es un peñasco árido donde sopla constantemente un frío húmedo como el del sepulcro.

El paisaje tiene una grandiosidad austera que inspira recogimiento al alma cuando se evocan los grandes recuerdos de la historia.

Vense desde allí cadenas de montañas que limitan el horizonte al naciente y al Norte, y por esta parte descuella entre todas el cerro donde es creencia vulgar fué sepultada la gran cadena de oro que rodeaba el templo del sol. Las islas del lago, que son otras tantas montañas sumergidas, se destacan sobre el fondo de las aguas, amarillento por la tarde, y blanquecino por la mañana; y soberbias ruinas de una civilización anterior á la de los quinchúas, llenan esas rocas solitarias. Los nevados picos de la cordillera se divisan algunas veces en lontananza, mientras una balsa de paja gobernada por un indio pescador, y con una estera por vela, surca la quieta superficie del lago, trayendo á la memoria los juncos de la China. A la distancia se presiente por la forma de las cimas el célebre estrecho de Tiquina, á un lado del cual está el sagrario de Copacabana, que ha inspirado á Calderón uno de sus más poéticos dramas, y al otro, el fúnebre campo de Huaqui, donde las armas argentinas sufrieron un revés como el de Cannas, no lejos de las soberbias ruinas del famoso templo de Tiahunaco. Inmediato está el puente flotante que dejó el Inca, y que existe todavía, á pesar de ser de liviana paja; y pasando el puente se encuentran las calzadas de Zepita, donde independientes y realistas se batieron como austriacos y franceses en los diques del Adije. El pueblo de Pomata, con su magnífica iglesia esculpida

en granito rojo, como una joya de filigrana, se hace conocer por los rojizos peñascos que lo rodean, y los campanarios de Juli, cuartel general de la Compañía de Jesús en la conquista espiritual del Nuevo Mundo, se alzan orgullosos aún, atestiguando la grandeza y el poder de aquella singular asociación. Más allá está Azángaro, el puerto donde desembarcaron Manco Capac y Mama Oello, como dos ángeles descendidos del Cielo, y de allí sale el camino que conduce al Cuzco, capital del Imperio que conquistaron y destruyeron las espadas de los Pizarros. Por allí, caminando hacia el Alto Perú, está el campo donde fué derrotado Almagro, disputando á sus rivales el manto desgarrado de sus descendientes de Atahualpa. El sitio conocido con el nombre de Horca del Inca y el campamento de Tupac-Amaru están á la vista y al fondo de las misteriosas selvas de la quina, del café y del cacao, cuyos perfumes no llegan hasta la isla. Una línea uniforme de pálida verdura, formada por la vegetación de las totoras de que se forman las balsas que navegan el lago, borda sus melancólicas riberas, pobladas de aves acuáticas.

Cuando ahora algunos años visitamos esa isla, sentimos el religioso respeto que inspira naturalmente al alma la contemplación de los imperios caídos, y el recuerdo de los padecimientos á que nuestros padres se resignaron para darnos patria y libertad. Algún día el Byron americano encontrará en aquel calabozo inspiraciones varoniles, no menos elevadas que las que despertó el castillo de Chillon en el bardo británico.

La tradición oral de Puno cuenta que los habitantes de la isla maldecida vieron llegar un día el resto de los prisioneros del Callao, que venían pálidos, envejecidos y con los pies chorreando sangre.

Contaban aquellos desgraciados pavorosas historias

de su peregrinación, que en las largas noches de la prisión entretenían por las emociones á los desterrados de aquella especie de Siberia. Según ellos, en el pueblo de Santa Rosa, camino del Cuzco á Puno, habían sorprendido una noche á sus guardianes dormidos, y arrebatádoles sus armas y conquistado su libertad á sangre y fuego. Que habiéndose refugiado en las montañas de Coroyco, en el Alto Perú, después de costear por muchos días el gran lago, algunos de ellos habían sido devorados por las fieras en medio de la noche. Que el resto tuvo que entregarse de hambre á la división española que los sitiaba, pues sólo tenía raíces y frutas silvestres para alimentarse. Después de esto, estuvieron en capilla para ser fusilados, cuando la batalla de Junín vino á salvarlos. El virrey ordenó entonces que fuesen trasladados á la ciudad de La Paz, para ser quintados allí, reservándose el resto para canjearlos con los prisioneros españoles. De La Paz habían pasado á las islas de Esteves. Allí se vieron reunidos por último todos los prisioneros de la sublevación del Callao, que tuvieron bastante fortaleza para sobrevivir á la miseria, á la fatiga, al hambre, al plomo español, á las fieras de los bosques y á la ferocidad no menor de los carceleros realistas.

La batalla de Ayacucho puso fin á tan melancólico cautiverio.

EL CRUCERO DE «LA ARGENTINA»

1817-1819

I

La historia del corso argentino desde 1815 hasta 1821 es una brillante y animada odisea marítima (1) llena de episodios dramáticos, de figuras heroicas, de hazañas memorables y de aventuras extraordinarias, que pueden suministrar ricos materiales para escribir un libro tan interesante como nuevo.

Durante esos cuatro años, la bandera argentina, enarbolada por nuestros atrevidos corsarios, flameó triunfante en casi todos los mares del orbe: en el Océano Pacífico, en el Atlántico del Sur y del Norte, en las Antillas, en los mares de la India y en el Mediterráneo. El cañón de las naves patentadas por la República resonó á la vez en América, en Asia, en Europa y en Oceanía, batiendo los bajeles de guerra del enemigo, apresando sus buques mercantes, arruinando el comercio español en todo el globo, posesionándose de sus puertos fortificados muchas veces, y dominán-

(1) El corso argentino fué declarado por decreto de 18 de noviembre de 1816, y abolido en 15 de mayo de 1821; pero desde 1815 estuvo en práctica este género de hostilidad, como se deduce del preámbulo del primer decreto.

dolo todo por la actividad, la audacia y la energía. (2)

Taylor dominó con la bandera argentina el golfo de Méjico y el mar de las Antillas, destruyendo el comercio español en la Habana. (3)

Chayter llevó esa misma bandera hasta las costas de la Península española, hostilizando vigorosamente el comercio de Cádiz en presencia de sus propias escuadras, con las que no rehusó medirse. (4)

Brown, en calidad de simple aventurero, mantuvo con gloria su enseña de comodoro argentino al frente de las fortificaciones del Callao y Guayaquil. (5)

Todos estos cruceros y muchos otros tan desconocidos como importantes son dignos de figurar en las páginas de la historia nacional; pero tal vez ninguno de ellos presenta el interés del crucero de la fragata La Argentina, al mando del capitán don Hipólito Bou-

---

(2) Desde 1816 reconocía esto mismo el Gobierno español en el real decreto de 8 de febrero de 1816, publicado en la *Gaceta de Madrid* de 13 de febrero del mismo año, que dice entre otras cosas: «Son ya muy graves y dilatados los perjuicios y daños que causan al Estado en general y á todos mis vasallos en particular los buques armados por los insurgentes ó rebeldes de mis dominios de América en todos aquellos mares, interceptando la navegación y el comercio, impidiendo el trato frecuente y estrecho que conviene á unos y otros, introduciendo armas y municiones en los puntos en que continúa el fuego de la rebelión, desobedeciendo á mi soberana voluntad. Tal situación y tan crecido mal interesan mucho mi soberana atención, para aplicarle todos los remedios que sean posibles ó imaginables.» En carta reservada del ministro Lardizábal (firmante del anterior decreto), y que fué interceptada en Cartagena, decía con fecha 26 de abril de 1815: «Nuestro Estado miserable no permite enviar más que un navío y una fragata». Véanse el número 58 de la *Prensa Argentina* en 1815, y el número 78 de la *Gaceta de Buenos Aires* del mismo año.

(3) Memorial de Chayter (M. S.)—Noticias del coronel Seguí. —Véase el número 22 de la *Crónica Argentina* de 1816.—Archivo de la Junta de Buenos Aires. (M. S.)

(4) *Memorial* citado.—Informe de la Comisión de peticiones de la Junta de Buenos Aires en 1825. (M. S.)

(5) *Memorándum* del almirante Brown, publicado en la *Revista del Plata* de 1854.—Defensa del almirante Brown ante el consejo de guerra por el coronel Rolón. (M. S.)

chard, más conocido entre nosotros con el nombre del capitán Buchardo.

Los mares de la India y el Pacífico fueron su teatro de acción, dominando en ellos la Polinesia, la Malasia y las costas de California y Centro América; destruyendo el comercio español en Filipinas, y después de recios combates, largos trabajos y proezas dignos de memoria, dando la vuelta al mundo desde las costas argentinas, doblando el Cabo de Buena Esperanza, hasta las de Chile, atravesando los mares de la Oceanía.

Los célebres marinos ingleses Hawkins, Drake, Candish, Dampier y Anson, que haciendo el oficio de corsarios por cuenta de la Gran Bretaña, cruzaron esos mismos mares y hostilizaron esas mismas costas, no realizaron en ellos hazañas mucho más grandes, ni consiguieron para su patria mayores ventajas que las que realizó y produjo el obscuro crucero de La Argentina. Aquellos grandes navegadores y guerreros representaban, sin embargo, el poder moral de la primera potencia marítima, ante cuya bandera temblaba el mundo; y contaron en sus expediciones con mayores medios de acción contra un enemigo relativamente más débil. Asimismo, la Inglaterra, tan rica de glorias marítimas, les ha consagrado por esos hechos páginas inmortales, inscribiendo su nombre en el catálogo de sus héroes. (6) ¡Nosotros apenas conocemos por tradición el nombre del intrépido capitán Buchardo, el primero y el último que hizo dar triunfalmente la vuelta al mundo á nuestra bandera, y el único que hasta hoy haya llevado tan lejos nuestras armas, haciendo pronunciar el nombre de la República

(6) V. The Famous voyage of sir Francis Drake inte the south sea. Lond. 1600.—A voyage in the years 1740 to 1745, by Georges Anson. Lond. 1748.—Dampier's voyages.—Neptune Heroes of the Sea Kings of England. Lond. 1359.—La Col. de Burney y otros.

Argentina en los más remotos mares por la ardiente boca de sus cañones!

Estas consideraciones nos han estimulado á escribir estos breves recuerdos marítimos, de una rigurosa exactitud histórica, fundados en los documentos siguientes:

1.° Diarios de navegación del comandante Bouchard, cuyo resumen se encuentra en sus partes oficiales publicados en 1819 en un folleto que hizo imprimir su armador.

2.° «Memoria» manuscrita del capitán José María Piris, comandante de la infantería de La Argentina en su crucero, cuyo original poseemos en nuestro archivo (MS).

3.° Correspondencia oficial del diputado de las Provincias Unidas del Río de la Plata en Chile (general Guido), durante el año 1819 en que terminó el crucero, la cual se encuentra íntegra en el archivo diplomático del Gobierno (MS).

4.° Noticia sobre el coronel Espora, escrita por un amigo suyo (don Agustín Wright), publicada con motivo de su muerte.

5.° Memorándum del almirante Brown por lo que respecta al primer corso del Pacífico, 1815 y 1816.

6.° Memorial de Chayter por lo que respecta á él, y referencias á Taylor (M. S.)

7.° Viajes del capitán Lafond por lo que respecta á algunas incidencias en la Oceanía.

8.° Documentos del archivo general de Buenos Aires sobre armamento de corsarios (MS).

9.° Las obras, periódicos de la época y documentos sueltos, tanto impresos como manuscritos, que se citan en su lugar; así como las noticias verbales comunicadas por algunos testigos presenciales y contemporáneos.

II

La Argentina, cuyo estrecho puente fué el teatro de los sucesos que vamos á narrar, había pertenecido á la marina española en calidad de transporte, con el nombre de Consecuencia, á que no fué fiel bajo su primitiva bandera.

El modo cómo pasó á poder de los patriotas, y se enarboló en ella el pabellón argentino, está ligado al nombre del héroe de estos recuerdos.

En 1815 el capitán Buchardo zarpó del puerto de Buenos Aires al mando de la corbeta Halcón, armada en guerra, con destino al mar Pacífico, acompañada de otro buque equipado por los emigrados chilenos. Las instrucciones del Directorio ordenaban á Buchardo ponerse con estos dos buques á las órdenes del comodoro Brown, luego que éste apareciese en aquellas aguas (7) con la expedición que debía establecer el memorable crucero, que tanto ha contribuido á hacer más popular su nombre, realzando las cualidades de su genio emprendedor y aventurero.

La guarnición del Halcón era casi en su totalidad compuesta de argentinos y chilenos voluntarios. Los primeros habían sido reclutados en los tercios cívicos de Buenos Aires, (8) y los segundos pertenecían á los

---

(7) *Memorándum* de Brown. *Revista Independiente* de *Lima* en 1854.—«Independencia de Chile» por Barros Arana y «Reconquista Española» por Amunátegui. — Comunicación de Walker Davies Chitty, capitán de la Hércules, al director supremo de las Provincias Unidas, en que hace desde Londres la relación del crucero. (M. S.)

(8) Informe del oficial de patricios don Juan Lafaya, que hizo parte de la expedición, fecha 7 de noviembre de 1816. (M. S.)

emigrados que á consecuencia de la derrota de Rancagua habían pasado la cordillera el año anterior. El jefe de armas del buque era el entonces capitán don Ramón Freyre, tan célebre después en la historia de su patria. (9)

La flotilla de Brown se componía de la corbeta Hércules, que le había sido adjudicada en premio de sus gloriosos servicios, y del bergantín del Estado Trinidad, armados y tripulados ambos por el gobierno de las Provincias Unidas. Al doblar el cabo de Hornos, la Hércules, sorprendida por una tempestad frente á la isla Madre de Dios, tuvo que refugiarse en el estrecho de Magallanes, siendo arrojada sobre las rocas y salvando del naufragio con rumbo abierto. (10)

El buque que acompañaba al Halcón naufragó á la altura del Cabo, sucumbiendo el ardiente tribuno chileno Uribe, que, no obstante su carácter sacerdotal, había tomado su mando.

Al fin de tantos contratiempos los buques de la expedición se reunieron en la árida isla de Mocha, famosa en los anales de la navegación por haber sido en los siglos XVI, XVII y XVIII el punto de reunión y de descanso de los holandeses, ingleses, franceses y filibusteros, que hicieron del mar Pacífico el teatro de sus hazañas y depredaciones.

Puestos de acuerdo Brown y Buchardo, los dos jefes del corso se dividieron como dos soberanos el imperio del mar Pacífico. Brown se dirigió á Juan Fernández con intento de dar libertad á los prisioneros patriotas que allí existían, y Buchardo, cruzando las

---

(9) «Biografía del general Freyre» por Barros Arana.—«Ostracismo de los Carrera» por Vicuña Makenna.—«Independencia de Chile» por Barros Arana.—«Reconquista Española» por Amunátegui.

(10) Comunicación de Chitty, ya citada. (M. S.)

costas de Chile y del Perú, estableció el bloqueo del Callao. Fué en esta ocasión cuando, al frente de las fortificaciones de este puerto, se apresó y tomó al abordaje la fragata Consecuencia que venía de España con un rico cargamento, trayendo á su bordo al gobernador de Guayaquil nombrado por el Rey. (10 1/2)

La Consecuencia, armada inmediatamente, pasó á formar parte de la escuadrilla republicana, y con ella y los otros tres buques salidos de Buenos Aires, reforzada con algunos botes armados, el almirante Brown y el capitán Buchardo atacaron por dos ocasiones consecutivas las baterías y la flotilla de cañoneras del Callao, realizando prodigios de valor, que aun cuando no fueron coronados por el éxito, causaron bastantes pérdidas y grande asombro en el enemigo. (11)

Desde este momento empezó á establecerse una rivalidad sorda entre Brown y Buchardo; pero debe decirse en su honor, que, aunque uno decía del otro que debía ser colgado de una verga, en los momentos de peligro obraban con decisión contra el enemigo común, haciendo honor á la bandera que los cubría. (12)

Así, divididos por el encono, aunque unidos por el interés del corso y la decisión por la causa americana, concertaron un ataque sobre la ciudad de Guayaquil, á cuyo puerto se dirigieron. Allí, mientras el almirante Brown penetró atrevidamente á la ría con un solo buque, batiéndose con las baterías de la ciudad, la

---

(10 1/2) «Relación de Abascal».—«Memoria para la historia de las armas españolas en el Perú» por García Camba.—*Revista Independiente* ya citada.—*Memorándum* de Brown.—«Reconquista Española» (de Chile) por los Amunátegui, 1851, que es la relación más detallada.

(11) Relación del Gobierno al marqués de la Concordia («virrey Abascal»).—Brown, Camba, Barros Arana, Rel. ms. de Chitty, etc.

(12) *Revista Independiente.—Memorándum*, etc. Diario posterior de Buchardo.

guarnición del Halcón efectuó un desembarco, apoderándose por asalto y á la bayoneta de la fortaleza de la Punta de Piedras que guarda la entrada, la que estaba artillada con 12 piezas de á 24 y 28. (12 1/2) El voluntario del tercio de Patricios de Buenos Aires Carlos Martínez, natural de esta ciudad, fué el primero que escaló la muralla, haciéndose dueño de la bandera que flotaba en lo alto de ella. (13)

Malogrado el ataque por parte de Brown, y tomado éste prisionero con toda su tripulación, después de temerarias hazañas que rayan en lo novelesco, el capitán Buchardo, con el resto de la flotilla, consiguió rescatarlo, intentando un nuevo ataque sobre la ciudad, al que se siguió un tratado que, restituyendo la libertad al comodoro y demás prisioneros, dejó bien puesto el honor de la bandera argentina con gran utilidad pecuniaria para los armadores del corso.

Después de este notable hecho de armas estalló abiertamente la división entre Brown y Buchardo. Estos dos héroes aventureros, que no obstante juzgarse recíprocamente dignos de la horca, se admiraban como guerreros, se apoyaban en el peligro y se auxiliaban en los contrastes, convinieron por fin en separarse de común acuerdo, repartiéndose el botín del corso, que era una de las causas de la división. Así se efectuó en una de las islas de Galápagos, tocando en suerte á Brown el Halcón, que mandaba Buchardo, y á éste la fragata Consecuencia, apresada por él al frente del Callao. (14)

(12 1/2) Este es el número y calibre que le asigna Rolón en su ya citada defensa. Lafaya en su informe dice: «La fortaleza de Punta Piedras, montada de 16 piezas de grueso calibre.» (MSS.)

(13) Oficio del coronel de los Tercios de Patricios, don Blas José Pico, reclamando la bandera como propiedad del cuerpo. (M. S. de 23 de enero de 1817.)

(14) Obras ya citadas.—*Memorándum*.—Corr. de Chitty.

Buchardo izó su bandera en la Consecuencia, y nombrando jefe de armas de ella al capitán Freire, se dirigió con sus antiguos voluntarios á Buenos Aires, á donde llegó á mediados de 1816.

Cambiado el nombre de Consecuencia en el de La Argentina, se hizo su armador el doctor don Vicente Anastasio Echevarría, que, no satisfecho con la actividad del foro y de la vida revolucionaria en que era actor, quiso correr, por vía de apoderado, como el bachiller Enciso con Ojeda, las peligrosas aventuras de la mar, embarcando valientemente en la fragata, con la bandera y los cañones de la Patria, (15) una gran parte de su fortuna, y encomendando su honor y su guarda al capitán Buchardo, en quien su sagacidad adivinó un héroe aventurero. (16)

Al finalizar el mes de junio de 1817 se hallaba La Argentina en disposición de ir á establecer un crucero en los mares del Asia, donde nunca había flameado la bandera argentina. La fragata era de porte de 677 toneladas, tenía sus dos baterías, era de buen andar y de construcción sólida, á propósito para una navegación de largo curso. Su armamento consistía en 42 cañones de á 8 y 12, divididos en batería alta y baja, de

---

(15) El artículo 4.° del decreto de 1816, sobre el corso, decía: «Se proporcionarán de los almacenes del Estado los cañones, fusiles, pólvora, municiones, que faltasen á los armadores». En el archivo de Buenos Aires existe la relación del armamento y municiones con que fué auxiliada La Argentina á pedido de Echevarría: de ella y de la patente de corso (M. S.) hemos tomado el tonelaje, el calibre y el número de los cañones.

(16) Relación del Dr. Echevarría en 1819, en que dice: «Cuando me resolví darle el mando de la fragata, estaba muy al alcance de su aptitud, y cuando, antes de salir del río llegaron á mis oidos especies contrarias al juicio que yo me había formado sobre ese particular, no me causaron otro efecto que penetrarme del concepto de que la envidia y la maledicencia están siempre de acuerdo para hostilizar al mérito.»

los cuales cuatro cañones montados en bodega, siendo dos de éstos de desembarco. (17)

Montaban la fragata como 250 hombres, en gran parte argentinos, aunque había marinos de todas las nacionalidades de Europa y América.

La infantería, reclutada toda ella en Buenos Aires, en número de 125 hombres, la mandaba el capitán don José María Piris, natural de Montevideo.

Don Tomás Espora, que después ha inmortalizado su nombre en las guerras marítimas de la República Argentina, de la cual era digno hijo, formaba parte de aquella expedición en calidad de aspirante, á la edad de 19 años escasos. (18)

El teniente Nathan Somers, animoso marino inglés que había reclutado una parte de la tripulación inglesa, era el capitán de bandera.

El primer teniente, William Shipsi, era un bravo y experimentado oficial que había servido en la marina inglesa.

Los oficiales Daniel Oliver, Pedro Cornet, John van Burgen, Luis Greyssac, Juan Harris, Miguel Borges, Carlos Douglas y Jorge Míller, completaban el estado mayor; acompañando á Buchardo en calidad de pilotines los dos hermanos de su esposa, Agustín y Cayetano Merlo, cuya familia ha dado nombre á uno de nuestros nacientes pueblos. (19)

En la víspera de la partida, y al toque de silencio, estalló á bordo de la fragata una sublevación encabezada por los marinos de distintas nacionalidades, estimulados por los licores. Fué sofocada por la infan-

---

(17) Noticias comunicadas por el coronel Seguí y por el grumete de La Argentina, don Julián Manrique, posteriormente oficial de la guardia nacional de Buenos Aires, que se embarcó de edad de 15 años en La Argentina.

(18) Biografía de Espora, por don Agustín Wright.

(19) Relaciones de los viajes de La Argentina, 1819.

tería argentina, dirigida por el teniente Somers, trabándose en la batería del entrepuente una sangrienta refriega, de la que resultaron dos muertos y cuatro heridos. Los muertos fueron arrojados al agua y los heridos transbordados á la fragata de guerra inglesa, la Andrómaca, que á la sazón se hallaba en el puerto. (20)

En la madrugada del día siguiente, 27 de junio de 1817, La Argentina enarboló la bandera, (21) salpicada por estreno con la sangre de sus propios defensores. Inmediatamente se disparó el cañonazo de leva, la fragata desplegó majestuosamente sus velas, y al grito de ¡ viva la Patria !, que repitió toda la tripulación desde lo alto de las vergas hasta el fondo del entrepuente, zarpó de balizas exteriores. De allí se dirigió al surgidero de la Ensenada de Barragán, donde se detuvo algunos días, (22) y el 9 de julio siguió viaje para las islas de Madagascar, en procura de los navíos de la compañía de Filipinas. Precisamente en ese día se celebraba en la República el primer aniversario de la declaratoria de la Independencia argentina, en cuyo nombre y en cuyo interés había sido armada aquella nave, que iba á notificarla á las más remotas playas del mundo, y á pueblos que jamás habían oído pronunciar su nombre. (23)

Veinte días después, navegando la fragata en la alta

---

(20) Noticias de Manrique—Doc. del archivo de Buenos Aires, de fecha 26 de junio de 1817. (MS.)

(21) Nota de Buchardo del 10 de febrero de 1819.

(22) Memoria *(manuscrita)* del capitán Piris.

(23) En el preámbulo del decreto de 18 de noviembre de 1819, dice: «He resuelto dar la extensión conveniente á las hostilidades en la mar, y hacer más expectables los perjuicios que el rey Fernando VII en su decreto de 8 de febrero del año corriente, confiesa haberse inferido contra sus vasallos por esta clase de guerra (el corso), sosteniéndola vigorosamente mientras que la España no reconozca la Independencia proclamada por el congreso soberano del Estado.»

mar del trópico de Cáncer con rumbo al septentrión, una luz rojiza iluminó súbitamente el entrepuente en medio de la noche. El buque se incendiaba. Toda la tripulación acudió presurosa á apagar el fuego, que al fin fué dominado, no sin gran trabajo y algunos estragos.

Así empezó este crucero famoso, entre la sangre de una sublevación y el fuego de un incendio, que nada feliz auguraba para lo futuro, y que debía agregar uno de sus más brillantes y novelescos episodios á los fastos navales de la República Argentina.

III

El capitán Buchardo, á cuya dirección iba fiada La Argentina y su fortuna, reunía en sí, física y moralmente, las cualidades y los defectos de un héroe aventurero.

Al emprender su viaje, en 1817, hallábase en todo el vigor de la juventud, pues sólo contaba entonces poco más de 33 años. (24) De estatura elevada, formas atléticas y sólidamente constituido, podía desafiar impunemente la fatiga. De tez morena, cabello obscuro y recio, y ojos negros, rasgados, penetrantes y duros, todo revelaba en él un temperamento ardiente. Una expresión de energía, más bien fría que serena, que como la inquietud del mar, hacía presentir las borrascas de una naturaleza que se contenía, era el carácter distintivo de su fisonomía regular y simpática. Mar-

(24) Foja de servicios (M. S.). Este documento, firmado por el coronel don Juan Ramón Rozas, lleva la fecha de 17 de mayo de 1814, y en él se le anotan 29 años.

chaba siempre erguido, con su cabeza abultada echada hacia atrás, mostrando en sus ademanes resueltos la voluntad deliberada de un hombre de acción y el aplomo del hombre de mando. Vigilante, sobrio, habitualmente bondadoso, de una imaginación fogosa y vagabunda, á la par que de una prudencia fría, abrigando en su alma el entusiasmo por su patria adoptiva y el anhelo de la riqueza, era el hombre á propósito para mandar aquella reunión de hombres mancomunados por los mismos intereses y pasiones, á los que él servía de centro y de vínculo, subordinándolos al doble objeto que el jefe debía tener en vista. (25)

Era Buchardo natural de Saint-Tropez (Francia), y criado en un puerto de mar. Su primer ejercicio habían sido la navegación y el comercio. Hallábase en Buenos Aires al estallar la revolución del 25 de Mayo. El año 10 había formado parte de la primera escuadrilla que armó el Gobierno Revolucionario á las órdenes de don Juan B. Azopardo. Mandando el bergantín 25 de Mayo, que era el buque de más fuerza, se halló el año 11 en el combate naval frente á San Nicolás de los Arroyos, donde fué destruida completamente la reputación militar de Buchardo, pues su comportación en aquella ocasión estuvo muy lejos de hacer presentir un héroe. (26) Buscando rehabilitación ú obedeciendo á los instintos de su genio aventurero, quiso hacer la guerra en tierra firme, ya que en las aguas había sido tan poco feliz, y se alistó en 1812 en el famoso regimiento de Granaderos á caballo que organizaba San Martín. A sus órdenes se halló el año 13 en el combate

---

(25) Informes del coronel Seguí y del teniente Manrique.

(26) Parte del combate de San Nicolás, publicado por la *Gaceta de Buenos Aires* de 1181.—Idem de Romarate, publicado en la *Gaceta de Montevideo* del mismo año.—Memorial de don Juan Bautista Azopardo. Foja de servicios. (MSS.)

de San Lorenzo, tocándole la fortuna de arrebatar de manos del enemigo la bandera española, que fué el trofeo de aquella jornada, aunque algunos le disputen esta gloria, que, sin embargo, se funda en el testimonio del mismo general San Martín. (27)

Habiendo reconquistado á caballo la fama que había perdido montando un buque de guerra, el jinete volvió á convertirse en marino, y combinando el amor de la libertad con la guerra, el comercio y las aventuras marítimas, se hizo armador y corsario, y en esta calidad lo hemos visto mandando la corbeta Halcón en su crucero del Pacífico, siguiéndole ahora en su atrevida expedición á los mares de la India, que debía poner á prueba su constancia, realzando sus notables cualidades de mando, á la vez que dando ocupación á su imaginación fecunda y alimento á su carácter emprendedor y fogoso.

Cuarenta días después de la partida de la Ensenada de Barragán navegaba La Argentina en el mar de las Indias, siguiendo la prolongación de las costas del Africa, y el 4 de septiembre dió fondo en el puerto de Tamatava, isla de Madagascar.

Para honor de la bandera argentina, su aparición en aquellas aguas fué señalada por un triunfo de la libertad humana, en cuyo nombre había sido enarbolada por las Provincias Unidas. Hallábanse á la sazón en aquel puerto cuatro buques ingleses y franceses ocupados en cargar esclavos comprados en la isla, y requerido por un comisario inglés para que impidiese aquel inhumano tráfico, el capitán Buchardo, poniendo sus

---

(27) Parte del combate de San Lorenzo, publicado en el número 44 de la *Gaceta Ministerial* de 1813, donde se lee lo siguiente: «Pongo en manos de V. E. una bandera que la arrancó con la vida al abanderado el valiente oficial don Hipólito Buchardo».—La foja de servicios lo confirma. (M. S.)

cañones al servicio de la humanidad esclavizada, y consecuente con la inmortal declaración de la asamblea argentina del año XIII, impidió que se consumase aquella iniquidad. Por el espacio de diez días se mantuvo en el puerto vigilando á los traficantes de carne humana, hasta que fué relevado en tan noble objeto por la corbeta Combay, de S. M. B., cuyo jefe le dió las gracias en nombre de la civilización. (28)

Inaugurado así el crucero, se dirigió la fragata hacia las costas de Bengala, en procura siempre de las naves de la compañía de Filipinas; pero los corsarios americanos habían hostilizado tan eficazmente al comercio y á la marina de la madre patria, que hacía más de tres años que no se veía una sola vela española en aquellas aguas, que en otro tiempo había dominado.

En consecuencia, se dirigió á la isla de Java, pasando por el estrecho de Sonda, y en su travesía bajo aquellas ardientes latitudes, la enfermedad, el mayor enemigo del hombre en las largas navegaciones, atacó seriamente á la tripulación, al extremo de no pasar un día sin que se arrojase algún cadáver al agua, y de tener en el hospital cerca de cien enfermos á la vez. «La expedición llegó á tal conflicto, dice Buchardo en »su diario, que sólo la constancia y el honor pudieron »superarlo.» (29)

Luchando con tan serios inconvenientes, llegó la expedición á la isla de la Cabeza de Java el día 7 de noviembre, donde fueron puestos en tierra todos los enfermos devorados por el escorbuto, alojándolos en tiendas de campaña. Al cabo de ocho días de cuidados, viendo que los enfermos no mejoraban, el cirujano aconsejó, como último remedio, que fuesen enterrados

(28) Relación de los viajes de La Argentina. 1819 *(folleto)*.
(29) Memoria manuscrita del capitán Piris.—Nota oficial de Buchardo.

vivos. En consecuencia, se abrieron en la playa fosas de cuatro pies de profundidad, donde, colocados los enfermos, eran cubiertos de tierra hasta el pescuezo, repitiéndose esta singular operación terapéutica por varias veces, hasta que sanaban ó morían, pues, según las candorosas palabras del redactor del diario, «los »pasados del mal murieron á la hora de estar enterra»dos, y los demás mejoraron.» (30)

Con más de cuarenta muertos y el resto en un estado de debilidad tal, que los artilleros no tenían fuerzas para manejar los cañones, dióse de nuevo á la vela la fragata, en procura siempre de velas españolas, que no aparecían en ningún punto del horizonte, siguiendo su derrotero por aquel vasto archipiélago, dominado entonces por los piratas malayos.

El 18 de noviembre dejó La Argentina la isla de Java y el 7 de diciembre se hallaba en medio del estrecho de Macassar, detenida por las desesperantes calmas del trópico. A las doce de aquel día el vigía señaló cinco embarcaciones bajas que aparecían en el horizonte. Poco después se vió que eran cinco proas, buques piratas de vela y remo, que llevaban sus dos proas armadas con cañones, de donde les viene su nombre. En medio de la calma avanzaban á fuerza de remo, especialmente la mayor de ellas que traía diez remos por banda. Tomando sin duda á la fragata por un buque mercante, no tardó en dejar muy atrás á la flotilla pirata, abordándola por el costado de babor, fijando una bandera negra en señal de duelo á muerte.

La tripulación de La Argentina, aunque imposibilitada de hacer jugar su artillería, se había apercibido al combate al amago del peligro, y armada de fusiles, sables, pistolas y picas de abordaje, rechazó

---

(30) Relación de los viajes de La Argentina.

con vigor el inopinado ataque de los piratas, que hasta aquel momento se habían mantenido emboscados bajo un tejido de paja que cubría la embarcación.

El teniente Somers, que tenía el coraje ardiente de la sangre, se lanzó espada en mano sobre la proa, seguido por un destacamento de marinos armados de pistolas y machetes de abordaje, mientras la infantería hacía fuego desde la batería alta. En la refriega cuerpo á cuerpo que se siguió, fueron gravemente heridos siete hombres de La Argentina, entre ellos el contramaestre y los tenientes Somers y Greyssac, que no por eso dejaron de combatir al frente de los suyos. (31)

Pero oigamos la relación de Buchardo, que nadie describe mejor los combates que los mismos actores, dándoles el sangriento colorido de la verdad.

«A la hora y media de fuego y del golpe de las ar»mas, dice Buchardo en su diario, el capitán de la »proa, viendo frustrados sus designios, se dió dos pu»ñaladas y se arrojó al agua. Lo mismo hicieron otros »cinco, y el resto de la tripulación se defendió muy po»co tiempo después, desmayada sin duda por la deses»peración de su jefe y de los que le siguieron, no me»nos que por la multitud de muertos y heridos que »tenían sobre cubierta, y cuyos gritos debían cons»ternarlos.» (32)

Posesionados los vencedores de la proa, encontraron en ella cuarenta y dos hombres vivos y como otros tantos muertos y heridos. Los piratas prisioneros, animados de una ferocidad salvaje, intentaron substraerse á su suerte, aun después de rendidos, atentando contra sus vencedores ó siguiendo el ejemplo de su

(31) Testimonio de Manrique. Relación de los viajes, etc. Memoria de Piris. (MS.)

(32) Relación de los viajes de La Argentina, por Buchardo.

jefe; pero, amarrados todos ellos con cordeles, se entregaron á una sombría desesperación, clavando en el cielo los ardientes ojos que distinguen á la raza malaya.

Inmediatamente reunió Buchardo á su oficialidad en consejo de guerra, en el entrepuente, y considerando que hacía poco que los piratas habían tomado un buque portugués, asesinando toda su gente, pronunció la sentencia de que los prisioneros debían ser tratados como tales piratas. Pronunciada la sentencia, bajaron un oficial y dos carpinteros armados de hacha á la proa. Extraídos de ella los prisioneros más jóvenes, hasta el número de veinticuatro, los palos fueron derribados, la batería alta hizo fuego, y la embarcación se sumergió á los gritos de *¡Alá! ¡Alá!* que repetía en coro el resto de su tripulación condenada al sacrificio. (33)

Las otras cuatro proas, que no se habían puesto dentro del tiro de cañón, huyeron á todo remo y se perdieron luego en el horizonte.

Así es cómo aquella embarcación, que había salido á cruzar los mares en busca de tesoros y buques españoles, se ensayaba en su crucero, alcanzando dos victorias benéficas para la humanidad: primero sobre los traficantes de carne humana que violaban las leyes de Dios, y, luego, haciendo una terrible justicia en medio de la soledad de los mares, castigando á los que violaban las leyes de los hombres.

---

(33) Relación de los viajes, etc. Memoria de Piris. Testimonio de Manrique.

IV

Siete meses después de su salida, al empezar el año 1818, se hallaba La Argentina navegando en el mar de Cebeles. Después de refrescar sus víveres en el archipiélago que media entre Borneo y Mindanao, el 7 de enero puso la proa á Filipinas dirigiéndose á la isla de Luzón, base y centro del poder colonial de la España en la Malasia.

El 31 de enero estableció Buchardo su crucero sobre la isla de Luzón, dominando desde luego el puerto y el estrecho de Manila, como dueño y señor de aquellas aguas, donde años antes el almirante Anson se había cubierto de gloria y oro mandando el Centurión. (34)

La situación de La Argentina no dejaba por esto de ser muy peligrosa. Hallábanse en el puerto de Manila dos navíos de la compañía de Filipinas, el San Fernando y el Rosel, y una corbeta de guerra española, á lo que debe agregarse una flotilla de faluchos armados de dos cañones cada uno, que hacían el servicio de guardacostas. Todo esto, unido á los recursos militares que podía suministrar la capital de la colonia, hacía posible que los españoles intentasen un ataque sobre el corsario argentino. Así dice Buchardo: «Hallándose »los enemigos con fuerzas tan superiores, yo esperaba »un ataque. Vivía con precaución, pero sin temor. La »resolución de los argentinos era decidida por el »triunfo ó la muerte, á pesar de la poca gente que me »había quedado.» (35)

---

(34) V. viajes del almirante Anson, etc.
(35) Buchardo, rélación de los viajes de La Argentina.

Los españoles no intentaron, sin embargo, ninguna hostilidad para levantar el bloqueo, y se limitaron á desarmar sus buques, asegurándolos dentro del puerto, bajo los fuegos de sus baterías, prohibiendo la salida de todo buque mercante.

El bloqueo fué mantenido por dos meses consecutivos, hasta el 31 de marzo de 1818, apresando en este tiempo dieciséis buques mercantes con bandera española, cargados de productos coloniales, todos los cuales fueron inmediatamente echados á pique á la vista del puerto de Manila.

Dominado el estrecho de Manila, y reducida la guarnición de Luzón á vivir de arroz y agua, resolvió Buchardo trasladar su crucero al norte de la isla, en el canal de los Galeones.

El 9 de abril, navegando la fragata en aquellas aguas, se avistó un bergantín con bandera española, procedente de las islas Marianas, y al parecer armado en guerra. Era sólo un buque mercante con dos cañones y con gente armada á su bordo.

En el momento de avistarse los dos buques, reinaba una profunda calma. El bergantín en el acto en que vió la fragata, cuya fama se había extendido por todo el archipiélago, viró de bordo, y echando sus embarcaciones menores al agua, se hizo remolcar por ellas, procurando ganar el bajo fondo de la costa, donde no podía ser perseguido por el corsario. Gracias á esta maniobra pudo salvarse en el puerto de Santa Cruz, cuya población se armó para apoyarlo.

No por esto renunció Buchardo á la empresa de apoderarse de él.

Hizo armar tres botes con un pedrero y varios esmeriles cada uno de ellos, confiando el mando del primero al teniente von Burgen, el del segundo á Greyssac, y al valiente Somers el del tercero y la dirección

de la operación. Somers, que montaba el bote mejor armado, y tripulado por veinte hombres, se adelantó imprudentemente sobre el bergantín, y antes de poder ofenderlo con su pequeña artillería, empezó á sufrir el fuego de sus cañones de superior calibre. No obstante esta desventaja, continuó avanzando hasta el costado del buque enemigo, dejando muy atrás el resto de la flotilla, empeñándose en tomarlo al abordaje. Rechazados los asaltantes por el fuego de mosquetería y las picas de abordaje de los del bergantín, en la confusión se cargaron sobre uno de los costados del bote, que con el peso zozobró. Reducidos los marinos argentinos á defender su vida contra las olas, hallándose heridos una parte de ellos, fueron cobardemente asesinados á lanzazos los que intentaron buscar su salvación al costado de sus enemigos. Así pereció el teniente Somers y catorce de sus compañeros, consiguiendo salvarse á nado tan sólo cinco, que fueron recogidos por los otros botes. Uno de los náufragos se hallaba atravesado de un lanzazo, y al poner el pie sobre el puente de la fragata, expiró en brazos de sus compañeros de armas. (36)

A vista de aquel espectáculo trágico, en presencia de la bárbara conducta de los del bergantín, y llorando la muerte de su valiente capitán de bandera, en quien perdía su brazo derecho, se encendieron las nobles iras de Buchardo, que resolvió á todo trance apoderarse del buque enemigo.

En consecuencia, se dirigió con tal propósito á un puerto distante seis leguas, donde, tomando una goletilla de poco calado, á propósito para navegar en aquellos bajos fondos, y armándola con una carronada de á doce y cuatro pedreros, puso á su bordo 35 hom-

---

(36) Memoria (MS.) de Pirís.—Nota de Buchardo.

bres de tripulación, confiando su mando al teniente Greyssac, Crecay, como le llama él en su diario de viaje.

En la madrugada del 10 de abril se separó la goletilla del costado de la fragata, y en la tarde del mismo día penetró resueltamente en el puerto de Santa Cruz, en cuya ribera se veían como 200 hombres armados, entre tropas y paisanos, que con un cañón de á 4 en batería, apoyaban al bergantín. No obstante esos preparativos, que hacían presentir una resistencia vigorosa, el bergantín fué abandonado al amago del ataque, trabándose en el acto un cañoneo con los de tierra, de que resultó la completa derrota de los del puerto, que huyeron dejando en el campo su artillería y algunos muertos y heridos. Después de este pequeño triunfo, el bergantín fué sacado sin dificultad del puerto. Armado ligeramente y puesto á su bordo una corta guarnición argentina con algunos marinos, fué destinado á reforzar el crucero. Pero esta presa, lejos de ser de alguna utilidad para el corso de La Argentina, debía ser causa de que se debilitase más aún, como se verá. (37)

Habiéndose apresado al norte de Luzón una goleta con caudales y ricamente cargada por cuenta del Rey de España, que se dirigía á la isla de los Batanes, y enviado á su bordo una guarnición de ocho marineros y un oficial, apenas se habían trasladado los prisioneros de la fragata, sopló una furiosa brisa del NE. que la separó de los demás buques.

Dos días se mantuvo á la vista la goleta, en medio de un recio temporal, que impedía comunicarse á ambos buques: al tercero no se le volvió á ver más. El cuarto día volvió á avistarse el bergantín tomado en

(37) Memoria (MS.) de Piris.—Relación de los viajes de La Argentina.

Santa Cruz, que durante ocho días había luchado con las tempestades. Ambos buques navegaron en conserva hasta el 6 de mayo, en cuyo día también se perdió de vista para siempre.

El 8 entró la fragata al puerto de San Ildefonso, para donde se había dado cita al bergantín. En vano lo esperó Buchardo por espacio de quince días: ni el bergantín ni la goleta volvieron á reunírsele, y así se perdió la presa más valiosa del crucero, el buque con que contaba aumentar su poder marítimo y una no pequeña parte de su guarnición, que en el estado en que se hallaba, lo dejaba sumamente debilitado.

A pesar de estos contratiempos, el ánimo del capitán Buchardo no desmayaba.

Noticioso de que hacía más de tres años que las comunicaciones entre Filipinas y Acapulco y San Blas se hallaban totalmente interrumpidas, pues á tal impotencia se hallaba reducida la marina española, que no podía proteger el comercio de sus mismas posesiones, resolvió abandonar el crucero del archipiélago, dirigiéndose á Cantón, en donde debían hallarse algunos buques despachados por la compañía de Filipinas.

El 21 de mayo puso la proa en aquella dirección y luchando con recios temporales siguió hasta la latitud 40 y 41 Norte. A esta altura empezaron á escasear los víveres y los enfermos convalecientes volvieron á recaer, acrecentándose la mortalidad al punto de haber día de arrojar tres cadáveres al agua.

En consecuencia, desistiendo de su viaje á las costas de la China, resolvió dirigirse á las islas de Sandwich. Allí debían tener lugar las más singulares aventuras de esta odisea, precursoras de otras hazañas extraordinarias que coronarían dignamente tan nobles y largas fatigas.

V

El 17 de agosto de 1818 llegó La Argentina al archipiélago de Sandwich, que el comandante de la infantería argentina llama en su memoria de «San Duche».

Hacía treinta años que reinaba en aquellas islas el célebre Kameha-Meha, apellidado Pedro el Grande de la Mar del Sur, á quien Vancouver había conocido á fines del siglo pasado. (38) Este Soberano famoso, que reunía á las cualidades del guerrero la inteligencia del hombre de Estado en una sociedad rudimentaria, había encontrado aquellas comarcas en el estado salvaje entregadas á prácticas bárbaras y sangrientas, y divididas y tiranizadas por reyezuelos independientes. El, por medio de las armas y la persuasión, formó de todas las islas una sola nación, reformó su código religioso, suavizó sus costumbres, organizó su ejército, abrió las puertas á la civilización europea sin abjurar de sus creencias ni chocar con las ideas nacionales, y prudente á la par que enérgico, se hizo reverenciar de los suyos, haciéndose respetar de los extranjeros que llegaban á sus playas. (39)

Este famoso soberano fué el primero que reconoció ante el mundo la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, como se verá más adelante.

---

(38) «Viaje de descubrimientos en el Océano Pacífico, etc., de 1790 á 1795». Londres 1798.—«Viaje de Kotzbue».—Puede verse el retrato de este célebre Rey, ejecutado por el dibujante de la expedición rusa de Kotzbue, en el «Viaje pintoresco», de Dumont de D'Urville.

(39) Capitán Lafond, *Mers du Sur*, etc. París, 1844.

El 18 dió fondo la fragata en la bahía de Karakakowa, capital del reino, situada en la isla de Hawai, donde pereció el célebre capitán Cook, que tuvo la gloria de volver á encontrar aquel archipiélago perdido para la civilización donde debía encontrar también su gloriosa tumba aquel genio benéfico de la Oceanía.

Hallábase en aquel puerto un buque de guerra desmantelado, con 18 portas vacías y sus correspondientes cañones y demás pertrechos de guerra amontonados en la playa. Aquel buque era la corbeta Santa Rosa, más conocida con el nombre de Chacabuco, que después mantuvo con honor. Esta corbeta, armada en corso con la bandera argentina, y cuya tripulación se había sublevado no hacía mucho, cometiendo actos de piratería en las costas de Chile y el Perú, había sido vendida al Rey del archipiélago, por dos pipas de ron y seiscientos quintales de sándalo. Kameha-Meha, en su propósito de robustecer su poder, había aprovechado aquella oportunidad de aumentar su marina, permitiendo á una parte de los sublevados residir en las siete islas que le obedecían, habiendo los demás partido para Cantón, en un buque que fletaron para el efecto.

Noticioso Buchardo de este hecho, de que fué instruido por un buque neutral del que había extraído nueve de los sublevados y que al entrar á Karakakowa llevaba asegurados en la barra, tomó á pechos lavar aquella mancha de la bandera argentina, rescatando el buque y castigando á los criminales. La empresa no era muy fácil teniendo que tratar con un Soberano tan hábil y tan poderoso como Kameha-Meha, asesorado por varios norteamericanos que lo rodeaban.

Sin perder tiempo se dirigió Buchardo á la residencia del Rey, distante siete leguas al interior de la isla

de Hawai, que lo recibió con gran ceremonia, vestido con un brillante uniforme de capitán de la marina inglesa. Un norteamericano que hacía el oficio de secretario de Kameha-Meha, sirvió de intérprete para la conferencia.

Buchardo reclamó la Chacabuco como pertenencia de las Provincias Unidas, y los marineros que se hallaban aislados en la isla como reos de la Nación á que pertenecía aquel buque, para que según sus leyes fuesen juzgados y castigados ó absueltos. El Rey sostuvo su derecho de propiedad, alegando que él había comprado aquel buque, y que los marineros le habían ocasionado grandes erogaciones. Al cabo de una larga discusión, en que el secretario norteamericano se puso de parte del buen derecho, convino el Rey en entregar la corbeta con tal que le reembolsasen el valor del sándalo que había dado por ella, así como los marineros asilados, toda vez que se le indemnizase de los gastos que le habían ocasionado. Sobre esta base se firmó el 20 de agosto de 1818 entre Kameha-Meha por parte del reino de Sandwich y Buchardo en nombre de las Provincias Unidas del Río de la Plata, un tratado de «unión »para la paz, la guerra y el comercio, reconociendo el »Rey la Independencia argentina, obligándose á poner »á disposición de su Gobierno todo buque que llegase á »aquellas islas, como la Chacabuco, á suministrar los »auxilios que necesitase la fragata» incluso algunos naturales para aumentar su tripulación, además de los marineros asilados, que según noticias pasaban de setenta.

El capitán Buchardo, congratulando al Rey, le regaló una rica espada, sus propias charreteras de comandante y un sombrero, presentándole, á nombre de las Provincias Unidas del Río de la Plata, un despa-

cho de teniente coronel con un uniforme completo de su clase. (40)

Así pues, el reino de Sandwich fué la primera potencia que reconoció la Independencia del pueblo argentino.

Este triunfo diplomático del corsario, es una de las singularidades del memorable crucero de La Argentina, en que su comandante, en el espacio de dos años, desempeñó tan diversos papeles, libertando esclavos, castigando piratas, estableciendo bloqueos, dirigiendo combates, negociando tratados, y, como se le verá más adelante, asaltando fortificaciones, dominando ciudades, forzando puertos para ir á terminar su odisea ¡en una prisión!

Inmediatamente de entregar al Rey el valor estipulado, se recibió Buchardo de la Chacabuco y se ocupó con actividad de ponerla en estado de servicio, á fin de que pudiese acompañarlo en su corso, echando para el efecto mano del armamento de La Argentina. Al efecto comisionó á su segundo teniente don Pedro Cornet, confiándole al mismo tiempo el mando de la corbeta, quien en ocho días la dejó completamente lista para hacerse á la mar, enarbolando de nuevo en ella la bandera argentina, deshonrada por los sublevados en las aguas del Pacífico.

Buchardo, empero, no se consideraba satisfecho mientras no castigase á los criminales. En este sentido insistió tanto cerca del Rey, que éste, viéndolo al frente de un poder naval que no le era posible contrarrestar, y temeroso de alguna injusta agresión por su parte, le insinuó que siendo aquella isla escasa de víveres, se los haría proporcionar en la inmediata de Morotoi, donde le serían entregados los marineros asilados.

---

(40) Memoria (MS.) de Piris.—Rel. de Buchardo.—Noticias de Manrique.

En consecuencia de esto, la fragata y la corbeta navegando en conserva se dirigieron á la isla indicada el 6 de septiembre, llegando á ella el día 8, entregándosele allí los víveres ofrecidos y diecinueve hombres de los sublevados, que, según las palabras de Buchardo, «le costaron más caros que si los hubiese comprado como esclavos.»

De Morotoi dió la vela para la isla Wahoo, donde le fué entregado el resto de los asilados en los dominios de Kameha-Meha, quedando así fielmente cumplido el tratado que había ajustado con Buchardo.

Noticioso de que los cabezas del motín se habían refugiado en la isla de Atoy, que á la sazón era regida por un Rey independiente, despachó cerca de este Soberano, en calidad de embajador, al comandante de la infantería, don José María Piris, pues, como dice éste en su Memoria manuscrita, «era necesario que se »mandase una embajada á aquel Soberano, con las co»rrespondientes credenciales, para que no embarazase »la toma ó entrega de los piratas, y acepté la comisión »arrostrando los peligros más graves, estando veinti»trés días en la práctica de los medios convenientes »para la consecución del intento.» Como se ve, todos los oficiales de La Argentina se habían convertido en hábiles diplomáticos á imitación del jefe del crucero.

El 1.° de octubre fondearon los dos buques argentinos en el puerto de la isla de Atoy, donde se hallaba el capitán Piris, que les había precedido á bordo de una fragata norteamericana, cuyo cargamento hubo de causar la ruina de la expedición, como se verá después.

Allí encontró Buchardo asegurados á los cinco cabezas del motín de la Chacabuco, y puestos á disposición de Piris en el fuerte artillado con piezas de á 24 que defendía la entrada del puerto. Inmediatamente

se les sujetó á juicio, se reunió el consejo de guerra y por unanimidad fué condenado á muerte el más culpable de ellos, poniéndosele en capilla para ser fusilado al día siguiente.

En la noche el Rey de la isla dió escape al reo. Buchardo bajó á tierra á exigir su entrega, que le fué negada con altanería. Irritado Buchardo y resuelto á obrar con energía, se despidió del Rey diciéndole que él sería responsable de las resultas. El Rey le contestó con salvaje arrogancia: «Si las resultas se reducen á »balazos, por cada tiro de su buque responderé con 24 »de mi parte, pues para esto son los cañones que »tengo.»

Oigamos al mismo Buchardo en este trance:

«Comprometidos así la justicia y el honor del pabe»llón que tremolaba en mi buque, fué necesario ape»lar á la fuerza.

»Me reembarqué inmediatamente, dispuse la bate»ría de La Argentina, mandé enrojecer cincuenta ba»las, y di orden á la Santa Rosa ó Chacabuco para que »se dispusiese á combate, dando el costado á un ángu»lo del fuerte, y yo con el mío á otro, esperando la »resolución del Rey al vencimiento de las seis horas »que le había fijado en mi despedida.

»Sin embargo de su arrogante contestación, él entró »en cuidados, mandó un jefe para que observase mis »disposiciones, é instruido de ellas, me mandó un men»saje por medio de una canoa, asegurándome que á »las ocho del día siguiente tendría el reo á mi dispo»sición.

»Al acercarse la hora convenida me aproximé al »fuerte, maniobrando de manera que se comprendiese »que no eran vanas mis amenazas, si no se cumplía la »palabra dada. A la hora concertada me notició el »Rey que el reo estaba en el fuerte á mi disposición.

»Bajé á tierra inmediatamente con parte de la oficia-»lidad de ambos buques. Luego que fué entregado el »reo, se leyeron sus declaraciones, y él nada más »repuso, sino que todos eran cómplices como él. Se le »dieron dos horas de término para que se reconciliase »con el Todopoderoso, y, cumplidas, fué pasado por las »armas á las once del 6 de octubre.

»Concluida así una diligencia que contemplé de im-»portancia, para refrenar tan punibles atentados, me »hice á la vela el 25 del propio mes de octubre, diri-»giéndome á la costa de la Alta California, y el 22 de »noviembre fondeamos en la bahía de Monterrey, ca-»pital del golfo.» (41)

Aquí se abre otra escena más vasta, y aquí veremos realizarse los hechos más memorables del crucero.

VI

La expedición, compuesta de dos buques que reunidos podían hacer jugar 56 cañones, reforzada con 60 hombres de la primitiva tripulación de la Chacabuco y 30 naturales de la isla cedidos por nuestro aliado Kameha-Meha, se hallaba en estado de acometer empresas más atrevidas.

Buchardo, siguiendo el ejemplo de su predecesor sir Francis Drake, que ha dejado su nombre escrito en la geografía de California, se decidió á ir á establecer su crucero sobre las costas de Méjico por la parte del Pacífico, con el ánimo de hostilizar vigorosamente sus poblaciones, destruyendo en sus puertos los restos del poder naval de la España en América.

---

(41) Rel. de los viajes de La Argentina.

Con tal propósito dió la vela desde la isla de Morotoi (Sandwich) el 25 de octubre de 1818, dirigiéndose á las costas de la Alta California. El 22 de noviembre fondeó la expedición á la entrada de la bahía de San Carlos de Monterrey.

Al decidirse á iniciar sus operaciones por este punto, fué porque, siendo este pueblo la capital de la Nueva California, y teniendo á sus inmediaciones ricas minas, (43) era probable que se encontrasen en él algunos tesoros pertenecientes al Rey de España, y en su puerto algunas naves de guerra enemigas que hubiesen ido á refugiarse allí huyendo de la escuadra independiente mandada por el almirante Cochrane, terror entonces de aquellos mares. Otra circunstancia le decidió además á ello, y fué, que, según los informes que tenía, las baterías del puerto se hallaban desmanteladas, y la población sin medios eficaces de defensa. No era así, sin embargo. (44)

Se recordará que el capitán Piris se había trasladado á la isla Atoy en una fragata americana. El cargamento de este buque consistía en una docena de piezas de grueso calibre, que llevaba con el objeto de negociar con ellas. En una comida que dió á su bordo á la oficialidad de la expedición argentina, uno de los convidados dejó imprudentemente trascender el plan que ocupaba á su comandante. Inmediatamente se había dado á la vela la fragata americana, y dando la alarma en Monterrey, consiguió vender á buen precio la mercancía bélica.

El gobernador de Monterrey, impuesto del peligro, puso á la población sobre las armas, pidió refuerzos de tropas, al interior, rehabilitó las baterías artillándo-

---

(43) V. Humboldt. Ensayos sobre Nueva España.
(44) Noticias verbales de Manrique.

las con 18 piezas, y estableció á lo largo de la costa nuevas baterías provisionales para situar convenientemente la artillería volante de que podía disponer.

Así apercibidos al combate, esperaban los de Monterrey el ataque de los corsarios argentinos.

El plan de Buchardo era hacerse preceder por la Chacabuco con bandera americana, entrando él en seguida durante la noche con La Argentina; y después de informado por el comandante de aquélla del estado de defensa del puerto y de los recursos de que podía disponer para una resistencia, efectuar su desembarco y posesionarse de la población.

Tan prudente plan fué frustrado por varios accidentes.

Al entrar en la bahía sobrevino una gran calma. Eran las cinco de la tarde, y los buques de la expedición distaban aún como dos leguas del punto donde debía verificarse el desembarco. Echando, sin embargo, al agua sus embarcaciones menores y haciéndose remolcar por ellas, consiguieron alcanzar la boca del puerto.

Rechazada por las corrientes del puerto, la fragata tuvo que dar fondo en quince brazas de profundidad, y á distancia de dos millas de la población.

La corbeta, buque más ligero y de mejor corte, pudo penetrar en la noche al interior del puerto y echó sus anclas á tiro de pistola de la costa, á la sombra de un promontorio, cuya forma no pudo distinguirse en la obscuridad. Aquel promontorio era el fuerte que defendía la bahía con dos baterías en gradientes, con tiros fijantes sobre él.

En esta disposición, el capitán Buchardo dispuso que su primer teniente don Guillermo Shipre, que había reemplazado al malogrado Somers, tomase 200 hombres de fusil y arma blanca de la guarnición de

La Argentina, y que en sus botes se trasladase con ellos á la corbeta, ordenándole que inmediatamente efectuase el desembarco.

Esta operación fué fatigosa: la gente llegó á la corbeta con más disposiciones de descansar que de combatir, y el mismo Shipre, marino experimentado y valiente, se entregó á una ciega confianza y pasó la noche sin cuidarse mucho de lo que pudiese suceder.

Ya empezaba á amanecer cuando un grumete se acercó respetuosamente á Shipre á hacerle presente que el día venía y que se hallaban bajo los fuegos de una batería. Shipre subió á la cubierta y se cercioró de que en efecto se hallaba bajo la boca amenazadora de 18 cañones. Ya no era tiempo de efectuar el desembarco, ni retirarse, y tuvo que decidirse por el combate.

Izada la bandera argentina con grandes aclamaciones, rompió el fuego la Chacabuco sobre el fuerte. Las dos baterías del fuerte, apoyadas por piezas volantes que cruzaban sus fuegos á vanguardia de ellas, contestaron con ventaja y viveza los tiros de la corbeta, sin perder una sola de sus balas. A los quince minutos de combate la posición de la Chacabuco fué insostenible: acribillada de parte á parte, con su maniobra inutilizada y sembrado su puente de muertos y heridos, tuvo que rendirse bajo el fuego incesante del enemigo. Así dice Buchardo, que presenciaba el combate sin poder tomar parte en él á causa de la calma: «á los diecisiete tiros de la fortaleza tuve el dolor de ver arriar la bandera de la Patria.»

Oigamos sus propias palabras en este momento de prueba:

«Los botes regresaron de la corbeta con poco orden, »trayendo el que más cinco hombres: así no tenía á »bordo de la fragata sino 40 hombres, inclusos coman»dante y último muchacho. Toda la gente de la cor-

»beta estaba en poder del enemigo, pero éste no la ha»bía bajado á tierra, y se contentaba con cañonear el »buque, para que desenvergase y aferrase velas como lo »ejecutaba, sufriendo mientras tanto un vivo fuego, »de modo que la corbeta fué pasada á balazos de un »costado al otro. Mi situación en este instante fué »riesgosa, pero procuré conservar sereno el espíri»tu.» (45)

En aquel momento sopló una brisa que permitió á la fragata acercarse á tiro de cañón de la fortaleza poniendo la corbeta bajo la protección de sus fuegos.

En seguida despachó un parlamentario á tierra exigiendo se le permitiese sacarla de su fondeadero, sin que fuese molestada.

El gobernador de Monterrey contestó de oficio que sólo permitiría sacar el buque mediante una fuerte suma que fijó por el rescate.

La respuesta del gobernador manifestaba poca decisión. Como el objeto de Buchardo era únicamente ganar tiempo hasta la noche para poner en ejecución un nuevo plan que había concebido, todos sus esfuerzos se contrajeron á garantizar á la corbeta de un nuevo cañoneo, para lo que bastaba la posición que había tomado.

Tal era el estado de desamparo de las posesiones españolas durante la Revolución americana, á consecuencia de la anulación de su marina, que en el puerto de Monterrey no existía en aquella época ni un bote por medio del cual pudiera comunicar con la corbeta rendida; así es que, aun cuando los enemigos cantaran victoria desde lo alto de sus muros, se veían en la imposibilidad de recoger sus frutos. Al llegar la noche se entregaron á la más ciega alegría, y mientras

(45) Nota de Buchardo en la Relación, etc.

en la corbeta sólo se oían los lamentos de los heridos, se percibían desde ella en el fuerte la música y el bullicio de los festejos que celebraban la derrota de los argentinos.

A las nueve de la noche se acercó á la corbeta un bote de La Argentina, y sucesivamente todas las embarcaciones menores disponibles, con cuyo auxilio se transbordó silenciosamente á la fragata toda la gente que había en la Chacabuco, dejando tan sólo los heridos para que sus quejidos no diesen el alerta al enemigo.

En esta operación y en preparar un desembarco se pasó la noche. Al amanecer del día 24 de noviembre estaban listos para acometer la empresa 200 hombres, armados de fusil 130 y el resto con picas de abordaje.

La fuerza destinada al ataque era mandada en jefe por el mismo Buchardo, y le acompañaban los oficiales Cornet, Telary, Olto, Hatton, Piris, Espora, Gómez, Whallao, los dos Merlo y el cirujano de la expedición, quedando el teniente Van Burgen al cargo de las embarcaciones que componían la flotilla de desembarco.

A las ocho de la mañana se efectuó el desembarco á una legua de la fortaleza, y al subir un estrecho desfiladero, se le presentó una división de 300 á 400 hombres de caballería, que fué dispersada por los fuegos de la infantería argentina.

Pronto se halló la división expedicionaria á espaldas de las fortificaciones, que al amago del asalto fueron abandonadas por sus defensores, enarbolándose en ellas á las diez de la mañana la bandera argentina que saludaron desde la bahía con gritos de triunfo los buques del crucero.

En la fortaleza fueron tomadas veinte piezas de

artillería, diez de á doce de la batería alta, ocho de la baja, y dos cañones de campaña. (46)

Las tropas dispersas del enemigo se habían reconcentrado en la población protegidas con algunas piezas volantes con que rechazaron el avance de los primeros grupos que se acercaron á ella ; pero, regularizando el ataque, todo fué rendido á fuego y lanza, sometiéndose todos á la autoridad del corsario argentino.

Durante los seis días que la bandera argentina permaneció enarbolada en los muros de Monterrey, el comandante Buchardo se ocupó en inutilizar la artillería rendida, haciendo reventar las piezas, arrasar la fortaleza hasta los cimientos, así como el cuartel y el presidio, haciendo volar los almacenes del Rey, respetando tan sólo los templos y las casas de los americanos.

De todos los trofeos de la victoria se reservaron dos piezas ligeras de bronce que, juntamente con una cantidad de barras de plata encontradas en un granero, fueron embarcadas en la fragata.

El 29 del mismo, reparada ya la corbeta que había quedado en estado de no poder flotar, abandonó Buchardo Monterrey, con el objeto de repetir la misma operación en todas las poblaciones de la costa mejicana. La misión de San Juan, la de Santa Bárbara y otras poblaciones menos importantes, fueron sucesivamente ocupadas por sus fuerzas en el espacio de veinte días, incendiando en ellas todas las pertenencias españolas, con excepción del templo y las casas americanas.

El 25 de enero de 1819 estableció el bloqueo del puerto de San Blas, y sucesivamente el de Acapulco y Sonsonate. En este último punto encontró una guar-

(46) Relación de Buchardo.—Memoria de Piris.—Noticias de Manrique.

nición de 200 veteranos venida de Guatemala, que con la población en armas y algunos cañones en posición se le presentaron en la playa en ademán de hacer resistencia. Trasladándose Buchardo á la Chacabuco por ser buque de menor calado y de más fácil maniobra, penetró en el puerto y rompiendo el fuego sobre las fuerzas de tierra, las dispersó completamente, tomando sin resistencia un bergantín español que allí había. (47)

De este modo pasó por aquellas costas como un huracán el crucero La Argentina, barriéndolo todo, así en el agua como en la tierra, y derramando en ellas el espanto y la desolación.

Aun nos queda que referir sus últimas proezas y sus últimos trabajos.

VII

Puesta la proa al Sur, Buchardo se propuso seguir hostilizando las costas del Centro América, dominadas entonces por las armas españolas, anonadando su comercio y apresando sus buques, hasta dejar sus puertos entregados á la soledad, como lo había practicado en los de Méjico.

Con esta resolución llegó el 2 de abril de 1819 frente al puerto del Realejo.

El Realejo es un seno de la costa de Nicaragua sobre el Pacífico. Una punta saliente lo resguarda por la parte del Sur, estando defendido por el frente (Oeste) por una isla que rompe las olas del mar y que forma dos canales navegables por donde se penetra al

(47) Relación de los viajes de La Argentina.

puerto. Un río del mismo nombre, que se desprende de las montañas del interior, viene á precipitar sus aguas en aquel seno del mar. A su margen oriental está situada la ciudad del mismo nombre y río, que es allí profundo, y es lo que propiamente se llama puerto, pudiendo contener hasta 200 buques anclados. Por estas condiciones, por los ricos productos de las comarcas circunvecinas, y por los elementos de construcción naval de que abunda, este puerto era uno de los más importantes centros del poder marítimo y del comercio colonial de la España en el mar del Sur, adonde acudían los buques de Acapulco y Panamá, siendo además el principal astillero del Pacífico. A estas ventajas de la Naturaleza, y á esta importancia de que gozó desde tiempo atrás, debió el ser cruelmente hostilizado por las expediciones piráticas que durante el siglo XVII asolaron aquellas costas, razón por la cual la ciudad había sido rodeada de murallas. Una alta montaña, cuyo fuego volcánico está perpetuamente encendido, le sirve de faro y señala su posición al navegante á muchas millas de distancia. (48)

Esta explicación era necesaria para comprender las operaciones que van á seguir.

Por el capitán del bergantín apresado en Sonsonate había sido informado Buchardo de que en el puerto del Realejo existían cuatro buques españoles, y resuelto á apoderarse de ellos á toda costa, tomó sus disposiciones para sorprenderlos.

Pero, como este intento no podía lograrse con ninguno de los buques de la expedición, se detuvo á cierta distancia de la entrada del puerto, cubriéndose con la costa del Norte para no ser descubierto por el vigía;

(48) Dampier: Viaje alrededor del mundo.—Dic. Hist. Geog. de América, por Alcedo.—Bayl's: Central América.—Squir: Nicaragua, etc.—Colton's: General Atlas.

y echando al agua dos lanchas cañoneras armadas con piezas de á 4, y dos botes de desembarco, tripuló estas embarcaciones con 50 hombres de pelea entre tropa y marineros, tomando en persona el mando de la flotilla.

En la noche del mismo 2 de abril se desprendió la flotilla del costado de los buques del crucero, y se dirigió al puerto. Uno de los botes se extravió en la obscuridad, y en vano lo esperó Buchardo hasta la madrugada del día 3, pues no apareció. Resuelto, sin embargo, á proseguir su empresa, se mantuvo oculto durante todo el día, y no obstante sus precauciones fué descubierto por el vigía del Realejo, que puso en alarma el puerto y la ciudad.

Durante todo el día 3 no apareció tampoco el bote que faltaba. Llegada la noche, se decidió á atacar el puerto con sólo las tres embarcaciones y los 38 hombres que las tripulaban.

Una de las lanchas cañoneras era dirigida por Buchardo, que llevaba la vanguardia; la otra por el capitán Piris, que le seguía inmediatamente, cerrando la retaguardia el bote tripulado.

En esta disposición penetraron en el canal del Realejo, y á las dos de la mañana del día 5 estuvieron sobre los buques del puerto, que los esperaban alarmados y en disposición de hacer una vigorosa resistencia.

Un bergantín, apoyado por un buque y una goleta, cerraban el canal. Estos tres buques estaban regularmente artillados, con bastante marinería y gente de fusil á su bordo.

A las dos y 30 de la mañana se rompió por ambas partes el fuego de fusilería y de cañón. Las detonaciones de las armas de fuego alternaban con los resplandores intermitentes del Volcán Viejo, que iluminaba aquel combate nocturno. A la media hora de fuego

fueron resueltamente abordados el bergantín y el buque al grito de ¡viva la Patria! que era el grito de guerra de La Argentina. Ambos buques fueron rendidos, arrojándose al agua ó huyendo hacia tierra en los botes, casi todos sus defensores. Igual suerte tuvo la goleta que estaba más adentro, siendo apresado al mismo tiempo otro buque del mismo porte que se hallaba en el puerto.

Esta victoria costó alguna sangre á los argentinos.

Cuatro buques ricamente cargados con añil y cacao, su artillería, algunas armas y 27 prisioneros, fueron los trofeos de esta jornada, que debió hacer recordar á los habitantes de la ciudad del Realejo los numerosos ataques de que habían sido víctimas en el siglo XVII. (49)

A la mañana siguiente, los dueños del bergantín y de una goleta ofrecieron á Buchardo por rescate la cantidad de 10.000 fuertes. Por toda contestación los mandó quemar á su vista, reservando el bergantín para reforzar el crucero, y una de las goletas para ponerla á disposición del Gobierno argentino.

Ocupábase en disponer las presas para remolcarlas fuera del canal, cuando recibió aviso del comandante de la Chacabuco de que se avistaba un bergantín-goleta, que hacía algún tiempo venía siguiendo á la expedición, y que por varias ocasiones había esquivado el combate merced á la superioridad de su marcha.

Este buque había sido avistado por la primera vez á principios del próximo mes de marzo, frente á la bahía de San Blas. Habiendo ido sobre él la Chacabuco, por no poder seguirlo la fragata á causa del poco viento, el bergantín-goleta disparó sobre aquélla unos siete ú ocho cañonazos, fijando la bandera española,

---

(49) Relación de los viajes, etc.—Memoria de Piris.

que fueron contestados por la corbeta con otros tantos, no pudiendo darle caza por ser menos velera.

Tres días después volvió á aparecer á barlovento de los buques argentinos, pero así que los avistó viró de bordo, y se perdió en el horizonte como el buque fantasma del capitán Marriat. (50)

Cuando llegó Buchardo al punto donde había dejado fondeados sus buques, encontró que La Argentina se había hecho á la mar persiguiendo otra embarcación que con bandera española había aparecido á la entrada del puerto. Sólo se hallaba allí la Chacabuco, con algunos pocos marineros, los naturales de Sandwich y algunos indios de California, bisoños todos en la maniobra y el manejo de la artillería.

En su parte de 6 de abril de 1819 dice Buchardo con este motivo: «Este fué un momento de conflicto. La »corbeta no estaba bien servida por la calidad de la »mayor parte de la gente: la de provecho estaba en »el canal, al cuidado de las presas, y no sabía del pa»radero de la fragata; sin embargo, nos resolvimos á »sostener el honor del pabellón.» (51)

El bergantín-goleta era un buque de guerra, sólido, de superior marcha y de buen gobierno, que llevaba en su centro un cañón giratorio de á 24 y ocho piezas por costado, y que parecía perfectamente tripulado.

Fiado en estas cualidades, ó conociendo la poca gente que defendía la corbeta, se fué sobre ella, con la bandera española enarbolada, haciendo fuego con su colisa y todo el costado de babor, que fué contestado por el buque argentino con su bandera fijada. Entonces maniobró para tomar á la Chacabuco por la popa, y merced á su gobierno y á la mala calidad de la tripulación argentina, lo consiguió al fin, poniéndose á

(50) Relación de Buchardo y Memorias de Piris.
(51) Relación de Buchardo.

tiro de pistola, y en tal situación rompió el fuego de fusilería, descargando de nuevo su costado de estribor que barrió el puente de la corbeta de popa á proa, desmontando algunas piezas, matándole tres hombres, é hiriendo mortalmente á otros tres. (52) En aquel momento amagó el abordaje, y dispuesto Buchardo a recibirlo convenientemente, vió con asombro que el buque enemigo arriaba la bandera española, que había mantenido durante el combate, y enarbolaba la bandera chilena.

«La admiración y el coraje, dice Buchardo, sucedieron al dolor de ver aquella sangre vertida tan »bárbaramente. Yo habría hecho el debido escarmien»to, pero no tenía bastante fuerza para ello. Llamé »al comandante del bergantín por quien supe apelli»darse Coll, y que el buque era el Chileno, corsario con»tra los españoles. Las reconvenciones sobre su ini»cuo manejo se me atropellaron, y él no tuvo qué con»testar más que con la confusión que le causa»ban.» (53)

El corsario Chileno se alejó entonces á toda vela de la Chacabuco, y se perdió en el horizonte sin enviar á Buchardo el cirujano que le había pedido para curar á sus heridos, que pocos días después murieron.

Al día siguiente regresó La Argentina trayendo una presa á que había dado caza, y averiguado que pertenecía al buque Chileno con el cual se había batido, fué puesta en libertad.

Este fué el último combate del penoso crucero de La Argentina.

---

(52) Noticias de Manrique.—Relación de Buchardo. - Memorias de Piris.

(53) Relación de Buchardo.

VIII

El 9 de julio de 1819, á los dos años cabales de haber salido de la Ensenada de Barragán, echó el ancla La Argentina en el puerto de Valparaíso, habiéndole precedido las presas convoyadas por la Chacabuco. (54)

La escuadra chilena mandada por el famoso lord Cochrane estaba fondeada en el puerto, y á su inmediación se veía la fragata Andrómaca, á cuyo bordo había trasladado los heridos de la sublevación en la rada de Buenos Aires la víspera de hacerse á la vela para dar la vuelta al mundo.

La coincidencia del día de arribo y del encuentro después de tan largo tiempo y tan larga navegación no dejaba de ser notable, y Buchardo tuvo un triste pensamiento al volverse á encontrar con aquel buque que traía á su memoria la sangrienta escena de la partida.

Notando que la Chacabuco y las demás presas que había venido convoyando se hallaban sin bandera y bajo los fuegos del castillo de tierra y de la escuadra chilena, no supo darse cuenta de lo que pasaba ; pero muy luego tuvo la explicación del enigma.

Las presas habían sido secuestradas por orden del almirante Cochrane, aprisionando á su tripulación ; y á La Argentina y á él les estaba reservada la misma suerte, después de tan meritorios servicios y tan largos padecimientos y peligros.

---

(54) La patente de corso de La Argentina sólo la habilitaba para ejercerlo por espacio de ocho meses, no previendo sin duda que iba á realizar un viaje alrededor del mundo. (MS.)

El modo cómo se perpetró esta violencia está narrado en la protesta que el mismo Buchardo formuló en Valparaíso ante escribano público, y dice así: «Hi»pólito Buchardo, capitán de la fragata-corsario Ar»gentina, fondeada en esta rada, digo: Que después »de concluido el crucero, salí del puerto del Realejo »con tres presas hechas por mí, á saber: la corbeta »Santa Rosa de Chacabuco, una goleta María Sofía »y un buque San José (alias) Neptuno, cuyas presas »anticiparon su entrada en este puerto. A mi arribo »fuí informado por sus oficiales hallarse desposeídos »del mando y secuestrados por el señor vicealmirante »de estas fuerzas navales, don Tomás Cochrane; y que »en esta circunstancia, hallándose á bordo de la fra»gata La Argentina, fué abordado en la noche por dos »oficiales de mar de la escuadra con sus espadas des»nudas en ademán de herir, ordenándole en nombre »del almirante cediese á la fuerza y entregase el bu»que á su disposición, y sin hacer la menor resisten»cia, ni él, ni otra persona de su tripulación, fueron »todos transbordados al navío San Martín y entre»gada la fragata sin las formalidades correspondien»tes, ni más resguardo que un recibo. Y como este pro»cedimiento perjudica no sólo los intereses que admi»nistro, sino también el crédito de la Nación argenti»na, bajo cuyo pabellón he hecho su corso, así como »mi buena reputación en el crucero, desde ahora y pa»ra siempre protesto todos los daños y menoscabos que »se me irroguen, una, dos y tres veces, contra quien »los haya causado.» (55)

Tan violento proceder, empleado contra un buque armado en guerra con la bandera de una Nación aliada, y en momentos en que las armas argentinas que

(55) Doc. del Archivo.—Reclamo del Dr. Echevarría como armador. (MS. originales).

habían contribuido á dar su libertad á Chile, continuaban afianzando su independencia por empeños de su mismo Gobierno y Senado, sólo podía explicarse por la arrogancia del almirante Cochrane, que abusando de la preponderancia que le daban sus extraordinarias hazañas, su fama universal y la necesidad que la causa americana tenía de sus servicios, solía contrariar con sus actos la misma política del Gobierno chileno. (56)

Oyendo un infundado reclamo hecho por el capitán Shineff, de la fragata Andrómaca de S. M. B., sobre un buque inglés visitado por Buchardo durante su crucero, y atendiendo á la queja de un súbdito británico que se decía dueño de la goleta María Sofía, apresada en el Realejo, el almirante Cochrane, usurpando las atribuciones del Gobierno y de los tribunales argentinos, y constituyéndose en juez, había ordenado el secuestro de los buques y la prisión de Buchardo y su tripulación. Debe decirse también, por muy doloroso que sea ver deprimida la elevación moral de un héroe tan grande como Cochrane, que el verdadero móvil de aquel acto fué la fama del rico cargamento y de las barras de plata que La Argentina traía á bordo, que fué lo primero por que preguntaron los oficiales que se posesionaron de la fragata.

La arrogancia y el poco miramiento de la conducta del almirante Cochrane respecto del Gobierno de Chile, y su hambre de oro, de que dan testimonio sus Memorias, (57) contrastan con la moderación y el desinterés del general San Martín, dos veces vencedor al frente de un ejército poderoso, y á cuya espada estaban fiados los destinos de aquella República naciente y la

---

(56) Oficios (M. S.) de O'Higgins y del Senado en Chile (Archivo de Rel. Ext.)

(57) V. Narrative of Services in Chile, Perú, etc.—Lond. 1859.

suerte de la América del Sur. La antipatía con que Cochrane miraba desde entonces á San Martín, en su empeño de arrebatarle el mando de la proyectada expedición al Perú, tal vez contribuyó en parte á que Cochrane cometiese esta violencia contra un buque de la marina argentina, cuya bandera enarbolaba su glorioso rival. Así, quizá, Buchardo vino á ser la víctima entre dos colosos.

El entonces coronel don Tomás Guido, diputado de las Provincios Unidas cerca del Gobierno de Chile, reclamó del hecho en términos convenientes, y al dar cuenta á su Gobierno de las gestiones entabladas, le decía: «He tomado en este asunto el interés debido al »pabellón nacional y correspondiente á mi carácter ofi»cial.» (58)

El Gobierno argentino, contestando á su agente en Santiago de Chile, le decía, con fecha 31 de agosto: «El Director Supremo me ordena recomiende á V. S. »el que interponiendo el carácter oficial que reviste, »reclame ante ese Gobierno sobre tal hecho, con la »energía é interés de un Estado independiente, en que »existiendo tribunales á quienes compete el juzga»miento de las acusaciones que han dado mérito á las »disposiciones del almirante de la escuadra de Chile, »debe ventilarse y resolverse en justicia conforme á la »ley, un asunto ajeno enteramente á la autoridad de »ese Gobierno.» (59)

A pesar de estas gestiones, cuatro meses después, aun continuaban embargadas La Argentina y sus presas y arrestado el jefe del crucero. El Gobierno de Chile se veía á su vez entre la espada de Cochrane que guardaba los buques embargados y el muro del Go-

(58) Oficio de don Tomás Guido al Gobierno argentino, de 23 de julio de 1819. (MS. del archivo de relaciones exteriores).
(59) Doc. del archivo general. (MS.)

bierno argentino en que se apoyaba el derecho de Buchardo.

El diputado Guido, reclamando de la lentitud y de la injusticia de los procederes seguidos, proponía un término conciliatorio entre estos extremos, diciendo con tal motivo al Gobierno de Chile, con fecha 31 de octubre: «El teniente coronel Bouchard reclama nuevamente mi interposición por la lentitud del juicio sobre el esclarecimiento de su conducta y del dilatado arresto que sufre, sin que hasta ahora se le haya notificado la causa de su prisión, ni llamádosele para declarar. Sus buques serán tan eficientes para la defensa del Río de la Plata como lo ha sido La Argentina en su largo crucero contra los enemigos de la América. En verdad que la sola lectura de los diarios de La Argentina descubre servicios recomendables á la causa común, los que en la balanza de los consejos de V. E., me atrevo á asegurar inclinarán su juicio de un modo favorable á Bouchard. En medio de estas consideraciones, si V. E. tuviese á bien que proponga un medio equitativo para prevenir las consecuencias que en varios respectos deben recaer de la continuación del juicio, tendré el honor de elevar mis proposiciones á V. E. en términos conciliatorios.» (60)

El Gobierno de Chile, aceptando la indicación del diputado argentino, le pidió formulase su proposición, «por lo que pudiera (son las palabras del decreto) convenir á la política.» (61)

El diputado, al formular su proposición conciliatoria, que consistía en mandar sobreseer en la causa, entregar á Buchardo los buques bajo fianza, incluso la

---

(60) Nota de Guido al Gobierno de Chile (MS.) del Arch. del Ext.

(61) Doc. del Gobierno de Chile de 27 de octubre de 1819. (MS.)

María Sofía reclamada, y en reservar á las partes su derecho para reclamar ante el Gobierno y los tribunales argentinos, lo hizo acompañando un memorándum, en que, historiando los antecedentes de lo que él llama «desgraciado asunto,» hace presente en términos severos, aunque comedidos, la arbitrariedad del procedimiento en la prisión de Buchardo, y la imposibilidad é inconveniencia de continuar su causa. He aquí algunos de sus parágrafos: «Es fuera de duda que la »mayor parte de la tripulación de La Argentina y sus »presas se ha dispersado y tomado partido en otros »buques ; que algunos de los oficiales han seguido igual »suerte y que los acusadores no existen.—Este asun»to, por su naturaleza, empeña ya la expectación pú»blica.—Sean cuales fueren los errores del comandan»te Buchardo en el cumplimiento de las instrucciones »de un Gobierno y la más ó menos prabilidad de los »hechos que se le imputan, V. E. conocerá que el pros»pecto de su causa con los desagradables incidentes »que ocurrieron en el embargo de los buques, y después »de manifestados por la prensa los servicios de Bu»chardo en su última campaña y la buena fe con que »bajo el pabellón de mi Nación arribó á Valparaíso »como á un país amigo y aliado, da margen á obser»vaciones incoherentes al interés común en que creo á »V. E. empeñado.» (62)

La contestación del Gobierno de Chile fué avocarse el asunto para resolver de acuerdo con la conveniencia política.

Pocos días después pronunció la comisión de presas reunida en el despacho del Director Supremo de Chile, que la presidió en aquello ocasión, el siguiente auto definitivo: (63)

---

(62) Documentos del archivo de Rel. Ext. (MS.)
(63) Documentos del Arch. de Rel. Ext. (MS.)

«Santiago, 9 de octubre de 1819.—Póngase en li-
»bertad al teniente coronel don Hipólito Bouchard, y
»devuélvasele la fragata Argentina y demás buques
»tomados en su corso, esperándose del Supremo Gobier-
»no se servirá disponer la satisfacción debida al pa-
»bellón de Chile por la resistencia que parece haberse
»hecho al «registro ordenado» por el vicealmirante
»lord Cochrane.—*Godoy—Arroyo—Vera.*»

Así terminó el último incidente del crucero de La Argentina, con una salva diplomática al Gobierno de las Provincias Unidas, y una media salva al almirante Cochrane, haciendo constar sin embargo en las palabras empleadas para cohonestar su procedimiento, el verdadero móvil del embargo, pues el «registro ordenado» no podía tener por objeto averiguar delitos, sino descubrir riquezas.

Pero antes de que esta resolución amistosa y digna para ambos Gobiernos fuese ajustada, el nudo diplomático había sido cortado por la espada del Ejército de los Andes.

La detención injustificada y violenta de los buques de Buchardo había encendido la rivalidad entre los marinos de Cochrane y los soldados argentinos que se hallaban en Valparaíso, al punto de no poder encontrarse un soldado y un marinero sin echar manos á los puñales, llegando al extremo de trabarse verdaderos combates en las calles de la ciudad. Fatigado de estos desórdenes ó participando tal vez de las pasiones tumultuosas de su tropa, el coronel Necochea dispuso un día que un oficial con un piquete de Granaderos á caballo tomase un bote y se fuese á posesionar de grado ó por la fuerza de la fragata, enarbolando en ella la bandera argentina arriada por el almirante de Chile. Así se hizo, y cuando Buchardo se presentó en su buque con el decreto del Gobierno que se lo mandaba de-

volver, encontró tremolando en él la bandera que por espacio de dos años había mantenido en sus mástiles con tanto honor.

IX

Una campaña de dos años, dando la vuelta al mundo en medio de continuos trabajos y peligros, una navegación de diez á doce millas por los más remotos mares de la tierra; en que se domina una sublevación, se sofoca un incendio á bordo, se impide el tráfico de esclavos en Madagascar, se derrota á los piratas malayos en el estrecho de Macassar, se bloquea á Filipinas anonadando su comercio y su marina de guerra, se domina parte de la Oceanía, imponiendo la ley á sus más grandes reyes por la diplomacia ó por la fuerza; en que se toma por asalto la capital de la Alta California, se derrama el espanto en las costas de Méjico, se hace otro tanto en Centro América, se establecen bloqueos sobre San Blas y Acapulco, se toma á viva fuerza, el puerto del Realejo, apresándose en este intervalo más de 20 piezas de artillería, rescatando un buque de guerra de la Nación, y aprisionado ó quemado como 25 buques enemigos, dando el último golpe mortal al comercio de la metrópoli en sus posesiones coloniales y paseando en triunfo por todo el orbe la bandera que se le había confiado, es ciertamente un crucero memorable y digno de ser historiado.

Su jefe, el intrépido Buchardo, alcanzó el premio de sus fatigas, retirándose con una regular fortuna, fruto de su expedición.

Así como había acompañado á San Martín en su

primer combate sobre las márgenes del Paraná en 1813, precediéndole en 1815 en su crucero al mar Pacífico, le acompañó con su buque en su memorable expedición al Perú en 1820, siendo empleado después en la escuadra peruana (64) como lo fué su discípulo Espora, tan célebre después en la guerra marítima entre la República Argentina y el Imperio del Brasil. El Perú fué desde entonces su patria adoptiva, y murió en Lima en 1843, sin volver á la tierra cuya historia ha ilustrado con uno de sus más interesantes y novelescos episodios.

¡Tal hombre y tales hechos merecían ser rememorados, sacándolos de la obscuridad en que yacían, cubiertos con el polvo que ahora empieza á ser sacudido por los legítimos herederos de las glorias de la Revolución Argentina!

---

(64) Expediente promovido por don Vicente A. Echevarría en 1822, en que hace inculpaciones á Buchardo por haber faltado á su confianza apropiándose el buque, cobrando por su cuenta el flete como transporte, y enarbolando posteriormente en él bandera peruana. (MS. original.)

EL GENERAL LAS HERAS

I

Hay héroes de circunstancias que ocupan y abandonan bulliciosamente la escena de la historia. Por una ilusión de óptica á veces aparecen grandes á los ojos de sus contemporáneos, más bien por el medio en que viven y los accesorios que los rodean, que por sus propias calidades y por sus propias acciones.

Estos son los héroes teatrales de la historia. Para brillar, necesitan de las luces artificiales de la popularidad pasajera. Sólo se estimulan con los aplausos de la calle y la plaza pública. No hay elocuencia posible para ellos sino en lo alto de la tribuna y en medio de una pomposa decoración, ni heroísmo sino en presencia de millares de testigos. Esclavos de ajenas pasiones y de su propia vanidad, sólo conciben la gloria en un carro triunfal arrastrado por adoradores. Prefieren una corona de cartón dorado, con tal que todos la tomen por oro de buena ley, á la inmortal corona del laurel sagrado que sólo resplandece en la obscuridad de la tumba. Hambrientos de vanagloria, ebrios de aplausos, enfermos de celos y de vanidad pueril, el aplauso de la propia conciencia no llega á

sus oídos, la verdadera gloria no les satisface, el silencio los anonada, la soledad les hace creerse muertos, y el retiro es para ellos como el vacío de la máquina neumática que apaga los sonidos.

Sobre la tumba de éstos nunca se escribió el sublime epitafio de Esparta: «Murieron en la creencia de que »la felicidad no consiste ni en vivir ni en morir, sino »en saber hacer gloriosamente lo uno y lo otro.»

Los hombres grandes por sí mismos, que no trafican con la gloria, para quienes el mando es un deber, la lucha una noble tarea, y el sacrificio una verdadera religión; los que al abandonar el teatro de la vida pública no tienen que despojarse á su puerta de las galas prestadas de un día, y queman el aceite de su propia vida en la lámpara de sus vigilias, esos viven en paz y conversan familiarmente con el genio de la soledad, que en el silencio serena su alma agitada por las tempestades populares. A esos hombres sienta bien el modesto retiro en que pueden ser estudiados y estimados por lo que en sí valen, despertando la admiración ó la simpatía por calidades superiores á los engañosos prestigios de la prosperidad.

Tales ó semejantes reflexiones hacía en una hermosa y apacible tarde de verano del año de 1848, atravesando la magnífica alameda de Santiago de Chile, y dirigiéndome á uno de los barrios más apartados de la ciudad, donde vivía y murió el general don Juan Gregorio de Las Heras, capitán ilustre y libertador de tres repúblicas, republicano sencillo y desinteresado, que siendo uno de los héroes más notables de la epopeya de la Independencia americana, vivía tranquilo en el retiro, sin espada, sin poder y sin fortuna.

Iba á pagarle la visita que infaliblemente hacía este soldado lleno de cortesía, á todo argentino que llegaba á aquel país; y, al hacerlo, era arrastrado por algo más

que un deber social, pues, admirador de sus grandes servicios y virtudes, había encontrado en él un héroe según mi ideal, y un hombre según mí evangelio.

Al dirigirme á su casa, podía contemplar á la distancia las nevadas cordilleras de los Andes, á cuyo pie está el memorable campo de Chacabuco; y mi vista se perdía en la vasta llanura del valle de Maipo y los caminos que desde él conducen al sur de Chile, donde Las Heras, siguiendo las huellas de San Martín, se había ilustrado en grandes batallas y gloriosos combates.

Lleno de estas ideas, de estos recuerdos y de este espectáculo grandioso, llegué á su antigua casa de familia, cuya arquitectura pertenece á la época colonial, no ocurriéndoseme, como se me ocurre hoy, que era singular que quien más había contribuido á destruir aquel régimen con su espada, hubiese encontrado en medio de tantas ruinas como hizo con ella, un viejo techo con el sello de la dominación española, donde abrigar su cabeza en el invierno de la vida, para morir en paz á su sombra.

El interior de la casa participa del carácter semirrústico y semiurbano del apartado barrio en que está situada. Penétrase á ella por un ancho portal que conduce á un vasto patio, especie de plaza de armas donde podría acampar cómodamente el famoso batallón número 11 que tantas veces condujo á la victoria el antiguo veterano. Hacia la derecha se encuentra una ancha escalera que va á dar á una galería alta que rodea parte del segundo patio, ocupado por un melancólico jardín, en cuyo centro se elevaba, en aquella época, un pino marítimo que, batido desde temprano por los vientos, había sido necesario apuntalar.

La primera puerta que se encuentra es la de la pieza donde habitualmente recibía el general. Sencilla-

mente amueblada, era á la vez su sala de recibo, su gabinete de estudio, y su cuarto de descanso. Allí se veían sus libros, que siempre se ocupaba de leer, el sofá donde reposaba de sus dolencias y la mesa donde escribía sus cartas y sus apuntes históricos, siendo de notar que, en aquella estancia, que tenía algo de la austeridad militar, no se veía ningún trofeo, ninguna arma, nada que recordase que el que la habitaba era un héroe que manejó la espada y rigió ejércitos y pueblos como general y como gobernante.

Hallábase esa tarde de visita un anciano de exterior algo adusto, que tenía cerca de sí las muletas en que se apoyaba para caminar, y á quien el general me presentó como á un amigo y compatriota. Era don Manuel Barañao, nacido en la República Argentina, coronel de los Húsares del Rey en las campañas de Chile. Reputado por los españoles como una de las primeras espadas de su ejército, á su ausencia en el campo de Chacabuco se atribuyó, no sin alguna razón, por los realistas, la pérdida de aquella batalla. No dejó de sorprenderme en el primer momento aquella intimidad de dos antiguos guerreros que habían militado bajo opuestas banderas y por distintas causas. Luego encontré grande y noble aquella reconciliación efectuada al fin de sus años, cuando el uno podía gozarse en el fruto de sus gloriosas fatigas, y el otro podía vivir tranquilo á la sombra de la ley que había combatido. Más tarde pude reconocer en el coronel Barañao cualidades que le hacían digno de la amistad del general. Reconciliado con la democracia triunfante contra sus esfuerzos, y argentino de corazón á pesar de haberse opuesto á la emancipación de su Patria, tuve ocasión, en un banquete de emigrados argentinos, en conmemoración del 25 de Mayo, de brindar con él en honor de la Independencia americana.

La amistad con que en aquella época me honró el general Las Heras, y la simpatía que despertó en mí la nobleza de su carácter y la franca amabilidad de su trato, me hicieron nacer el deseo de conocer más detalladamente sus servicios á la causa de la Independencia americana. Encontré que el héroe era más grande aún, visto al través de la historia, como había encontrado que el hombre era más interesante visto de cerca, despojado de los prestigios exteriores que hacen á veces aparecer á los poderosos más grandes de lo que realmente son.

Con tal motivo, tuve que apreciar otro rasgo notable de su carácter. El general Las Heras, como todos los hombres de acción que han ejecutado grandes cosas, hablaba muy pocas veces de sus campañas y casi nunca de su participación en ellas, no obstante poseer cierta elocuencia militar y expresarse con animación y colorido toda vez que la corriente de la conversación lo llevaba insensiblemente á ocuparse de la guerra de la Independencia. Así es que las noticias que recogí sobre su vida, las obtuve por otros conductos que el suyo, habiéndome hecho un deber de respetar en él esa modestia que tan bien le cuadraba. Tan sólo una vez le pedí que me acompañase á visitar el memorable campo de batalla de Maipo, á lo que se prestó de buena voluntad, como un homenaje al general San Martín, del cual se ocupaba con frecuencia y siempre con admiración y respeto.

II

El general don Juan Gregorio de Las Heras nació en Buenos Aires, el 11 de julio de 1780, casi al mismo tiempo en que su futuro general y compañero nacía en un pueblo arruinado de las Misiones.

Al empezar el siglo viajó como comerciante por Chile y el Perú, que más tarde debía visitar como guerrero y como libertador.

Al estallar la Revolución del año 10, había pasado de los treinta años. Como todos los jóvenes entusiastas de aquella época, y casi al mismo tiempo en que don José María Paz—con quien se hallaba en Córdoba—abandonaba sus estudios para ceñir la espada, Las Heras abandonaba el comercio y se alistaba decididamente bajo la bandera revolucionaria.

Nombrado capitán de milicias por el Gobierno patriota, fué elevado al rango de sargento mayor en 1813, para marchar en calidad de segundo jefe de la columna auxiliar que se dispuso enviar á Chile á las órdenes del comandante don Santiago Carrera, en retribución del auxilio de fuerzas que aquel país había dado poco antes en apoyo de la Revolución argentina.

La división se componía de poco más de trescientos hombres de infantería reclutados en las provincias de Córdoba y Cuyo. En el mes de septiembre de 1813 pasó la Cordillera, siendo ésta la primera fuerza militar que llevó la bandera de la Revolución fuera de los límites del antiguo virreinato, pues los primeros ejércitos patriotas por la parte del Perú no habían pasado del Desaguadero, que era su frontera norte.

A la llegada de la división auxiliar argentina, la situación de Chile era muy crítica. Reforzadas las guarniciones españolas del Sur, habían vuelto á tomar la ofensiva, y ocupaban la mayor parte del país hasta Concepción. El Gobierno, debilitado por las luchas intestinas y por los recientes contrastes de los Carrera, había confiado el mando del ejército al general O'Higgins, quien se ocupaba en organizarlo, mientras el coronel Mackenna, su segundo, obraba á vanguardia con una pequeña división de más de trescientos hom-

bres. A esta división se incorporaron los Auxiliares argentinos, que más tarde fueron mandados por el coronel don Marcos Balcarce, y finalmente quedaron á las órdenes de Las Heras.

El ensayo de los Auxiliares argentinos fué brillante. El 22 de febrero de 1814 el mayor Las Heras, á la cabeza de 100 Auxiliares, en la confluencia del Itata y del Nuble, salvó la división Mackenna de un contraste, preparándole un inmediato triunfo, por cuya acción fué recomendado en el parte de aquella jornada, con el título de «valeroso», que no debía desmentir en adelante. Por esta hazaña decretó el Gobierno un escudo de honor con este lema: «La Patria á los valerosos de Cucha Cucha, Auxiliares de Chile, año de 1814.»

Un mes permaneció la división Mackenna en el Membrillar, donde, rodeada de peligros y por fuerzas superiores, tuvo que atrincherarse, hasta que á la proximidad de la división O'Higgins que venía en su auxilio, y que en esta ocasión dió la batalla de Quilo, tuvo lugar la victoria del mismo nombre (Membrillar), el 20 de marzo de 1814, en que Balcarce y Las Heras se distinguieron muy particularmente, según el testimonio de todos los historiadores chilenos.

Reunido el ejército, tuvo que replegarse hasta el Maule, á consecuencia de algunos contrastes sufridos por otras divisiones patriotas; hallándose sucesivamente Las Heras y los Auxiliares en los combates de «Tres Montes», paso del Río Claro, y la brillante defensa de Quecheraguas, en que el ejército patriota hizo pie firme, obligando al enemigo á retroceder y encerrarse en Talca.

A pesar de estos refuerzos, la caída de la Revolución chilena fué inevitable. Después de algunas negociaciones de paz entre ambos ejércitos, interrumpidas por revoluciones y combates entre soldados de la misma

causa, tuvo lugar la derrota de Rancagua, el 26 de agosto de 1814, de cuyo contraste sólo se salvó organizado el cuerpo de Auxiliares, que hallándose en Aconcagua, volvió á pasar la Cordillera conducido por su bizarro comandante, después de proteger la salvación de los emigrados y cubrir la retaguardia de los derrotados.

III

Las Heras se situó en Mendoza con los Auxiliares.

San Martín organizaba á la sazón allí el plantel del memorable Ejército de los Andes, destinado á dar libertad á la mitad de la América del Sur. Los Auxiliares argentinos de Chile se agregaron á él, y formaron el plantel del famoso batallón número 11, cuyo mando se confió al comandante Las Heras, que á su cabeza debía conquistar nuevos laureles.

El general San Martín le distinguió desde luego con su confianza, y encontró en él un inteligente y eficaz cooperador para la organización del ejército.

En la reconquista de Chile, elevado ya al rango de coronel, tuvo el mando de la primera división del ejército con la cual atravesó por segunda vez los Andes por Uspallata, llevando la vanguardia. Al frente de ella le cupo la fortuna de obtener el primer triunfo de la campaña, el día 14 de febrero de 1817, en que la Guardia Vieja fué tomada por asalto, llevando el ataque el mayor don Enrique Martínez, quedando toda la guarnición española muerta ó prisionera.

En seguida descendió de las alturas, posesionándose por una hábil maniobra del valle y de la villa de Santa Rosa, operando allí su reunión con la división de So-

ler, que había atravesado Los Patos y ocupado el valle de Putaendo, con lo cual aseguró el éxito de aquel famoso pasaje de los Andes, conquistándose luego toda la provincia de Aconcagua.

En la batalla de Chacabuco, á la cabeza del batallón número 11, formó parte de la columna que á las órdenes del general Soler atacó al enemigo por el flanco. Penetrando en sus filas á la bayoneta, fué uno de los que, á la par de sus bravos compañeros Necochea y Zapiola, contribuyó á fijar la victoria de los patriotas el 12 de febrero de 1817.

Pocos días después (el 19 de febrero), Las Heras marchaba al sur de Chile, á la cabeza de una pequeña división de las tres armas, con el objeto de perseguir al enemigo que procuraba rehacerse del otro lado del Maule.

Desde esta época comienza Las Heras á obrar como general en jefe, y acreditar su pericia militar y el temple heroico de su alma.

Atacado por fuerzas superiores mandadas por el entendido y valeroso coronel español Ordóñez, obtuvo un brillante triunfo en Curapaligüé, el 4 de abril, á distancia de cinco leguas de Concepción, arrebatando al enemigo su artillería.

Las Heras entró triunfante en la ciudad de Concepción de Penco, dejando establecido su campamento en el inmediato cerro del Gavilán, nombre que debía muy luego ilustrarse con otra victoria.

La división de Las Heras, reforzada por la columna del comandante Freyre, constaba de poco más de 1200 hombres de las tres armas.

Posesionado el enemigo de las fortificaciones de Talcahuano, dueño de la navegación del mar Pacífico, y ocupando todo el sur del Bío Bío, con fuertes guarniciones cubiertas por fortificaciones y obstáculos natu-

rales, era imposible que Las Heras completase su destrucción con los pequeños medios que tenía á su mando.

Su posición llegó á ser crítica. Reforzado Ordóñez con más de 1600 soldados aguerridos, se dispuso á caer sobre Las Heras y acabar con él, reuniendo para el efecto fuerzas muy superiores. Advertido de ello, Las Heras había pedido ser reforzado, y el mismo director O'Higgins venía á marchas forzadas en su protección. El 5 de mayo debía tener lugar la reunión. El 4 escribía Las Heras á O'Higgins: «Al alba pienso ser »atacado, y si V. E. no acelera sus marchas á toda »costa en auxilio de estas divisiones, pudiera tener »un fatal resultado para el país.»

El día 5 de mayo al amanecer fué en efecto atacado por fuerzas superiores dirigidas por Ordóñez y Morgado, los dos mejores militares del ejército realista. Después de un reñido combate de algunas horas, lleno de peripecias interesantes, en que toda la artillería patriota quedó desmontada, la victoria se declaró al fin por Las Heras, dejando el enemigo en el campo casi toda su artillería (3 piezas), 250 fusiles y como 230 hombres de pérdida entre muertos y prisioneros, con sólo la pérdida por su parte de 6 muertos y 70 heridos.

Este glorioso hecho de armas se llamó la batalla del Gavilán. O'Higgins, que á la distancia había oído los cañonazos de la batalla, sólo llegó á tiempo para saludar al vencedor por su espléndida victoria.

IV

Después de esto, O'Higgins tomó el mando del ejército y puso sitio á Talcahuano.

El plan de Las Heras para dar el asalto á las fortificaciones de Talcahuano habría dado probablemente

el dominio de aquella importante plaza. La preferencia que se dió al plan del general Brayer, rodeado del prestigio que le daba la distinción que Napoleón hizo siempre de su capacidad militar, costó al ejército un descalabro y la pérdida de 400 soldados.

Las Heras, caballeroso como siempre, se prestó á ejecutar la parte más peligrosa del plan de Brayer, mientras que éste, fuera del alcance del tiro de cañón, estudiaba los progresos del ataque.

A la cabeza de su columna, á pie y con la espada desenvainada debajo del brazo, marchó al ataque á paso de carrera, como un héroe antiguo, y, bajo un fuego terrible de todas las baterías de la parte del puerto, dió el asalto á la formidable posición del Morro de Talcahuano, rellenando los fosos con salchichones, coronando el muro y arrollando al enemigo á la bayoneta. Es el único hecho de este género que recuerda la historia americana.

Imposibilitado de forzar las líneas interiores del enemigo, malogrado el ataque del centro y aislado el triunfo obtenido por el extremo opuesto, O'Higgins dió la señal de retirada. Las Heras la ejecutó con una habilidad y sangre fría admirables bajo el fuego de una terrible artillería, salvando á todos sus heridos, clavando los cañones de las baterías españolas y conduciendo hasta á los prisioneros que había hecho, dejando al enemigo atónito con su denuedo.

Este descalabro obligó á levantar el sitio, tocándole á Las Heras cubrir la retirada del ejército.

Abierta de nuevo la campaña bajo la dirección de San Martín, para batir al ejército realista considerablemente reforzado, los patriotas fueron sorprendidos y deshechos en la noche del 19 de marzo de 1818. Las Heras fué el héroe de aquella triste jornada. Cuando todo era confusión, él mantuvo el orden en el costado

derecho que mandaba, reunió así á los dispersos y salió del campo del combate salvando 3000 hombres y 12 piezas de artillería, con los cuales hizo una retirada de 80 leguas, presentándose á San Martín, que lo recibió con los honores de un triunfador. Bien lo merecía, pues se le presentaba como Dessaix á Napoleón después de la primera derrota de Marengo, y podía decir: «Hemos perdido una batalla, pero aun tenemos tiempo de ganar otra.»

Al abrirse en consecuencia las nuevas operaciones, Las Heras, que había perdido su equipo en Cancha Rayada, no tenía casaca que ponerse. San Martín, que no tenía ni veinticinco pesos de que disponer, ordenó á su asistente diese á Las Heras la mejor casaca de su valija. ¡La mejor casaca de San Martín estaba rota!

En efecto, dieciocho días después, el 5 de abril de 1818, el ejército argentinochileno obtenía la espléndida victoria de Maipo, una de las más notables y completas de la guerra de la Independencia. Las Heras mandaba en aquel día la derecha de la línea y á la cabeza de un batallón sostuvo un terrible combate, coronado por el éxito, tocándole al fin ser uno de los que completaron la victoria á la retaguardia del enemigo.

V

Próxima á realizarse la expedición del Perú que meditaba San Martín, la guerra civil que devoraba á la República Argentina, indujo al Gobierno á llamar á sí el Ejército de los Andes, para consolidar su autoridad vacilante y dominar el desorden.

Las Heras se hallaba interinamente al mando del ejército.

San Martín, comprendiendo que la Revolución se perdía si tal resolución se llevaba á cabo, hizo renuncia del mando del ejército, dirigiéndose por una nota á los jefes en atención á que el Gobierno nacional había en cierto modo caducado, ofreciendo sus servicios al jefe que se nombrase para substituirlo.

Nunca fueron más grandes que este día los compañeros de San Martín, y en especial Las Heras, llamado por su reputación y sus servicios al mando del ejército. Fué el primero que se pronunció contra la aceptación de la renuncia, y á su ejemplo todos confirmaron en el mando al general San Martín, salvando así la Revolución americana, que nunca estuvo en más inminente riesgo de perderse.

Nombrado mayor general del ejército, dirigió como tal los aprestos de la expedición al Perú, siendo el primero que pisó este suelo al frente de una división que se posesionó de Pisco en 1820.

A la entrada del ejército libertador á Lima, fué nombrado general en jefe, y estableció el sitio contra los castillos del Callao, mandando en persona el malogrado ataque que dió sobre aquéllos.

Permaneció en el Perú hasta 1821 en que se separó del ejército, disgustado con San Martín, quien le vió alejarse con profunda tristeza, según consta de su correspondencia privada. Los dos murieron, empero, amándose y estimándose.

En 1824 fué nombrado gobernador de Buenos Aires, para suceder al general don Martín Rodríguez, que había terminado su período legal.

Su gobierno es uno de los mejores que ha tenido Buenos Aires. Cumplió la ley, administró bien las rentas, hizo prosperar al país, le dió respetabilidad dentro y fuera, y trabajó con éxito para la reorganización

nacional por medio de la reunión de un congreso que se verificó en Buenos Aires en 1824.

En enero de 1825 fué nombrado encargado del poder ejecutivo nacional.

Esta época fué señalada por actos notables que corresponden á la historia.

Realizada la unión nacional bajo sus auspicios, y nombrado Presidente de la República don Bernardino Rivadavia, le hizo entrega de la autoridad general depositada en sus manos. Poco después dejó de ser gobernador de Buenos Aires, á consecuencia de la ley de capitalización que preparaba la organización unitaria de la República.

Su despedida oficial fué amarga, tal vez mal aconsejado por ambiciones de segundo orden; pero en el fondo de su corazón no quedó ningún rencor, y con noble y elevado patriotismo hizo votos por la felicidad de su Patria.

Uno de los compañeros de armas, que ha sido también el historiador de aquella época, ha dicho que Las Heras se retiró entonces á Chile, resentido tal vez del modo pomposo y altanero con que Rivadavia lo había tratado, y con tal motivo ha formulado este juicio sobre él: «Las Heras es uno de los primeros y más va»lientes defensores de la República, y á la franqueza »y firmeza de un soldado, y á la probidad más sin ta»cha en su conducta como funcionario público, reunía »una deferencia escrupulosa al cuerpo legislativo.»

Acogido en Chile como uno de sus mejores hijos, continuó desde su retiro ocupándose de la suerte de su Patria, y prestándole en algunas circunstancias servicios de consideración.

Cuando su Patria, después de treinta años de olvido, lo reconoció como general y le mandó abonar el sueldo que hasta entonces le había pasado la República de

Chile, recibió esta distinción con modestia y gratitud, creyendo que recibía gracia en lo que se le debía de justicia.

VI

El general Las Heras, al tiempo de morir, era el Bayardo de la Republica Argentina, el militar sin miedo y sin reproche, decano de los ejércitos americanos, por su edad, por sus servicios y por sus elevadas cualidades morales.

En su avanzada edad, y á pesar de las dolencias que lo aquejaban, conservaba aún cuando lo vi por última vez en Chile, en 1850, toda la arrogancia del soldado, y el reflejo de su belleza varonil de sus heroicos años. Su talla era alta y erguida ; su ojo negro, profundo y chispeante, respiraba la firmeza y la bondad, y en sus maneras se notaba algo de la habitud del mando, unida á la exquisita cortesanía de los hombres de su tiempo. En aquella época le vi una vez de grande uniforme en medio del estado mayor de Chile, y su imponente figura militar eclipsaba á todas llamando sobre él la atención del pueblo que veía en él al representante de sus más queridas glorias.

El general Las Heras pensaba siempre en su Patria y seguía desde lejos su movimiento.

En prueba de ello, he aquí la última carta que recibimos de él, lo que dará una idea de su estilo, de sus sentimientos y de su modo de juzgar los acontecimientos contemporáneos :

Es de fecha 30 de diciembre del año 1863, y dice entre otras cosas : «Es un obsequio para un pobre viejo »como yo, el recibir tantas consideraciones. No hable»mos de los hechos de la guerra de la Independencia ;

»en ella hemos hecho lo que hemos podido, y lo que »era nuestro deber. Pero cuando desde mi soledad es»tudio por los diarios y contemplo el progreso de que »es deudora á ustedes nuestra Patria, me asombro y »me complazco en ello, comparando la época presente »con la que me tocó mandar en esa, en la que á cada »paso tenía que tropezar con la escasez de recursos y »con las preocupaciones, que nunca me permitieron ni »aun dar á la guardia nacional la organización que »la ley señalaba. Como argentino y como americano »doy á usted las gracias por la noticia que me da del »tratado celebrado con la España. Este es un verdade»ro triunfo americano, que hará recordar esta época »con entusiasmo.»

El general Las Heras murió en Santiago de Chile el 6 de febrero de 1866, á los 86 años de edad.

El Gobierno de Chile honró su memoria decretándole exequias nacionales y el pueblo chileno asistió á los funerales, confirmando la palabra de uno de sus historiadores: «La historia del general Las Heras es la historia de Chile.»

No necesitó apelar á la posteridad para esperar justicia y afirmar la corona sobre sus sienes. El juicio que el pueblo sólo pronuncia en los funerales de sus héroes, fué pronunciado en vida y para honor y gloria de él y de su Patria, por los hijos de la heroica generación á que perteneció, que es la posteridad á que apelaba el general San Martín, su ilustre maestro y compañero de gloria.

LOS SARGENTOS DE TAMBO NUEVO

I

Los soldados rasos de un ejército son los músculos de acero que imprimen al organismo militar su movimiento gimnástico. El espíritu que los anima es la fuerza que pone en movimiento las almas, y da su temple á las armas de una Nación.

Cuando una columna se pone en movimiento al paso de ataque cuyo compás mide el tambor, cuando las banderas se agitan y las armas se estremecen obedeciendo á las vibrantes pulsaciones de brazos varoniles, cuando los corazones se encienden y los rostros se iluminan al fuego del entusiasmo que funde á todos en masa compacta, es el valor colectivo el que resplandece en medio de los peligros. Cada soldado es contado como unidad. El conjunto de esas unidades es lo que constituye la fuerza y el valor militar subordinado á la disciplina.

Cuando de entre las filas se destaca una figura extraordinaria, que obedeciendo á los impulsos espontáneos de su corazón, hace algo más que su deber, y lo hace con inteligencia, fortaleza y abnegación, es la fuerza moral la que obra, es la conciencia humana que se

convierte en acción, es el movimiento del alma que se revela, es, en una palabra, el espíritu heroico que se manifiesta.

La antigüedad tenía una corona para cada una de estas acciones señaladas de los soldados, desde la corona cívica que se ganaba salvando la vida de un ciudadano en el combate, hasta la corona de hiedra que ceñía las sienes del primero que subía á la muralla.

En los tiempos modernos, en que el movimiento de las almas se ha complicado, en que nuevos sentimientos, nuevas pasiones y nuevos móviles morales y materiales, obran sobre los hombres, el soldado raso es un ser más complejo, más responsable, que se gobierna más por su propia conciencia que por la recompensa ó el temor.

Nada puede suplir en la milicia ese resorte elástico de las almas, que jamás se destempla en el peligro ni se relaja en la derrota.

No se puede concebir un ejército sin temple moral, sosteniendo una grande y noble causa confiada á sus esfuerzos. Cada cabeza, cada corazón, debe abrigar una idea, un sentimiento, una creencia ó una aspiración superior que lo eleve sobre el nivel común, y alcance por la combinación de las fuerzas morales y materiales, el triunfo del ideal político y social que está en todos y cada uno de los que combaten.

Por eso los ejércitos de la Independencia argentina hicieron triunfar su causa en los campos de batalla, queriéndola, amando la libertad y aspirando á legar á los venideros una Patria independiente, libre y feliz.

Empero, al recorrer las páginas de nuestra historia escrita, se creería que nuestros fastos militares son pobres de acciones extraordinarias ejecutadas por sim-

ples soldados, obrando, por inspiración propia, con heroísmo y con conciencia.

Apenas se registra en ella uno que otro hecho en que se ponga de relieve el valor heroico, ó se manifieste el sentimiento sublime de la abnegación deliberada del individuo.

¿Será ingratitud, será olvido, será que realmente este género de acciones no está en la índole del soldado argentino?

No. El Creador no negó al barro humano de que está amasado el soldado argentino, el fuego sagrado de las acciones heroicas, inspiradas por móviles puramente morales.

El mismo olvido en que yacen sería una prueba de ello, si faltaran otras.

Mártires sacrificados obscuramente por ser fieles á su creencia, soldados que cumplieron con algo más que su deber, sin más testigos que su conciencia, han ofrecido su sangre en holocausto á divinidades desconocidas del porvenir, sin aspirar siquiera al epitafio anónimo que inmortalizó el heroísmo de los que se sacrificaron por las santas leyes de Esparta.

No habían pasado tres años, y ya el general Belgrano había olvidado al escribir sus Memorias el nombre del catalán Raigada, á quien confió en el Tacuarí sostener la retaguardia con una sola pieza de artillería, abandonada cobardemente por oficiales y soldados.

El nombre de Juan Bautista Cabral, que salvó á San Martín la vida sacrificando la suya en San Lorenzo, alcanzó los honores de una inscripción en la puerta del cuartel, que sus descendientes no respetaron y que la gratitud póstuma no ha restablecido.

Falucho, el negro heroico, que, solo y abandonado, prefirió la muerte en la obscuridad á la ignominia de presentar sus armas á la bandera del enemigo triun-

fante, y murió dando vivas á su Patria, apenas ha salido de la sombra, y su nombre no ha sido registrado aún en las páginas de la historia.

La romancesca acción de los sargentos de Tambo Nuevo y la muerte heroica de uno de ellos, es otra prueba de lo que venimos diciendo.

La tradición oral la había hecho popular, y su nombre, salvado por los recuerdos de los contemporáneos, pasará á la historia á la par de los de Raigada, Cabral y Falucho.

Con estos elementos, con las noticias que nos suministran las Memorias escritas de los contemporáneos y con las que hemos podido encontrar en otros documentos de la época, se ha confeccionado este otro episodio de nuestros tiempos heroicos, que ya figura en las páginas de un libro. (1)

II

Después de la desastrosa batalla de Vilcapugio (octubre de 1813), el general Belgrano, corriéndose por uno de sus flancos con las miserables reliquias de su ejército, estableció su cuartel general en Macha, con el ánimo de disputar al enemigo el dominio del Alto Perú.

---

(1) En el número 5 del periódico *Padre Castañeta* (1852) se publicó una relación de la sorpresa de Tambo Nuevo, la cual es más fantástica que verdadera y adolece de muchas inexactitudes. La que hace el general Paz en sus *Memorias* (t. I. pág. 138) no es completa, aunque más exacta que la anterior. Por último, la que hace el general La Madrid, actor en este suceso, en la página 30 y en la 32 y 38 de sus *Observaciones* á las memorias de Paz, aunque más detallada, es falsa por lo que respecta á la dispersión de la compañía enemiga, cuando fué atacada por La Madrid, según se comprueba por su mismo parte oficial (que él había olvidado), el cual se encuentra publicado en el núm. 80 de la *Gaceta Ministerial* de 24 de noviembre de 1813 (páginas 482 y 83).

A tres leguas de distancia estaba el campo de Ayohuma, donde el ejército argentino debía experimentar otro revés más severo aún, que decidiría de la campaña.

Mientras tanto, el enemigo, á pesar de su reciente victoria, se hallaba reducido á la nulidad. Careciendo de víveres y de elementos de movilidad, se había refugiado en las alturas, abandonando los valles á los vencidos.

Por su parte, el general argentino se ocupaba activamente en formar un nuevo ejército para librar una nueva batalla, repitiendo estas palabras históricas: «Aun hay sol en las bardas, y hay un Dios que nos protege.» (2) A su voz los dispersos se reunieron, las poblaciones se insurreccionaron de nuevo, las armas, los víveres y los reclutas afluyeron á su campamento, y hombres, niños y mujeres del pueblo acudieron espontáneamente, trayendo en sus propios hombros sus ofrendas ópimas.

El general Belgrano, aprovechándose de esta buena disposición de las poblaciones y de la inacción del enemigo, destacó montoneras y partidas de observación en todas direcciones, estrechando el círculo de acción de los realistas y ensanchando el suyo. Sobre esta base promovió la guerra de partidarios, procurando interceptar las comunicaciones por el Norte. Al mismo tiempo inició un sistema de hostilidades parciales sobre los destacamentos enemigos que aun no se habían reconcentrado á su campamento general en Condo.

Entre los jefes de partidas sueltas destacadas del ejército patriota, se encontraba el teniente don Gregorio Aráoz de La Madrid. Este joven oficial se había hecho notar ya entre amigos y enemigos por su valor

(2) Comunicación de Belgrano al presidente de Charcas, Ortiz Campo, el 7 de octubre de 1813. (M. S.)

temerario. Activo y fogoso, La Madrid reunía á las puerilidades de un niño la audacia de un héroe de leyenda. Aunque poco capaz para concebir y ejecutar un plan militar, tenía todas las cualidades que se requieren para un golpe de mano atrevido.

El general supo utilizar estas cualidades.

Un día lo llamó á su tienda y le dijo:

—Escoja usted cuatro hombres de su compañía, y marche á traerme noticias exactas de la vanguardia que está en Yocalla.

Al poco rato volvió La Madrid con cuatro voluntarios.

—Mi general—le dijo,—yo estoy pronto, y sólo falta que V. E. me dé un pasaporte para que se me permita entrar al campo enemigo, para poderle traer las noticias con la exactitud que desea.

—Usted sabrá proporcionarse el pasaporte—le contestó Belgrano sonriéndose.

La Madrid, guiado por un indio por senderos excusados, y trasnochando, con una gran nevada, fué á amanecer sobre el campamento de Yocalla.

La vanguardia enemiga que allí se encontraba, se componía de la división al mando del comandante don Saturnino Castro, que había decidido la batalla de Vilcapugio. Este oficial, hermano del célebre jurisconsulto argentino del mismo apellido, era natural de Salta, y á su valor impetuoso, á su destreza en el caballo y á la audacia de sus correrías, debía el ser reputado por el primer guerrillero del ejército realista. Apasionado de una belleza salteña, lloraba la ausencia de sus amores y ansiaba abrirse camino de la ciudad natal, ó por el triunfo ó por la defección de la causa del Rey, pasión que debía ser más tarde la causa de su trágica muerte.

Como á cuatrocientas varas del campamento de Cas-

tro se encontró La Madrid con una partida enemiga de cinco hombres que habían salido á hacer la descubierta sobre la nieve. Cayendo sobre ella de sorpresa, la tomó prisionera sin tirar un tiro.

Los cinco prisioneros fueron remitidos al general para que le diesen las noticias exactas que pedía. Dos de ellos pertenecían á los juramentados de Salta. Belgrano los mandó fusilar por la espalda y cortadas sus cabezas, se les puso un rótulo en la frente en que se leía: *Por perjuros.*

Las dos cabezas fueron remitidas con un refuerzo de ocho dragones á la avanzada del teniente La Madrid, con orden de colocarlas á la inmediación del enemigo, para escarmiento de los que habían traicionado la fe jurada, en cuyo caso se hallaba el mismo Castro.

III

La Madrid, á la cabeza de doce hombres, se consideró en aptitud de acometer empresa de mayor magnitud.

Aconsejándose de su ardor, más que de la prudencia, resolvió sin pérdida de tiempo atacar una compañía de cazadores montados que sabía haber destacado el jefe de la vanguardia realista, con el objeto de cortarle la retirada, luego que él se comprometiese en la quebrada Tiniguipaya, que era el camino preciso para volverse á aproximar á Yocalla.

En la noche del 24 de octubre, á la cabeza de su pequeño destacamento, se puso en marcha con el ánimo resuelto de sorprender á los cazadores enemigos, que según las noticias de sus exploradores, se habían situado en el portezuelo de la quebrada, en la posta denominada de *Tambo Nuevo.*

Para llegar á este punto, se hacía necesario remontar una áspera cuesta, flanqueada por dos hondos despeñaderos. La Madrid, que conocía el terreno, hizo adelantar como batidores á los soldados José Mariano Gómez, tucumano, y Santiago Albarracín y Juan Bautista Salazar, cordobeses.

Estos tres animosos soldados llegaron al pie de la cuesta, echaron pie á tierra, y la subieron silenciosamente con el caballo de la rienda.

Al pisar la cumbre, creyeron oir el relincho de un caballo, y muy luego vieron brillar á la distancia la luz de la posta. Acercáronse más, y distinguieron perfectamente un centinela á pie, apostado en las casuchas. Deslizándose como sombras y aproximándose al abrigo de las quebradas del terreno, se convencieron de que en efecto allí estaban los realistas.

A excepción del relincho de los cincuenta caballos encerrados en el corral de piedra de Tambo Nuevo, ningún rumor llegaba á sus oídos.

Los tres batidores siguieron avanzando y descubrieron un cuerpo de guardia.

Era la avanzada de la compañía enemiga.

El centinela estaba desprevenido, ó dormía tal vez, inclinado sobre su fusil. Las armas estaban apoyadas contra la pared, al cuidado del centinela. En el interior del rancho ardía un candil encima de una manta que servía de carpeta, sobre la cual se veía un naipe. A su alrededor dormían tranquilamente once soldados. A poca distancia, á retaguardia, descansaba el resto de la compañía, en número de cuarenta hombres.

Los tres batidores concibieron por inspiración el atrevido proyecto de apoderarse solos de la guardia.

Pensarlo y hacerlo fué obra de un momento.

Su plan de ataque debió combinarse más bien por señas que por palabras.

Uno de ellos se precipitó rápidamente sobre el centinela y lo desarmó y rindió, tapándole la boca antes de que pudiese articular un grito de sorpresa. Otro se apoderó de las armas. El tercero, colocándose en medio de la guardia con su sable á la dragona y su carabina amartillada, intimó á todos rendición.

Todos se rindieron sin resistencia, y uno por uno fueron maniatados por los tres batidores, quienes, echándolos por delante, volvieron á bajar la cuesta.

El sargento de la guardia prisionera, aprovechándose de las fragosidades del terreno, se arrojó por un despeñadero, y fué á dar la alarma al resto de la compañía que dormía tranquilamente.

Los batidores de La Madrid se incorporaron muy luego á él, y le presentaron once prisioneros y doce fusiles.

Sin vacilar, avanzaron los doce dragones patriotas en busca de los cazadores enemigos, que encontraron ya en marcha, en disposición de bajar la cuesta.

Trabóse un tiroteo en la obscuridad de la noche. Los realistas, creyéndose atacados por fuerzas superiores, se replegaron á la posta, y fortificándose en el corral de piedra, gritaron: ¡Viva la Patria! en señal de rendición.

Las primeras luces del alba les hicieron conocer el corto número de los patriotas, y entonces volvieron á romper el fuego, pero sin abandonar los muros del corral.

La Madrid emprendió entonces su retirada, más pesaroso de no haber tomado la compañía entera que satisfecho de la ventaja obtenida.

Llegados al cuartel general con los prisioneros, los tres valientes batidores fueron recompensados por el general Belgrano con el glorioso título de Sargentos de Tambo Nuevo, con que han pasado á la historia,

para enseñar á los venideros que cuando un ejército está animado de nobles pasiones, hasta los simples soldados tienen las inspiraciones de los héroes.

IV

El enemigo no perdió tiempo en replegarse á su reserva, disculpando su cobardía con la noticia de que había sido atacado por un escuadrón de caballería y dos compañías de infantería.

A consecuencia de este suceso, Castro se replegó sobre su reserva á Condo.

Libre así el camino de Potosí á Vilcapugio, La Madrid pudo buscar el campo de la derrota, donde un mes antes habían combatido furiosamente patriotas y realistas.

Los cadáveres de los realistas habían sido piadosamente enterrados por sus compañeros. Los de los patriotas permanecían insepultos, devorados por los perros y los buitres andinos.

Al frente de un montón de muertos, que indicaba el sitio de la derrota del batallón número 6, se veían los cadáveres desfigurados de sus comandantes Alvarez y Beldón, que sucesivamente lo habían conducido al ataque y caído valerosamente á su cabeza.

Allí colocó La Madrid las dos cabezas de los juramentados en Salta, recientemente fusilados, colgándolas de altos maderos; hecho lo cual se retiró colocándose en observación sobre las alturas.

Veinte días después, el ejército patriota era nuevamente derrotado, y la pampa de Ayohuma, como la de Vilcapugio, quedaba sembrada de cadáveres.

V

Al terminar el año de 1813, Belgrano se hallaba en Jujuy, ocupado en organizar un nuevo ejército.

Ansioso de tener noticias exactas de las posiciones, fuerzas y planes del enemigo, que avanzaba otra vez triunfante sobre las provincias argentinas, se acordó de los *Sargentos de Tambo Nuevo.*

Llamó al sargento José Mariano Gómez, y dispuso que, acompañado de 25 hombres, se internase más allá de la quebrada de Humahuaca, y hostilizando á los invasores, procurase tomar los conocimientos necesarios.

Gómez avanzó hasta Cangrejos, donde se encontró con la vanguardia realista que se componía del grueso de la caballería al mando de Castro.

Desde este punto se retiró Gómez con sus 25 hombres, hostilizando al enemigo día y noche.

Al llegar al pueblo de Humahuaca, cayó desgraciadamente en una celada. Conducido á presencia de Castro, que conocía y apreciaba su mérito, le ofreció la vida si prometía servirle con fidelidad.

Gómez, que había pertenecido al ejército español, de cuyas filas desertara el año XII, contestó que no era capaz de traicionar á su Patria ni á sus jefes.

Puesto en capilla para ser fusilado al día siguiente, conservó siempre su altivez, sin que pudieran quebrantarla ni los halagos ni las amenazas.

Llegó el día fatal, y ya dentro del cuadro y al tiempo de sentarlo en el banquillo, se le acercó un ayudante de Castro, ofreciéndole nuevamente la vida si prometía fidelidad.

La respuesta del sargento de Tambo Nuevo fué digna de la hazaña que le había merecido este título.

—Dígale uste al coronel—contestó,—que si quiere saber quién es Gómez, me mande quitar las prisiones, y entregándome mi sable, me haga largar dentro de este cuadro. ¿Qué puede hacerles un hombre solo? Pues que haga la prueba, y verá que Gómez no puede servir contra su Patria.

Pocos momentos después, Gómez caía bañado en su sangre, mártir obscuro de su fe política, sin pensar siquiera que la posteridad recordaría algún día su nombre con admiración.

A Albarracín se le ve figurar una vez más en las Republiquetas del Alto Perú, mandando una división de caballería el año de 1817, en la batalla de las Garzas.

En cuanto á su compañero Salazar, más feliz ó más desgraciado que él, se ha perdido en la obscuridad de las filas de los soldados rasos, en que combaten y mueren tantos héroes ignorados, dignos de la corona de la inmortalidad.

LAS CUENTAS DEL GRAN CAPITÁN

Doscientos mil setecientos y treinta y seis ducados y nueve reales, en frailes, monjas y pobres, para que rogasen á Dios por la prosperidad de las almas del Rey.—*Setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro ducados en espías, etc., etc., etc.—(Cuenta del Gran Capitán Gonzalo de Córdoba).*

Entre picos y azadones, cien millones.—*(Proverbio sobre las cuentas del Gran Capitán).*

Ellos (los tesoreros) produjeron sus libros, por los cuales Gonzalo de Córdoba resultaba alcanzado en grandes cantidades; pero él trató aquella demanda con desprecio, y se propuso dar una lección, así á ellos como al Rey, de la manera cómo debía tratarse á un conquistador.—(QUINTANA. *Vida del Gran Capitán.)*

El Rey, al principio condescendió en oir las quejas que ciertos oficiales del tesoro presentaban contra la prodigalidad y derroche con que Gonzalo había manejado los fondos públicos... El Rey, avergonzado del papel que estaba haciendo, puso fin al asunto, considerándolo como una burla. El proverbio vulgar de las *Cuentas del Gran Capitán* atestigua la verdad de esta anécdota.—(PRESCOTT. *Historia de los Reyes Católicos.)*

Al aceptar el mando, Wáshington ha declarado que nos presentará una cuenta exacta de sus gastos, pero que no recibiría ni un chelín como sueldo.—*(Life of Gerry.)*

No he descuidado anotar ninguna de las sumas de que pudiera hacérseme cargo.—*(Cuenta de* JORGE WASHINGTON).

Declaro no deber, ni haber debido nada á nadie.—*(Testamento del* GENERAL SAN MARTIN).

I

Han pasado cien años, y la aurora de la inmortalidad se levanta á la vez sobre una cuna y una tumba, como esos dobles resplandores polares, que en medio de la noche devuelven al ecuador, en forma de coronas de fuego, las luces magnéticas que se condensan en los extremos del mundo y de las edades.

Celebramos hoy el primer centenario del Gran Capitán de la América Meridional, el general José de San Martín, nacido en Yapeyú, muerto en Boulogne-sur-mer, y glorificado en los tiempos por sus hechos.

Al afirmar en sus sienes la corona de hierro de los libertadores, fundida con los eslabones de la cadena rota por su espada, vamos á tomarle cuentas en presencia de su posteridad, hasta de la última moneda de cobre que pasó por sus manos, para aquilatar así el metal de sus estatuas y determinar la liga del barro humano y del espíritu etéreo de su naturaleza.

El arte ha modelado ya su figura varonil en el bronce de la gloria póstuma, como la síntesis plástica de su genio heroico.

La geografía ha trazado con líneas profundas ó de relieve, como las cordilleras y los mares, su itinerario continental, marcando sus grandes etapas con naciones independientes que atestiguan su paso.

La historia ha consignado en sus páginas los grandes hechos del guerrero y del político que con la pasión de su tiempo y la visión del porvenir combatió y

trabajó por una idea para bien de los vivos y de los increados.

La biografía nos ha dado su retrato alumbrando las facciones simpáticas del hombre con la lámpara encendida en los destellos de la vida.

Pero á lo íntimo de su alma no ha penetrado todavía la luz plenaria. Tal sucede en esos templos misteriosos, exhumados de la lava del volcán, de que sólo se conoce el frontispicio, ignorándose su arquitectura interna, allí donde estuvo el altar y donde ardió la llama purificadora de la divinidad.

Los grandes hombres que como San Martín realizan grandes cosas, no son sino almas apasionadas, que elevan sus pasiones á la potencia del genio para dilatarlo en bien de sus semejantes.

Ellos marcan la intensidad de las pulsaciones de una época, de las cuales se deduce una ley positiva, reveladora de las fuerzas morales en actividad y de la persecución de las ideas circulantes en la masa humana. Manifestaciones de una vida múltiple, generadoras del movimiento fecundo, obran sobre su tiempo como acción eficiente, que se prolonga y perpetúa en los venideros como pensamiento trascendental.

Iluminar con la antorcha de este criterio las profundidades del alma de San Martín, y comprobar aritméticamente la visión interna de una parte del ser moral, he ahí el círculo místico, he ahí el objetivo.

II

¿Quién duda que todo organismo tiene su motor, así en el orden físico como en el orden moral?

Por eso se ha dicho con propiedad que el genio de un hombre se asemeja á un reloj que tiene su estructura,

y entre sus piezas, un gran resorte. Descubrir este resorte, demostrar cómo comunica su movimiento á los demás, repercutiendo en la conciencia ; seguir ese movimiento de rueda en rueda, hasta el puntero que señala la hora psicológica, he ahí la teoría de la historia interna del hombre, principio y fin de sus acciones exteriores.

Y así como se ha observado que los pueblos tienen un rasgo principal, del cual todos los demás se derivan, y cómo las partes componentes del pensamiento se deducen de una cualidal original, así también en los hombres que condensan las pasiones activas de su época, todos sus rasgos y cualidades se derivan y deducen de un sentimiento fundamental, motor de todas sus acciones.

En el general San Martín el rasgo primordial, la cualidad generatriz de que se derivan y deducen las que constituyen su carácter moral, es el genio de la moderación y del desinterés, ya sea que medite, luche, destruya, edifique, mande, obedezca, abdique ó se condene al eterno ostracismo y al eterno silencio.

Concibió grandes planes políticos y militares, no para satisfacción de designios personales, sino para multiplicar la fuerza humana.

Organizó ejércitos, no á la sombra de la bandera pretoriana ni del pendón personal de los caudillos, sino bajo las leyes austeras de la disciplina, en nombre de la Patria, y para servir á la causa de la comunidad.

Peleó, no por el amor estéril de la gloria militar, sino para hacer triunfar una idea de todos los tiempos.

Fundó repúblicas, no como pedestales de su engrandecimiento, sino para que en ellas viviesen y se perpetuasen hombres libres.

Mandó, no por ambición, sino por necesidad y por deber, y mientras consideró que el poder era en sus

manos un instrumento útil para la tarea que el destino le había impuesto.

Fué conquistador y libertador sin fatigar á los pueblos por él redimidos con su ambición ó su orgullo.

Administró con pureza el tesoro común, sin ocuparse de su propio bienestar, cuando podía disponer de la fortuna de todos sin que nadie pudiese pedirle cuentas.

Abdicó el mando supremo en medio de la plenitud de su gloria, sin debilidad, sin cansancio, y sin enojo, cuando comprendió que su misión había terminado, y que otro podía continuarla con más provecho de la América.

Se condenó deliberadamente al ostracismo y al silencio, no por egoísmo ni cobardía, sino en homenaje á sus principios y en holocausto á su causa.

Sólo dos veces habló de sí mismo en la vida, y esto, pensando en los demás; pasó sus últimos años en la soledad, sin rechazar la calumnia ni desafiar la injusticia, y murió sin quejas cobardes en los labios y sin odios amargos en el corazón.

He ahí el rasgo original que sus cuentas de gastos pondrán en evidencia desde un nuevo punto de vista, en presencia de nuevos documentos.

III

Las cuentas del Gran Capitán de España, Gonzalo de Córdoba, han pasado á proverbio. Los historiadores, así monarquistas como republicanos, han deducido de ellas que la gloria no se tasa, y que los conquistadores no deben ser sometidos á residencia. El

pueblo, con su instinto, las ha hecho sinónimo de peculado.

Las cuentas de Wáshington han sido grabadas en acero, como un comprobante de que los libertadores deben al pueblo minuciosa cuenta, hasta del último real del tesoro público que administraron y gastaron.

El general San Martín pertenecía á esa austera escuela del deber contemporáneo y de la fiscalización póstuma, y al cabo de cien años, él puede presentarse á su posteridad con su cuenta corriente en regla, pidiendo el finiquito de ella, en vista de lo que recibió, de lo que gastó y de la herencia de gloria que legó á sus hijos.

Y las cifras mudas de esa cuenta se alzarán de la tumba como testigos irrecusables, que declaren en lenguaje matemático, que San Martín, no sólo fué un gran hombre, sino, principalmente, un grande hombre de bien.

Ellas dirán que su educación nada costó á su Patria; que el Rey quedó debiendo á su padre los sueldos de tenientegobernador de Misiones; que á la edad de doce años se bastó á sí mismo, en tierra extraña; y que su madre, al enviudar, decía de él que era «el hijo que menos costo le había traído.» Hijo barato, como después fué héroe barato, su madre natural como su madre cívica, sólo le dieron de su seno la leche necesaria para nutrir su fibra heroica.

Vino á su Patria hombre formado y con una reputación hecha en largos trabajos; costeó su viaje para ofrecer su espada á la Revolución americana, y al pisar, pobre y desvalido, las playas argentinas, traía en su cabeza la fortuna de un mundo.

Ahora van á hablar los números

IV

San Martín está en la Patria, de que se había ausentado en la niñez.

Nombrado en 1812 comandante de Granaderos á caballo, con *ciento cincuenta* pesos de sueldo, cedió al Estado la tercera parte de él para los gastos públicos.

General en jefe del ejército del Perú, lo sirvió con el sueldo de coronel ganado en San Lorenzo.

Gobernador de Cuyo en 1814, con *tres mil* pesos de sueldo, donó la mitad de él mientras durase la guerra con los españoles. Quedábanle *ciento veinticinco* pesos, de los que destinaba una asignación de *cincuenta* para su esposa, restándole á él *setenta y cinco* pesos. En marzo del mismo año se dirigió al Gobierno manifestándole que con tan corta cantidad le era materialmente imposible subsistir, rogando en consecuencia que su donativo se redujese á la tercera parte. El Gobierno accedió á su pedido, y desde entonces gozó de *ciento setenta y dos* pesos al mes, pudiendo así elevar á *ochenta* la asignación de su familia y disponer de *noventa y dos* pesos. Con esto vivió por el espacio de dos años, mientras preparaba la gran campaña de los Andes, según consta de los libros de contabilidad del Archivo general.

Para la subsistencia del Ejército de los Andes se destinaron al principio *cinco mil* pesos mensuales, que desde agosto de 1816, es decir, cinco meses antes de atravesar la Cordillera, se elevaron á *ocho mil* pesos. De ahí en adelante, este ejército vivió á costa de los pueblos libertados por él.

En el mismo año de 1816, nombrado general en jefe del Ejército de los Andes, con *seis mil* pesos anuales, se le continuaron descontando *ciento sesenta y seis* al mes por donativo voluntario, y *ochenta* por asignación, quedándole disponibles únicamente *doscientos cincuenta y cuatro* para sus gastos militares y personales.

Dueño absoluto de la pequeña renta de la provincia de Cuyo, se permitía únicamente el lujo de hacerse sospechar de ladrón. Había ordenado que todo peso de plata sellado con las armas españolas le fuese entregado día por día. La orden se cumplía religiosamente, y todos creían que San Martín se apropiaba este dinero. En vísperas de emprender su viaje á Chile, llamó al tesorero, y le preguntó si había llevado cuenta exacta, como era su deber, de las cantidades por él entregadas ; y en vista de ella, devolvió al tesoro público en la misma especie las monedas de que era depositario.

V

La escena cambia. El Ejército de los Andes ha atravesado la Cordillera y ha vencido en Chacabuco. San Martín es el libertador de Chile, y dueño de todos sus tesoros. El 14 de febrero de 1817 entra triunfante en la capital de Santiago, rehusa el mando supremo que se le ofrece, y es alojado en el palacio de los obispos, con escasos muebles, y con puertas que no tenían ni cerraduras, como que tenían poco que guardar.

Desde febrero de 1817 hasta agosto del mismo año invirtió en su palacio, familia militar, obsequios, chasques, servidumbre, mesa, coches, caballos, frailes, monjas, limosnas, ropa, muebles, vajilla, luces, forrajes,

combustible, música, lavado, perfumes y flores, la cantidad de *tres mil trescientos treinta y siete pesos*, seis y un cuartillo *reales*, ó sean cuatrocientos setenta y seis al mes, según cuenta que llevaba su capellán el P. Juan Antonio Bauzá. De esta cantidad, *cuatrocientos sesenta y un* pesos con *dos y medio reales*, fueron oblados por el Gobierno de Chile; *cuatrocientos* por la comisaría del ejército de los Andes, y los *dos mil cuatrocientos setenta y seis* pesos restantes, de su propio peculio.

La sala tenía sofaes, pero no sillas suficientes, y en comprar una docena forrada en raso gastó *cien* pesos. La mesa de su despacho cojeaba, y en ponerle dos pies nuevos empleó *dos pesos y cuatro reales*. La del diputado Guido, que vivía con él, no estaba más firme, y en ponerle dos barrotes se fueron *nueve reales*.

Por el sermón en acción de gracias por la batalla de Chacabuco pagó dos onzas de oro al orador sagrado que lo pronunció, y en libros casi otro tanto, lo que suma cuatro onzas de literatura.

En su vajilla de plata (de la cual le robaron dos cucharas), empleó *ciento treinta y cuatro* pesos, y en cristalería *veintinueve*.

Al llegar á Santiago, no tenía ropa, y en esto gastó *ciento seis pesos y siete reales*. En componer su capotón de campaña *once pesos cuatro reales y medio*, en forrar en raso su chaqueta *cuatro pesos siete reales y medio*, y en adornarla con cinco pieles de nutria *diez reales*, á razón de dos reales cada cuerecito. Se hizo un levitón forrado en sarga, que no le costó menos de *veintinueve pesos*, y en remiendos de botas se fueron *diecinueve pesos*. Hasta la compostura del famoso sombrero falucho cuya forma típica ha fijado el bronce eterno, figura en esta cuenta con *cuatro* pesos, importe del hule y del forro de tafetán, incluso el barboquejo.

Por último, se dió el lujo de renovar las cintas de su reloj, y en esto empleó la suma... de *cuatro reales*.

Si la lista del guardarropa de Carlos V en Yuste se ha considerado por el grave historiador Mignet digna de ocupar á la posteridad, bien merecen ser contados en este día los remiendos del grande hombre, que puede presentarse ante ella, con su ropa vieja, pero sin manchas.

Este hombre que remendaba su ropa y su calzado y cosía personalmente los botones de su camisa, notó un día que su secretario don José Ignacio Zenteno (que después fué general y ministro de Chile) llevaba unos zapatos rotos: inmediatamente ordenó á su capellán le ofreciese un par de botas, que costaron *doce pesos*. Su escribiente Uriarte estaba casi desnudo, y le mandó dar *veinticinco pesos* para vestirse.

Se alumbraba con velas de sebo, y en este artículo consumió en siete meses el valor de *setenta y un pesos*, ó sean *diez* mensuales. El lujo de entonces, en que no se usaban bujías ni se conocía el gas, era la cera, y en cera, pábilo y confección de blandoncillos «para las noches de función» (según expresa la cuenta), se gastaron *setenta y seis pesos*.

Tenía dos coches prestados, uno grande y otro chico, que en composturas se llevaron *treinta y seis pesos*, ó sea casi el doble del importe del remiendo de botas.

Tenía dos pianos (prestados también), uno chico y otro grande (como los coches), y en templarlos, componerlos y ponerles funda de bayeta, gastó no menos de *treinta y dos pesos*.

En música, incluso las gratificaciones á pitos y tambores que habían sonado la carga de Chacabuco, el general gastó en todo *sesenta y cinco* pesos. Además, una partida extraordinaria, que está anotada en la cuenta del capellán en la forma siguiente: «Por *dos pesos*

»que se gratificaron al que tocó la guitarra en una no»che que se bailó alegre.» ¡ Felices tiempos en que las alegrías de sus poderosos no costaban sino dos pesos al tesoro del pueblo, y esto por una sola vez!

En su salón se reunía con frecuencia la sociedad más selecta de Santiago, en damas y caballeros, y ha quedado en Chile el recuerdo de las tertulias de San Martín, en que el general rompía el baile con un minué. Algunas noches se jugaba á la malilla, y á veces la caja del cuartel general costeaba las pérdidas. En la cuenta del capellán se encuentra esta curiosa anotación: «Por seis pesos que se pasaron á la Madama Encalada para que jugase, y no los ha vuelto.» Madama Encalada era la esposa del almirante Blanco Encalada, una de las primeras bellezas de Chile, que rivalizaba con lady Cochrane, esta hermosa británica ante la cual los soldados prorrumpían en aclamaciones de entusiasmo cuando la veían pasar al galope de su caballo.

Parece que gustaba de perfumes, pues en materiales y confección de pastillas figura una partida por *treinta y un pesos*. Al lado de esta partida se lee lo siguiente: «Por *un real* de cascarilla para curar el caballo del señor general.» Y más adelante esta otra, que revela su pasión por las flores desde entonces: «Por cinco macetas de marimoñas y á los peones que las condujeron, *seis pesos*.»

VI

Se ha dicho de San Martín que era sibarita, glotón, borracho, ladrón y avaro.

Su cuenta de gastos nos dirá lo que haya de cierto á este respecto.

En la mesa de su palacio, que presidía el coronel don Tomás Guido, se empleaban *diez pesos* diarios en comestibles. El comía una sola vez al día, y eso en la cocina, donde elegía dos platos, que despachaba de pie, en soldadesca conversación con su negro cocinero, rociándolos con una copa de vino blanco de su querida Mendoza. Su plato predilecto era el asado, y así como otros convidan á tomar la sopa, él convidaba á tomar el asado.

En una de las conferencias con su cocinero (que era soldado), notó sin duda que á la olla de su cuartel general le faltaba un poco de tocino. En consecuencia, compró un cerdo en *siete pesos*, gastó *once reales* en clavo y pimienta, y pagó *tres pesos* al que lo benefició. A este cerdo puede decirse que le llegó su San Martín, y á tal título bien merece pasar á la posteridad, como la gallina que Enrique IV pedía para cada una de las ollas de los habitantes de su reino. ¿ Y en qué cocina de nuestra tierra, desde la Plata hasta los Andes, no se pensará en este día, al ver hervir el puchero de la familia, que el fuego del hogar argentino fué encendido por los padres de su Independencia, que amasaron el pan de cada día con la levadura del patriotismo y la sal de la educación popular?

Su bebida favorita era el café, que tomaba en mate y con bombilla. En su cuenta figuran *doce* libras de café crudo, á *veinte reales* cada una, que, con *cinco pesos* más para tostarlo y molerlo, suma todo *veinte pesos*. El mismo lo preparaba á las cinco de la mañana, hora en que se levantaba de su catre-cofre de campaña, que con un colchón de cuatro dedos de grueso, apenas levantaba una cuarta del suelo.

En cuanto á licores, su cuenta nos dice que al instalar su casa militar, compró un barril de vino de Penco, en *once pesos* y gastó *dos reales* en ponerle una

canilla. Meses después, se hace mención de una pipa ó barrica, que sin duda fué regalada, pues no figura en las compras. Al fin, se viene en conocimiento de que era un barril, según lo revela una partida que se lee á continuación y dice así: «Por *nueve reales* en seis docenas de corchos para las botellas.»

Por lo que respecta al ron, de que se ha dicho que San Martín abusaba, tal artículo no figura sino una vez en su cuenta, y esto por incidente, con motivo de apuntar tres pesos gastados en una cuarta de aguardiente común. Del general Grant se dijo otro tanto, después de la toma de Wisbourg, y el presidente Lincoln contestó á los que lo acusaban de beodo: «Traed»me un poco de ese whisky que toma Grant, para re»partirlo á algunos de los generales de la Unión, que »bien les vendrá.» ¡Quién nos diera hoy el ron en que San Martín bebía la embriaguez sagrada de la victoria!

La verdad es que el general era de un estómago débil, que apenas podía soportar el alimento; y que guardaba abstinencia por necesidad, usando de los licores con suma moderación. Lo que más bebía era agua mineral, que hacía traer de un paraje inmediato á Santiago, que llaman Apoquindo, abonando *doce reales* al mes al mozo que la conducía.

Su gran vicio era el abuso del opio, que usaba en forma de morfina como medicamentación ordinaria para calmar sus dolores neurálgicos y reumáticos, á fin de conciliar el sueño. Por eso se ve en su cuenta figurar una partida de *treinta y siete pesos* para renovar el botiquín.

Su pequeño vicio era el uso del cigarro. En siete meses redujo á cenizas tres mazos de tabaco colorado, *dos pesos* de tabaco negro y *tres* de cigarrillos, lo que suma *veintitrés pesos cuatro* reales, ó sea poco más de

un real y cuartillo diario en humo, para inocente solaz del que, en Chacabuco y Maypo, envolvió la bandera argentina con el humo inflamado que despidieron sus cañones.

Así como economizaba la pólvora y cuidaba de sus cartuchos, él mismo picaba su tabaco, y la tabla y el cuchillo con que lo hacía se conservan aún como un recuerdo de sus austeras costumbres.

Aquí termina la cuenta del vencedor de Chacabuco, digna de figurar al lado de la de Wáshington, porque son los gastos modestos de un grande hombre en medio de un gran triunfo, que hoy tal vez no satisfarían al vencedor de una guerrilla.

Realza el mérito del héroe argentino, que Wáshington era rico y San Martín pobre ; que el primero hizo la guerra únicamente en el territorio de su país, y el otro fué un verdadero conquistador ; que el uno tenía que rendir cuentas á un congreso y San Martín únicamente á sí mismo.

¡ Ambos tenían en su propia conciencia un constante centinela de vista !

VII

En el transcurso de estos siete meses que hemos anotado con cifras, hizo San Martín un viaje á Buenos Aires, con el objeto de concertar la expedición á Lima. El gasto más considerable que con tal motivo hizo, creemos que fué una mula de paso para pasar la Cordillera.

El Cabildo de Santiago puso á su disposición la cantidad de *diez mil pesos* en onzas de oro, rogándole los

emplease en gastos de viaje. El general contestó aceptando el regalo, pero destinándolo á la formación de una biblioteca pública en Chile, diciéndole: «La ilus»tración es la llave que abre las puertas de la abun»dancia.» Y pudo agregar, «la economía de los dine»ros públicos, la que las asegura.»

Fué en aquella ocasión cuando el Gobierno argentino decretó una pensión de *cincuenta pesos* á favor de la hija de San Martín, con lo cual pudo más adelante ayudar á su educación.

De regreso á Chile, fué sorprendido en Cancha-Rayada. El bravo Las Heras se le presentó á los pocos días con el uniforme hecho pedazos, trayéndole la tercera parte del ejército salvado por él en aquella noche infausta. El general dió orden de que se le entregase la mejor casaca de su guardarropa: ¡su mejor casaca estaba remendada!

Después de Maypo, su segundo, el general don José Antonio Balcarce, asistió al Te Deum que se celebró en acción de gracias, con una camisa que le prestó un amigo. ¡Grandes tiempos aquéllos en que los generales victoriosos no tenían ni camisa.

En recompensa de sus grandes servicios el congreso de las Provincias Unidas le votó, en 1819, una casa para él y sus sucesores, adjudicándole una situada en la plaza de la Victoria, que se compró á la testamentaría de la familia Duval, y que después ha sido conocida con el nombre de Riglos.

La República de Chile le regaló una chacra, como una muestra de su gratitud.

En Mendoza tenía una pequeña casa en la Alameda y una quinta en sus alrededores, compradas con sus escasos ahorros de soldado.

Tal era la fortuna territorial del vencedor de San

Lorenzo, de los Andes, de Chacabuco y Maypo, al emprender su memorable expedición del Bajo Perú.

VIII

Sigámosle al Imperio de los Incas, veámosle más poderoso que Pizarro, y pudiendo disponer de más oro que el que pesaron en sus balanzas los conquistadores del templo del sol.

En el Perú vivió con más fausto que en Chile: distribuyó medio millón de premio entre los jefes de sus ejércitos, contentándose él con recamar de oro su uniforme, con el objeto de deslumbrar á la aristocracia de aquella corte colonial, que él consideraba poderosa en la opinión.

Declarado Protector del Perú, se hizo decretar un sueldo de *treinta mil pesos* anuales, lo que, en su tiempo, fué muy criticado, y con razón, pues aun cuando fuese menor que el que gozan sus actuales presidentes, entonces el dinero valía más y era más necesario. Empero, él no empleó su sueldo sino en gastos de representación pública, sin poner de lado un solo real. Y es de tomar en cuenta que siendo árbitro absoluto de hombres y cosas, al abdicar el mando supremo se le debían dos meses de sueldo de Protector y capitán general, según consta de la liquidación que el Perú le formó más tarde.

Al abandonar para siempre, en 1822, las playas del Perú, cuyos tesoros le acusaban sus enemigos haber robado, sacó por todo caudal *ciento veinte onzas* de oro en su bolsillo; y por únicos expolios, el estandarte con que Pizarro esclavizó el Imperio de los Incas, y la

campanilla de oro con que la Inquisición de Lima reunía su tribunal para enviar sus víctimas á la hoguera.

El general San Martín llegó á Chile, triste, vomitando sangre, y fué saludado con una explosión de odio por parte del pueblo que había libertado. Contaba para subsistir en ese país con un dinero que había confiado á un amigo, y con el producto de la venta de su chacra. Otro amigo, que comprara ésta como por favor, no pudo llenar su compromiso, y tuvo que volver á recibirse de ella, sin que le produjera renta. La cantidad en depósito se había disipado, y sólo quedaban de ella «unos cuantos reales,» según lo dice él mismo, sin insistir más sobre este desfalco.

Postrado por la enfermedad, y lastimado por la ingratitud, pasó sesenta y seis días en cama, hospedado por amistad en una quinta de los alrededores de Santiago, á inmediaciones del famoso llano de Maypo. Apenas convaleciente, se le presentó uno de sus antiguos compañeros pidiéndole una habilitación, creyéndolo millonario, según se decía. Con tal motivo escribió con pulso trémulo y desgarradora ironía á su amigo O'Higgins, peregrino como él: «Estoy viviendo de »prestado. Es bien singular lo que me sucede, y sin du»da pasará á usted lo mismo, es decir, están persuadi»dos de que hemos robado á troche y moche. ¡ Ah, pí»caros! ¡ Si supieran nuestra situación, algo más ten»drían que admirarnos!»

El Gobierno del Perú, noticioso de su indigencia, le envió *dos mil pesos* á cuenta de sueldos.

Con esta plata y algunos otros pequeños recursos que se allegó, pudo pasar á Mendoza, en 1823, donde hizo la vida pobre y obscura de un chacarero.

Trasladado en el mismo año á Buenos Aires, se le recibió como á un desertor de su bandera, y se le con-

sideró indigno de pasar revista en el ejército argentino.

La aldea donde había nacido era un montón de ruinas, y su joven esposa había muerto en su solitario lecho nupcial.

Sólo le quedaba una hija, fruto de una unión de que apenas gozara las primicias.

Inválido de la gloria, divorciado de la Patria, viudo del hogar, renegado por los pueblos por él redimidos, pisando, enfermo y triste, los umbrales de la vejez, el libertador de medio mundo tomó á su hija en brazos y se condenó silenciosamente al ostracismo.

¡ Su patria le miró alejarse con indiferencia, y casi con desprecio !

IX

San Martín, como Wáshington—lo han dicho otros ya,—fué un gran filósofo político, así en sus costumbres sencillas como en sus tendencias morales, que revestían el carácter del más espontáneo desinterés. La máxima que reglaba su conducta, era esta : «Serás lo que debes ser, y si no, no serás nada.» Había sido todo, no era nada, y ya no quería ser otra cosa.

En el antiguo mundo, el gran capitán dado de baja por su propia voluntad y asistente de sí mismo, recorrió á pie la Inglaterra, la Escocia, la Italia y la Holanda. La ciudad de Banf, en Escocia, le confirió la ciudadanía por presentación de lord Macduff, su compañero de armas en la guerra de España, y descendiente de aquel héroe de Shakespeare que mató con sus propias manos al asesino Macbeth. Igual honor

le concedió la de Canterbury, por recomendación del general Míller, su compañero de glorias en América.

Al fin fijó su residencia en Bruselas, prefiriendo este punto por su baratura. Puso á su hija en una pensión, ciñéndose él á vivir con lo estrictamente necesario en un cuarto redondo, sin permitirse subir jamás á un carruaje público, no obstante residir en los suburbios de la ciudad.

Agotados sus recursos al cabo de cinco años, se decidió á regresar á la Patria, en 1828. La Patria le llamó cobarde al acercarse á sus playas, el día 12 de febrero de 1828, precisamente en el aniversario de San Lorenzo y Chacabuco. El volvió entonces al eterno destierro, sin proferir una queja.

Al abandonar para siempre el Río de la Plata, realizó la venta de la casa donada por la Nación, la cual le produjo poco, á causa de la depreciación del papel moneda en que le fué pagada. Esta casa y *cinco mil* pesos abonados por el Estado, para conservación de ella, según una cláusula de la donación, es todo lo que San Martín recibió de la República Argentina, además de la pensión á su hija, en premio de sus históricos servicios.

Años después, en 1830 y 1831, solicitaba por dos veces una limosna del único amigo que le quedaba en América. He aquí sus angustiosas palabras: «Estoy »persuadido empleará toda su actividad, para remitir»me un socorro lo más pronto que pueda, pues mi si»tuación, á pesar de la más rigurosa economía, se ha»ce cada día más embarazosa.»

A la espera de este socorro pasó un año y dos años más, y en 1833 fué atacado por el cólera, juntamente con su hija, viviendo en el campo y teniendo por toda compañía una criada. Su destino, según propia declaración, era ir á morir en un hospital. Un antiguo

compañero suyo en España, el banquero Aguado, famoso por sus riquezas, vino en su auxilio, y le salvó la vida, sacándolo de la miseria. «Esta generosidad »(decía el mismo San Martín en 1842) se ha extendido »hasta después de su muerte, poniéndome á cubierto »de la indigencia en el porvenir.»

Llególe al fin el socorro pedido á América. Su compañero y amigo el general O'Higgins le enviaba *tres mil pesos.* Con este recurso pagó las deudas contraídas en su enfermedad, aplicando el remanente á la compra de las modestas galas de novia con que su hija debía adornarse al unir su destino al del hijo de uno de sus antiguos compañeros de fatigas. ¡Triste es pensar, en este día, en que las argentinas visten los colores de la bandera que nuestro gran capitán batió triunfante desde el Plata al Chimborazo, que el primer vestido de seda que se puso su hija fué debido á una limosna! Y esa limosna no fué hecha por un argentino, sino por un chileno, después que un español le hubo ofrecido el bálsamo del Samaritano.

Es el caso decir con el poeta: «Si no lloráis ¿cuándo lloráis?»

Pero aliviemos el alma de esta congoja, elevemos los corazones, y digamos que era lógico, era necesario para honor y desagravio de la virtud, que al más grande de nuestros hombres de acción, no le faltase la grandeza de estas pruebas, que darán temple á las almas de nuestros hijos, y que valen más que los puñados de oro con que pudimos y debimos aliviar la triste ancianidad de este *ladrón* de los tesoros públicos, según sus calumniadores, que tuvo en perspectiva un hospital y se salvó con la limosna de dos extraños.

X

La limosna le fué propicia, y produjo ciento por uno, como la semilla del Evangelio.

Desde entonces pudo gozar de horas más serenas, aunque herido mortalmente por la enfermedad que debía llevarlo al sepulcro.

Gracias al crédito de su generoso amigo el banquero Aguado, le fué posible adquirir por *cinco mil* pesos la pequeña propiedad de Grand-Bourg, á orillas del Sena, donde el grande hombre, olvidado de sí mismo, veía deslizarse sus últimos días en medio de las flores, que fueron una de sus pasiones y en medio de nietos, esos frutos de la vejez, que coronan el árbol sin hojas en el invierno de la vida.

El Perú, que lo había olvidado, le pagó *doce mil pesos* á cuenta de los haberes atrasados desde 1823, ajustándolo á razón de medio sueldo, como general en retiro; y aun cuando á su muerte le debía por igual procedencia *ciento sesenta y cuatro mil pesos*, ha hecho cumplido honor á sus leyes, abonándolos á sus herederos.

Chile, que lo había borrado de su memoria y de su historia por el espacio de veinte años, lo incorporó al fin á su ejército, en 1842, declarándole el sueldo de general en perpetua actividad.

¡ Unicamente su Patria, la República Argentina, no le ofreció ni el óbolo de Belisario!

XI

Así, en medio de este apacible ocaso, consolado por estas tardías reparaciones casi póstumas, ejercitando por pasatiempo higiénico los oficios de armero y carpintero, y perturbado á veces por aberraciones de que no tenemos derecho á pedirle cuenta, se extinguió esta gran existencia en los misterios del vaso opaco de la arcilla humana.

Su organización robusta había sido hondamente trabajada por la acción del tiempo y la actividad de las grandes pasiones concentradas.

Los dolores neurálgicos fueron el tormento de su juventud, y los reumáticos el de su edad viril, que reaccionaron al fin sobre los órganos digestivos y respiratorios.

Su muerte empezó por los ojos. La catarata, esa mortaja de la visión, como se ha llamado, empezó á tejer su tela fúnebre. Cuando su médico, el famoso oculista Sichel, le prohibió la lectura—otra de sus grandes pasiones,—su alma se sumergió en la obscuridad de una profunda tristeza.

La muerte asestó el último golpe al centro del organismo. La aneurisma, esa perturbación de la corriente vital de la sangre en las vidas agitadas, que convierte sus últimos movimientos en prolongadas percusiones de agonía, apagó los últimos latidos de su corazón.

«*¡Esta es la fatiga de la muerte!*» dijo al expirar. ¡No! ¡Era la fatiga de la vida que ultimaba su carne, al tiempo de renacer á la vida elemental de la inmortalidad!

XII

En las cuentas corrientes entre los pueblos y sus grandes hombres son siempre los pueblos los que pagan con usura el saldo que resulta en contra. Ellos, con sus héroes y sus mártires anónimos, sus instintos inspiradores, sus fuerzas latentes y sus pasiones colectivas, con su generosa abnegación y su temple cívico, son los que ponen su propia substancia como capital social, que sus directores hacen valer. Y cuando llega el día del pago de las deudas, ellos son los que, con mano abierta, hacen honor á los empeños del tiempo, sin que pueda recordarse ejemplo (salvo uno justificado) de que un solo crédito girado sobre la posteridad haya sido protestado por ella, aun cuando sus héroes hayan caído en la batalla de la vida, legando á sus descendientes la bandera de su causa, envuelta en el polvo de la derrota.

Sea dicho esto en honor nuestro y en honor de San Martín, aun cuando de él puede decirse lo que de pocos: que fué el héroe de su propia historia; que sin él, nuestro capital revolucionario se habría disipado tal vez, y que nos legó, no la derrota, sino la victoria fecunda en los ámbitos de un mundo.

San Martín es el germen de una idea grande que brota en las entrañas fecundas de nuestra tierra; es la fuerza viva de nuestras arterias, que pone en vibración los átomos inertes de un hemisferio; es la irradiación luminosa de nuestros principios, que se propaga por todo un continente; es la acción heroica de nuestra Patria que se dilata, el cometa con cauda

flamígera que se desprende de la nebulosa de la nacionalidad argentina, y que después de recorrer su órbita elíptica, cuando todos lo creían perdido en los espacios, vuelve más condensado á su punto de partida al cabo de cien años.

Y sea dicho también para honor nuestro y suyo, que al realizar la misión que en nuestro nombre le confió el destino, lo hizo para fundar naciones que glorificasen los principios de la democracia, y no para imponerles un interés egoísta, ni una personalidad ambiciosa, ni cobrar el precio de nuestros servicios.

El se llevó en su carrera excéntrica nuestra bandera de propaganda y nuestra fuerza de dilatación continental; pero, en cambio, afirmó nuestra Independencia; dió alas á nuestra Revolución para transponer las montañas y los mares; nos dió la gloria de los pueblos redentores, que rompen sus propias cadenas sin auxilio ajeno; fundó dos Repúblicas bajo los auspicios de nuestras armas victoriosas desde el polo hasta el ecuador; nos dió la táctica, la disciplina y la estrategia con que se vence, el heroísmo con que se muere, la fortaleza con que se hace frente á la derrota; nos dió las victorias de San Lorenzo, el paso de los Andes, Chacabuco, Maypo, las acciones de Carapaligüé y Gavilán, la escuadra que dominó con Cochrane el mar Pacífico; la entrada á Lima, el combate de Pasco, la participación que nos toca en Río Bamba y Pichicha en pro de Colombia, la abdicación de Wáshington y el ostracismo de Aníbal, que, al imitar y superar su famosa hazaña, no quiso beber la copa amarga de Betinia.

Y además de todo esto, nos dió al morir su corazón, como un legado de remisión y de amor, que aun yace helado en tierras extranjeras.

Y por si esto no bastase, nos ha dado de yapa los po-

bres ahorros con que el soldado de los Andes adquirió dos pobres propiedades en Mendoza. Vendidas éstas en *cinco mil pesos cuatrocientos trece bolivianos*, su producto líquido, que alcanzó á *tres mil quinientos veintiocho fuertes*, ha sido aplicado por sus descendientes á la fundación de un hospicio de inválidos, inaugurado en Buenos Aires bajo los auspicios populares.

Y aquí termina el *haber* del gran capitán argentino en la cuenta corriente con su Patria y su posteridad.

Le dimos en vida nuestra enseña revolucionaria para combatir, los principios de nuestro credo político para hacerla invencible, nuestros soldados para triunfar, nuestro oro y nuestra sangre para gastos de la Independencia del Sud de América, los medios, en fin, de conquistar fama imperecedera haciendo el bien; y le dimos, por toda recompensa pecuniaria, una casa, un medio sueldo durante cinco años, una pensión de cincuenta pesos para su hija, cinco mil pesos de regalo y un pasaporte gratis para marchar al destierro.

Además, hemos pronunciado en su favor, después de su muerte, el fallo «verdadero» á que él apeló de la injusticia de sus contemporáneos.

Le hemos dado la gloria que se propaga en los tiempos por el vehículo consciente de los hombres libres, consolidando la existencia de una Nación republicana destinada á vivir y tener una misión en la tarea humana, inscribiendo así su nombre en el catálogo de los héroes cosmopolitas.

Hemos fundido su estatua en el bronce de la inmortalidad, que no puede confundirse con el metal impuro que se vacía en moldes vulgares.

Hemos rehabilitado su personalidad moral, así en el orden político y militar, como en los dominios obscuros de la conciencia individual.

Hemos reparado el olvido en vida, le hemos honra-

do en muerte, y confiamos á los venideros la debida reparación póstuma.

Por último, celebramos hoy su apoteosis en su primer centenario—el primero que se celebra entre nosotros—y de hoy en adelante, mientras la tierra argentina produzca hombres libres, mientras el sol de nuestra bandera no se eclipse, mientras lata en ella un solo corazón y vibre un labio que repercuta sus generosos latidos, el nombre de San Martín continuará glorificado de siglo en siglo.

Pero aun nos queda más que hacer para pagar nuestra deuda histórica.

¡ Todavía le debemos los siete pies de tierra de la tumba !

El día que repatriemos sus huesos desterrados, el día que los abracemos con amor, y con palmas en las manos los confiemos al seno de la madre fecunda que los crió ; en ese día se habrá cerrado el balance de la histórica cuenta, porque sólo entonces descansarán en el blando seno de nuestra Patria los huesos quebrantados del último de sus grandes proscriptos de ultratumba.

EL PINO DE SAN LORENZO

I

Remontando los rápidos del Alto Uruguay, encuéntrase sobre la margen derecha, á los 29 grados, 31 minutos y 47 segundos, una ligera eminencia ondulada, que da su carácter pintoresco al paisaje, marcando la transición entre dos climas.

Allí existió en un tiempo la misión jesuítica de Yapeyú, sobre cuyas ruinas se ha fundado recientemente una pequeña colonia de inmigrantes europeos, que lleva el nombre glorioso de San Martín.

Su naturaleza participa de las gracias de la región templada á que se liga por sus producciones, y el esplendor de la no lejana zona intertropical, de cuyas galas está revestida.

Desde la meseta que domina aquel agreste escenario, la vista puede dilatarse en vastos horizontes y en anchas planicies siempre verdes, ó concentrarse en risueños cuadros que limitan bosques floridos y variadas quebradas del terreno de líneas armoniosas.

Ascendiendo un tortuoso sendero abierto por el hacha del leñador en la enmarañada selva, se llega á la antigua plaza, donde aun se mantiene ergido el cam-

panario de la iglesia de la poderosa Compañía, coronada por el doble símbolo de la redención y de la Orden de Loyola. En su centro se levantan magníficos árboles plantados por los jesuitas, entre los cuales sobresalen gallardamente gigantescas palmeras que tienen más de un siglo de existencia.

Allí nació José de San Martín, «el más grande de los criollos del Nuevo Mundo», como con verdad y con justicia póstuma ha sido apellidado.

El pueblo de Yapeyú fué incendiado y saqueado el 13 de febrero de 1817, el mismo día y á la misma hora en que San Martín, después de haber atravesado los Andes y de haber vencido en Chacabuco, entraba triunfante en la capital de Santiago de Chile.

De la cuna del redentor de medio mundo y fundador de tres Repúblicas no quedó sino un montón de cenizas; pero en el mismo día y hora en que esto sucedía, la América era independiente y libre por el esfuerzo del más grande de sus hijos, y aun viven las palmas americanas á cuya sombra nació y creció.

II

Remontando la corriente del Paraná, el viajero divisa á la distancia dos blancas cúpulas, que en lontananza hacen la ilusión de alas de garzas que hienden el espacio; más de cerca, parecen velas de embarcaciones que se levantan sobre los bosques de las islas circunvecinas; hasta que, aproximándose á la gran cancha que lleva el nombre del fronterizo monasterio de San Lorenzo, se destacan en el horizonte su atrevida torre y su media naranja blanqueadas, y á su inmediación un pino gigantesco, cuya forma atormentada atestigua el embate de los huracanes del tiempo.

Allí alcanzó San Martín su primer triunfo americano, y aquel pino marca el punto de partida de su gran campaña continental, cuyo teatro de operaciones fué la América meridional, al través de ríos, pampas, mares y montañas.

Así de los dos grandes ríos superiores que derraman sus aguas en el Plata, el uno le vió nacer á la vida del tiempo y el otro á la vida de la inmortalidad, marcándose en ambos su cuna y su primer etapa militar por árboles seculares que crecen á sus márgenes y existen todavía.

El tilo de Friburgo, laurel de la victoria de la más antigua República europea; el árbol de Guernica, monumento rústico de las libertades de un pueblo; el sauce de Santa Elena, melancólica corona de la grandeza militar en el destierro; la planta de café, que como un retoño de vida nueva crece en la tumba de Wáshington, agitarán sus hojas al soplo de la gloria para confundir sus rumores con el de las palmas de Yapeyú y el pino de San Lorenzo, en el día en que las cenizas del héroe argentino vuelvan triunfantes al seno de la Patria.

La antigüedad habría encendido con ese pino su pira y sus antorchas funerarias: su Patria agitará en alto sus gajos entrelazándolos con palmas seculares, en señal de triunfo póstumo.

III

En los primeros años de la Revolución de Mayo el pino de San Lorenzo era ya viejo, y su tronco y su corona elíptica empezaban á inclinarse por el peso de los años.

Por ese tiempo llegó San Martín al Río de la Plata, en toda la fuerza de su virilidad, poseído de una idea

y animado de una pasión, con el propósito de ofrecer su espada á la Revolución argentina, que contaba ya dos años de existencia. Templado en las luchas de la vida, amaestrado en el arte militar, formado su carácter y madurada su razón en la austera escuela de la experiencia y del trabajo, el nuevo campeón traía por contingente á la causa americana la táctica y la disciplina aplicadas á la política y á la guerra ; y en germen, un vasto plan de campaña continental, que, abrazando en sus lineamientos la mitad de un mundo, debía dar por resultado preciso el triunfo de su Independencia.

Nombrado comandante del regimiento de Granaderos á caballo, creado por él, esperaba á principios del año 1813 la ocasión de ensayar la nueva táctica que había introducido y el espíritu heroico que había sabido infundir á sus discípulos.

En este molde militar había vaciado un nuevo tipo de soldado creando en un regimiento el tipo de un ejército y el nervio de una situación. Bajo una disciplina austera, que no anonadaba la energía individual, y más bien la retemplaba, la formó soldado por soldado, y modeló correctamente sus oficiales ; hízoles pasar, uno por uno, por la prueba del miedo y de la fatiga, apasionándolos por el deber é inculcándoles ese fanatismo del coraje que se considera invencible, y que es el secreto de vencer.

Armó á sus granaderos con el sable largo de los coraceros de Napoleón, cuyo filo había experimentado por sí en las batallas de la península española ; y él mismo les enseñaba su manejo, haciéndoles entender que con esa arma partirían como una sandía la cabeza del primer enemigo que se les presentase por delante ; lección que practicaron al pie de la letra en el primer combate en que se ensayaron.

IV

Al finalizar el año XII del regimiento de Granaderos á caballo, militarmente organizado y moralmente templado, esperaba impaciente el momento de ser sometido á la prueba del fuego de las batallas.

El último día de ese año y los primeros días del año XIII fueron señalados por dos victorias memorables, la una militar y la otra política.

El 31 de diciembre de 1812 la vanguardia del ejército sitiador de Montevideo, á las órdenes del coronel don José Rondeau, batió completamente al frente de sus murallas una columna española que había salido de la plaza con el objeto de hacer levantar el asedio, el cual quedó sólidamente establecido bajo los auspicios de la victoria.

El 31 de enero de 1813 se reunió la Asamblea General Constituyente, que reasumió en sí «la representación y el ejercicio de la soberanía popular.»

Los ejércitos en campaña le juraron obediencia y desplegaron por inspiración propia una nueva bandera republicana, que debía dar la vuelta á la América del Sur, marchando resueltamente en busca de los ejércitos realistas fortificados en Montevideo y atrincherados en Salta.

La Revolución tomaba de nuevo la ofensiva, y un soplo de popularidad agitaba sus flamantes banderas.

Todo presagiaba que la situación militar del año XII iba á cambiar, como había cambiado su situación política.

V

Sólo en las aguas no se dilataba el espíritu de la Revolución de Mayo. El poder marítimo de la España perecía invencible. Sus naves desmanteladas en Europa por el genio de Nelson, dominaban ambos mares, desde las Californias en el Pacífico hasta el golfo de Méjico en el Atlántico. El Río de la Plata y sus afluentes reconocían por únicos señores á los marinos realistas de Montevideo, que mantenían en jaque perpetuo todo el litoral. En un día bombardeaban la capital de Buenos Aires; otro día, derramaban el espanto en todo el río Uruguay, ó asolaban las poblaciones indefensas del Paraná, practicando frecuentes desembarcos en las costas de que se enseñoreaban, aunque momentáneamente.

El Gobierno de la Revolución, para contrarrestar estas hostilidades, había levantado baterías en el Rosario y en Punta Gorda (hoy Diamante), pero mientras los marinos de Montevideo se preparaban á derribar esos obstáculos, el río Paraná, en el espacio de ochenta leguas, continuaba siendo el teatro de sus continuas depredaciones.

En octubre de 1812 fueron cañoneados, asaltados y saqueados por los marinos realistas, los pueblos de San Nicolás y San Pedro sobre la margen occidental del Paraná. Alentados por el éxito de estas empresas, resolvieron darles extensión, sistematizándolas como medio de hostilidad permanente. Con esto se proponían llamar la atención de los patriotas para que no reforzasen el sitio de Montevideo, á la vez que proveer de víveres esa plaza, que ya empezaba á carecer de ellos.

Al efecto organizóse sigilosamente una escuadrilla sutil, compuesta en su mayor parte de corsarios, tripulados por gente de desembarco, con el plan de remontar aquel río, destruir las mal guardadas baterías del Rosario y Punta Gorda, y subir en seguida hasta el Paraguay, apresando en su trayecto los buques del cabotaje que se ocupaban en el tráfico comercial con aquella provincia. Confióse la dirección del convoy al corsarista don Rafael Ruiz, y el mando de la tropa de desembarco al capitán don Juan Antonio Zabala, vizcaíno testarudo, de rubia cabellera, que á una estatura colosal reunía un valor probado.

En enero llegaron estas noticias al conocimiento del Gobierno de Buenos Aires. En consecuencia de ellas mandó desarmar las baterías del Rosario por consejo de la junta de guerra, con aprobación del mismo ingeniero, el coronel Monasterio, que las había construido. Al mismo tiempo dispuso se reforzaran las baterías de Punta Gorda, artilladas con 15 bocas de fuego y guarnecidas por más de 480 hombres. Como complemento de estas medidas, ordenó que el coronel de Granaderos á caballo, don José de San Martín, con una parte de su regimiento, protegiese las costas occidentales del Paraná desde Zárate hasta Santa Fe.

La alarma cundía mientras tanto á lo largo del litoral de los ríos superiores, y sus despavoridos habitantes esperaban de ūn momento á otro ver reducidos á cenizas sus indefensos hogares.

Estaba reservado á un regimiento de caballería dar el primer golpe á la marina española en América y asegurar para siempre el dominio de las costas argentinas.

VI

La expedición naval montevideana, convoyada por tres buques de guerra de la escuadrilla sutil de los realistas, penetró por las bocas del Guazú á mediados del mes de enero. Componíase de once embarcaciones armadas en guerra, entre grandes y pequeñas, tripuladas por más de 300 hombres de combate, entre soldados y marineros.

Aunque retrasada la expedición por los vientos del Norte que reinan en esta estación del año, el coronel San Martín apenas tuvo tiempo de salirle al encuentro á la cabeza de 125 granaderos escogidos, destacando algunas partidas para vigilar la costa más arriba de las bocas del río.

Mientras tanto, el mismo San Martín en persona, disfrazado con un poncho y un sombrero de campesino, seguía desde la orilla con el grueso de su fuerza oculta la marcha de la expedición, acechando el momento de escarmentarla, caminando tan sólo de noche para precaverse de los espías. La flotilla enemiga seguía tranquilamente su derrotero, sin sospechar que, paralelamente de ella y envuelta en las sombras de la noche, marchaba á trote y galope su perdición.

El 28 de enero pasaron los buques por San Nicolás, navegando en conserva. El 30 subieron más arriba del Rosario, izando al tope de la capitana, que era una zumaca, la bandera española de guerra, aunque sin hacer ninguna hostilidad, y fondearon á la vista en la punta superior de la isla fronteriza.

VII

El comandante militar del Rosario, que lo era un paisano llamado don Celedonio Escalada, natural de la Banda Oriental, reunió la milicia del punto para oponerse al desembarco que se temía. Consistía toda su fuerza en 22 hombres armados de fusiles, 30 de caballería con chuzas, sables y pistolas, y un cañoncito de montaña manejado por media docena de artilleros, el cual era protegido por el resto de la gente armada de cuchillos.

En la noche levaron anclas los buques españoles, y el día 30 amanecieron frente á San Lorenzo. Allí dieron fondo como á 200 varas de la orilla.

Este es el punto en que el Paraná mide su mayor anchura. Sus altas barrancas por la parte del Oeste, escarpadas como una muralla, cuya apariencia presentan, sólo son accesibles por los puntos en que la mano del hombre ha abierto senderos practicando cortes ó rampas. Frente al lugar ocupado por la escuadrilla, se divisaban dos de estos estrechos caminos inclinados. Más arriba, sobre la planicie que corona la barranca, festonada de arbustos, levántase solitario y majestuoso el monasterio de San Carlos, con sus grandes claustros de pesada y severa arquitectura y el humilde campanil que entonces lo coronaba.

Un destacamento como de 100 hombres de infantería fué echado á tierra, y sólo encontraron á los pacíficos frailes de San Francisco *de Propaganda fide*, habitadores del convento que les permitieron tomar algunas gallinas y melones, únicos víveres que pudieron proporcionarse, pues todos los ganados habían sido retirados de la costa con anticipación.

Formados los expedicionarios frente á la portería del convento, percibieron á la distancia una ligera nube de polvo que se levantaba en el camino del Rosario. Era Escalada, que, noticioso del desembarco, acudía al encuentro de los invasores con su cañón de montaña y sus 50 hombres medio armados. La campana del claustro daba en aquel momento las siete y media de la mañana.

Cuando Escalada llegó al borde de la barranca, los españoles se replegaban sobre la ribera á son de caja en disposición de reembarcarse. Rompió el fuego sobre ellos con su cañón, pero los buques con sus piezas de mayor alcance le obligaron á desistir de su hostilidad.

Tal fué el preludio del combate de San Lorenzo, hasta hoy desconocido, que bien merecía ser salvado del olvido, siquiera sea para adjudicar á cada cual el mérito que le corresponde en la preparación del suceso que ha ilustrado aquel sitio.

VIII

La noche del 31 se fugó de la escuadrilla un paraguayo que tenían preso en ella. Apoyándose en unos palos flotantes, llegó hasta la playa donde los patriotas le recibieron. Por él se supo que toda la fuerza de la expedición no pasaba de 350 hombres, que á la sazón se ocupaban de montar dos pequeños cañones para desembarcar al día siguiente en mayor fuerza con el objeto de registrar el monasterio, donde suponían ocultos los caudales de la localidad ; y que su propósito era remontar el río á fin de pasar de noche en las baterías de Punta Gorda, si era que no podían destruirlas, interrumpiendo así el comercio con el Paraguay.

Inmediatamente circuló Escalada esta noticia, y

uno de sus avisos encontró al coronel San Martín al frente de 120 granaderos divididos en dos escuadrones, cuya marcha se había retrasado en dos jornadas respecto de la expedición.

Amaneció el día 2, y el viento, que en los días anteriores había sido favorable para los buques expedicionarios, empezó á soplar de nuevo del Norte, impidiéndoles continuar su viaje. El día pasó sin que se verificase el desembarco anunciado.

Sin estas circunstancias casuales, que dieron tiempo para que todo se preparase convenientemente, el combate de San Lorenzo no habría tenido lugar probablemente.

IX

Mientras tanto, San Martín con su pequeña columna seguía á marchas forzadas rescatando á trote y galope las jornadas perdidas. El aviso de Escalada era la espuela que lo aguijoneaba.

En la noche del mismo día, que fué muy obscura, llegó á la posta de San Lorenzo, distante como una legua del monasterio. Allí encontró la caballada que Escalada había hecho prevenir para reemplazar la cansada en las marchas.

Al frente de la posta estaba estacionado un carruaje de viaje, desenganchado. Dos granaderos se acercaron á él y preguntaron en tono amenazador:

—¿Quién está ahí?

—Un viajero—contestó la voz de un hombre, que parecía despertar de un profundo sueño.

En aquel instante se aproximó otro jinete, y se oyó una voz ronca con acento de mando tranquilo, que decía :

—No falten ustedes á ese señor, que no es un enemigo, sino un caballero inglés que va al Paraguay.

El viajero, asomando la cabeza por una ventanilla del coche, y combinando los contornos esculturales del bulto con la voz que creía reconocer, exclamó:

—Seguramente usted es el coronel San Martín.

—Y si fuese así—contestó el interpelado,—aquí tiene usted á su amigo, Mr. Robertson.

Como es de regla que en todo hecho notable que ocurra en el mundo, deba hallarse presente un inglés, era aquél el conocido viajero Guillermo París Robertson, autor de varias obras sobre la América, que por una circunstancia no menos casual que las anteriores, estaba destinado á presenciar los memorables sucesos del día siguiente, y á dar testimonio ante la historia.

Los dos amigos se reconocieron, festejando su caprichoso encuentro en medio de las tinieblas, y entablaron una conversación sobre las cosas del día.

—El enemigo—dijo San Martín—tiene doble número de gente que la nuestra; pero dudo mucho que le toque la mejor parte.

—Estoy en la misma persuasión — contestó flemáticamente el inglés, brindando á su huésped con una copa de vino al estribo en honor del futuro triunfo, y solicitando el de acompañarles.

—Convenido—repuso San Martín;—pero cuide usted que su deber no es pelear. Yo le daré un buen caballo, y si ve que la jornada nos es adversa, póngase usted en salvo. Sabe usted—agregó epigramáticamente—que los marinos son maturrangos.

Acto continuo dió la voz de *¡á caballo!* y acompañado del viajero tomó la cabeza de la taciturna tropa, que poco después de media noche llegaba al monasterio, penetrando cautelosamente por el portón del campo, abierto á espaldas del edificio.

Los claustros estaban silenciosos y las celdas desiertas.

Cerrado el portón, los escuadrones echaron pie á tierra en el gran patio, prohibiendo el coronel que se encendiesen fuegos ni se hablase en voz alta. «Hacían recordar, dice el viajero inglés ya citado, á la »hueste griega que entrañara el caballo de madera »tan fatal á Troya.»

San Martín, provisto de un anteojo de noche, subió á la torre de la iglesia, y se cercioró de que el enemigo estaba allí, por las señales que hacía por medio de fanales. En seguida reconoció personalmente el terreno circunvecino, y tomando en cuenta las noticias suministradas por Escalada, formó inmediatamente su plan.

X

Al frente del monasterio, por la parte que mira al río, se extiende una alta planicie horizontal, adecuada para las maniobras de la caballería. Entre el atrio y el borde de la barranca acantilada, á cuyo pie se extiende la playa, media una distancia de poco más de 400 varas, lo suficiente para dar una carga á fondo. Dos sendas sinuosas—una sola de las cuales era practicable para infantería formada—establecían la comunicación, como dos escaleras, entre la playa baja y la planicie superior.

Con estos conocimientos, recogidos á la luz incierta que precede al alba, San Martín dispuso que los granaderos saliesen del patio, y se emboscasen, formados con el caballo de la brida, tras de los macizos claustros y tapias posteriores del convento, que enmascaraban estos movimientos; haciendo ocupar á Escalada y sus voluntarios posiciones convenientes en el interior

del edificio, á fin de proteger el atrevido avance que meditaba. Al rayar la aurora subió por segunda vez al campanario, provisto de su anteojo militar.

A las cinco de la mañana del 3 de febrero empezó á iluminarse el horizonte, destacándose de entre las sombras de la noche aquel pintoresco paisaje, de grandes aguas tranquilas y de resplandeciente verdura, velado de nieblas transparentes, en medio al cual, el monasterio, los buques y los hombres, aparecían como puntos perdidos en el horizonte. Pocos momentos después, las primeras lanchas de la expedición, cargadas de hombres armados, tomaban tierra. A las cinco y media de la mañana subían por el camino principal dos pequeñas columnas de infantería en disposición de combate.

San Martín, bajando precipitadamente de su observatorio encontró al pie de la escalera á Robertson y le dirigió estas palabras: «Ahora, en dos minutos más, estaremos sobre ellos, sable en mano.» Un arrogante caballo bayo, de cola cortada al corvejón, militarmente enjaezado, se veía á pocos pasos, teniéndolo de la brida su asistente Gatica. Montó en él, apoyando apenas el pie en el estribo, y corrió á ponerse al frente de sus granaderos. Desenvainando su sable corvo de forma morisca, con empuñadura abierta, arengó en breves y enérgicas palabras á los soldados á quienes por primera vez iba á conducir á la pelea, recomendándoles que no olvidasen sus lecciones, y, sobre todo, que no disparasen ningún tiro, fiándose únicamente en sus lanzas y en sus largos sables. Después de esto, tomó en persona el mando del segundo escuadrón, y dió el del primero al capitán don Justo Bermúdez, diciéndole: «En el centro de las columnas enemigas nos encontraremos, y allí daré á usted mis órdenes.»

Los enemigos habían avanzado mientras tanto unas

200 varas, en número de 250 hombres. Venían formados en dos columnas de compañía por mitades, con la bandera desplegada y traían al centro y un poco á vanguardia, dos piezas de artillería, marchando á paso redoblado á son de pífanos y tambores.

En aquel instante resonó, por primera vez, el clarín de guerra de los Granaderos á caballo, que debía hacerse oir por todos los ámbitos de la América, desde el Paraná hasta el pie del Pichincha. Instantáneamente salieron por las dos alas del monasterio los dos escuadrones, sable en mano y en aire de carga, tocando á degüello. San Martín llevaba el ataque por la izquierda y Bermúdez por la derecha.

XI

El combate de San Lorenzo tiene de singular que ha sido narrado con encomio por el mismo enemigo vencido, en términos que realzan la bizarría y la modestia del vencedor.

El jefe de la expedición, don Rafael Ruiz, dice en su parte oficial publicado en *La Gaceta de Montevideo:* «Por derecha é izquierda del monasterio salie»ron dos gruesos trozos de caballería formados en co»lumna, y bien uniformados, que, á todo galope, sable »en mano, cargaban despreciando los fuegos de los ca»ñoncitos, que principiaron á hacer estragos en los ene»migos desde el momento en que los divisó nuestra gen»te. Sin embargo de la primera pérdida de los enemi»gos, desentendiéndose de la que les causaba nuestra »artillería, cubrieron sus claros con la mayor rapi»dez, atacando á nuestra gente con tal denuedo, que »no dieron tiempo á formar cuadro. Zavala ordenó á la »gente ganar la barranca, posición mucho más venta-

»josa por si el enemigo trataba de atacarlo de nuevo. »Apenas tomó esta acertada providencia, cuando vió »al enemigo cargar por segunda vez con mayor vio»lencia y esfuerzo que la primera. Nuestra gente for»mó, aunque imperfectamente, un cuadro, por no ha»ber dado lugar á hacer la evolución la velocidad con »que cargó el enemigo.»

Las cabezas de las columnas españolas, desorganizadas por la primera carga, que fué casi simultánea, se replegaron sobre las mitades de retaguardia, y rompieron un nutrido fuego sobre los agresores, recibiendo á varios de ellos en las puntas de sus bayonetas.

San Martín, al frente de su escuadrón, se encontró con la columna que mandaba en persona el comandante Zavala, jefe de toda la fuerza de desembarco. Al llegar á la línea, recibió á quemarropa una descarga de fusilería y un cañonazo á metralla, que, matando su caballo, le derribó en tierra, tomándole una pierna en su caída. Trabóse á su alrededor un combate parcial al arma blanca, recibiendo en él una ligera herida de sable en el rostro. Un soldado español se disponía ya á atravesarlo con su bayoneta, cuando uno de sus granaderos, llamado Baigorria (puntano), lo traspasó con su lanza.

Imposibilitado de hacer uso de sus armas, San Martín habría sucumbido al fin en aquel trance, si otro de sus soldados no hubiera venido en su auxilio, echando resueltamente pie á tierra y arrojándose sable en mano en medio de la refriega. Con fuerza hercúlea y con serenidad desembaraza á su jefe del caballo muerto que lo oprimía, en circunstancias en que los enemigos, reanimados por Zavala á los gritos de *¡Viva el Rey!* se disponían á reaccionar; y recibe en aquel acto dos heridas mortales, gritando con entereza: «¡Muero contento! ¡Hemos batido al enemigo!»

Llamábase Juan Bautista Cabral este héroe de última fila; era natural de Corrientes, y murió dos horas después, repitiendo las mismas palabras.

El nombre de Cabral, inscripto en un escudo, se fijó más tarde en la puerta del cuartel de Granaderos en memoria de esta hazaña, y fué pronunciado durante largos años al tiempo de pasar lista, contestando sus compañeros de armas al ser llamado: «¡Murió por la Patria»!

XII

Casi al mismo tiempo que este episodio heroico tenía lugar, el alférez Hipólito Buchard, famoso después por su crucero alrededor del mundo, arrancaba con la vida la bandera española de manos del que la llevaba. El capitán Bermúdez, por su parte, á la cabeza del escuadrón de la derecha, había hecho retroceder la columna que encontrara á su frente, bien que su carga no fué precisamente simultánea con la que llevó en persona San Martín.

La victoria, que había tardado tres minutos en decidirse, se consumó en menos de un cuarto de hora.

Los españoles, desconcertados y deshechos por el doble y brusco ataque, se replegaron haciendo resistencia sobre el borde de la barranca, abandonando en el campo su artillería, sus muertos y sus heridos. La escuadrilla rompió entonces el fuego para proteger la retirada, y una de sus balas hirió mortalmente al capitán Bermúdez en el momento en que, habiendo asumido el mando en jefe por imposibilidad de San Martín á consecuencia de su caída, llevaba la última carga. El teniente don Manuel Díaz Vélez, que le acompañaba, arrebatado por su entusiasmo y el ímpetu de su caballo, se despeñó de la barranca, recibiendo en

la caída un balazo en la frente y dos bayonetazos en el pecho.

Estrechados sobre el borde de la barranca y sin tiempo para rehacerse, los últimos dispersos del enemigo no pudieron mantener su posición, y se lanzaron en fuga á la playa baja, precipitándose muchos de ellos por el despeñadero por no acertar á encontrar las sendas de comunicación.

Una vez reunidos en la playa, y cubiertos por la barranca como por una trinchera protegida por el fuego de sus embarcaciones, los restos escapados del sable de los granaderos consiguieron embarcarse, dejando en el campo de batalla su bandera y á su abanderado, dos cañones, 50 fusiles, 40 muertos y 14 prisioneros, llevando varios heridos, entre éstos, su propio comandante Zavala, cuya bizarra comportación no había podido impedir la derrota.

XIII

Los granaderos tuvieron 27 heridos y 15 muertos, siendo de estos últimos: 2 porteños, 3 puntanos, 1 oriental y 1 santiagueño, estando todas las demás Provincias Unidas representadas por algún herido, como si en aquel estrecho campo de batalla se hubiesen dado cita sus más valientes hijos para hacer acto de presencia en la vida y en la muerte.

El teniente Díaz Vélez, que había caído en manos del enemigo, fué canjeado, con otros tres presos que se hallaban á bordo, por los prisioneros españoles del día, bajando á tierra cubierto con la bandera de parlamento para morir poco después en brazos de sus compañeros de armas.

San Martín suministró generosamente víveres fres-

cos para los heridos enemigos, á petición del jefe español, exigiendo palabra de honor de que no se aplicarían á otro objeto; y el viajero inglés Robertson se asoció á este acto de humanidad, ofreciendo sus vinos y provisiones.

Los moribundos recibieron sobre el mismo campo de batalla la bendición del párroco del Rosario, don Julián Navarro, que durante el combate los había exhortado con la voz y el ejemplo.

Y para que ningún accidente dramático faltase á este pequeño, aunque memorable combate, uno de los presos canjeados con el enemigo, fué un lanchero paraguayo llamado José Félix Bogado, que en ese día se alistó voluntariamente en el regimiento. Este fué el mismo que, trece años después, elevado al rango de coronel, regresó á la Patria con los cinco últimos granaderos fundadores del cuerpo que sobrevivieron á las guerras de la Revolución desde San Lorenzo hasta Ayacucho.

XIV

El combate de San Lorenzo, aunque de poca importancia militar, fué de gran trascendencia para la Revolución. Pacificó el litoral de los ríos Paraná y Uruguay, dando seguridad á sus poblaciones; mantuvo expedita la comunicación con el Entre Ríos, que era la base del ejército sitiador de Montevideo; privó á esta plaza del recurso de víveres frescos con que contaba para prolongar su resistencia; conservó franco el comercio con el Paraguay, que era una fuente de recursos; y sobre todo, dió un nuevo general á sus ejércitos y á sus armas un nuevo temple.

Tres días después del suceso la escuadrilla española, escarmentada para siempre, descendía el Paraná

cargada de heridos en vez de riquezas y trofeos, llevando á Montevideo la triste nueva.

El entusiasmo con que fué festejado su triunfo en la capital, vengó al vencedor de las calumnias que ya empezaban á amargar su vida, presentándolo como un espía de los españoles que tuviera el propósito secreto de volver contra los patriotas las armas que se le habían confiado.

El primer experimento estaba hecho. Los sables de los granaderos estaban bien afilados: no sólo podían dividir la cabeza de un enemigo, sino que también podían decidir del éxito de una batalla. El maestro había probado que tenía brazo, cabeza y corazón, y que era capaz de hacer prácticas sus lecciones en el campo de batalla. Su nombre se inscribía por la primera vez en el catálogo de los guerreros argentinos, y su primer laurel simbolizaba, no sólo una hazaña militar, sino también un gran servicio prestado á la tranquilidad pública, á la par que una muestra del poder de la táctica y disciplina por el valor y la inteligencia.

XV

En el huerto del convento de San Lorenzo consérvase aún el pino añoso, á cuya sombra, según cuenta la tradición, descansó San Martín el 3 de febrero de 1813, después de la jornada de aquel día, bañado en su propia sangre, y cubierto con el polvo y el sudor de la victoria.

El pueblo de San Lorenzo, en conmemoración de este hecho, depositará sobre los restos expatriados del coronel don José de San Martín una corona de oro y plata, entrelazada con gajos del histórico árbol, último testigo vivo que queda de tan memorable combate.

A la corona acompañará una plancha de oro, en cuyo centro se ve grabada la imagen del pino, y á su pie, San Martín, solo y sentado, en actitud meditabunda, cual si en aquel momento hubiese tenido la visión de sus futuros destinos.

Esta es una ofrenda digna en la apoteosis del héroe. Su urna no debe ser profanada con atributos teatrales, ni con objetos que no le hayan pertenecido verdaderamente. Para adornar su tumba con la austera simplicidad que lo caracterizaba, bastará cubrir su féretro con la vieja bandera de los Andes, mortaja gloriosa en que dormirá el sueño de la inmortalidad, y colocar encima de ella una doble corona formada con los gajos de las palmas de Yapeyú y del pino de San Lorenzo, como emblemas de victoria y fortaleza, que recuerden la doble aurora de su vida y de su gloria, en la cuna y en el campo de batalla.

UN EPISODIO TROYANO [1]

(Recuerdos del sitio grande de Montevideo.)

I

En el año 1850 escribió Alejandro Dumas un pequeño libro, indigno de su maravilloso talento, cuyo título, sin embargo, será inmortal.

Al cumplirse el séptimo año del famoso sitio de Montevideo, el fecundo novelista dió por inspiración á esta heroica ciudad y á su libro el título de *Nueva Troya* con que pasará á la posteridad.

El sitio de la Nueva Troya del Plata duró diez años, como el de Ilión, pero más feliz que ella, en vez de caer, triunfó. Dentro de sus débiles murallas, artillada con los viejos cañones de hierro que servían de postes

(1) Este episodio es rigurosamente histórico, hasta en sus menores detalles. Se funda: 1.° En el *Diario Militar* M. S. y en los recuerdos personales del autor.—2.° En los documentos oficiales que se registran en *El Nacional* de Montevideo de noviembre de 1843, y el *Patriote Français* del mismo mes y año.—3.° En las *Efemérides del Plata* de 1843, por B. Mitre, publicadas en el *Gran Almanaque* de 1844.—4.° En los *Apuntes históricos de la defensa de Montevideo*, por don Agustin Wright.—5.° En el opúsculo *Rosas et Montevideo devant la Cour d'Assises*, París, 1851.—6.° *Montevideo ou une nouvelle Troie*, por Alejandro Dumas. 7.° Censo del Estado Oriental en 1843.

en sus calles, se salvó la causa de la civilización y de la libertad del Río de la Plata. El mundo, en vez de confederarse contra ella, como el mundo griego contra los hijos de Priano, vino en su auxilio; y sucesivamente, la Francia, la Gran Bretaña y el Brasil, le prestaron su apoyo, dándose cita en su recinto sagrado para combatir por su causa, todas las razas viriles de la tierra que persiguen un ideal.

La historia del sitio de Montevideo, con sus homéricos combates diarios, con sus hazañas que se dirían fabulosas, con sus héroes que sin necesidad del auxilio de los dioses mitológicos nada tienen que envidiar á los de la Ilíada, es una epopeya que tiene la unidad de la acción y de la idea, realzada por la severa poesía de la verdad.

Y para que nada faltase á esta analogía entre la antigua y la nueva Troya, Montevideo tuvo también su Patroclo, en torno de cuyo cadáver se trabó un combate heroico, cuyo héroe, más grande que Aquiles y que los Ayax, ha merecido la admiración y la simpatía del mundo entero.

II

Era Montevideo en 1843 una ciudad cosmopolita, en toda la acepción de la palabra.

Al tiempo de ser sitiada por el ejército del tirano Rozas, al mando del degollador Manuel Oribe, de siniestra celebridad, su población se componía de poco más de *treinta y un mil habitantes*. De éstos sólo *once mil* eran nacionales, de ambos sexos y todas edades, incluyendo en el número casi una mitad de negros emancipados, criollos unos y africanos los más. Los veinte mil restantes, casi en su totalidad hombres de

armas llevar, eran emigrados argentinos, franceses, españoles, italianos, brasileños, norteamericanos, portugueses, ingleses, y de otras nacionalidades de Europa y América. De estos veinte mil hombres, las tres cuartas parte (15.488 según el censo) correspondían á las nacionalidades argentina, francesa, italiana y española, que constituían su nervio.

Los proscriptos argentinos, enarbolando en sus sombreros su escarapela azul y blanca, formaron una legión en número de más de 500 hombres, bajo la dirección del general de la Independencia don Eustaquio Díaz Vélez, la que quedó al fin al mando del comandante Juan Andrés Gelly y Obes, hoy general de la República Argentina.

Los franceses se organizaron en batallones, en número de más de 2000 hombres, formando los vascos un cuerpo aparte; y cuando sus representantes diplomáticos les exigieron que depusiesen las armas, abandonaron su cucarda tricolor y aceptaron los colores nacionales, coronando las astas de sus banderas con el gallo de las Galias y las águilas napoleónicas.

Los españoles, en número como de 700 hombres, acudieron á las trincheras, enrolándose como artilleros de plaza.

Los italianos, mandados por Giussepe Garibaldi, formaron también una legión fuerte de más de 600 hombres, y adoptaron por enseña una bandera negra, en señal de duelo por la Patria esclavizada, en cuyo centro se veía el Vesubio en erupción, símbolo de la llama republicana que ardía en sus corazones.

El núcleo del ejército de defensa lo componían cinco batallones de infantería y un regimiento de artillería, formados de negros libertos, mandados en su mayor parte por oficiales argentinos. El resto, hasta el completo de 7000 hombres, lo formaban tres batallo-

nes y algunos escuadrones de guardia nacional activa, que en gran parte se pasaron al enemigo en los primeros meses del sitio, por pertenecer al partido de Oribe, denominado blanco.

Mandaba este ejército el general argentino don José María Paz, que á la prudencia de Fabio reunía la táctica y las virtudes de Epaminondas y de Turena.

El célebre abogado francés Chaix-D'Est-Ange, pretendiendo hacer la caricatura de este ejército ante la corte de Asises de París, hizo de él un elogio inconsciente, que la historia recogerá con toda su amarga ironía para honor de la humanidad. Decía Chaix-D'Est-Ange, dirigiéndose al general Melchor Pacheco y Obes—uno de los héroes del sitio de Montevideo, argentino de nacimiento y oriental por elección:—«Os »concedo todo, no regatearé nada de vuestros combates, »de vuestras victorias, de vuestra generosidad, ilustre »defensor de la República del Uruguay, desde que »traéis la prueba de todo esto en certificados subscrip»tos por una docena de generales, jefes de ese ejército, »compuesto de negros, de franceses, de italianos, de »naturales de todos los países... bandas de proscriptos, »escorias de todas las naciones... aventureros de todas »partes, médicos sin enfermos, artesanos disipados, »enemigos de todas las sociedades modernas que en »París, como en Montevideo, como en Roma, tienen »siempre un brazo y una pluma al servicio del desor»den... mandados por generales como *ese* Garibaldi, á »quien, por lo demás, *conocéis muy bien.*»

Pacheco y Obes replicó á su sarcástico contendor en la lengua de Lafayette y con el acento y la elocuencia del general Foy, que era su modelo:—«Se hace burla »de nuestras guerras, y nuestras batallas y nuestros »ejércitos han sido comparados con pelotones de sol»dados. Si esto no es del todo cierto, la verdad es que

»somos muy pequeños. Nuestra población no pasa de »180.000 almas. Es muy poco, en efecto, pero con esos »180.000 habitantes hemos encontrado 12.000 combatientes, teniendo al frente un ejército doble en número, y hemos luchado durante nueve años. Hoy nos »quedan 5000 hombres, y entre ellos debe contarse á »los que, niños aun á la llegada del enemigo, han podido tomar las armas cuando la edad se lo ha permitido. Los demás han perecido bajo el fuego del enemigo, porque en esas batallas tan pequeñas, de que se »acaba de hacer mofa, ¡se muere, señores! Y ¿acaso »en vuestras grandes batallas se hace otra cosa?»

Estas valientes palabras produjeron una profunda sensación en el tribunal y en la barra. La generosa fibra francesa se sintió estremecida. El general Pacheco, acentuando entonces su defensa con un golpe atrevido, agregó: «En cuanto á mí, no necesito certificado »de honor. Cuando se duda del mío propio, es por el »mismo que lo pone en duda, por quién voy á hacérmelo otorgar.»—Y el sarcástico Chaix-D'Est-Ange, provocado á una explicación por el general de los negros y de la escoria de los proscriptos del mundo, tuvo que dársela plena y cumplida en honor de la verdad y de la justicia.

Antes de que esto tuviera lugar, ya se había levantado en la tribuna francesa la elocuente voz de Thiers, sosteniendo la causa de la nueva Troya del Plata (que Alejandro Dumas no había bautizado aún) dando al tirano Rozas el dictado de bandido *(brigand)* y á Montevideo el de heroica, reconociendo á los hijos desheredados de la bandera tricolor, como dignos hijos de la Patria que los estigmatizaba ante un tribunal francés.

¡Y más tarde, cuando llegaron para la Francia los días de desgracia y de prueba, cuando Chaix-D'Est

caía como cómplice del despotismo de Napoleón III y cuando Thiers se levantaba proclamando la República necesaria, *ese* general Garibaldi, *mal conocido* por la Francia, seguido por la banda de aventureros «escoria de las naciones» que acaudillaba en Montevideo, presentó al republicano Gambetta la única bandera arrancada en el campo de batalla de manos del enemigo en la guerra francoprusiana!

Volvamos á Montevideo.

III

Era el 17 de noviembre de 1843, y empezaba á amanecer.

La mañana estaba nublada, y á la distancia apenas se percibía la silueta del Cerrito, cuartel general del ejército sitiador.

La línea de fortificación de la plaza, que se extendía de mar á mar, cerrando la península en que está fundada la ciudad de Montevideo, presentaba un aspecto pintoresco, con su infantería formada al pie de la muralla, y sus artilleros con las mechas encendidas al pie de sus piezas; á la izquierda se veía su flotilla de cañoneras mandadas por Garibaldi, que prolongaba la línea en las aguas de la bahía, terminando en su famoso Cerro; y á la extrema derecha el cementerio donde se enterraban los muertos de la defensa, coronado por una batería á barbeta batida por las olas del Sur. Entre las líneas avanzadas de los beligerantes se veían los escuchas de uno y otro campo, que cambiaban algunos tiros produciendo el efecto de relámpagos en medio de la niebla.

Desde la batería central denominada del 25 de Mayo, coronada por un alto caballero artillado con

siete piezas de á 24, se dominaba todo este paisaje. En aquel momento una columna de infantería, precedida de algunos guerrilleros, salía por el portón del centro. Componíala el batallón 3.° de línea, formado de negros libertos, al cargo de su mayor Juan Antonio Lezica (argentino), y una parte de la legión italiana. Marchaba á su cabeza como jefe de vanguardia el coronel José Neira, oriundo de Galicia, naturalizado en la República Oriental, que había empezado su carrera militar en Buenos Aires combatiendo contra los ingleses en 1806 y 1807. Era un hombre como de sesenta años, de fisonomía acentuada, tez encendida y cabellos blancos: montaba un caballo blanco, y llevaba al cinto una espada y un par de pistolas. Media hora después aquella columna ocupaba las posiciones avanzadas del centro, situadas como á una milla á vanguardia de la línea de fortificación, desalojando de ellas al enemigo á balazos.

Pocas horas más tarde, la vigía de la plaza, que era dirigida por el comandante Alberto Lista (argentino), enarbolaba la señal de que fuerzas enemigas avanzaban sobre el centro de nuestra línea de vanguardia. Dirigíme hacia aquel punto desde la batería del Caballero en que á la sazón me encontraba, y al pisar la azotea del mirador donde estaba aquélla situada, me encontré con el coronel Garibaldi, que apoyado con ambos brazos sobre el parapeto y con la mirada perdida en el espacio, contemplaba el paisaje ó meditaba tal vez mirando hacia el interior de su alma.

Tenía yo entonces veintidós años, y la personalidad de Garibaldi ejercía sobre mi imaginación una especie de fascinación, que me atraía irresistiblemente por las hazañas que de él había oído relatar, y por una especie de misterio moral que lo envolvía. Sólo tres veces lo había visto en mi vida sin tener ocasión

de hablar íntimamente con él. La primera vez que lo conocí fué al abandonar el servicio de la República Ríograndense, donde había dejado una fama novelesca por su coraje y por su elevación moral. Brindaba con varios proscriptos italianos que entonaban el himno de la Joven Italia, cuyo coro acompañaba él con voz dulce y vibrante, mientras comía con un pedazo de pan una salsa de ajos preparada á la genovesa, bebiendo un vaso de agua pura. Me dió la idea de un hombre que tenía en sí la embriaguez sagrada, y que no necesitaba ningún estimulante extraño á su naturaleza para elevarse á la región del entusiasmo sereno. La segunda vez se me presentó tranquilo, dominador como el genio del combate, de pie sobre la popa de un pequeño barquichuelo artillado con tres piezas, llevando á remolque dos lanchas cañoneras, con las cuales desafiaba el poder de la escuadra del tirano Rozas, que bloqueaba el puerto de Montevideo. Embarcaciones y hombres parecían obedecer al impulso de su voluntad, y entonces comprendí su poder de atracción en medio del peligro. La última vez lo había visto por acaso en el cuartel de la Legión Italiana. Anzani, su segundo jefe, que era la vara férrea de la disciplina del cuerpo, le dirigía estas palabras, en momentos de disponerse á ejecutar un castigo en varios legionarios: «*¡Andate!* ¡Tú no sirves para esto!» Y Garibaldi había obedecido en silencio á su segundo, parándose á caballo en la puerta del cuartel. Ejecutado el castigo la legión salió en columna, templada como una espada de acero, y prorrumpió en *¡vivas!* entusiastas á Garibaldi, que la condujo ese mismo día al combate, con aquella irresistible atracción magnética que tenía en sí, y que era mayor en los momentos desesperados.

Quise aprovechar la ocasión de interrogar aquel enigma vivo, y extracto de mi diario militar la im-

presión profunda que me causó la conversación que en ese día tuve con él. Me penetré que era un republicano apasionado, por convicción y temperamento. Bajo un exterior modesto y apacible ocultaba un genio ardiente y una cabeza poblada de grandiosos sueños. Su sueño por entonces era desembarcar en las costas de la Calabria con su legión de voluntarios, dando la señal de la resurrección italiana, y morir en la demanda si no alcanzaba á clavar la bandera de la redención en el Capitolio de Roma. Su lenguaje al hablar de esto era apasionado y lleno de colorido, revelando un hombre instruido, con más sentimientos que ideas. Me expuso brevemente su teoría política á propósito de los males que afligían á la América del Sur, á los cuales no veía más remedio que nuevas revoluciones para destruir los abusos, y nuevas guerras que la purificasen. Su palabra, aunque arreglada al ritmo de la moderación, era imperativa y dogmática. La impresión que me dejó fué la de una cabeza y un corazón en desequilibrio, una alma animada por el fuego sagrado con tendencias á la grandeza y al sacrificio, y la persuasión de que era un verdadero héroe en carne y hueso, con un ideal sublime, con teorías de libertad exageradas y mal digeridas, que tenía en sí mismo los elementos para ejecutar grandes cosas.

Desde aquel día no dudé que Garibaldi sería con el tiempo el héroe de la Italia libre, y en la correspondencia que hemos mantenido en estos últimos tiempos, he tenido ocasión de recordarle los grandes destinos que en mi entusiasmo juvenil le predije entonces.

En aquella época tenía Garibaldi 36 años de edad. De estatura mediana, con anchas espaldas y miembros vigorosos y bien distribuidos, su persona tenía cierta pesadez, que se desenvolvía, empero, en ademanes fáciles y medidos, acentuados por el balanceo cadencioso

del marino que se cree sentir bajo sus plantas el movimiento de las olas agitadas. Su fisonomía era plácidamente grave, y la sonrisa se dilataba en ella, sin alterar su carácter con ningún gesto. Sus ojos azules, sólo revelaban la excitación de su ánimo cuando tomaban un tinte sombrío como el del mar, al parecer tranquila, que guarda la tempestad en su seno. Las líneas de su perfil correctamente griego, eran rígidas y austeras. Su cabeza abultada y bien modelada, que llevaba siempre erguida, poblada de una cabellera rubia, larga y sedosa á la nazarena, con una barba entera de tinte rojizo, á la que el sol daba reflejos leonados, hacía recordar los bustos de los héroes antiguos vaciados en el tipo ideal que se ha dado á las imágenes del Cristo. De tez blanca y color encendido por la sangre generosa, tenía en sí los elementos de la belleza y de la fuerza física, pero su belleza era más bien moral, como lo era su poder de atracción respecto de las masas, y el ascendiente de su valor firme y sereno en medio de los grandes peligros.

Garibaldi no usaba en aquella época la camiseta roja de sus legionarios de Montevideo, con que se presentó más tarde á la Europa como una aparición fantástica, en el sitio de Roma por los franceses. Su traje era una levita azul sin ninguna insignia, de cuello militar vuelto, con una doble botonadura dorada, constantemente abrochado de arriba abajo. Llevaba un sombrero blanco de castor, cilíndrico y alto de copa, con ala ancha doblada hacia arriba como la visera levantada de un casco de la Edad Media. Por un movimiento maquinal en él, su gesto más enérgico en medio del fuego era llevar la mano al ala de su sombrero, doblándola hacia arriba, como para descubrir mejor su espaciosa y abovedada frente.

Mi estudio de aquella personalidad interesante y

nuestra conversación fueron interrumpidos por un tiroteo que súbitamente se hizo sentir al centro de nuestra línea. Eran como las doce del día. El fuego empezó á arreciar por grados, y poco después la vigía enarboló la bandera roja de alarma coronando el pabellón nacional, tocando generala los tambores y las cornetas de toda la línea.

Garibaldi bajó de la vigía y montó en un caballo rosillo enjaezado con el recado brasileño de cabezadas altas, que usaba desde sus campañas en Río Grande, dirigiéndose á galope hacia el lugar donde se sentía el fuego, después de dar orden para que el resto de su Legión se reuniese y lo siguiese.

IV

He aquí lo que había sucedido.

El coronel Neira, que, aunque anciano, era un hombre enérgico, testarudo y de sangre caliente, no satisfecho con haber desalojado á las guerrillas enemigas de los puestos avanzados, se había empeñado más tarde en llevar un ataque parcial sobre sus guardias del centro, situadas á inmediación del punto denominado Las Tres Cruces. Al efecto se puso al frente de una guerrilla de 20 á 30 hombres, y avanzó resueltamente con ella, rompiendo la línea avanzada de los sitiadores y obteniendo en el primer momento algunas ventajas. El enemigo, reconcentrando sus reservas, reaccionó vigorosamente, trabándose un reñido combate, del que resultó la derrota de la guerrilla y la muerte de Neira, después de hacer éste una resistencia tenaz por no entregarse prisionero.

El cadáver de Neira cayó en terreno enemigo, como á treinta ó cuarenta pasos á vanguardia de una zanja

de cerco vivo que los sitiadores ocupaban habitualmente. Disponíanse éstos á apoderarse de él y arrastrarlo á su campo, cuando súbitamente fueron sorprendidos por un vivo fuego que partía de la zanja, el cual les obligó á replegarse á sus reservas. Desde ellas trajeron con mayores fuerzas un nuevo ataque sobre el cadáver, pero fueron otra vez rechazados, y sucesivamente en otro tercer ataque, dejando en el campo varios muertos. Los que así defendían el cadáver de Neira eran trece soldados negros de la guerrilla dispersa, que al mando del alférez José María Ortiz (que era entonces casi un niño) había hecho pie firme en aquella posición. El alférez Ortiz (argentino) recibió una espada de honor en premio de esta señalada acción.

Los enemigos, reforzados, que habían descubierto la pequeña fuerza que sostenía la zanja, y que podían notar el desconcierto de la reserva con la pérdida de su jefe, habían organizado un cuarto ataque. Ya se disponían á apoderarse del cadáver y forzar la posición, cuando se presentó Garibaldi en su caballo rosillo, con su sombrero blanco echado atrás, llevando en la mano un sable-espada de caballería que había arrancado de manos de un soldado. A su vista, á su voz, todos se sintieron héroes. Los dispersos se reunieron, la reserva, reforzada por el batallón de Extramuros al mando del comandante Francisco Tajes (oriental), avanzó en orden y tomó posiciones, al mismo tiempo que los trece soldados negros, abandonando su actitud definitiva con Garibaldi á la cabeza, rodearon como una guardia fúnebre el cadáver de Neira, disparando en su honor tiros á bala sobre el enemigo.

Para realizar una hazaña parecida bajo los muros de la antigua Troya, fué necesario, según lo ha cantado Homero en versos inmortales, que Minerva tomase la figura del padre de Menelao—porque Aquiles no se

atrevía á combatir sin las armas invulnerables de Vulcano,—y estimulara á aquél á no dejarse arrebatar el cadáver de Patroclo, para evitar á los griegos el oprobio de que los perros de Ilión lo devorasen. Aquí fué ejecutada sin la intervención de falsos dioses, por un niño al mando de trece negros, bajo las órdenes de un héroe vulnerable desde la cabeza hasta el talón, que les dirigió esta sencilla proclama: «¡No dejemos que le corten la cabeza para clavarla en el Cerrito!»

¡El combate se trabó encarnizado y sangriento en torno del cadáver! Pero, no obstante las buenas disposiciones tomadas por los de la plaza, la situación de Garibaldi recibiendo á campo abierto con un puñado de hombres los fuegos reconcentrados del enemigo, llegó á hacerse insostenible. Los sitiadores, considerablemente reforzados por fuerzas superiores que desde el Cerrito habían venido en su auxilio, se disponían á dar una carga decisiva, y Garibaldi, resuelto á no abandonar el cadáver, levantó en alto su espada-sable y doblando con gesto heroico el ala de su sombrero blanco, dió con voz estridente la orden de ¡á la bayoneta!

Hacía más de una hora que duraba el combate. En aquel momento supremo se oyó á la distancia el toque ronco y convulsivo de un tambor que no se confundía con ningún otro; era el tambor de la Legión garibaldina, que sonaba á retaguardia la orden dada por su jefe. Momentos después la Legión italiana desembocaba á paso de carrera y dando alaridos en la plazuela llamada de la Cordobesa, haciendo flamear el soplo del entusiasmo su bandera negra surcada por las llamaradas del Vesubio. Simultáneamente llegaron los batallones 40 y 50 de cazadores mandados por el comandante César Díaz (oriental) y por el comandante Felipe López (argentino), y un piquete de la Legión argentina á cargo de su mayor Juan Andrés Gelly.

Más de 1500 hombres por cada parte se concentraron en el espacio de trescientas varas de frente. Garibaldi, por orden del coronel Faustino Velasco (argentino), jefe de la línea exterior, tomó el mando en jefe.

El combate se hizo general desde las respectivas posiciones. Al cabo de cerca de una hora de nutrido fuego por ambas partes, se oyó un redoble prolongado: el fuego de los de la plaza cesó súbitamente. Momentos después el mismo tambor ronco y vibrante de la Legión, sonaba la carga á la bayoneta, y Garibaldi, al frente de dos columnas de ataque que convergían hacia el punto de las Tres Cruces, arrollaba al enemigo matándole 36 hombres, y se apoderaba de esta posición, que era la llave de la línea avanzada de los sitiadores.

En el Cerrito también se había enarbolado la bandera de alarma, y todas sus reservas concurrían apresuradamente al punto atacado, formadas en gruesas columnas vestidas de colorado, que les hacía destacarse entre las verdes arboledas de la campaña.

Era prudente emprender la retirada, á menos de comprometer una batalla sin objeto, y Garibaldi, por orden del general Paz, dió la señal, cubriendo personalmente la retaguardia. Los enemigos, considerablemente reforzados, intentaron atacar las columnas de la plaza al tiempo de volver á ocupar sus posiciones; pero dos piezas de artillería al mando del teniente Emilio Mitre (hoy general argentino), situadas á prevención en la plazuela de la Cordobesa, rompieron el fuego y contuvieron su avance, efectuándose la retirada en perfecto orden.

A las seis de la tarde la columna de plaza, llevando en triunfo á su cabeza el cadáver ensangrentado del coronel Neira, escoltado por los 13 negros que lo habían arrancado de manos del enemigo, entraba en las trincheras por el portón del centro, á tambor batiente

y banderas desplegadas, en medio de las aclamaciones de la guarnición. Garibaldi, sereno y modesto, marchaba en su caballo rosillo al lado del cadáver.

V

Los funerales de Neira tuvieron también un carácter épico.

La viuda de Neira, respetable matrona argentina, sobrina del ilustre patriota de la Independencia don Feliciano Chiclana, en cuya frente nublada por el dolor brillaban los reflejos de una belleza en su ocaso, se acercó vestida de luto al féretro descubierto; contempló el cadáver en silencio sin derramar una lágrima, y besando amorosamente su frente inanimada, le dijo con acento conmovedor y profundo: «Adiós, Neira, ¡has muerto por tu Patria adoptiva!»

Los cuatro jefes de batallón, acompañados por el alférez Ortiz y presididos por Garibaldi, que juntos habían salvado el cadáver, cargaban su féretro como un premio expresamente concedido á ellos por decreto de Gobierno.

Estos eran los únicos premios que se concedían en la defensa de Montevideo, donde en diez años no se pagó un solo sueldo, y donde sólo se distribuía una ración á cada soldado para no morirse de hambre.

Garibaldi pasaba las noches á obscuras porque no tenía velas con que alumbrarse, y el día de los funerales llevaba su traje de combate, porque era el único que tenía.

En los funerales de Patroclo lloraron hasta los caballos de Aquiles. En los de Neira, todos los defensores de Montevideo se sintieron hombres capaces de sacrificarse hasta por los despojos mortales de sus semejantes.

PIO IX EN EL RIO DE LA PLATA

I

A las ocho de la noche del 27 de noviembre de 1823 cruzaba la línea equinoccional un bergantín francés, de que eran armadores los hermanos Pedro y José Plomer que iban á su bordo. En su popa se leía el tierno nombre de *Heloísa* iluminado por las fosforescencias de los mares del trópico, que bien podría simbolizar la llama inextinguible de esta bella penitente del amor.

Venían de pasajeros en este buque, con destino á la América del Sur, seis sacerdotes católicos, uno de los cuales estaba destinado á llenar el mundo con su nombre, presentando en el curso de su larga carrera dos fases históricas como Jano.

Era este el conde Juan María Mastai Ferreti, que vestido con la modesta sotana de canónigo, acompañaba á monseñor Juan Muzi, primer vicario apostólico de la corte de Roma en el Nuevo Mundo.

Esta misión políticorreligiosa tenía por objeto reconocer indirectamente la Independencia sudamericana, que el Papa Pío VII había condenado antes en su encíclica á los obispos americanos (enero de 1816), casi al mismo tiempo que las Provincias Unidas del Río de la Plata la declaraban á la faz de las naciones (julio

de 1816), poniendo á Dios por testigo de la santidad de su causa.

A instancias del entonces canónigo José Ignacio Cienfuegos (agente del Gobierno de Chile), el mismo Papa Pío VII había nombrado esta misión apostólica, confirmada por su sucesor León XII, que también debía condenar más tarde la Revolución americana (1824 y 1825) en otras dos encíclicas, que un historiador chileno ha comentado en estos últimos tiempos con gran copia de luces.

Era el secretario de esta legión el P. José Sallusti, escritor pedante y autor de un libro sobre ella, que ha llegado á ser famoso por sus desatinos históricos y geográficos.

Los otros dos pasajeros eclesiásticos eran un fraile de la orden de Observantes menores de Buenos Aires, llamado F. Luis Pacheco, catedrático de la universidad de Córdoba del Tucumán, y el P. dominico de Chile Raimundo Arce, que regresaban de Roma á la tierra de su nacimiento, después de haber besado la chinela del Santo Padre.

Estos dos padres y el canónigo Cienfuegos eran los únicos que, según los ritos tradicionales de los marinos de alta mar, habían recibido el agua del bautismo tropical; todos los demás eran considerados como infieles, sometidos á la ley del antiguo dios del Océano.

El canónigo Mastai Ferreti se dispensó del bautismo tropical pagando á Neptuno el tributo de un escudo romano, acuñado con la efigie de Su Santidad.

Y así fué cómo el que debía llamarse más tarde Pío IX penetró en la América del Sur bajo los auspicios del paganismo, según lo cuenta su propio historiógrafo católico.

II

El gobierno absoluto de la Iglesia Católica, divorciado de la ciencia, había negado la redondez de la tierra, declarado herética la teoría heliocéntrica de Copérnico, y condenado á Galileo como impío por haberla sostenido.

Así, más tarde, en pugna con el progreso de la libertad humana debía negar y condenar la Revolución y la Independencia sudamericanas, como contrarias á la tradición de los reyes absolutos y de la obediencia pasiva elevada á la categoría de dogma político.

Colón, al sostener la causa de la existencia del Nuevo Mundo ante un concilio de teólogos en Salamanca, demostrando matemáticamente la existencia de los antípodas, hubo de ser declarado heterodoxo en 1486, en presencia de un texto de la Biblia comentado por San Agustín é ilustrado por Lactancio.

«Los cielos están extendidos como una piel, está di»cho en los salmos ; y los comentadores agregan que á »la manera del pabellón de una tienda de pastores, »según la imágen de San Pablo.» Tal fué el argumento con que los sabios teólogos de Salamanca refutaron la existencia del Nuevo Mundo.

Los enviados de aquellos mismos que habían condenado á Copérnico y á Galileo, negando las leyes armónicas de la Creación, estaban en el hemisferio austral, y podían dar fe de su existencia y ver que era bueno, como dijo el Criador después del sexto día de trabajo.

Y como una prueba luminosa de esta verdad, presentida por el genio y demostrada por la experiencia, nuevos astros desconocidos por el Viejo Mundo brillaban

sobre sus cabezas, y entre ellos la ardiente cruz del Sur, adivinada por el Dante, que rutilaba en la noche serena como la eterna corona del Nuevo Mundo, emancipado de la tradicional mentira de los poderes de origen divino.

III

El 27 de diciembre, á las tres de la tarde, el marinero que estaba de vigía, gritó desde lo alto del mástil *¡tierra!*

Era la tierra de la embocadura del Río de la Plata.

Según el R. P. Sallusti, el geógrafo de la expedición apostólica, «la primera tierra que vieron fué la de la isla de Lobos,» y después «el Cabo de Santa María.»—En seguida pasaron á la inmediación de *tres islas*, llamadas de Maldonado, del Pan de Azúcar y de las Animas, ¡ á tan corta distancia, según el mismo padre, que pudieron observarlas á la simple vista!

Una furiosa tempestad del pampero rechazó al Heloísa de las costas del Río de la Plata, consiguiendo á duras penas entrar al puerto de Montevideo en la mañana del 1.° de enero de 1824.

Después de una recalada á la Ensenada de Barragán, la expedición apostólica llegó á las dos de la tarde del 3 de enero al suspiradísimo puerto de Buenos Aires, según la expresión de su historiador.

El bergantín saludó la plaza con siete cañonazos, dando la tripulación *¡vivas!* al vicario apostólico y á la América.

El Gobierno de Buenos Aires mandó saludar al vicario apostólico en la mañana del siguiente día, invitándole á bajar á tierra anunciándole que el pueblo lo esperaba ansioso en la playa para saludarlo. Monse-

ñor Muzi, que únicamente estaba acreditado como nuncio cerca del Gobierno de Chile, que costeaba el viaje, se excusó de aceptar estos honores, y esperó que obscureciese para desembarcar.

Eran las ocho de la noche cuando la misión apostólica pisó el suelo argentino. Todas las casas de la ribera estaban iluminadas, esperándolo. Una gran muchedumbre del pueblo vino á su encuentro, para besarle la mano y pedir la bendición al enviado vicario de Jesucristo.

La comitiva se puso en marcha precedida por niñas y niños con faroles en las manos, recitando el vicario el salmo: *Benedic anima mea Domino*, y contestando el pueblo: «Bendito sea el que viene en nombre del Señor.»

La misión fué alojada en la fonda de los *Tres Reyes Magos*, tenida entonces por un inglés, donde estaba preparada una mesa de treinta cubiertos. El P. Sallusti compara esta cena con las de Lúculo y Salomón, recordando los brindis que en ella se pronunciaron en honor de la América, entrelazando su relato con reminiscencias mitológicas y versos báquicos de Horacio.

IV

La permanencia de la misión apostólica en Buenos Aires fué corta y poco agradable.

El Nuncio, acompañado del conde Mastai Ferreti y del canónigo Cienfuegos, visitó al ministro de Gobierno, que lo era don Bernardino Rivadavia, quien los recibió con frialdad al saber que no venían acreditados cerca del país.

El entusiasmo popular compensó esta fría recepción oficial, contándose entre los visitantes del Nuncio, al

general don José San Martín, que á la sazón residía en Buenos Aires, y se disponía á marchar al eterno ostracismo.

Hallábase el obispado en sede vacante, y desempeñaba el cargo de provisor el doctor don Diego Estanislao Zabaleta, quien autorizó al Nuncio para administrar el sacramento de la Confirmación en la iglesia catedral. Un pueblo inmenso acudió á recibirlo, hambriento del pan espiritual después de largos años de ayuno, y casi interdicción eclesiástica.

El Gobierno, justamente ofendido de que el vicario no trajese credenciales para él, ya fuese á título de poder político, ya á título de hijo de la Iglesia, declaró que siendo el Nuncio apostólico un enviado diplomático, no podía permitirle el uso público de sus funciones, mientras previamente no lo reconociese como Gobierno independiente y regular. En consecuencia, le prohibió á monseñor Muzi administrar la Confirmación.

El Argos, que era el periódico oficial, dió cuenta de este incidente en términos casi burlescos, poniendo en duda la autenticidad del carácter que se atribuía Monseñor, á quien llama «un don Juan Muzi,» y con tal motivo decía: «A pesar de haberse revestido en »esta ciudad del ropaje sacerdotal, no ha presentado »título alguno, ni aun siquiera el que debiera autori»zarlo para decir misa. A falta de títulos se dice que »este señor trae en su compañía como veinte toneladas »de monacillos, bulas, reliquias y otras bretañas y »pontevies, y se da por falso enteramente el rumor que »corrió al principio, de que traía misión de convertir »á los bárbaros fronterizos.»

A pesar de estas contrariedades, el canónigo Mastai Ferreti guardó siempre el más grato recuerdo de Buenos Aires. Cuando más tarde subió al apogeo de la grande-

za, recibía con paternal cariño á todos los hijos del Río de la Plata, preguntaba por las personas que lo habían hospedado y obsequiado, manifestando siempre su admiración por el general San Martín, á quien había conocido cuando, cubierto de gloria, bajaba voluntariamente del apogeo de la grandeza y se condenaba al ostracismo.

En cambio, el único recuerdo que del canónigo Mastai Ferreti ha guardado el Río de la Plata, es una casa arruinada que se señala todavía en la Villa de Luján, donde, según la tradición, pasó algunos días de campo, descansando de las fatigas de su larga navegación, siendo evidente que al pie del altar cubierto de reliquias de Nuestra Señora de Luján, el futuro Papa dijo un día la misa, diciendo á pobres campesinos de aquella localidad: *¡Dominus vobiscum!* Dios sea con vosotros.

V

La misión se dirigió á Chile por el camino terrestre, corriendo el peligro de caer en manos de los indios, que entonces interceptaban los caminos terrestres, degollando á los cristianos que los transitaban.

Los viajeros administraron la Confirmación en la Guardia de la Esquina, se bañaron en el río Tercero, visitaron la ciudad de Córdoba y pasaron por San Luis, de una de cuyas postas guardó el canónigo Mastai un eterno recuerdo, porque devorado por las vinchucas de un rancho donde se había alojado, prefirió pasar la noche al raso, tendido sobre un cañizo soportando la lluvia que caía á torrentes.

¡ Según el geógrafo de la misión, desde San Luis vieron distintamente el cerro de Famatina !

Su entrada en Mendoza fué triunfal, en medio de

un pueblo arrodillado que pedía la bendición. En un folleto que se publicó en Roma, en 1847, al tiempo de la exaltación de Pío IX, y que don Domingo F. Sarmiento ha traducido y anotado, se describe así: «Flo»taban al aire desde las ventanas de las casas peque»ñas banderas, arcos y guirnaldas de flores, y gritos de »júbilo festejaban la llegada de los apostólicos viaje»ros, esparciendo flores sobre su pasaje. Al fin de la »calle, cuatro jóvenes hermosas y vestidas de blanco »con chal rojo al cuello que descendía hasta el pecho »y una faja de seda á la cintura, conducían de una »parte á otra de la calle un arco ricamente adornado »de flores y cintas, bajo el cual, en medio de las más »vivas aclamaciones, pasaron rápidamente como un »triunfo las carrozas de Mastai y las otras, entrando »de este modo en la ciudad.»

Según el P. Sallusti, la ciudad de Mendoza fué fundada por un don Pedro Mendoza, ¡conquistador de esta provincia!

La residencia en Mendoza fué una continuada fiesta, y los poetas mendocinos escribieron en honor de los viajeros varias composiciones en latín y castellano, dándoles una muestra de su religiosidad y cultura.

El 24 de febrero se despidieron de la ciudad de Mendoza, y pocos días después la caravana apostólica se detenía en las ruinas de la Guardia Vieja con el objeto de atender á la salud quebrantada del canónigo Mastai Ferreti, atacado de convulsiones, quien sólo tuvo por cama durante algunos días, el suelo desnudo, y por abrigo cuatro paredes de piedra sin techo.

En los primeros días de marzo de 1824 los viajeros descendieron á los amenos valles de Chile, que su historiógrafo denomina «el delicioso jardín de América.»

VI

La misión apostólica de que formaba parte el futuro Papa, permaneció en Santiago de Chile más de ocho meses, desde el 7 de marzo hasta el 19 de octubre de 1824.

Un folletinista italiano, que ha puesto en novela la vida de Jesucristo, ha escrito en una biografía de Pío IX la historia de su permanencia en Chile, que ha sido reproducida por la prensa de aquel país, y en la cual se leen detalles picantes sobre sus costumbres.

Chile ha guardado del canónigo Mastai Ferreti el más simpático recuerdo, y el Papa en medio de su grandeza lo ha retribuido con el más cordial cariño.

De los amigos que dejó en aquel país, el más popular era un pardo llamado por sobrenombre *Peluca*.

Era éste su agente para distribuir entre las familias del pueblo su factura de escapularios y reliquias, y en cambio de estos buenos oficios, puso el óleo sagrado en la frente de uno de los hijos de *Peluca*, llamándole desde entonces compadre. Años después, siendo *Peluca* portero de la Cámara de Diputados de Chile, el glorioso Papa, cuyo nombre llenaba el mundo, no desdeñó escribir, de su puño y letra, al antiguo amigo del pueblo, dándole siempre el mismo título y enviándole su bendición apostólica desde el Vaticano.

Dejando atrás estos recuerdos, la expedición apostólica se embarcó en el puerto de Valparaíso y dobló el Cabo de Hornos, gozando del maravilloso espectáculo de días de 22 horas de sol y dos horas de crepúsculos de la región circumpolar.

VII

El 2 de diciembre de 1824 avistaron el cabo de San Antonio, y como si fuese su destino ser siempre recibidos por las tempestades del Río de la Plata, los vientos argentinos desencadenaron sus furias, al extremo de hacer peligrar la nave que los conducía. El mismo Nuncio, acompañado del canónigo Mastai Ferreti, hubo de acudir á la maniobra, ayudando á los marineros á cargar las velas.

El 3 de diciembre amaneció sereno, y al día siguiente entró al puerto de Montevideo la nave que conducía á su bordo al canónigo Mastai y futuro Pío IX.

En Montevideo pasó el futuro Papa como dos meses y medio, gozando de la sociedad del célebre sacerdote y sabio oriental, el doctor Dámaso Larrainga, mereciendo muchas atenciones del Barón de la Laguna, que en aquella época gobernaba la Banda Oriental en nombre del Brasil.

Aquí tuvo lugar una aventura, que fué la última del viaje del canónigo Mastai Ferreti en el Río de la Plata.

Con ocasión de la fiesta de San Juan Apóstol, fueron los viajeros invitados á un paseo de campo en una de las pintorescas quintas del Miguelete. El vicario apostólico fué sentado á la cabecera de la mesa del banquete, y el canónigo Mastai fué colocado entre una prima donna italiana y una bailarina francesa, que, juntamente con un tenor milanés y un bufo napolitano, que unidos á dos compañías de teatro, canto y baile, y gran número de sacerdotes y seglares, formaban parte de los invitados, encontrándose allí el inolvidable Vacanni, creador del *Barbero de Sevilla* en el Río de la

Plata. Algunos de los artistas habían sido expresamente llevados de Buenos Aires para obsequiar á los distinguidos huéspedes. He aquí el retrato que de las damas hace el P. Sallusti: «La cantatriz italiana y »la bailarina francesa unían á su brío y vivacidad »natural una belleza afectada, un elegante traje y un »fantástico tocado dispuesto con caprichosa maestría.»

A los postres se cantaron las más bellas composiciones de Rossini, cuyas armonías llenaban el mundo, terminando con el *Di tanti palpiti di tante pene*, ejecutado por la prima donna y el tenor, que fueron estrepitosamente aplaudidos, incluso por un fraile español que hacía de bajo.

Los viajeros creyeron ver en esta fiesta una escena premeditada para comprometer su carácter sacerdotal, pero, hombre social y de carácter ameno, el canónigo Mastai no lo tomó á mal.

Años después, la Italia primero y el mundo después, entonaban un himno de Rossini que hacía palpitar todos los corazones:

Pace, pace risuoni ogni lido,
Gioja, gioja rispondi ogni cere;
Benedetto il sorrisso d'amore
Che schiude á salutè il sentier.

Y al mismo tiempo que el himno de Pío IX resonaba en el mundo, la Cerrito hacía las delicias de Roma en el teatro de La Argentina, y el Papa, aludiendo á las coronas que su pueblo ofrecía á la célebre bailarina, decía con su habitual y encantadora sonrisa: «Son los pies los que debieron coronarse.»

Entonces el Papa, en medio de su gloria, debió acordarse de aquel obscuro canónigo que se llamaba Mastai Ferreti, que veintidós años atrás oía las armonías de

Rossini y comía al lado de una bailarina francesa, á orillas de uno de los más pintorescos arroyos del Río de la Plata.

VIII

Como lo hemos observado al tiempo de dar la noticia de su fallecimiento, Pío IX es el único Papa que haya visitado el Nuevo Mundo, negado por los teólogos de la antigua Iglesia Católica, que condenaron á Copérnico y Galileo, refutando con el texto de la Escritura las teorías de Colón que equilibraban el mundo.

El viaje de Pío IX ha sido uno de los prestigios de su pontificado. Un mundo entero lo aclamó de este lado del Océano, como si fuera un ciudadano de sus Repúblicas; y hasta los protestantes norteamericanos le ofrecieron sus simpatías y su dinero para combatir al Austria, cuando desplegó en lo alto del Capitolio la antigua bandera gibelina, símbolo de independencia y libertad.

El filósofo cristiano Jaime Balmes, en un panfleto políticorreligioso que publicó en 1848, decía en su magnífico estilo, hablando del viaje á América: «Agrada ver al joven misionero destinado á sentarse en la »cátedra de San Pedro surcar la inmensidad del Océa»no; admirar los magníficos ríos, las soberbias cordi»lleras de América, atravesar aquellos bosques, aque»llas llanuras, donde una naturaleza rica, fecunda, »abandonada á sí misma, ostenta con lujosa profusión »los tesoros de su seno en la abundancia, variedad y »hermosura de sus plantas y animales; correr peligro »entre sus salvajes, dormir en pobres chozas ó acostar»se á campo raso, y pasar la noche bajo aquel esplen-

»dente horizonte que sorprende al viajero en las re-»giones australes.»

El hombre que había recorrido tantos y tan remotos países, afrontando tantos peligros, debía estar preparado para la acción. He ahí la idea instintiva del pueblo cuando se agrupaba como el mar que había azotado los costados de su nave de viajero, al pie del balcón del Quirinal y le gritaba: «¡Animo, Pío IX. Mandad y seréis obedecido!» Y Thiers hacía eco al gran clamor, diciéndole desde lo alto de la tribuna francesa: «¡Courage Saint Pére!»

Las mismas ideas debieron cruzar entonces por su cabeza y las mismas generosas palpitaciones agitaron su corazón abierto á la esperanza del bien. Así como hubo un momento en que la Italia le creyó su apóstol y su campeón, él debió considerarse el ser predestinado para dar á la Iglesia por patrimonio una Nación grande y libre. En 1847, visitando el convento de Santa Croce, las monjas le mostraban una carta de la Italia, haciéndole notar su conocida forma de bota. Su Santidad, con tono intencional, dijo: «¡Bella! pero á la bota le falta una espuela.» Y hablando de Julio II, el enemigo de los güelfos, decía: «¡Fué un gran Papa!» agregando con voz acentuada: «¡Pulverizó á sus enemigos!»

Para afirmar esta bandera redentora, dar vuelo á estas esperanzas y forma visible y tangible á estos instintos y aspiraciones, se abrazó con Renzi, el tribuno de la revolución de Romagnola, nombró su ministro al liberal Mamiani y hasta mereció el aplauso caluroso del republicano Mazzini.

La espuela se convirtió en freno, y cuando en la plenitud de la reacción el antiguo Papa libertador, liberal, reformador y progresista, sellaba con el anillo del Pescador los labios de un Concilio ecuménico, la

América le pagaba su visita, enviándole sus obispos, y dándole la mayoría que necesitaba para declarar dogma su infalibilidad en la tierra. Sólo el obispo de Mendoza, donde años antes había sido recibido en triunfo, hubo de negarle su voto, pronunciando un discurso en latín, que no le causaría menos sorpresa que los versos en el mismo idioma que había oído al pie de la cordillera de los Andes.

Empero, la revolución proclamada desde lo alto de la cátedra de San Pedro, siguió su camino, sin necesidad de nueva espuela y sin obedecer al freno de la reacción, y ha recorrido la tierra en el pálido caballo del Apocalipsis, impulsado por el soplo de fuego de aquel apóstol, que anatematizó en la isla de Samas, la tiranía de Nerón.

IX

De Maistre, escritor de lucha ultracatólico, decía: «Esto no es un acontecimiento, es una época.»

Tales palabras pueden aplicarse al pontificado de Pío IX con relación al desenvolvimiento de la idea del progreso en la atmósfera sana de las conciencias libres.

El movimiento de que Pío IX dió la señal, inició una nueva época, y á pesar de haberse contenido él en los primeros pasos de su gloriosa carrera, cambiando la espuela por el freno, á pesar del Syllabus, que condena las grandes conquistas de la civilización humana, el pontificado que acaba de terminar, es el acontecimiento, y es la libertad lo que formará época.

Esta época ha sido señalada por otro gran acontecimiento, que ha venido á salvar el papado como institución espiritual, que impera sobre las conciencias:

nos referimos á la abolición del poder temporal del antiguo obispo de Roma.

El papado es la institución más antigua, que ha desafiado las vicisitudes de los tiempos, pero á condición de marchar con el movimiento de las ideas.

El mundo había marchado, y el papado había quedado en la Edad Media, muchas jornadas atrás, en el camino del progreso, con sus poderes absolutos, su ciencia incompleta y su amalgama de los intereses temporales y eternos, que dieron á los reyes origen divino, y dieron á los papas poder temporal.

La abolición del poder temporal del Papa es la purificación del papado, desprendido de intereses mundanos.

Balmes, á quien hemos citado antes, decía á propósito de la exaltación de Pío IX á la cátedra de San Pedro: «Entre las formas humanas que caducan y »se arrumban, no debe ser contada la religión católica, y ella, con sus dogmas, su moral, su jerarquía, »su autoridad, puede permanecer ilesa en medio de »las vicisitudes de los imperios; que puede plantar la »cruz sobre el palacio de los Césares como sobre las »asambleas populares; que puede ungir á un rey bajo las bóvedas de un templo gótico ó bendecir un camino de hierro; que puede ser heroica bajo la coraza de un cruzado ó la humilde toca de una hermana de caridad; que puede defender á un rey contra »las huestes de Napoleón ó la libertad republicana en »las banderas del Sonderband.»

Si en 1848, cuando Balmes escribía esto, hubiese podido leer á través de los tiempos hasta la página 1878 de nuestro siglo, habría podido agregar: «Y vivirá, »porque desprendida de la carne perecedera del reino »temporal, ha bendecido en su lecho de agonía al Rey »unificador de la Italia que destruyó el poder tempo-

»ral de los papas en nombre y honor de la libertad hu»mana, y porque el Papa Pío IX, al morir, no es el »Rey de Roma, sino el Padre Santo de los cristianos.»

A medida que adelantamos en la senda del tiempo y volvemos á la fuente de los principios de la Iglesia primitiva, se abren nuevos horizontes para la humanidad y se comprueban las verdades de la predicción evangélica.

Tal es la última palabra del mismo Renán, cuando al dejar en la penumbra la divinidad de Jesucristo, afirma que la última palabra del progreso moral hasta el presente es el sublime sermón de la Montaña, á cuyo pie se agrupó el pueblo de los pobres y los humildes que inauguraron el reino de la democracia moderna en el mundo.

El soplo profético que dió vida á la inauguracion del pontificado de Pío IX y que dió muerte al poder temporal, que se enterró para siempre en un sepulcro, ha pasado por el continente americano, cuya existencia negaron los papas en nombre de la Religión, y que Pío IX recorrió cuando los papas condenaban la revolución de su independencia, que hoy bendicen.

En nombre de estos recuerdos, de estas conquistas y de estas esperanzas, inclinémonos como cristianos ante la tumba de Pío IX, y repitamos con el polemista católico: «¡Esto no es un acontecimiento, es una época!»

UNA CARTA [1]

La biblioteca de Barros Arana.—El estudio, la politica y el gobierno. —La enseñanza y la ciencia.—La verdad y la influencia clerical. —La *Geografia Fisica*, las razas, el hombre prehistórico y las lenguas.—Estudios sobre Gay y sus precursores.—La *Revista Chilena*.—Ignorancia científica de la América, contingente de la Europa en su exploración y participación de los americanos en esta labor.—La «Bibliografía» de la *Revista Chilena*.—El descubrimiento de América por los normandos y su refutación.—Episodios del Paraguay.—D. Florentino González.—Colección Lamas.—La historia de Bolivar por Larrazábal.—Antigüedades del Perú por Hutchinson.—Examen de las obras y teorias de Brasseur de Bourbourg.—Las «Razas Aryanas del Perú», por López. —«Fusang» ó la China en América.—Sobre la *Historia de Belgrano*.—La historia de la Revolución Argentina, por López.—Proyectos literarios.—Movimiento literario en el Rio de la Plata.—El naturalista Moreno.—Plan de un catálogo de libros americanos.

BUENOS AIRES, OCTUBRE 20 DE 1875

Sr. D. Diego Barros Arana.

Mi querido amigo: Su carta de 28 de agosto me ha causado muy gratas emociones. Cuando llegué á la parte de ella en que me habla de su biblioteca de diez mil volúmenes, de los cuales seis mil americanos,

(1) En noviembre último recibimos una extensisima carta familiar del general don Bartolomé Mitre, en que, con motivo de ciertas publicaciones chilenas que él acababa de recibir, nos comunicaba noticias y observaciones muy interesantes. Tuvimos entonces el pensamiento de publicar esa carta en las páginas de nuestra *Revista*, no sólo por referirse en gran parte á esta publicación, completando los datos que sobre literatura americana ha dado á luz, sino por la

y me bosqueja su local, en que los instrumentos del hombre de ciencia se hallan mezclados con los libros del hombre de letras, me lo imaginé, como usted dice, absorto en el estudio, sin acordarse de otra cosa, como le sucede á todo hombre de labor intelectual en medio de esta embriaguez sagrada, que multiplica las fuerzas de concepción y producción del pensador. Mi deseo en aquel momento fué poder volar hasta su biblioteca, interrumpirle en medio de sus meditaciones, y, después de abrazarlo como amigo, entablar una de aquellas interminables pláticas de otro tiempo, que sobre libros viejos y conocimientos nuevos hemos tenido tantas veces, y que hoy, con la edad y las adquisiciones del tiempo y del trabajo, tendrían quizá más substancia y más sabor que antes.

Mientras tanto, permítame le diga que me parece algo lastimado al hablar de las injusticias y de los desengaños de la política, en que usted ha militado como combatiente y como obrero. Sin duda que, para el hombre con vocación por las letras y las ciencias,

---

importancia de los hechos y juicios literarios que contiene. Sin embargo, nos abstuvimos de publicarla hasta no obtener la autorización del autor, que nos la ha acordado bondadosamente. Al insertarla aquí, suprimimos sólo algunos pasajes de un carácter puramente familiar, y que, por referirse personalmente á nosotros, no tienen interés para el público.

Advertiremos aquí que, en la mayor parte de los casos, los juicios del señor Mitre no difieren esencialmente de los que nosotros hemos dado en las secciones de bibliografía y de necrología de esta *Revista*; pero nosotros hemos cuidado de suavizar nuestras críticas, haciéndolas tan justicieras como nos era posible, aunque evitando las opiniones que no pudiéramos fundar sólidamente y la dureza en las expresiones y en los conceptos. Huyendo sistemáticamente de los elogios desmedidos y de complacencia, no hemos querido tampoco caer en el extremo opuesto, y censurar crudamente lo que no juzgamos bueno. El señor Mitre, sin caer en este extremo, y siendo siempre equitativo y circunspecto, es, sin embargo, más explícito y terminante en sus censuras, y entra en pormenores que nosotros no podíamos hacer entrar en nuestras rápidas reseñas bibliográficas y críticas. Esos curiosos pormenores constituyen el mérito principal de su interesante y erudita carta.—(NOTA DE BARROS ARANA).

la política en su acepción grosera de lucha por los goces materiales del poder, tiene mucho de bestial. También la labor fecunda del gobierno de las sociedades, aun en medio de la paz, tiene algo de brutal, porque es condición inherente al roce de los hombres con sus pasiones. Si la lucha de los hombres y de las ideas encontradas sobreviene, interviniendo en ello la fuerza, los golpes que se dan y se reciben en ella tienen que ser dolorosos. Las mismas ideas tienen que chocarse con cierta fuerza para que produzcan resultados eficientes, y el individuo, como combatiente ó como obrero, no puede aspirar á la inmunidad, ni quejarse después del combate de las heridas ó golpes que en él recibió, llevando sus manos á la parte dolorida como el gladiador cobarde, en vez de contestar virilmente los golpes. Aun cuando el nivel político descienda en un país, aun cuando la ciencia del Gobierno obedezca en él á móviles sórdidos y las acciones de la política se encanallen, aun entonces, no es permitido al combatiente desertar de la arena, ni al ciudadano renegar de la labor pública, ni á la mente libre desesperar del ideal, ni menos considerar la noble pasión política como una enfermedad ó una debilidad humana, según usted lo insinúa al hablarme del estado indiferente ó sereno de su alma en el retiro y el estudio. «El Gobier»no, como lo ha dicho Guizot, será siempre uno de »los más nobles empleos de la inteligencia humana, y »el que requiere almas más elevadas.» Como se ha observado, los grandes hombres que han gobernado para bien de los demás, han aspirado siempre al retiro, porque para ellos la tarea era un sacrificio, su vida el trabajo, su única recompensa la cosecha que otros recogerán, no siéndoles permitido el descanso ni el desaliento. Recuerde, amigo mío, aquel personaje histórico de que habla Maccaulay en sus Ensayos, que

al dejar el ministerio se encerraba en su biblioteca, olvidando la política porque no tenía papel que desempeñar en ella, y cuando volvían á llamarle á la vida de la acción, interrumpía su lectura y hacía una señal en el libro, para volver á estudiarlo sin amargura después de llenar su tarea de hombre y de ciudadano de un pueblo libre ó en vía de serlo, enseñando que la acción es trabajo, y que pensar es también acción.

Los detalles que usted me da respecto de su destitución de Rector del Instituto, no los conocía en sus pormenores. Me han interesado en alto grado, así por la simpatía que le profeso como por lo peregrino de alguno de ellos. Lo que me dice en su carta, juntamente con el folleto correlativo que he leído con cierto asombro, me hace creer que Chile marcha muy despacio en el camino de los adelantos morales. Hoy, que la ciencia ha iluminado la conciencia humana, y que sus verdades vulgarizadas son del dominio del sentido común; hoy, que el hombre ha tomado posesión del Universo, y que el niño, al abrir sus ojos á la razón, bebe en el aire la demostración de los mundos que se crían en los espacios y que comprendemos todos, sin discutirlas ya, las leyes eternas á que obedece la naturaleza humana; su destitución por la influencia clerical y por el hecho de propagar esas verdades sin tributar homenaje á la ignorancia, es un hecho que me muestra que todavía tienen ustedes mucho que trabajar y que luchar para ponerse en el recto sendero en que el mundo marcha. Cuando el mismo autor del *Syllabus* hace borrar del índice del expurgatorio romano la condenación que pesaba sobre la teoría de Galileo, admitiendo al fin que la tierra gira alrededor del sol, y cuando el P. Sechi, jefe del observatorio de Roma, demuestra en su libro sobre la unidad y sucesión de las fuerzas, que es la fuerza transmitida del sol el motor que hace

vibrar la molécula que imprime sus latidos al corazón del hombre, el Rector de un Instituto de educación liberal, destituido en homenaje á Josué deteniendo la marcha del sol, y de la ballena de Jonás que la historia natural no reconoce, es algo que tendría bastante de cómico, si no tuviese mucho de triste para la dignidad de la razón humana.

Como en ese incidente se encuentra usted del lado de la causa de la verdad, y sé bien que no cambiaría su derrota por el triunfo de los que pretenden negar la fuerza del sol, no le compadezco como víctima. Si me detengo sobre este punto es para mostrarle que le sigo, aunque de lejos, y que me intereso verdaderamente por usted, así como por todos los demás amigos que dejé en Chile, á los que recuerdo siempre, y en quienes reconozco siempre soldados de la misma idea y hermanos en la causa común de la verdad. (1)

He leído con interés algunos de los libros que me ha remitido, y he recorrido otros, reservándome estudiarlos más despacio después de satisfecha la primera curiosidad. Los que, desde luego, han atraído mi atención y casi he agotado, son su trabajo de *Geografía Física* y la *Revista Chilena*.

La *Geografía Física* era un libro que faltaba en América y en la lengua castellana. El plan es bien concebido y ha sido bien ejecutado, con claridad, con abundancia de ciencia condensada y con un sano criterio que domina toda la materia. El capítulo final sobre Chile es interesante como descripción geográfica, en que todos los principios generales contenidos en el libro, puede decirse que se concretan. Encuentro, sin embargo, que el capítulo sobre *El Hombre* deja

(1) Esta introducción no se publicó en la *Revista Chilena* y es tomada del original, intercalándose más adelante en el texto la parte que figuraba en notas. (N. del E.)

que desear. Sin entrar á dirimir la cuestión de los monogenistas y poligenistas, me parece vago lo que usted trae respecto de la unidad del género humano, cuya cuestión resuelve indirectamente por la unidad de la especie animal llamada genéricamente hombre. Las razas moralmente inferiores que no pueden elevarse hasta las regiones superiores de la inteligencia, algunas de las cuales parecen el último eslabón de la cadena de la vida entre el hombre y la bestia; las facultades superiores de ciertas razas á las que están reservados el porvenir y el gobierno del mundo en los tiempos; la fusión de esas diversas razas en que fatalmente y por una ley demostrada, la raza superior debe prevalecer, trayendo á la humanidad al fin á la unidad de un tipo perfeccionado físicamente con la noción de la perfectibilidad en su mente, son cuestiones filosóficas, fisiológicas é históricas, que interesan tanto á la ciencia antropológica y la etnología como á la sociabilidad, y de que no puede ni debe prescindirse en un libro de ese género. Lo relativo al hombre prehistórico lo encuentro poco desarrollado aún en los límites de un compendio, siendo como es la materia tan interesante por sí, y ligándose, como naturalmente se liga, con la geografía física en sus relaciones con la historia del globo y de sus habitantes, comprobada con documentos paleontológicos. Otro tanto pienso respecto de las lenguas, cuya importancia enuncia usted sin desarrollar el tema, y dejándolo apenas bosquejado en dos ligeros rasgos magistrales.

Será el gusto con que he leído su libro, ó mi predilección por el género de estudios á que se contrae, ello es que no he podido resistir al deseo de hacer un breve análisis de él, porque me parece que ambos vamos en la misma corriente de ideas. He leído su estudio sobre Gay y su obra, publicado en la *Revista*. Todo en él es

nuevo y es juicioso. La abundancia de detalles lo realza, y la imparcialidad fundada de los juicios hace agradable y útil su lectura. Gay queda definitivamente colocado en su puesto; más arriba del valor que se le daba en determinados puntos, y más abajo en otros, quedando su obra como un monumento al que se agregarán sin duda algunas piedras, pero que de seguro no será reemplazado ni en un siglo.

Veo que la obra ha costado 50.000 fuertes, á los que, agregando otros 50.000 fuertes por instrumentos, gastos de viaje, etc., suman 100.000 fuertes en el transcurso de 40 años de trabajo. Usted se empeña en probar que no es cara. Le bastaría haber computado lo que en 40 años ha costado al tesoro público el sueldo de algún coronel elevado por el favor ó la casualidad (por no decir un canónigo), que recibió más que esa cantidad por no hacer nada, y comparando la tarea con el resultado, dejar que cada cual formase su juicio.

A propósito de Gay introduce usted en su estudio el boceto de algunos personajes, unos que le precedieron en la labor, y otros que colaboraron á su obra. Entre los últimos son curiosos el de Martínez López, cuyos arcaísmos hacen reir y rabiar, recordando sus polémicas con Salvá, y el guitarrista convertido en historiador, que, al fin, no lo hizo tan mal. Entre los primeros, es el más simpático el tipo de d'Albe, que figurará en mi *Historia de San Martín,* pues fué, como su padre con Napoleón, confidente y consejero de las grandes operaciones del gran general americano, según el mismo lo ha declarado. Tengo un plano del sitio de Talcahuano, dibujado é iluminado á la aguada por él, que perteneció á San Martín, que es una preciosidad á la vez que un documento útil. Lozier, muriendo entre los indios por seguir las inspiraciones de Rousseau, es otro tipo que se destaca. Entre

ellos también está Dauxion Lavaisse, cuyas obras y carácter estima usted en su justo valor y de quien, además, poseo algunos manuscritos.

Le daré á usted un dato más sobre Lavaisse, aunque el personaje no merezca la pena, y sólo por vía de apunte bibliográfico, por si casualmente no lo conociese ya.

Hablando de la misión de Lavaisse á Haití, cita usted sólo las historias de Justin y de Regnault, refiriéndose al *Moniteur*. Toda la correspondencia de esta vergonzosa misión se encuentra inserta en el apéndice de un libro, que sería extraño no conociese usted. Su título es: «Précis historique des negotiations entre la »France et Saint-Dominique suivi des piéces justifica»tives, etc.,» por M. Wallez, París 1826, 1. vol. 8. Además de una breve noticia en el texto sobre esa negociación, se encuentra allí la correspondencia de Lavaisse con Cristóbal y con Petion, que nunca fué publicada en Francia, á excepción de la desautorización de la misión y reprobación de ella, publicada en el *Moniteur*, y que usted trae. Entre la correspondencia se registran las instrucciones del ministro Malouet á Lavaisse, y la declaración de Medina en cuyo poder se encontraron, siendo todo el libro muy interesante para la historia de Haití.

Y ya que me he ocupado de paso de un trabajo suyo publicado en la *Revista Chilena*, hablemos algo de esta publicación hecha bajo su dirección y la de nuestro amigo Miguel Luis Amunátegui.

La *Revista Chilena* es interesante, contiene médula y está escrita generalmente con talento; pero carece (salvo excepciones), del sello original que debe marcar las producciones de este género en un mundo nuevo.

Todos los chilenos son discípulos de don Andrés Bello, talento de asimilación, espíritu enciclopédico

en el análisis, vulgarizador elegante y metódico de tareas ajenas, que sólo ha sido original en materia de lengua castellana, para reivindicar con Baralt la competencia de los americanos en una lengua que hablan incorrectamente, aunque con más vigor que los españoles, y sobre la cual éstos han hecho hasta hoy muy poco.

Como discípulos de tan ilustre maestro (ante el cual siempre que le nombro me inclino como ante el verdadero sabio americano), el tipo de *Revista* de los chilenos, es siempre la *Biblioteca Americana* y el *Repertorio Americano* de Londres, especie de *Magazine* inglés, en que los acontecimientos generales forman la tela y las materias americanas el bordado. En un tiempo fué muy bueno este método, para educar un mundo que nacía á una nueva vida, y desparramar en él ideas y nociones que debían germinar en su seno, circunstancia que ha dado á esas revistas de una época histórica una vida durable.

La *Revista de Santiago*, como la *Revista de Bellas Letras*, en que colaboró Bello, así como la *Revista Chilena*, están calcadas sobre esos modelos, salvo accidentes de tiempo y de lugar.

Algo más que eso tiene hoy derecho el mundo de exigir en las Repúblicas americanas, que después de la declaratoria de su Independencia han obtenido su carta de ciudadanía en la república de las letras.

La América del Sur no se conoce á sí misma sino por los estudios de los sabios europeos, desde Humboldt hasta Agassiz. Testigo de ello es Gay en Chile. Cuando no nos quejamos de que la Europa no nos conozca bien, y que sus escritores cometan los más groseros errores al hablar de nosotros, olvidamos que sin los europeos no nos conoceríamos á nosotros mismos. Si por nuestra parte no cometemos respecto de la Eu-

ropa los mismos errores, es porque sus sabios han cuidado de hacerse conocer, y esto sin que nuestro contingente entre por un grano de arena en su interesante labor.

Una revista americana que pretenda reflejar el movimiento intelectual de una de nuestras Repúblicas, debe alimentar y alimentarse de su propia substancia, para estudiarse á sí misma y hacerse conocer de los demás. Hoy, el que no da como contingente algo de su observación propia, no da absolutamente nada al progreso humano. Una revista que no dé algo original, que no suministre alimento á la ciencia, es un producto híbrido, sin el don fecundo de la reproducción.

La *Revista Chilena* es puramente *histórica* y *literaria*, con algunas diversiones en los dominios científicos, y esto dentro de límites circunscriptos. Le falta todavía el nervio de este género de publicaciones. Las variadas aplicaciones de la ciencia con relación al suelo y al modo de ser del país no se reflejan en sus páginas; y emitiendo como un cuerpo opaco el pálido reflejo de una luz lejana, apenas emite un débil rayo de luz propia.

Es que la América del Sur es todavía muy ignorante. Apenas tenemos un medio astrónomo; no tenemos un verdadero geómetra, ni un físico, ni un químico; carecemos de naturalistas, de geógrafos, de filólogos profundos (aun con relación á los idiomas indígenas), de pensadores verdaderamente profundos y originales, y hasta de ingenieros capaces de hacer los estudios y ejecutar un ferrocarril. Hablo en general, sin desconocer raras y honrosas excepciones.

La imaginación y el agrupamiento de los hechos á que ella preside ó á que da colorido, es todo nuestro contingente literario. Las ciencias positivas no han echado todavía raíces entre nosotros.

Nada ó muy poco hemos adelantado después del viaje de Humboldt, á principios de este siglo. Gay es el revelador del suelo chileno, que Pissis ha estudiado geológicamente trazando su carta topográfica, ilustrándolo Domeyko y Philippi, extranjeros todos ellos. Codazzi, extranjero, auxiliado por sus predecesores, establece las bases de la geografía de Venezuela, cuyos límites no se han ensanchado. D'Orbigny y otros viajeros europeos, por la copia de sus datos, no del todo explotados aún, son todavía, no obstante sus errores y sus deficiencias, nuestros oráculos. Fitz Roy ha hecho la cartografía americana. Darwin ha estudiado geológicamente nuestro suelo, Pentland ha medido las alturas de nuestras montañas, Boussingault ha examinado sus fenómenos físicos, Castelnau se lanza al través del continente para revelarnos sus misterios mediterráneos, sin que la labor ni la iniciativa sudamericana entre por algo. Los ingleses y los norteamericanos han levantado el velo de Isis, que cubría los misterios de los monumentos prehistóricos de la América. Maury nos ha revelado la ley de las corrientes del agua y del aire en nuestro continente, y no hemos ido más allá. Gilliss en Chile, continuado por Moesta, y Gould en la República Argentina, son los únicos que han interrogado nuestro cielo austral, enriquecido el catálogo de sus astros. Pauli, (1) viajero cosmopolita, es el que ilustra nuestra climatología con observaciones propias, y Mantegazza, italiano, es el que estudia la República Argentina, desde el punto de vista médico, materia de que se ocupa actualmente nuestro doctor Rawson, aquí en sus lecciones de higiene. El español Azara, al principio del siglo, el inglés W. Parish des-

(1) Véase lo que sobre el libro de éste dijimos en la bibliografía de la *Revista Chilena* del mes de agosto de 1885, página 696 y siguiente. (NOTA DE B. A.)

pués, el francés Martín de Moussy y últimamente el alemán Burmeister, son los únicos que estudian y describen la República Argentina bajo todos sus aspectos, suministrando conocimientos nuevos á la ciencia universal. En fin, ¿para qué seguir esta enumeración de los documentos de nuestra impotencia para estudiarnos á nosotros mismos y hacernos conocer de los extraños? Basta y sobra con lo dicho.

No se me oculta que á este trabajo ajeno está incorporada una labor propia representada por los gloriosos nombres americanos de Caldas, Clavijero, Molina, Gama, Velázquez de León, B. Ventura Suárez, Larragaña, Arenales, Paz-Soldán, Unanue, Rivero, etcétera. A excepción de Azara, el más original, aunque el menos científico de los exploradores del Nuevo Mundo meridional, todos los demás, incluso el mismo Humboldt, y Humboldt más que ningún otro, debe por lo menos una cuarta parte de sus conocimientos á los estudios y observaciones más ó menos completos ó embrionarios de los americanos, así como la otra cuarta parte á sus colaboradores de Europa (como usted lo hace notar), quedándole apenas una mitad de gloria y de trabajo propios, y así lo demás. Pero por eso mismo creo podemos y debemos exigir que la inteligencia americana dé mayor tensión á su propio resorte, que se inspire en la contemplación razonada de su propia naturaleza, que explote los ricos materiales que tiene bajo su mano, y que, ya que la tendencia del mundo se ha manifestado en el sentido de los estudios americanos, demos aliento y dirección á esa tendencia, emitiendo la luz propia en vez de reflejar como un astro apagado la luz ajena, que con frecuencia es una luz de reflejo.

Una revista americana que no llene estas condiciones y que no esté nutrida y templada por las cien-

cias físicas y exactas en sus múltiples aplicaciones, será, cuando más, un campo de labor iluminado por los fuegos fatuos de la imaginación, en que muy poco útil se cosechará al fin.

Sé bien que nada de esto puede ocultarse á su penetración; pero se lo digo para estimularlo en el trabajo, y para mostrarle que, siendo nuestras aspiraciones las mismas, nuestra tarea es solidaria.

Una prueba de esto tengo en la reseña bibliográfica de la *Revista Chilena* hecha por usted, que llena en parte el programa de una revista como la que he indicado. Allí se refleja la luz emitida por la fuente originaria, haciéndola proyectar sobre nuestra propia conciencia; se sigue el movimiento científico y literario del mundo, y se le hace obrar sobre nuestra inteligencia; se vulgarizan nuevas ideas, se aplican á determinados objetos, y se esparcen nociones claras que reaccionan sobre nuestro propio ser, obrando sobre la masa que se educa.

En prueba de que he leído su revista bibliográfica con gusto y atención, voy á hacerle respecto de ella algunas ligeras observaciones, que quizá puedan serle de alguna utilidad en sus estudios. Sigo en mis anotaciones el orden de los números de la *Revista*.

1.ª *Descubrimiento de América por los normandos* —Con motivo de un libro de M. Gravier, *Decouverte de l'Amerique par les normands au* x *siécle*, trata usted esta cuestión en una de sus primeras notas bibliográficas. El libro de Gravier, que nada absolutamente nuevo contiene, sino lo que á él se le ha antojado suponer por su cuenta, poseído de una especie de manía acompañada de poca erudición propia y de ningún criterio, no es un trabajo serio ante la crítica, aunque muy bien impreso. Baste decir que reproduce en una lámina, como prueba auténtica, la inscripción

de la piedra llamada de Dighton en Norte América (Writing Rock) de que todos los arqueólogos norteamericanos se ríen hoy á carcajadas, por más que el propietario del terreno en que se encuentra la haya cedido con él á la Sociedad de anticuarios del Norte, de Copenhague. El sabio Raffn, inventor y propagador infatigable de la que llamaremos teoría anticolombina, pretendió descifrar esa inscripción, en su famoso libro *Antiquaetates Americanae* que usted conoce, y esa piedra es uno de los cimientos de su edificio. Gravier no conoce más que este libro: de él saca hasta sus mapas y viñetas, y lo único que le agrega con sus exageraciones tan arbitrarias como falsas y sin consistencia. A este número pertenece la pretendida ciudad del Brasil (página 325). Esta última especie ha sido rectificada después, como lo ha sido por el mismo Lyell, el supuesto hallazgo de restos humanos en una caverna del mismo país, que ha declarado no pertenecer al terreno primitivo como lo creyó antes.

Sobre esta cuestión tengo mis ideas definitivamente formadas, y tanto más, cuanto que he sido hasta no ha mucho uno de sus más sinceros creyentes.

Cuando esta noticia se vulgarizó, fuí uno de los incrédulos; pero, al fin, la adopté como indiscutible, cediendo á la gran autoridad de Humboldt, que, primero en su *Examen de la geografía del nuevo continente*, y después en el *Cosmos*, la admitió como fuera de cuestión. Es mi creencia que, sin este poderoso auxilio, que es la prueba moral que más la abona, la teoría anticolombina, el descubrimiento de Greenland y de Vinland, no habría pasado de los *Sagas* interpretados por Raffn, ni hecho tanto camino.

Miembro yo mismo de la Sociedad de anticuarios del Norte, he seguido su corriente, hasta que mi propia razón, despertada con las mismas pruebas con que

trataba de robustecer mi creencia, ha reaccionado espontáneamente, sublevándose abiertamente al leer el libro de Gravier.

Los últimos descubrimientos de los arqueólogos norteamericanos, Davis, Laphan, Squier, Shoulcrafts y otros, que han descripto los singulares monumentos de tierra y los restos de la Edad de piedra de las primitivas razas del Norte de América, me han afirmado en mis creencias ayudándome á estimar la debilidad y la inconsistencia en que se funda la teoría anticolombina.

Si un movimiento de la razón no me hubiese lanzado en esta vía, un sentimiento de justicia me habría hecho protestar al fin contra las consecuencias que de tal teoría pretenden deducirse.

Dice Raffn en su obra citada: «El descubrimiento »de la América en el siglo x puede ser considerado co»mo uno de los sucesos más notables de la historia del »mundo, y la posteridad no puede defraudar á los es»candinavos del honor que se han granjeado con este »descubrimiento.»

Dando el hecho por cierto y perfectamente comprobado, tal como se pretende, un ignoto descubrimiento, hecho por casualidad y perdido sin saberse cómo (que esto es lo que pretende probar Raffn), ni es el «suceso más notable del mundo ante el descubrimiento de Colón, ni es un honor» que pueda reivindicarse para obscurecer la gloria del grande hombre que, guiado por las inspiraciones de su genio y por nociones científicas, demostró prácticamente la redondez del mundo, creyendo encontrar la India al término de su viaje, buscando «el Oriente por el Poniente,» según sus propias palabras.

Tengo en mi biblioteca casi todas las obras que se ocupan especialmente ó por incidente de esta cuestión,

que puede decirse agotada por parte de los anticolombinos, y he tomado todas las notas para escribir una *Memoria históricocrítica* á su respecto, trayendo todas las pruebas á las conclusiones de un hecho geográficamente posible y probable, de las cuales las escritas están muy lejos de ser concluyentes y pueden interpretarse de diverso modo, aun dando por irreprochables los textos y la traducción de los *Sagas*, no siendo difícil demostrar que Humboldt, acreditándola tan absolutamente, fué guiado más bien por sus impresiones que por un estudio atento de la cuestión.

Es increíble la masa de hechos que pueden aglomerarse para fundar un sistema de pruebas sólidas diametralmente opuesto, tomando por base el territorio americano, en contraposición á las débiles pruebas (muchas de las cuales están anonadadas por sí) en que se funda la teoría anticolombina de los anticuarios del Norte, de que soy miembro, y cuyas publicaciones, que recibo periódicamente, me afirman cada día más en mi creencia.

Si mi obra no produjese el convencimiento, ó por lo menos no disipara del todo las tinieblas de esta cuestión, que para la mayoría es artículo de fe, será al menos la manifestación de un espíritu independiente guiado por la luz de los hechos y de su razón, que busca seriamente la verdad, reaccionando contra libros del género de los de M. Gravier, que son la abdicación de la razón propia y la exageración maniática de un descendiente de los normandos que se considera por esta circunstancia tal vez superior á Colón.

Yo que le criticaba á usted el haber dado tan seria atención á Gravier, se la he dado mayor ; pero ha sido para transmitirle mi modo de pensar sobre tan importante cuestión, llamando su atención acerca de ella, y esperando encontrar en usted un aliado y hasta

un colaborador, luego que reflexione un poco sobre el particular.

2.ª Harrisse (bibliógrafo norteamericano).—Es muy interesante y bastante completo su artículo sobre ese valiente *pioneer* de la bibliografía americana, que, no obstante ciertas *bevues* que han comprometido su reputación, es sin duda el que ha levantado este ramo de literatura á la categoría de ciencia. Es en su género un genio de paciencia trascendental.

Hecha la debida justicia, hago mi anotación.

Cita usted una obra de Harrisse en español, publicada en Madrid en 1872, titulada *Introducción de la imprenta en América, etc., desde* 1540 *hasta* 1600, que dice no haber podido procurarse y á la que supone grande importancia y novedad.

Puede juzgarse de esta obra por la *Biblioteca Vetustissima* de Harrisse, en cuya página 374 y siguientes se inserta una lista de las obras impresas en América, desde el año 1540 hasta el 1600, después de disertar en las 10 páginas anteriores sobre la introducción de la imprenta en este hemisferio. Todas las noticias allí contenidas le fueron suministradas, según lo declara él mismo, por el bibliógrafo mejicano Icazbalceta. Pienso que la obra á que usted se refiere no es sino una reproducción en castellano de las mismas páginas, tal vez con algunas noticias más tomadas en España, utilizando el catálogo de la Biblioteca de Maximiliano (Andrade), por lo que respecta á Méjico. En cuanto á la introducción de la imprenta en Sud América, ni Harrisse ni Icazbalceta sabían la primera palabra, empezando su cuenta desde 1585, lo que muestra que ni el *Manual* de Brunet habían compulsado. Brúnet dió en efecto un libro de 1585 como el primero impreso en Sud América ; pero, después, se corrigió en artículo posterior, y las dos versiones se han reproducido á

la vez en su última edición. En la *Revista del Río de la Plata* he ilustrado este punto en un artículo bibliográfico, teniendo á la vista un libro de 1584, impreso en Lima, que pruebo ser el primero, el cual existe en mi biblioteca.

Ahí tiene usted otra anotación para su ejemplar de Harrisse.

3.ª *Episodios, etc., del Paraguay,* por Bermejo.— Veo que este libro le ha llamado la atención y que se ha detenido analizándolo. El autor, á quien conocí, era, como usted lo juzga, una inteligencia mediana, muy poco nutrida. Medio literato de zarzuelas, vino al Paraguay á buscar fortuna, y allí se le encomendó la redacción del *Semanario,* órgano ciego y servil de la más bárbara tiranía de que haya memoria en el mundo. En su libro se da el autor los aires de un hombre independiente, que se atrevía á decir la verdad á López. La verdad es que no fué sino un instrumento dócil en manos de un poder brutal, ante el cual no se atrevía ni á respirar. Cuando, libre el Paraguay, vino á Buenos Aires, alzaba las manos al cielo, como un esclavo que ha roto su cadena. Por lo demás, su libro tiene su mérito: es una pintura real de las costumbres del país en tono de folletín, y da una idea exacta aunque ligera del modo cómo se gobernaba y se obedecía en aquella pobre tierra.

Pero no es este el objeto de mi anotación, sino el poner en su conocimiento que Bermejo es autor de un libro publicado en la Asunción en 1862, que se relaciona indirectamente con Chile. Su título es *La iglesia católica en América ó refutación de la obra Intereses Católicos en América,* del presbítero don Ignacio Eyzaguirre. Usted extrañará saber que esta obra tiene una tendencia antipapista; pero se explicará el hecho cuando le diga que nuestro amigo Eyzaguirre se ha-

bía permitido hablar mal del Paraguay, de la ciudad de la Asunción, y de la condición de la religión católica y de su clero allí. Bermejo, como escritor oficial, salió á la palestra despedazando el libro de Eyzaguirre por cuenta del Gobierno, y de paso por cuenta suya, el papado romano. Hasta el obispo del Paraguay (Palacios) se unió á Bermejo contra Eyzaguirre, y de miedo y por complacer á López, escribió una carta inserta en la obra, protestando en tal sentido, lo que no le salvó de que López le hiciese matar pocos años después.

Puede usted agregar esta anotación á los *Intereses Católicos* de mi amigo Eyzaguirre. El libro de Bermejo es un volumen en 4.°, y consta de 241 páginas.

4.ª *Hutchinson* (Antigüedades del Perú).—No conozco esta obra, ni necesito conocerla para saber que ha de contener muchas noticias de interés; pero redactadas sin orden ni método científico. Hutchinson es un original que tiene la pasión de los viajes, para escribir sobre ellos libros que han tenido poca aceptación en Inglaterra, según me ha informado el capitán Burton, el famoso viajero del Africa Central. Ha escrito sobre la expedición del Níger en Africa, de la que formó parte. Aquí ha sido, por algunos años, cónsul de Inglaterra en el Rosario, y ha escrito dos obras sobre la República Argentina, una de las cuales lleva mi retrato al frente. No obstante mi estimación por su persona, mi gratitud por su distinción y el honor que hago á su infatigable actividad, debo declarar que sus libros, conteniendo algo útil, no responden á ninguna idea, ni tienen un carácter durable. Su mejor obra es sin duda un periódico estadístico-comercial en inglés, que publicó aquí.

5.ª *Don Florentino González.*—No menciona usted una traducción de Grimke hecha por él, impresa úl-

timamente en Europa y precedida por un estimable estudio suyo. En cuanto al *Proyecto sobre juicio por jurados,* no tiene el mérito que se le atribuye en las palabras que ha suministrado á usted don José Victorino Lastarria; y el Congreso argentino lo ha desechado últimamente con razón. Antes de esto había publicado un librito en 8.° sobre la misma materia, que no carece de mérito, aunque no sea sino una compilación sobre los diversos sistemas del juicio por jurados en los países en que existe.

6.ª *Colección Lamas* (historia de Lozano).—Nada dice usted de la introducción de Lamas puesta al frente de la colección, limitándose á señalar lo exiguo de sus noticias sobre el padre Lozano. Por mi parte, al dar mi opinión confidencialmente, en contestación á una carta de Lamas que acompañaba al trabajo en cuestión, lo hice con los debidos cumplimientos á la erudición del escritor; pero salvando mi responsabilidad moral y haciéndole en términos corteses algunas críticas explícitas ó implícitas. En honor de la sana crítica y en descargo de mi conciencia, no pude dejar de decirle á él mismo: 1.° Que lo que principalmente probaba en su introducción es que Lozano era un gran ignorante, aun para su tiempo; 2.° Que Lozano escribió sin documentos sobre los primeros tiempos, copiando á los cronistas sus antecesores sin discernimiento; 3.° Que algunas partes de la introducción exceden la medida episódica en que debieran encerrarse, como, por ejemplo, lo relativo á la geología y á la etnografía, siendo la primera de éstas por demás elemental (más adecuada para niños que aprenden, que para hombres que saben lo que dicen y lo que leen); 4.° Que hace soportar á las telas de araña de Lozano el peso de cuestiones científicas, etnológráficas, fisiológicas y sociales, de que el autor ni idea tenía, mante-

niéndolas en un equilibrio artificial, y haciéndoles atravesar como un acróbata los abismos que las separan, sobre un hilo invisible, por no decir inconcebible; 5.° Que su revista cartógrafa sobre el Río de la Plata parte de un hecho inexacto, cual es que los mapas de 1527 y 1529 dan una idea bastante exacta de la *cuenca* del Plata, tal como se conoce hoy, según él parece creerlo, al anotar sobre el particular á Martín de Moussy, el cual sin duda anduvo ligero, bien que sin afirmar nada absolutamente.

Por lo demás, Lamas ha prestado un verdadero servicio á la historia americana, siquiera sea para salvar las noticias utilizables que en esa obra se encuentran y demostrar que todo lo demás es inútil ó repetido, ó sin criterio, ó de todo punto falso, sin hablar de los milagros.

Generalizando usted un concepto de Lamas, asienta que piensa con él, «que hasta ahora la historia de »estos países no tiene páginas más llenas ni más au»ténticas que las del padre Lozano.» Lamas dice esto refiriéndose únicamente á los libros cuarto y quinto, relativos á la historia de lo que se llamaba la Provincia de Tucumán, en que Lozano residió por muchos años, y que en efecto es la parte más importan su obra, pudiendo considerarse como una crónica original, que ha sido abundantemente explotada por el deán Funes en su *Ensayo Histórico.*

Con este motivo hacía notar á Lamas que, partiendo de este principio, faltaba en su crítica: 1.° Mostrar el contingente que la obra de Lozano ha dado á la historia del Río de la Plata, comparándola con la del padre Guevara (que le es superior como historiador de criterio) y siguiendo con el deán Funes, que la copia en gran parte; 2.° Establecer los fundamentos históricos de esa obra, para determinar el grado de auto-

ridad que merezca; 3.° Sintetizar esa parte de su obra, poniendo de manifiesto su significado, ya que no su filosofía, ó por lo menos sus tendencias morales; 4.° Establecer su criterio bajo esta triple faz, asignando su puesto á Lozano entre los cronistas originales del Río de la Plata, hasta donde le correspondiese.

Me parece que Lamas no se había preparado suficientemente para ilustrar la obra de Lozano. Así me lo hacen creer las generalidades de la introducción y la falta de notas al texto, que ofrece dar en un tomo complementario. El texto mismo adolece de notables defectos, sobre todo en el primer volumen. Cuando un literato se encarga de publicar y de anotar obras antiguas, creo que debe hacerlo como usted lo ha hecho en su *Proceso de Valdivia*, trabajo de erudición, de crítica, de concordancias históricas, de biografías y de complementos necesarios, bebidos en documentos contemporáneos y que considero un modelo en su género.

La publicación del libro de Lozano ha venido á comprobar que hasta hoy ningún escritor antiguo ni moderno ha reemplazado todavía á nuestro primitivo cronista Ruy Díaz de Guzmán, nacido en América, descendiente inmediato de los conquistadores, de los que tomó sus noticias, las cuales llevan el sello de autoridad que falta á los demás, cualesquiera que sean sus defectos y deficiencias.

Esa publicación demuestra además lo que ya sabíamos, y es que la historia del *Río de la Plata* está por *hacerse y rehacerse*, como ya se lo manifesté otra vez. Es indispensable para ello acudir á los documentos contemporáneos que no estudiaron los cronistas, y fundar nuestro edificio sobre bases nuevas, para que no nos suceda lo que dice Gay: «que él escribió la histo-

»ria de la conquista de un modo, según los cronistas, »y los documentos originales la cuentan de otro.»

De este trabajo me ocupo, y ya tengo acopiados todos los materiales recogidos en el Archivo de Indias de Sevilla y Simancas.

7.ª *Larrazábal* (Historia de Bolívar).—Me parece que hace usted á este autor más honor del que merece. Malísimo escritor, que, siendo desordenado, raya en lo vulgar, carece, como historiador y como ilustrador de documentos, de todo criterio, lanzándose con frecuencia solo y por su cuenta, sin más bagaje que la declamación, á tratar con tono absoluto puntos históricos de la mayor trascendencia, que pugnan con los hechos averiguados, tal como la versión que da de la famosa conferencia de Guayaquil entre San Martín y Bolívar, poniendo en boca de uno y otro conceptos y palabras tan inverosímiles, como notoriamente falsos, además del mal gusto literario con que está expuesta tan grande escena. Sensible fué la muerte del autor, así como la pérdida de los documentos originales que con él naufragaron, bien que, en los dos tomos que nos ha dejado, poco adelanta sobre la *Colección de Documentos* publicados en Caracas, que usted conoce, y que continuará siendo la fuente original á que acudirán los futuros historiadores.

8.ª *Brasseur de Bourgbourg.* — Con motivo de la muerte de este escritor hace usted un análisis de sus obras. Al leerlo, exclamé: «¡Gracias á Dios que en»cuentro un hombre que piense como yo sobre este pre»tendido sabio americanista!»

Su crítica, aunque severa, es muy mesurada, y trata al abate B. de Bourgbourg con más consideración tal vez de la que merece, omitiendo ocuparse de algunos puntos que probarían que, si no era absolutamente un charlatán ignorante, su erudición era escasa, su

ciencia no iba muy lejos, sus teorías eran inconsistentes, sus juicios basados con frecuencia en documentos apócrifos ó falsos, sus conclusiones tan arbitrarias como desprovistas de criterio, y todas sus obras una cosecha en gran parte ajena, acompañadas de un palabreo que irrita cuando no fatiga al lector.

Este juicio es el resultado del estudio paciente de sus obras, que empecé á leer con gusto y simpatía, tomándolo á lo serio, hasta que, penetrado de su fondo, me convencí de que allí no había fondo, ni forma artística siquiera.

Fundaré mi juicio examinando ligeramente algunas obras del abate.

El *Popol Vuh* es la piedra angular del edificio imaginario de B. de Bourgbourg, suponiendo que, como la Biblia, es un libro anterior á la Conquista. Para esto tiene que suponer la existencia de un alfabeto fonético entre los americanos, en el cual supone que tal libro se escribió. Todo esto podría pasar como pruebas gimnásticas del ingenio, si no se conociesen el texto original y su origen. En efecto, sabemos que el padre Ximénez fué quien lo escribió en lengua *quiché*, tomando verbalmente sus relaciones de boca de los indios, y como él mismo lo dice: «se reduce esta mi obra »á dar á luz y noticia de los errores que tuvieron en »su «jentidad» (estos indios) y que todavía conservan »entre sí.» Obra histórica, emprendida con un fin declarado de *propaganda fide* á principios del siglo pasado, en que las antiguas tradiciones y nuevas nociones del cristianismo estaban mezcladas; el autor puso sin duda de su parte algo (aun sin pensarlo), para hacer coincidir en lo posible la Biblia sagrada con las creencias de los indígenas. Por lo tanto no es posible acordarle el carácter de libro sagrado transmitido por la tradición oral que el abate le supone pudiendo, cuando

más, conceder (dando de barato), que fué la obra de algún neófito educado en el cristianismo bajo la dirección de algún antiguo misionero. B. de Bourgbourg supone que Ximénez *descubrió* este libro, cuando el mismo Ximénez dice terminantemente que él lo escribió y declara con qué fin.

El texto español de Ximénez fué publicado en Viena en 1857 por el Dr. Schener, quien dice expresamente en el estudio con que lo precede, que B. de Bourgbourg no lo conocía entonces. En él dice Ximénez: «esto *escribiremos ya en la ley de Dios en la Cristian-*»*dad*, porque ya no hay libro común, original donde »verlo.»

B. de Bourgbourg, publicando en 1861 su *Popol Vuh* (que es el mismo de Ximénez publicado en Viena), se sirvió de su texto para la inteligencia del original quiché y de la traducción francesa, deduciendo de las anteriores palabras, que no se prestan á tergiversaciones, que el *libro del común* significaba *libro nacional*, arguyendo la ignorancia á Ximénez, á quien por otra parte reconoce profundo en las lenguas indígenas de Centro América, como que después se vistió de sus trabajos filológicos apropiándoselos hasta cierto punto, como lo diré después.

No se necesita decir más para juzgar de la seriedad y la profundidad del nuevo traductor de esta pretendida Biblia americana, y del comentario que de su Génesis hace, embrollando los mitos americanos.

La *Gramática quiché*, que se supone escrita por el mismo Brasseur de Bourgbourg y propicia con la estimación de filólogos distinguidos, es la misma del padre Ximénez, completada con otras posteriores. El mismo abate lo declara. «La gramática (dice él) no »es tanto obra mía, como de Ximénez, Basseta, Flores »y otros, puesta simultáneamente en castellano y en

»francés.» Esto lo dice en la dedicatoria al obispo García Peláez, á quien no podía ocultarlo, usando del idioma castellano. En el *Avant propos*, escrito en francés, oculta el nombre de los autores y dice: «*La Grammaire n'est pas entierement notre oeuvre,*» debiendo decir: «*n'est pas du tout mon oeuvre.*» No necesitaba decirlo, por otra parte, pues no hizo otra cosa que copiar el original español, sin tomarse el trabajo de traducirlo. Un verdadero sabio habría publicado el original de Ximénez anotándolo ó corrigiéndolo, si era capaz de ello. Lejos de esto, reproduce, sin declararlo, el viejo texto, con tierra y todo, adulterándolo groseramente donde pone la mano pretendiendo corregirlo. Ejemplo: En la época en que escribió Ximénez la *c* unida á la *h* sonaba como *q* (como usted sabe), que es como se pronuncia en lengua maya; así, hoy mismo los mayistas centroamericanos escriben, v. gr., *Chisteil* y pronuncian *Quisteil*, como puede verse en el *Diccionario de Yucatán*, por Castillo. ¡Pues bien! El abate pone esta anotación en francés: «*C* seguida de la *h* se »pronuncia *tch*, como en español. Ex: Chabal, len»guaje, idioma, pronúnciese *tchabal.*» Aquí se prueba que el abate no sabe lo que dice.

¿Qué diremos del drama *Rabinal Achi*, que sigue á la gramática? B. de Bourgbourg supone que es un monumento «del arte dramático de los antiguos americanos.» No es extraño esto cuando Markam y otros sabios, europeos y no europeos, dan por producción original del tiempo de los Incas el drama en quechua, titulado *Ollanta*, cuyo autor se conoce, y que no es sino una traducción ó una imitación de una comedia española de capa y espada, en que ni el gracioso falta.

En cuanto al vocabulario de raíces de los dialectos guatemaltecos, no puede considerarse con seriedad, aun poniendo la mejor voluntad, cuando se nota el violen-

to y arbitrario de sus etimologías, la falta de encadenamiento lógico y geográfico en las palabras, y el espíritu sistemático y preconcebido que todo lo falsea. En este mismo defecto ha incurrido el Dr. Vicente Fidel López en su obra sobre las *Razas arvanas en el Perú*, la cual, aparte de lo falso de su teoría y de lo inconsistente de sus pruebas, tiene su mérito.

En ella se pretende probar que los antiguos peruanos eran nada menos que descendientes de los griegos ó de sus progenitores los pelasgos, y por lo tanto de los aryos. Como Brasseur de Bourgbourg, López pretende reaccionar también contra la escuela filológica alemana, que ha establecido la filiación de las lenguas por la analogía de las formas gramaticales, y no por el sonido aislado de las sílabas radicales, ni aun de las mismas palabras. Incurre además López, como su modelo, en el error de tomar por raíces partículas inertes unidas á vocablos serviles, que no representan sino una modificación accidental del caso ó una mera eufonía, usando para el efecto á discreción de todos los alfabetos y de todas las ortografías, según más cuadra á su teoría, cuando no corrige las diferentes letras fundándose en una hipótesis. En último grado abusa por demás de la permutación de las letras (que sólo es permitido cuando puede establecerse la filiación histórica), para encontrar al fin una nueva relación metafórica fundada en ideas abstractas que los indios del Perú no podían concebir, y que su idioma no ha expresado ni podrá expresar jamás, lo que prueba concluyentemente por el método inductivo, que ni contenía el germen de la inteligencia aryana, ni fué ni podía ser jamás el instrumento de una civilización progresiva.

Veo que usted no hace mención de una obra del abate, lo que me hace creer no la conozca: es su *Bibliothe-*

ca-México-Guatemalienne, que contiene el índice razonado de sus libros, precedido de una ojeada sobre sus estudios americanos, París 1871. Allí es donde B. Bourgbourg se desata contra la escuela filológica alemana, que trata de absurda, donde sostiene abiertamente que la cuna de la humanidad es el Occidente, y no el Oriente, como se creía hasta hoy; que de América partió por el camino de la Atlántida el movimiento civilizador que atestiguan sus monumentos, y que estos monumentos son los que explican ó han de explicar de otro modo que hasta aquí los monumentos egipcios, etc. Allí verá usted, salvo algunos manuscritos, raros y de verdadera importancia, y uno que otro libro fundamental, lo exiguo de su biblioteca, que él considera *única*, en presencia de los catálogos mejicanos publicados últimamente en Londres, que usted debe conocer. En sus notas no muestra mucho saber bibliográfico, incurriendo en errores, omisiones y falsas apreciaciones, que á la simple lectura se advierten ser el resultado de un hombre que no domina la materia.

Para acabar con el abate B. de Bourgbourg, hablemos del *Manuscrit Troano*, que usted se limita á tratar con reserva, contando de paso la historia del chasco del abate Domenech, que su editor suponía ser un *manuscrito pictográficoamericano*, cuya clave daba con la aprobación de B. de Bourgbourg, y resultó ser el cuaderno borrador de mamarrachos de un muchacho alemán.

Parece que usted no supiese que algo parecido ha sucedido con el *Manuscrit Troano*, impreso con gran lujo tipográfico y cromolitográfico.

En una nota de su *Bibliotheca* dice el mismo abate B. de Bourgbourg lo que sigue: «No temo volver so»bre lo que he avanzado á propósito del *Manuscrit*

»*Troano.* Los ensayos de traducción interliniaria que »he dado á las inscripciones mayas, no eran, como lo »dije entonces, sino simples *ensayos*, y nada más. Yo »había creído que la narración comenzaba á mano de»recha, es decir, por el último folio, como en los libros »orientales. La traducción del *Codex Chimalpopoca*, y »el examen que he podido hacer en las ruinas de Pa»lenque, me han convencido de que la narración debe »empezar á mano izquierda, como los libros europeos.» No bastando esto para explicar las abiertas contradicciones en que había incurrido, haciendo decir al texto lo que no decía, el abate recurre además á otro expediente muy singular. Inventa, interpretando á su manera un pasaje del padre Sahagun (de quien ha tomado casi todo lo bueno que trae en sus cartas sobre Méjico), un sistema que él denomina de las *anfibologías*, según el cual, las palabras expresan ó pueden expresar cosas opuestas á su sentido recto y genuino, de modo que en un texto idéntico pueden leerse las mismas palabras con un significado completamente diferente. No es broma. He aquí las palabras textuales del abate: «En depit de mes *talonements* qui contient »l'exposition que j'ai publée des hierogliphes mexi»cains, evec le *Manuscrit Troano*, je no dois pas moins »á ce document l'explication d'une foule des choses »que m'ont servi dans l'interpretation du *Codex Chi»malpopoca*, et qui m'on faint comprendre les amphi»bologies. C'est en comparant ces deux documents, que »j'ai appris comme on pouvait lire dans les mémes »lignes, deux recits, non pas contradictoires mais com»pletement differents.»

Es el suicidio del pretendido sabio, siendo ésta su última confesión sobre su última obra. ¿Para qué seguir? Dejémoslo en paz.

Por estas pruebas comprenderá usted que tengo ra-

zón de hablar, en honor de la seriedad de la ciencia y en homenaje á la verdad, con la severidad que he empleado respecto del abate Brasseur de Bourgbourg, á quien usted aprecia bien, aunque con ciertos miramientos, quizá por no conocer todos los documentos que lo condenan como un sabio que vivió poseído de una manía, aun concediéndole el honor de la buena fe, de la que á veces he llegado á dudar.

Tal vez he empleado á su respecto palabras demasiado crudas, que son admisibles en una carta de confidencias literarias escritas al correr de la pluma.

8.ª *Fussang* (Los chinos en América).—Veo que usted no se atreve á pronunciarse sobre esta cuestión, y que equivoca (tal vez por no haber leído con toda atención el libro de que se ocupa) las conclusiones á que han llegado los sinólogos que la han tratado.

Dice usted que un periódico inglés que se imprime en Hong-Kong, ha discutido esta cuestión en un sentido *favorable*. Si no hay error de imprenta, y si en vez de *favorable* usted no ha querido decir *desfavorable*, es lo contrario lo que resulta de la citada discusión.

Termina usted diciendo que el libro de Leland es sin duda «lo más completo que se haya publicado sobre »el viaje de los chinos á América en el siglo v, y que »se encuentra embarazado para dar una opinión »acerca de su verdad.»

Permítame usted decirle que ha andado por demás tímido al formular este juicio negativo sobre una base equivocada, si es que no hay error de imprenta, repito.

El libro de Leland, titulado *Fussang*, es sin duda lo más completo sobre el particular; pero sólo en el sentido de que compila todo lo que sobre la cuestión se ha escrito, sin agregar más que algunas argucias, á fin

de ligar entre sí las diversas narraciones ó especulaciones que contiene. Es difícil darse cuenta de esto no leyendo de seguido todo el libro, del que la memoria del sabio orientalista Newman forma el fondo, dejando arrumbado el primitivo trabajo de Deguingues.

Leland, discípulo de Newman, ha reunido en ese volumen todo cuanto sobre la cuestión se había escrito en pro, y algo de lo dicho en contra. Lo más notable que se encuentra es la carta del coronel norteamericano Barclay Kennon, que demuestra que, dadas las corrientes marítimas que existen entre la China y California, el descubrimiento de la América por los chinos es posible y aun probable, hasta por medio de los juncos chinos, lo que, como usted sabe, tampoco es nuevo.

Así, el libro de Leland no trae ningún contingente nuevo á la cuestión, y se halla ésta, más ó menos, como la dejó Deguingues en el siglo pasado, con la diferencia de que hoy se han aglomerado mejores pruebas en contra, robusteciendo las negaciones que en tal sentido formuló Klaproth.

El hecho no es imposible, y parece probable, como lo es el descubrimiento de la Groenlandia, y aun de lo que propiamente se llama el continente americano por los normandos; pero tiene á su favor pruebas mucho más débiles que, por otra parte, se destruyen á sí mismas.

Lejos de ser favorable la discusión de esta cuestión en China á las conclusiones de Leland, les fué adversa, y puede decirse que las enterró para siempre.

El Dr. Bretschneider, residente en Pekín, y Simson, residente en Cantón, ambos entendidos sinólogos, respondieron á la invitación del *Notes and queries on China and Japon*, periódico publicado en Hong-Kong, á que usted alude, pronunciándose en un sentido des-

favorable á las conclusiones de Newman, robusteciendo su exposición con demostraciones y argumentos que no han podido ser refutados por Leland sino con argucias sin solidez.

Si usted quiere recorrer el capítulo XIV del libro de Leland, allí encontrará comprobado lo que dejo dicho.

Toda la argumentación de los chinoamericanos se funda casi exclusivamente en una prueba de indiferencia, á saber: que la palabra *Fussang*, bajo la cual se designa el pretendido país descubierto por los chinos en el siglo v, y que se supone ser Méjico, es el nombre que los descubridores dieron á una planta que crecía en él, y que, según su descripción, se supone ser el *maguey* ó áloe americano; en lo cual, unido á otras particularidades que se mencionan en la redacción china que se atribuye á un sacerdote budhista llamado Hoei-Shin, se basa todo el edificio chinoamericano.

Simson dice que la palabra *fussang* designa una planta malvácea de la China, que ninguna analogía tiene con el maguey, el cual se introdujo en este país llevándolo de las islas Filipinas. A este argumento, que echa por tierra su armazón nada seria, nada contesta Leland, sino rearguyendo sobre las palabras.

La conclusión de Simson es la misma de Klaproth, más ó menos, á saber, que el país de *Fussang*, descubierto por los chinos en el siglo v (dado que sea auténtico el relato), debe ser el Japón al cual corresponden (dados los límites de la China en esa época), las palabras de «país donde se levanta el sol.» A esto nada contesta Leland.

Bretschneider, con más abundancia de argumentos y más copia de datos, trae todos los antecedentes históricos y geográficos de la cuestión, exhibiendo su bibliografía

Haciendo cómputos de tiempo y distancias, difiere de Simson en que sea el Japón, aseverando, con el testimonio de la historia china, que era ya conocido por los budhistas. Su opinión es que puede haber sido una provincia de Siberia. Confirma que, según las descripciones del árbol llamado *fussang* por los chinos, no puede caber duda de que es una malvácea, extendiéndose sobre este punto en noticias muy curiosas, que denotan saber y conocimiento del país.

Como en la narración china sobre el pretendido descubrimiento de la América en el siglo v se habla de la existencia de caballos en el país que se supone ser Méjico, fácil le es al sinólogo de Pekín probar que en América no existían caballos antes de la época colombina. Concluye calificando de narración de «consumado» embuste atribuido á un falso sacerdote de Budha, admitiendo que puede ser, cuando más, una narración referente á otro país, adornada por la imaginación de algún poeta.

La réplica de Leland no destruye esos argumentos, y extendiéndose mucho en defender á los mormones (de los que el doctor Bretschneider se ocupa de paso), se limita á redargüir sobre palabras, cantando el triunfo por el hecho de encontrar contradicciones entre los dos sinólogos que refuta.

Como usted ve, si la cuestión ha sido discutida en China, lo ha sido en un sentido desfavorable á la hipótesis que se pretende acreditar por Leland, y aparte de la pobreza de las pruebas en que reposa, hay los datos suficientes para formar una opinión, ya que no para rechazar un examen.

Y como veo que esto sería asunto de nunca acabar, termino aquí mis anotaciones á su revista bibliográfica publicada en la *Revista Chilena*.

Muchas otras cosas se me ocurren que decirle sobre

nuestros comunes estudios; pero ya esta carta se va convirtiendo en folleto, y tengo que ponerle fin respondiendo á sus últimas preguntas y hablándole de mis trabajos y proyectos literarios.

Me pregunta usted si la nueva edición de mi *Historia de Belgrano* comprenderá la vida del héroe hasta su muerte, porque le interesa conocer á fondo la Revolución de Arequito (1820). No alteraré el texto de la parte publicada, limitándome á ligeras correcciones y adiciones de detalle, salvo una nueva *Introducción* histórica que llevará á su frente. Pensaba complementarla simplemente con un epílogo en que se bosquejase la vida de Belgrano, desde el Congreso de Tucumán en que le dejé, hasta su muerte; sin dar á la historia del país el desarrollo que tiene en la parte publicada, porque, como lo digo allí, el papel histórico de Belgrano termina en 1816, y allí puede decirse que propiamente termina su vida pública.

La masa de documentos inéditos y de un gran interés histórico que he encontrado en los archivos públicos sobre los sucesos de los años transcurridos entre 1816 y 1821, me ha aconsejado modificar ese plan, iluminando con noticias desconocidas esta parte de mi obra. Le agregaré, pues, ocho extensos capítulos, (1) que comprenderán los siguientes puntos: 1.° *Sipe-Sipe*, de 1815 á 1816, que, conteniendo una ojeada retrospectiva de los sucesos militares bien ligados á los de la vida de Belgrano, la abrace desde la batalla de ese nombre hasta que Belgrano se recibe del mando del ejército allí derrotado, historiando los hechos que forman su cadena sucesiva. 2.° *El Inca*, año de 1816. Contendrá todo lo relativo al proyecto de constituir una monarquía en estas provincias de América,

(1) En vez de ocho, son diecinueve los nuevos capítulos agregados á esta obra en su tercera edición.—(Nota del editor).

elevando al trono á un príncipe heredero ó descendiente de la familia de los antiguos señores del Perú. Belgrano es el protagonista de estas negociaciones, según se ve por los nuevos documentos que he encontrado en el archivo secreto del Congreso de Tucumán. 3.° *Salta y Güemes*, 1816-1817. Narraré la famosa resistencia de Salta, históricamente ligada á la del Alto Perú, hasta la memorable retirada del ejército de La Serna, después de la victoria de Chacabuco. He utilizado para ello muchos documentos nuevos. 4.° *Las Republiquetas*, 1816-1817. Forma un cuadro nuevo en que la bosquejo, ó más bien dicho, en que está referida la resistencia del Alto Perú en sus relaciones con la Revolución Argentina, comprendiendo la muerte de Padilla y la expedición de La Madrid, hasta la invasión de Olañeta á Salta. 5.° *La Anarquía*, 1816 - 1817. Refiérese la descomposición política y la guerra civil bajo sus múltiples aspectos. Además, las relaciones internacionales desde el paso de los Andes hasta el armisticio del Rosario, que puso un paréntesis á la guerra del litoral, para desencadenarse con más furia al año siguiente. 6.° *Arequito*, 1820. Historia de esta revolución que separó á Belgrano de la escena pública, sus causas y sus efectos, consumando la disolución política del interior de la República. 7.° *El Año Veinte*. Explicaráse su fisonomía, sus tendencias, sus acciones encontradas, la descomposición natural y la recomposición orgánica que se opera, el papel de Buenos Aires en esa época y el carácter dramático de la escena histórica que se desenvuelve en el momento en que Belgrano llega moribundo á Buenos Aires. 8.° *Epílogo*. Refiere la agonía de Belgrano hasta su muerte, en medio de aquellos sucesos, su resurrección histórica, su

apoteosis y el juicio definitivo de la posteridad á su respecto.

Tal es el plan complementario que espero poder desempeñar merced á unos 8000 documentos inéditos que he encontrado, de los cuales he extractado como 4000, que he de utilizar en su mayor parte. Tal vez encuentre usted en esas páginas lo que desea respecto de la Revolución de Arequito.

Puesto que usted se interesa en adelantar sus ciencias acerca de ese punto histórico, puede consultar por lo pronto lo que sobre el particular dice el doctor don Vicente Fidel López en sus *Estudios Históricos de la Revolución Argentina,* publicados en la *Revista del Río de la Plata.* Aunque su versión lleva cierto sello de parcialidad preconcebida, debido quizá á impresiones propias, ó á las fuentes en que ha bebido, hay allí bastantes noticias nuevas tomadas oralmente, que pueden utilizarse ligándolas á otras más auténticas y comprobadas. Excuso decirle que ese escritor debe tomarse con cautela, porque escribe la historia con tendencias filosóficas, más bien según una teoría basada en hipótesis, que con arreglo á un sistema metódico de comprobación. Fuera de los documentos impresos en los periódicos (que me he tomado el trabajo de comparar con los originales que existen, los cuales muchas veces los corrigen), el bagaje histórico de López es muy liviano. Guiándose por la brújula de su teoría, iluminándose en su camino por ideas preconcebidas, afirmando dogmáticamente en consecuencia (puede decirse en cada página) lo contrario de lo que dicen los documentos inéditos que no ha consultado, incurre en errores gravísimos, no obstante la belleza literaria de muchas de sus páginas, lo animado de algunos de sus cuadros y lo acabado de varios de sus retratos, bien que no siempre ajustados á la verdad histórica. Así,

todo lo que se refiere á San Martín es falso ó arbitrario (como puede comprobarse por documentos), como lo es parte de lo que se relaciona con el paso de los Andes (en que hace merecidos elogios de la historia de usted), lo mismo que cuanto concierne al regreso del Ejército de los Andes de Chile, al pretendido proyecto de entregar Pueyrredón el mando á San Martín, y á la acción de la Logia de Lautaro en todo ello. Otro tanto digo de las relaciones diplomáticas del Río de la Plata con la Corte del Brasil, desde 1816 hasta 1819, y las relaciones del Director Supremo con el Congreso de Tucumán en esa época, según he podido convencerme estudiando los documentos originales.

En el plan de mis trabajos históricos había pensado prescindir en la *Historia de Belgrano* del período de la guerra civil comprendido entre 1816 y 1820, para hacerlo entrar en otro libro que tengo en borrador y cuyo título es *Artigas*. He visto después, estudiando los documentos, que ese período puede y debe complementarse en ambos libros. Así, según lo que le expongo, el libro de *Artigas* será la historia revolucionaria interna y de la descomposición social y del régimen colonial, simbolizada por el caudillaje y explicada por la anarquía y la guerra civil, desde 1810, en que las masas se despiertan al soplo revolucionario hasta que el sistema colonial se descompone y se disuelve, siendo reemplazado por una república orgánica en embrión, con las fuerzas sociales casi aniquiladas, en que el instinto popular, obedeciendo á su índole, resuelve de hecho los problemas políticos con más acierto que los sabios, aunque comprometiendo en otro sentido la existencia de la comunidad, mientras la Revolución americana (es decir la Independencia) triunfa por las armas y por las ideas en otro campo y por otros medios. Será un libro nuevo, y aun pienso que también origi-

nal por su significado y por su alcance, estando fundado en documentos completamente inéditos, estudiados á la luz del criterio histórico que he indicado en mis *Estudios sobre la Revolución argentina.*

Antes de emprenderla con Artigas es mi ánimo terminar la *Historia del general San Martín.* Es cuestión de tiempo y de redacción, pues todo el plan está bosquejado, los estudios escritos están hechos según ese plan, y los documentos clasificados en el orden en que sucesivamente los he de usar. Estimo en diez mil, por lo menos, el número de los documentos manuscritos extractados ó consultados para la confección de este libro. Formará dos tomos, como la *Historia de Belgrano,* de 500 á 600 páginas cada uno.

Al mismo tiempo, y por vía de solaz, estoy reuniendo los materiales para un libro nuevo de antropología y etnografía, ensanchando el plan de otro que tenía en bosquejo sobre las lenguas indígenas del Río de la Plata, considerándolas como base de los estudios históricos y geográficos. Su título será *El hombre salvaje de la cuenca del Plata.* Allí trataré la cuestión de las razas indígenas, determinaré su geografía y sus migraciones, estudiaré sus lenguas bajo diversos puntos de vista conexos con el asunto, ocupándome de otros que creo han de ilustrar la materia, dando un contingente nuevo. Para este trabajo cuento con el auxilio de mi blibioteca glóticoamericana, que se compone como de 200 volúmenes sobre las lenguas indígenas de ambas Américas, en que están incluidas las primitivas ediciones de las gramáticas y diccionarios de los misioneros. Además de esto, todo cuanto sobre antropología, etnología y arqueología americana se ha publicado.

He dicho á usted antes que en el Archivo de Indias he encontrado los materiales para otra obra, á fin de

hacer y rehacer la historia antigua de esta parte de América. Será la última que emprenda, dándome tiempo para recoger más materiales y esperando que tal vez pueda realizar un viaje hasta Sevilla y Simancas para contemplarlos. Su título será *Historia del descubrimiento, conquista y población del Río de la Plata*, precedida de una introducción sobre el suelo y sus respectivos habitantes. La obra se dividirá naturalmente en cuatro partes: 1.ª Generalidades; 2.ª Descubrimiento; 3.ª Conquista; 4.ª Población. Toda ella será fundada sobre documentos nuevos y auténticos, que ya tengo extractados según este plan, y ordenados del mismo modo. Como la historia de la conquista del Río de la Plata es la única que no ha sido escrita, tal vez por ser menos dramática que la de Méjico, Perú y Chile, es un libro que falta á la literatura americana. Si no presenta el interés romancesco de las que he recordado, no carecerá de grandes caracteres y notables empresas, mostrando cómo se colonizó este país sin el aliciente de las minas de oro y plata, cómo se afirmó la colonización por el trabajo, cómo se constituyó su vida municipal y cómo la prosperidad se desenvolvió comercialmente. Será la solución histórica de un problema económico y social, único en la América del Sur.

He ahí el programa de mis trabajos literarios esperando que la fuerza no me falte, y que la vida me alcance para llenarlo.

En cuanto á mis *Arengas*, de lo que hablé antes, ya está terminada su impresión en un volumen de más de 600 páginas. Irá con esta carta.

El tomo de *Poesías* está todavía en prensa; pero irá en la primera oportunidad.

En cuanto á los *Episodios de la Revolución*, que formarán dos volúmenes, me falta completar la serie, dándoles un encadenamiento cronológico. La obra se

dividirá en dos partes: 1.ª Revolución de la Independencia; 2.ª Revolución social. Empezaré con la invención de la bandera nacional y la muerte de Liniers en 1810 y 1811, y terminaré con la tragedia de Barranca Yaco y la salvación del cadáver de Lavalle, marcando cada año con una especie de medallón histórico, por el estilo de los que usted conoce, como *Falucho*, la *Esmeralda*, el *Crucero de la Argentina*, etc. Siendo todos ellos rigurosamente históricos y fundados en documentos, tendrá sin embargo cada uno la unidad de un drama, y se leerán como una novela popularizando así la historia patria, á la vez que adelantándola.

Tengo en cartera, y parte en el tintero, otros dos trabajos, que es cuestión de algunos días de buen humor terminar.

El uno es un estudio sobre Azara, considerado como geógrafo, etnólogo, naturalista é historiador del Río de la Plata. Es el Humboldt modesto de esta parte de América, que solo, sin estímulos, en medio de los desiertos, sin conocer más ciencias que las matemáticas, y guiado por su genio observador, creó un sistema nuevo de clasificación zoológica, midió y describió geográficamente su territorio, estudió sus razas indígenas, revelando, por decirlo así, un mundo desconocido, y siendo el precursor de los que después han continuado su tarea.

El otro es un estudio sobre las misiones jesuíticas del Paraná y Uruguay, hecho en el cuadro de la vida del padre Antonio Ruiz de Montoya, su verdadero fundador. Es una figura notable como misionero, escritor y filólogo, autor de la *Conquista espiritual del Paraguay* y de las gramáticas y diccionarios guaraníes que existen. Montoya nació en Lima, y es, como el padre Santo Tomás en el Perú, y Ruiz Blanco en Cumaná, la reproducción del tipo de Las Casas entre nosotros.

Y con esto he vaciado mi saco literario.

Por aquí las únicas novedades literarias que tengo que anunciarle, son las siguientes: 1.ª *La descripción de la República Argentina* por Burmeister, director del Museo de Buenos Aires. (El primer volumen acaba de publicarse aquí, en alemán, y se está haciendo otra traducción francesa en París). 2.ª *La Patagonia y las tierras australes del continente americano* por don Vicente G. Quesada, director de la Biblioteca de Buenos Aires. (Esta obra de discusión y de historia al mismo tiempo, con muchos documentos nuevos, interesa igualmente á Chile). 3.ª *Luz del día*, (que pasa por impresa aquí siéndolo en Francia). Usted la ha juzgado literariamente muy bien. (Poca inventiva, algunos chistes, verdades ingeniosas unas y traqueadas otras, exagerada falsedad, pasiones venenosas y exposición sofística, tales son los elementos que componen este libro). 4.ª *Gaceta de Buenos Aires* por A. Zinny, inspector de instrucción pública. Es un índice analítico de este importante periódico, desde 1810 á 1821, muy útil para los coleccionistas é historiadores, aunque difuso como todos los trabajos de este autor. 5.ª *Efemeridografía Argiroparquética, etc.*, por el mismo. (Es una bibliografía de la prensa periódica de las provincias argentinas hasta 1850, que complementa la bibliografía girometropolitana que usted debe tener. 6.ª Una corona literaria con un grabado en honor de nuestra novelista nacional doña Juana Manuela Gorriti (que á la fecha debe estar en Lima). 7.ª Un librito miscelánico de la Baronesa de Wildson, escritora en varias revistas ilustradas de Europa, que hoy se encuentra en Buenos Aires. 8.ª Un libro sobre distribución de las tierras públicas, por el coronel don Alvaro Barros. 9.ª Aquí se publican varias revistas, fuera de la histórico-literaria del *Río de la Plata* que cesó. Las hay

de medicina y cirugía, de agricultura con láminas, de bibliotecas populares, de farmacia, materias rurales, instrucción pública, de música, de numismática, militar con láminas, del museo con íd., del archivo (documentos antiguos), una alemana sobre materias económicas, historia y geografía física y estadística nacional, y varios anales de sociedades científicas. Entre éstas, la de la *Sociedad de ciencias* acaba de publicar un artículo sobre el caballo fósil argentino, escrito por un joven naturalista nuestro, Luis Fontana, de que le adjunto un recorte con una breve introducción hecha por mí. 10.ª *Territorio argentino y cuestiones internacionales de límites*, por Nicolás Grondona. Es un cuaderno con un mapa y leyendas explicativas, publicado en el Rosario.

A propósito del caballo fósil argentino recuerdo que se me iba pasando hablarle de otro joven naturalista que es nuestra esperanza. Muy joven aun, se ha hecho ya conocer en Europa por un trabajo suyo publicado en la *Revue d'Antropologie* de Broca, sobre los cementerios prehistóricos de la Patagonia, que ha estudiado por sí mismo. En el *Boletín de ciencias exactas de Córdoba* ha publicado otro trabajo sobre las antigüedades de los indios en la provincia de Buenos Aires. Ambos son completamente originales, y suministran nuevas luces. Pero su obra mejor es un museo antropológico, arqueológico y paleontológico, que ha formado en su casa con objetos reunidos por él, entre los cuales se cuentan más de 400 cráneos de razas indígenas que es, sin duda, la colección craneológica americana más completa que exista. Es inteligente, instruido, posee una vasta biblioteca americana, y, sobre todo, la pasión de los viajes y el coraje de afrontar todos los peligros y fatigas para explorar regiones desconocidas, estudiando el terreno geológicamente y recogiendo ob-

jetos de historia natural. Su nombre es Francisco P. Moreno y pronto lo tendrán ustedes por Chile. Se lo recomiendo á usted y demás amigos muy especialmente.

El joven Moreno va á hacer un viaje de exploración. Recorriendo las pampas y atravesando la Cordillera, seguirá desde el fuerte del Carmen en Patagones, más ó menos el itinerario (en sentido inverso) del viaje de Cox, pasando por Nahuel Huapí. De allí pasará probablemente hasta el Perú para enriquecer su colección de cráneos, que complementará y aun corregirá en parte los estudios de Tschudi y de Morton.

Tengo á la vista la primera carta-relación de su viaje, con un croquis de su itinerario. Al presente se encuentra explorando el río Colorado, y espera estar en Chile, según dice, de febrero á marzo.

Se me ocurre ahora que nada le he dicho del catálogo de mi biblioteca americana, á que usted se refiere en su carta, y de que le hablaba en mi anterior. Me va saliendo tan vasto, aun sin salir de los límites rigurosamente bibliográficos, que á veces temo que nunca lo terminaré. Por eso he adoptado el sistema de consignar mis notas bibliográficas en las hojas blancas de los mismos libros, cuando no exceden de una ó cuatro páginas, escribiéndolas aparte cuando forman un artículo más bien que una nota. A este número pertenece el estudio sobre el primer libro impreso en Sud América, de que le hablé antes, y que usted debe conocer. Según este plan, aun sin repetir noticias que se encuentren en otros catálogos, tomando las notas exclusivamente de los mismos libros, apreciarlos y compararlos entre sí desde el punto de vista de su originalidad y de su utilidad para determinar las verdaderas fuentes de estudio sin entrar en la crítica literaria, sacando de ellas mismas las noticias histórí-

cas correlativas y las biografías ignoradas de una gran parte de sus autores, y otros detalles de que usted, como hombre del oficio, se hará cargo, bien comprenderá que este trabajo, que emprendí por mero entretenimiento, vaya creciendo entre mis manos como la bola de nieve.

Mi plan es metódico, según un sistema de clasificación que he adoptado, teniendo en vista las materias que constituyen mi colección de libros. La materia general son la historia, la geografía y la etnografía. Las diversas secciones que la forman se suceden y encadenan en el orden de los estudios de un americanista, ya geográfica, ya científicamente. He aquí una idea de mi trabajo. *Introducción*, la formará *Bibliografía Americana*, ó sea el conocimiento de los libros que van á estudiarse. Sección 1.ª América anticolombina, razas y lenguas indígenas, geografía física (aspecto del suelo, botánica, estudio de determinadas plantas y cultivos americanos, etc.) Sección 2.ª Descubrimiento de América. Antecedentes geográficos. Colón y Vespucio. Escritores primitivos del descubrimiento. Poemas épicos sobre el descubrimiento. Sección 3.ª América en general, historia y geografía, viajes y descubrimientos, etc. Sección 4.ª Río de la Plata en general y particular, que formará nueve ó diez capítulos. Sección 5.ª América española subdividida geográficamente por repúblicas. Sección 6.ª América portuguesa. Sección 7.ª América del Norte. Sección 8.ª Cuestiones americanas en que las cuestiones de límites forman el fondo. Sección 9.ª España y América. Sección 10.ª Derecho, cedularios, códigos-constituciones, colecciones de tratados, y obras especiales sobre lo mismo. Sección 11.ª Manuscritos sobre el Río de la Plata en particular y sobre América en general, incluso mi propio archivo histórico, sección que compondrá varios capí-

tulos que todavía no he precisado. Sección 12.ª Mapas y láminas, sumando los primeros más de mil números. Nada digo del monetario americano, que usted conoció en embrión, porque, con lo dicho, ya ve que tengo en qué entretenerme.

Sin más literatura por ahora, se despide de usted hasta otra carta su invariable amigo

Bartolomé Mitre.

OLLANTAY

ESTUDIO SOBRE EL DRAMA QUECHUA

¿Existía en América una literatura cualquiera antes de la época de su descubrimiento por la Europa?

Nadie ha pretendido formalmente que la América precolombina poseyese lo que se llama una literatura. Los más sistemáticos apologistas de su civilización indígena sólo mencionan sus tradiciones mitológicas y sus fastos orales ó mnemónicos ó figurativos en punto á historia; sus arengas públicas por lo que respecta á la prosa; y sus cantos rítmicos—amorosos, heroicos ó religiosos,—que componían su poesía lírica, la cual, según las escasísimas muestras de más que dudosa autenticidad que se conservan, se hallaba todavía en embrión. Estos primitivos elementos amorfos, atributos intelectuales de toda agrupación humana aun en el estado salvaje, constituyen, á lo sumo, lo que puede llamarse el protoplasma de una literatura.

Empero, por una contradicción inexplicable, varios americanistas ilustrados han sostenido que la América—y especialmente el Perú,—tenía ya al tiempo del descubrimiento una literatura dramática propia, muy superior á la de Europa entonces, que anticipándose á la forma del drama nacional de España tal cual la crearon sus grandes poetas, podía parangonarse, bajo ciertos aspectos, con el de la antigua Grecia. Nada

más acreditado, nada menos discutido y, sin embargo, nada más desprovisto de todo fundamento, aun como hipótesis.

Demostrar la inconsistencia de esta aserción, que no se apoya en ningún documento auténtico ni se funda en ninguna inducción ó deducción-racional, y que carece hasta de verosimilitud, tal es el objeto de este estudio.

I

El estado sociológico de la América al tiempo del descubrimiento excluye hasta la posibilidad moral de la existencia del drama, ya sea como síntesis psicológica por la asociación de ideas, ya sea como espectáculo emocional en que las pasiones intervienen personificadas presentando su faz externa, es decir, la acción resultante de los múltiples y complicados movimientos que tienen por origen una impresión, una emoción ó una idea en el teatro fantasmagórico del alma humana.

El drama es el producto de la necesidad que siente el hombre moral de salir de sí mismo, buscando emociones convencionales fuera de su propio ser, pero en armonía con su naturaleza, y que responda á un ideal colectivo. La barbarie americana y la semicivilización que habían alcanzado sus dos grandes centros sociales—Méjico y el Perú—apenas habían salido del limitado círculo de la propia experiencia del hombre primitivo, valiéndonos de la expresión de un pensador, y carecían por lo tanto de la concepción de los hechos generales, faltándoles como unidad de medida y como correspondencia en los tiempos, el lenguaje escrito, que únicamente da la previsión de los resultados lejanos, según lo atestiguan sus idiomas inorgá-

nicos, desprovistos de palabras representativas de ideas abstractas, y de proyecciones morales. Sin estos elementos superorgánicos de la sociabilidad, el drama psicológico y el drama sintético en acción, era moralmente imposible, porque todo drama escrito tiene que representarse primero en sus componentes, en el alma del pueblo que lo concibe y lo formula.

Las únicas representaciones de carácter teatral de que haya noticia cierta tuviesen las tribus y naciones americanas al tiempo del descubrimiento, eran puramente coreográficas. Desde las danzas guerreras y religiosas del Norte hasta los dramas pantomímicos y simbólicos del centro, y las orgías bailables del Sur, todos sus espectáculos participaban de ese carácter, y hasta es dudoso si en algunos de ellos se mezclaba por acaso la palabra hablada como complemento de la acción. Los negros africanos, que ocupan un nivel intelectual y moral más bajo que el de los americanos del tiempo de la Conquista, nos enseñan que en este sentido el progreso coreográfico es un síntoma de barbarie.

Los hiperborianos de las islas Aleutinas, según sus primeros exploradores, tenían danzas pantomímicas que representaban mitos y leyendas nacionales. En una de ellas se ve figurar un cazador y una mujer disfrazada con el plumaje de un ave, que en sus movimientos parece escapar á las asechanzas que aquél le tiende. El baile concluye con la transformación del ave cautiva en una mujer amorosa que cae exhausta en brazos del cazador. He ahí el único drama primitivo que podían concebir pueblos salvajes, que sólo ven con los ojos de la carne.

Entre los mejicanos la danza coral había alcanzado un grado relativo de adelanto, y asumía algunas veces la forma de representaciones teatrales. Disfrazábanse

los danzantes de animales, usaban máscaras de madera como los griegos, tenían á veces locales apropiados para estos espectáculos, y aun aseguran algunos, sin comprobarlo, que en sus bailes públicos los actores representaban diversos papeles burlescos, interviniendo la palabra hablada al compás de su destemplada música.

El P. Acosta, en su *Historia Natural*, dice que con motivo de una fiesta religiosa en honor de un dios milagroso, el Esculapio mejicano tal vez, se reunían en el teatro de un templo—que según Cortés era una terraza—el cual adornaban con arcos de verdura, flores y animales. «Los representantes, dice Acosta, hacían en»tremeses, haciéndose sordos, arromadizos, cojos, vie»jos y mancos, viniendo á pedir sanidad al ídolo. Otros »salían en nombre de las sabandijas: unos vestidos »como escarabajos, y otros como sapos, y otros como »lagartijas, y encontrándose allí, referían sus oficios, »y volviendo cada uno por sí tocaban algunas flauti»llas. Los sacerdotes del templo les tiraban cerbata»nas; lo cual concluido, hacían un milote ó baile con »todos estos personajes, y se concluía la fiesta.» Como se ve, aquí no había drama, sino gestos.

De aquí han pretendido, empero, sacar algunos, y especialmente Boturini en su *Idea de una nueva historia*, que los mejicanos habían alcanzado en las composiciones dramáticas un grado de perfección que casi podía equipararse con el de los clásicos griegos y romanos. Clavígero, mejor crítico y más conocedor de las antigüedades mejicanas, refuta en su *Historia de Méjico* esta opinión arbitraria, aun cuando piensa que en un siglo más tal vez habrían podido elevarse á la concepción del verdadero drama. El P. Sahagun, el que más directamente bebió en la fuente primitiva de la tradición indígena de Méjico, declara que jamás pu-

do obtener de los indios la confidencia de sus antiguos cantares, y ni mención hace de su teatro.

En la América Central la danza era una ocupación seria, que apasionaba á sus naturales; una especie de institución que en su forma se acercaba al drama gesticulado. Squier habla de una pantomima histórica que en sus evoluciones representaba los incidentes de su historia. Los misioneros católicos, aprovechándose de esta pasión de sus neófitos, dieron á sus danzas formas y argumentos dramáticos, mezclando el diálogo con la música y la coreografía, interviniendo en la acción hombres con máscaras y disfrazados de animales según sus antiguos usos.

A este género pertenece el baile dialogado escrito en lengua quechua, que con el título de *Rabinal Achi*, que el abate Brasseur de Bourgbourg, supone ser «un »monumento del arte dramático de los antiguos ame»ricanos,» cuando de sus propias declaraciones se deduce que es una composición fundada sobre danzas y tradiciones indígenas, arreglada al canto llano por algún misionero que la hizo aprender de memoria á sus catecúmenos, quienes se lo comunicaron oralmente á él.

En el resto de la América, con excepción de lo que dice Garcilaso respecto del Perú, y de que se hablará después, no se encuentra ningún vestigio de drama, y las mismas danzas afectan formas menos dramáticas á medida que se adelanta hacia su parte austral.

II

La única nación americana en que con algún acopio de crítica histórica y filológica se ha pretendido que haya podido existir una literatura dramática pre-

colombina, es la de los quechuas del Perú. Esta teoría literaria que pugna con la lógica y la verosimilitud, y cuyos sostenedores se refutan á sí mismos sin saberlo, no tiene más documento en su apoyo que un drama en verso de formas españolas que hace como un siglo apareció por la primera vez, y poco más de cuarenta años que su texto se hizo público ; ni la abona más testimonio que el de un historiador de dudoso crédito, que ni dice tanto como se pretende, y más bien suministra pruebas concluyentes en contrario.

El drama á que nos referimos titúlase *Ollanta* ú *Ollantay*—que con los dos nombres es conocido,—los cuales únicamente están representados en la historia del Perú por las ruinas de una fortaleza prehistórica inmediata al Cuzco y un río que corre á su inmediación, á cuya margen se ha formado un pueblo que existe aún.

En torno de esta composición dramática de origen no del todo desconocido, se ha formado, á manera de vegetaciones parásitas, una literatura artificial, que constituye todo lo que sobre el pretendido drama quechua se conozca.

Hay además otros dramas escritos en lengua quechua y alcanzan hasta tres los que se conservan manuscritos ; pero, como su asunto ó su contexto haga conocer claramente que son posteriores á la Conquista, y se sabe que los jesuitas compusieron varios de ese género para entretener á los indígenas catequizados, no ha sido posible fundar sobre ellos una teoría como á propósito de *Rabinal Achi* y del *Ollantay*.

La más antigua noticia tradicional que del *Ollantay* se tenga, es que fué representado varias veces, y con gran pompa, por el año 1780, en presencia del famoso Tupac-Amaru al tiempo de su insurrección, dirigiendo la representación el cura de Tinta, don An-

tonio Valdez, amigo del nuevo Inca coronado. Sin duda por esto y por constituir su argumento otra insurrección de indios y la coronación de un Inca rebelde, una vez que aquélla fué sofocada en 1781 con el suplicio de su caudillo, prohibiéronse los vestidos nacionales que podían traer á la memoria los antiguos recuerdos incásicos, y en particular la representación de todo drama quechua.

El drama estaba olvidado, cuando entre los papeles del cura Valdez, muerto en 1816, un sobrino suyo encontró una copia de puño y letra de su tío, que por la primera vez hizo conocer su texto escrito. Años después, el *Museo Erudito*, periódico que se publicaba en el Cuzco, dió noticia de su existencia, no poniendo nadie en duda que el autor fuese el mismo Valdez.

Hasta aquí la historia del drama y la bibliografía del texto auténtico del *Ollantay*: ahora comienza su leyenda literaria.

III

En 1851 se publicó la conocida obra de Rivero y Tschudi, *Antigüedades Peruanas*, que bien que no carezca de mérito, goza de más estimación de la que realmente merece como trabajo de erudición, de crítica y de observación directa. En ese libro se dieron por la primera vez á luz algunos fragmentos del *Ollantay*, insinuándose con tal motivo la especie desautorizada, de que había sido compuesto en la segunda mitad del siglo XV, y representado en la plaza del Cuzco, presentes los Incas, agregando por vía de correctivo, que nada se sabía de positivo respecto de su origen, aun cuando se aseguraba que se conservaban varias copias privadas, escritas en los siglos XVI y XVII, lo que es inexacto. Desde entonces empezó á generalizarse la creencia

vaga de que este drama era un monumento original de la literatura dramática en la época precolombina, y poco después ya nadie lo ponía en duda.

En 1853 el sabio colaborador en los trabajos arqueológicos del peruano Rivero, el alemán Tschudi, insertó íntegra la composición en su libro sobre el idioma quechua, titulado *Kechua Sprache*, con una traducción alemana anotada, precedida de algunas noticias sobre la literatura de los quechuas. El traductor decía con tal motivo en el prólogo: «La producción más impor»tante de la lengua Kechua es sin duda el drama de »«Ollanta, ó el rigor de un padre y la magnanimidad »y clemencia de un rey.» Falta noticia cierta del ori»gen de obra tan notable, y no sabemos si es del tiempo »de los Incas ó si fué escrita en época más moderna. Sin »embargo, algunas noticias dan como representado el »drama en tiempo de los Incas, en la plaza pública del »Cuzco, y que en los años subsiguientes á la Conquista »parece que se formó el primer manuscrito, que se »atribuye á un fraile. Me han dicho que tal manus»crito, muy antiguo y muy difícil de leer, se encuentra »en el convento de los Dominicos del Cuzco.»

El manuscrito de los Dominicos á que se refiere Tschudi, fué el que le sirvió de texto para su publicación. El conocido pintor Ruggendas, que entre los años de 1840 á 1845 recorrió la América del Sur, dibujando tipos y paisajes, y ha dejado algunos cuadros notables en Buenos Aires, hizo sacar por un fraile de la misma orden una copia de ese manuscrito que se hallaba ya muy deteriorado y en partes ilegible, y la ofreció al sabio alemán.

Como la iglesia y el convento dominico del Cuzco tienen por fundamentos las ruinas del *Coricancha*, ó sea el templo del Sol de los antiguos peruanos, y como allí se asilaron los primitivos misioneros cristianos,

se ha deducido de aquí que alguno de éstos fué el que en tal época hizo la primera transcripción en caracteres latinos tomándola de la tradición oral. Bien que este texto sea incompleto y acuse un copista ignorante, sin nociones de historia ni de ortografía, pues ni siquiera está puntuado, lo que prueba que ni conocía el idioma, los sostenedores de la teoría de la antigüedad y originalidad precolombina del drama han declarado por su propia cuenta que éste es su texto bíblico, y que de aquí debió tomarlo el cura Valdez, á quien conceden, á lo sumo, que arregló las escenas y le hizo algunas adiciones que se encuentran en otras copias.

Años después, en 1875, el mismo Tschudi publicó un nuevo texto y una nueva traducción, precedida de una extensa disertación sobre la literatura quechua y la originalidad intrínseca del drama, ilustrándolo con abundantes notas filológicas. Esta lección, que tenía por base el manuscrito dominico, se fundaba en parte sobre un nuevo texto que llevaba, según él, la fecha de *Nuestra Señora de la Paz* (Bolivia) 18 de junio de 1735, y en parte sobre una nueva versión que el peruano Nadal había impreso en el entretanto en Londres. El manuscrito boliviano se ha reconocido ser una copia infiel, llena de variantes, incorrecta, á que Tschudi ha dado una importancia que no tiene ; la fecha que lleva es de dudosa autenticidad, y, aun siendo cierta, probaría, á lo sumo, que el cura Valdez no fué su autor, sin que por esto se demostrase que el drama era original ; y, por último, las correcciones, nuevamente introducidas, han venido á poner de manifiesto los escasos conocimientos gramaticales del editor—traductor en el idioma quechua, según lo han demostrado críticos competentes.

Tal es la historia del segundo texto del *Ollantay*, y tal el origen de la leyenda á su respecto.

IV

Acreditada generalmente entre los literatos peruanos y los americanistas extranjeros la especie sistemática de que el *Ollantay* era un drama original de la época de los Incas, hiciéronse algunos trabajos críticos en este sentido.

En 1868 el quechuista don José S. Barranca publicó en Lima una traducción anotada en prosa castellana, con notas ilustrativas, tomando por texto el de Tschudi en su *Kechua Sprache*, y presentándola como una obra indudablemente original de los quechuas, «la única que existiese en lengua americana.»

La traducción en verso que el poeta peruano don Constantino Carrasco publicó en Lima en 1876, no es sino una elegante paráfrasis de la versión de Barranca, que sólo citamos por una circunstancia pertinente á nuestro estudio que á él se liga. La traducción de Carrasco está precedida de un juicio crítico escrito por el popular literato don Ricardo Palma, quien se atrevió á poner en duda la originalidad del drama aduciendo tímidamente algunas consideraciones que someramente habíamos expuesto un año antes en una carta sobre literatura americana que se publicó en la *Revista Chilena*. Decía Palma: «Tentado estoy de »sostener que la obra no fué compuesta en la época »de los Incas, sino cuando ya la Conquista española »había echado raíces en el Perú.» Bastó esto para que la primera autoridad del Perú en materia de lengua quechua, don Gabino Pacheco Zegarra—de quien hablaremos después— le dirigiese una severa amonestación, diciéndole que «hablaba de lo que no había estudiado y que ignoraba completamente.» Han sido

la de Palma y la nuestra las dos únicas protestas que contra la originalidad de este drama se han hecho en el mundo literario; todos los demás creen de buena fe que es un verdadero aerolito, caído, no se sabe cómo, del mundo incásico.

En 1871 el viajero inglés don Clemente Markham publicó en Londres un nuevo texto y una nueva traducción en lengua inglesa fundada sobre una copia auténtica del manuscrito orginal del cura Valdez, hecha por don Justo Pastor Justiniani, excelente quechuista que se decía sucesor de los Incas, en la cual se encuentran trozos omitidos en el códice dominico. Esto es lo único que da valor al libro de Markham, pues no obstante las notas críticas, históricas y arqueológicas con que lo ha ilustrado para probar que el *Ollantay* es un drama genuinamente indígena, este escritor ha sido convencido de que no tenía nociones del idioma quechua y que se había guiado por la traducción de Barranca, poseyendo muy imperfectamente el español.

Por los años de 1873 se imprimió en Londres un nuevo texto quechua del *Ollantay*, con una traducción castellana al frente, obra del escritor peruano don José Fernández Nodal, que difiere de todas las demás. No la conocemos, pero según Pacheco Zegarra, juez competente, todas las nuevas lecciones que él introduce en el texto original, son alteraciones y adulteraciones caprichosas llenas de barbarismos que responden á un sistema de correcciones que acusan una completa incompetencia. Por lo demás, Nodal es partidario convencido de la originalidad del drama.

Poco antes que Nodal publicase su fantástico texto, con posterioridad al primero de Tschudi, y simultáneamente con el de Markham, el doctor don Vicente F. López se ocupó incidentalmente del *Ollantay* en su

conocida obra sobre *Les Races Ariennes du Perou*, publicada en 1871. Aun cuando este iustrado escritor argentino no pretende que la forma actual del drama sea anterior á la Conquista, sostiene lo que tanto vale, y es, que «encierra rasgos verdaderamente antiguos »por la expresión, y que ciertas ideas que se encuen»tran expresadas en él, son una inspiración natural »del genio indígena»; agregando que «los coros y el »diálogo tienen ese color y esa fisonomía que la imi»tación sólo puede reproducir imperfectamente, no en»contrándose en ellas ni una sola vez una alusión »ó una idea moderna.» Va más adelante aún, insinuando que los coros deben ser una reminiscencia directa de las formas helénicas, así como algunas imágenes que corresponderían al simbolismo de los antiguos pelasgos, quienes, según su sistema históricofilológico, son los progenitores de los quechuas. Más adelante examinaremos de paso el valor de esta argumentación hipotética que complica la leyenda literaria del *Ollantay*.

Viene por último el más competente de los comentadores del famoso drama, así por su saber, como por su profundo conocimiento del idioma quechua y el estudio detenido que de la obra ha hecho, aun cuando carezca de las cualidades de un crítico penetrante en materias literarias. El señor Pacheco Zegarra, que hemos citado ya, ha publicado en 1878 en París un grueso volumen, que contiene un extenso comentario sobre el *Ollantay* y todo cuanto á él se refiere, acompañándolo de un nuevo texto fundado sobre el manuscrito dominico; y además una traducción literal ilustrada con abundantísimas notas críticofilológicas, que representan inmensa labor. Decidido partidario de la originalidad de la obra que comenta con el respeto de un libro sagrado, se apoya en la autoridad del Dr. Ló-

pez para negar al cura Valdez su paternidad, declarando apócrifo su texto y reconociendo como el único verdadero el de los Dominicos. Su argumentación, empero, no adelanta mucho sobre la de sus antecesores.

He ahí el génesis de la leyenda bibliográfica y de la literatura dramática de los quechuas que tiene por principio y por fin el Ollantay.

V

El único testimonio indirecto que se hace valer en favor de la posibilidad de que el *Ollantay* sea una producción literaria anterior á la Conquista es el de Garcilaso, que ni hace mención especial de ella ni dice tanto como se le atribuye.

El Inca historiador dice en el capítulo XXVII del libro II de sus *Comentarios Reales*: «No les faltó habilidad á los Amautas, que eran los filósofos, para »componer comedias y tragedias que en días y fiestas »solemnes representaban delante de sus reyes, y de los »señores que asistían en la corte. Los autos de las tra»gedias se representaban al propio cuyos argumentos »siempre eran de hechos militares, de triunfos y vic»torias, de las hazañas y grandezas de los reyes pasa»dos, y de otros heroicos varones. Los argumentos de »las comedias eran de agricultura, de hacienda, de »cosas caseras y familiares.»

En el capítulo XXVIII agrega el mismo autor: «Los hombres... pasábanse con lo que no podían ex»cusar, porque fueron poco ó nada inventivos de suyo; »y por el contrario son grandes imitadores de lo que »ven hacer. La misma habilidad muestran para las »ciencias, si se las enseñaren, como consta por las co-

»medias que en diversas partes han representado; »porque es así cómo algunos religiosos de diversas re»ligiones, principalmente de la Compañía de Jesús, »por aficionar á los indios á los misterios de nuestra »santa redención, han compuesto comedias para que »las representasen los indios, porque supieron que las »representaban en tiempo de sus reyes Incas.» Las composiciones de esta fábrica á que se refiere Garcilaso eran, según se deduce de sus propias palabras, meros diálogos entremezclados de cantares, tales como los que en su tiempo se representaban en España, antes de que Cervantes y Lope de Vega dieran formas más complicadas á su teatro. Así, dice poco más adelante, refiriéndose al método mnemónico de los indígenas para aprender sus papeles: «De manera, que los in»dios del Perú, ya que no fueron ingeniosos para in»ventar, son muy hábiles para imitar.»

Sobre esta frágil base se funda la teoría ó la hipótesis de que el drama en cuestión puede haber sido hecho en tiempo de los Incas, dando á los conceptos de Garcilaso un alcance que en realidad no tienen, olvidando que el mismo dice que los misioneros cristianos compusieron comedias en lenguas indígenas del Alto y Bajo Perú, lo que es una prueba contraproducente, que él mismo se encarga de acentuar, diciendo que los indios no alcanzaron ni aun á la inventiva de los diálogos y cantares posteriores á la Conquista, de donde puede colegirse lo que podrían ser las tragedias y comedias anteriores á que se refiere en términos tan generales como vagos. Por otra parte, el mismo Garcilaso, aun hallándose presente en España cuando escribía, ni siquiera podía concebir un drama de la estructura literaria del *Ollantay*, pues en la misma España no existían modelos que pudiesen servirle de término de comparación.

Debe decirse también que Garcilaso, en cuanto se refiere á antigüedades peruanas, sin dejar de tener su originalidad relativa, es en mucha parte un autor de segunda mano, que en edad avanzada escribió de memoria y sin documentos, y con poco criterio, falsificando por alucinación la verdad, y esto, casi un siglo después de la Conquista, copiando abundantemente á sus predecesores mejor informados, que nada absolutamente dicen al respecto.

En efecto, ningún otro historiador hace mención de las pretendidas tragedias y comedias incásicas á que él hace referencia, y su silencio probaría, cuando menos, que ni por tradición se conservaban recuerdos de tales espectáculos, y menos aun de la literatura dramática del género de la que nos ocupa.

El grave y entendido Cieza de León, la primera autoridad histórica en materia de antigüedades peruanas, á quien el mismo Garcilaso cita y copia con frecuencia cada vez que se ocupa de monumentos y tradiciones precolombinos, nada absolutamente trae sobre el particular. Y adviértase que Cieza de León fué al Perú cuando Garcilaso aun no había nacido (año 1533), y que habiendo conferenciado al respecto en 1549 (cuando Garcilaso apenas tenía ocho años) con los más sabios Amautas del Cuzco, los «filósofos» á quienes él da por dramaturgos, nada le dijeron al respecto, ni supuso siquiera la existencia de una literatura cualquiera, dada su falta de letras, según expresamente lo asevera.

El sabio y observador P. Acosta, que residió largos años en el Perú cuando Garcilaso aun no había empezado á escribir en España, y que como Cieza de León es otra gran autoridad en la materia, tampoco trae nada sobre el pretendido teatro quechua. Y si se tiene presente que este mismo autor es el único que haya

atribuido un teatro á los antiguos mejicanos, como se ha visto, se tendrá la evidencia de que las tragedias y comedias precolombinas de Garcilaso no pasan de una invención como tantas otras de que está llena su historia, ó más bien dicho, un concepto vago que se ha exagerado con poco criterio y menos atención.

Así es que el juicioso Prescott, no obstante su propensión á poner de relieve todo cuanto podía dar testimonio en favor de la cultura de las asociaciones americanas anteriores á la Conquista, y especialmente de Méjico y del Perú, hace ligeramente mención del testimonio sospechoso de Garcilaso respecto de las tragedias y comedias indígenas, y agrega por vía de correctivo: «No tenemos al presente ningún medio de juz»gar de la ejecución de estas piezas. Era probable»mente bastante grosera, como correspondía á un pue»blo inculto.»

Como se ve, la contextura histórica de la pretendida literatura de los quechuas no tiene más solidez que su leyenda bibliográfica.

VI

Adelantaremos nuestras pruebas considerando el drama en su estructura, sus elementos y sus tendencias políticas y morales, pues él suministra la prueba más directa y concluyente de su origen evidentemente europeo.

El *Ollantay* es por su fondo, por su forma y por sus menores accidentes, un drama heroico de capa y espada, cristiano y caballeresco, tal cual lo crearon Lope de Vega y Calderón. Tiene su rey, su barba, su galán, su dama, su traidor, sus confidentes de ambos sexos, sus comparsas, sus amoríos, sus canciones, y pa-

ra que nada le falte al respecto, hasta su gracioso, escudero y confidente burlesco del galán.

Los sentimientos que generalmente prevalecen en él son: el orgullo de casta, la fidelidad conyugal, el espíritu militar, el amor filial, la humanidad con el vencido, el horror á la poligamia, la magnanimidad monárquica y la abnegación deliberada en holocausto de la monarquía, que son los elementos morales de todo drama español, propio de la civilización europea, los cuales pugnan con todo lo que se conoce de la sociabilidad quechua.

Circula además en todas sus escenas un soplo revolucionario que, á la vez que señala la época en que se escribieron ó arreglaron, repugna á las máximas políticas del gobierno absoluto de los Incas, el más absoluto que jamás se haya conocido. Hay, sobre todo, en él un cuadro, en el que un general rebelde se hace coronar Inca al frente de sus tropas insurreccionadas y ciñe el *llautu* sagrado de los monarcas del Perú en nombre del pueblo, en medio de maldiciones contra la tiranía y el egoísmo del Soberano legítimo; mereciendo por ello recompensas y honores de parte del Monarca reinante aun después de vencido. ¿Puede darse una alusión contemporánea más directa á la coronación del rebelde Tupac-Amaru, en cuyo honor y en cuya presencia se representó en 1780?

El usurpador antes de levantar el estandarte de la insurrección dirige al gran sacerdote del templo del Sol estas arrogantes palabras: «Yo hablaré al Inca con »energía y sin temor, desafiando su cólera y el desprecio que tiene por mí por no ser yo de sangre real.»

Al decidirse á la rebelión, se dice á sí mismo: «¡Oh, »Cuzco! tu cruel Inca verá á mis fieles Antis arma»dos y guiados por mí, amenazarlo como una nube de »maldiciones... Tu Inca perecerá contigo, y una vez

»derribado al suelo... lo estrangularé, y veremos si su »boca inanimada me dice todavía, etc.»

He aquí otros conceptos del discurso de la coronación en presencia de las tropas rebeladas, más expresivo aún: «Al Inca, con tal que no le falte su comida »y su provisión de coca, poco le importan los trabajos »del pueblo.» A lo cual el rebelde coronado contesta: «Oíd, bravos guerreros, lo que dice el jefe de la monta»ña. Y si el Inca persiste, yo me declaro su enemigo »implacable.» Y el jefe de la montaña afirma su declaración de guerra exclamando: «¡Guerreros de los »Andes, escuchad! Ya tenemos un Inca, y sabed que en »adelante es necesario sostenerlo audazmente. El vie»jo Inca del Cuzco convoca á sus guerreros: macha»cad hierbas venenosas para emponzoñar nuestras fle»chas: así la muerte los alcanzará más pronto que »el golpe que los hiera.»

¿Se concibe que este drama haya sido representado, como se dice, en presencia de un Inca, ante cuya divinidad infalible sus vasallos no podían ni levantar los ojos?

A pesar de estas pruebas irrecusables de su origen europeo, los partidarios de la originalidad quechua del drama aseveran dogmáticamente que nada se encuentra en él que haga recordar las cosas europeas ó de la cristiandad. Pacheco Zegarra, el más competente y el más convencido de todos ellos, dice al respecto: «El »*Ollantay* es todo lo que nos queda de la literatura del »Imperio de los Incas, y el espíritu, las creencias, la »vida, las costumbres de esta Nación, se reflejan en »él más vivamente que en ninguna otra parte.» Y agrega más adelante: «No presenta ninguna relación »con la literatura de los tiempos de la Conquista, y »en el fondo del espíritu que se desprende de su con»junto, pertenece á un mundo aparte, á otro orden

»de ideas enteramente diferente del de nuestra época.»

Dejando para más adelante poner de manifiesto sus similitudes literarias, y los elementos históricos de origen europeo que constituyen su argumento y el desarrollo de la acción, nos concretaremos por ahora á lo que se refiere á las costumbres y á las creencias de «ese mundo aparte,» que se pretende reflejado en sus escenas, tomando por base el mismo texto de Pacheco Zegarra y prescindiendo del de Valdez, que él declara apócrifo.

En la escena primera, el héroe hablando con su escudero, dice: «Aun cuando la muerte con su guadaña (*ychuna*, que significa *hoz* en quechua) se opusiese.»

He ahí una imagen que sólo un católico puede emplear y que en manera alguna podía concebir un quechua. Los antiguos peruanos, como todos los salvajes de la América, no tenían la noción clara de la muerte. Como lo atestiguan sus sepulcros, al lado del muerto se colocaban las provisiones para alimentar la existencia, pues la muerte no significaba otra cosa para ellos que la prolongación de la misma vida material en otra condición. (1) Mal podían, pues, personificar la muerte en una deidad siniestra, y menos aún, armada del atributo que el catolicismo le ha dado al representarla en la forma de un esqueleto.

El doctor don Vicente F. López, que ha procurado

---

(1) En una *Instrucción* contra los ritos de los indios, publicada en Lima en 1585 por orden del Concilio de 1583, se ve que aun después de la Conquista y convertidos al cristianismo, la noción de la muerte como destrucción del cuerpo no había penetrado en su cerebro. Dícese en esa *Instrucción*: «Es cosa común entre los indios »desenterrar secretamente á los difuntos de las iglesias ó cementerios, »para enterrarlos en las guacas, ó cerros, ó pampas, ó en sepulturas »antiguas, ó en su casa, ó en la del mismo difunto, para darles de »comer y beber á sus tiempos.» Herbert Spencer en su *Sociología*, Fustel de Coulanges, respecto de Grecia y Roma. y Maspero en sus estudios sobre el antiguo Egipto, han analizado y explicado profundamente esta idea primitiva de la muerte.

explicar este símbolo de la mitología peruana, dice, que éste «es griego y no católico, y muy propio de una »raza agrícola, á la cual como al antiguo pelasgo la »muerte se presentaba como una segadora que hacía »su cosecha diaria,» insinuando que de sus antepasados, los pelasgos, debió venirle. Parécenos que el Dr. López ha confundido aquí dos cosas distintas, desconociendo la filiación de la imagen de la muerte así en la Grecia como en el catolicismo. Los antiguos griegos y romanos, que continuaron su culto, representaban á Saturno, personificación del tiempo y no de la muerte, armado con la guadaña simbólica, bajo el aspecto de un anciano cargado de años, con alas y con un reloj de arena en una de sus manos. Las parcas eran las que simbolizaban la muerte. Según los anticuarios, y para citar á uno de los más famosos, según Rich, el atributo de la guadaña ó de la hoz *(falx)* le habría sido dado como una alusión á la agricultura que se suponía haber sido el primero en introducir en Italia, y en la actitud del segador de mieses está representado en la famosa medalla de Heliogábalo. Es en las estampas de los grandes artistas de la Edad Media, y entre ellos Alberto Durer, donde por la primera vez la guadaña de la muerte se presenta como emblema de destrucción de la vida.

El Dr. López, al sostener su proposición incurre al parecer en una contradicción del punto de vista de su sistema de argumentación. Dice que la palabra *Ichuna*, que en quechua significa hoz, es la única que ha encontrado en el drama, «que pueda llamarse moderna.» Los quechuas tenían su hoz propia antès del descubrimiento, que todavía conservan, y la llamaban con ese nombre. En el vocabulario del P. Santo Tomás, que éste empezó á compilar diez años después de la fundación de Lima (en 1546) y se imprimió en Valla-

dolid en 1560 (precisamente en la época en que Garcilaso pasó á España á la edad de veinte años), se encuentra ya la palabra, lo que evidencia su antigüedad. Y como comprobante de ello agregaremos, que cundo se introdujo en el Perú la guadaña europea que los quechuas no conocían, la llamaron *trigo-ychuna*, según puede verse en el Vocabulario del P. Holguín, impreso en Lima en 1608.

Parece, pues, quedar demostrado que la guadaña ó la hoz de la muerte en el drama *Ollantay* no es de los quechuas, y ni siquiera tradición que pudiera venirles de los griegos, sus pretendidos antepasados.

En otra escena, el héroe, en presencia de una especie de milagro ó sortilegio del gran sacerdote, que hace manar el agua de una flor, refiriéndose á sus ojos prorrumpe en estas palabras: «Más fácil sería hacer brotar el agua de la roca.» ¿Quién no ve en esto una alusión bíblica al prodigio de Moisés?

En otra ocasión dice el mismo: «Podrá leer mis com»bates grabados en esta arma victoriosa, que ha de»rribado miles de guerreros.» He ahí una alusión caballeresca á los motes y divisas de los guerreros de la Edad Media.

El gran sacerdote hace alusión una vez al «hilo del »destino, que se ha roto y enredado, y que debe des»enredarse y reanudarse,» imagen verdaderamente griega, que mejor que la guadaña hace recordar la personificación de la muerte entre los helenos, y que, locución usual en un europeo, un quechua no podía ni concebir.

Una vez que se habla del gato como animal doméstico para ahuyentar ratones, para explicarlo tiene Pacheco Zegarra que suponer que los quechuas pudieron tal vez domesticar al gato montés. Otra vez se habla por dos ocasiones del canto de la lechuza sobre los

techos como anuncio siniestro de muerte, superstición europea, de que también participaban los quechuas, según el Concilio de Lima 1583, pero que de cierto no podía venirles de los griegos con ese sentido como el hilo de las parcas, tratándose del ave de Minerva.

En un Yaraví en que se describen las perfecciones de una belleza, se dice que «su cuello es *blanco* como »la nieve; que sus mejillas son como rosas caídas en »la nieve; su rostro *blanco* y transparente como el »alabastro; que sus dos senos son *tan blancos* como »pedazos de hielo, y que sus dedos se parecen á copos »ó flores de algodón abiertas.» (1) ¿Podrían estos cumplimientos (que de paso sea dicho, son imitados del *Cantar de los Cantares*) dirigirse á una beldad cobriza?

En ese mismo Yaraví, mezclando las imágenes sagradas con las profanas, se dice «que sus cejas son arcos que despiden flechas ardientes y matadoras,» lo que, siendo una vulgaridad repetidísima en la poesía española, es una alusión clarísima á las armas de Cupido. Esto sí que, siendo español, es más griego que la guadaña de la muerte.

El Inca, dando instrucciones á un general arrodillado que marcha á campaña, le dirige estas palabras: «Coloco en tu mano este anillo para que no olvides

---

(1) Para que en vista de este testimonio concluyente contra la originalidad quechua del drama, no se dude de su autenticidad, insertaremos la traducción interlineal que el mismo Pacheco Zegarra da en sus comentarios:

Illampu kunkanre kespin waylluska
Suave es su cuello como cristal pulido
Parakay rithn
Y blanco como nieve
Vttqqu munaymi kkaskunwan kuska
A flores de algodón agradables sus senos semejantes
Kuntan puririn
Llenos se expanden.

»nunca que debes tener clemencia con todos. ¡ Leván»tate, eres un héroe!»

¿Quién puede aquí desconocer la ceremonia de armar un caballero de la Edad Media?

En una sola escena se encuentran tres alusiones contrarias á las costumbres quechuas, y propias de las ideas europeas. Se habla del Inca muerto que ha sido enterrado *(pampaskacta)*, y nadie ignora que los Incas no se enterraban, y que embalsamados eran conservados en el templo del Sol sentados sobre sillas de oro. Se habla de vestidos negros de duelo, y es sabido que el color pardo era el luto de los antiguos peruanos. Dícese que la ciudad del Cuzco ha elegido un nuevo Inca, y es excusado decir que la monarquía incásica es hereditaria por origen divino, y no electiva.

Por último, y para terminar con esta larga serie de pruebas directas tomadas del texto del mismo drama, señalaremos la escena en que el Inca, perdonando al rebelde vencido, le premia nombrándole su regente y sucesor, y le ciñe la corona de la soberanía, que era la de la divinidad en la tierra, debiendo advertir que este hecho, imposible en el antiguo Perú, es históricamente falso.

El Inca dice: «Tráigase la gran diadema con la »borla amarilla. Gran sacerdote, apresúrate á ponerle »esta insignia y entregarle la gran masa. Anuncia á »todo el mundo que toma el puesto del Inca. Sí, Ollan»tay, queda para ser Inca en mi lugar y levantarse »como el astro del día. Ahora marcho más satisfecho »á mi campaña de la provincia de los Collas, sabiendo »que dejo á Ollantay para velar por mi hogar.» ¿Quién al leer esto no creería leer una página de Tácito describiendo la adopción de un sucesor del Imperio romano, para aplacar una insurrección pretoriana?

Vese, pues, que las alusiones á cosas de origen europeo abundan en el drama.

VII

El *Ollantay*, como composición dramática, no tiene el mérito literario que se le atribuye, no obstante que su acción tenga unidad y sea bien conducida, con situaciones de bastante efecto teatral. A no haber sido escrita en lengua quechua, nadie se habría ocupado de él, y sólo debe su celebridad á la creencia de ser una producción original de los indígenas precolombinos.

Por su contextura, es muy superior no sólo á la semicivilización peruana, sino también á las obras del mismo género que se conocían en Europa al tiempo de la conquista de América, lo que prueba que su concepción es posterior á esa época. El estilo lleva en muchas partes el sello del culteranismo de la decadencia de la literatura española, con sus retruécanos, equívocos y antítesis, lo que indicaría que es también posterior á las obras de Lope de Vega y Calderón, pudiendo asegurarse que corresponde á la época del siglo XVIII.

Los caracteres no tienen relieve ni significado moral: son figuras ó figurones dibujados sobre la tela de la acción misma, que acompañan servilmente en sus peripecias. El único carácter que se destaca en esta obra, es el del gracioso, que participa de la fisonomía de los papeles de su género en el teatro antiguo español y de los bufones característicos del de Shakespeare. Es una especie de filósofo vulgar y un libre pensador, que se burla de las cosas humanas y sagradas, se hace el tonto y aparece en sus pasajes más patéticos diciendo chistes andaluces y expresando en conceptos de doble sentido una cosa distinta de la que piensa, pero cuya

intención irónica sólo se comprende poniendo mucha atención. Este tipo complicado, vaciado en un molde conocido, no es ni concebible en la sociabilidad quechua, y hasta su lenguaje es contrario á la índole de su idioma hablado.

Su argumento es puramente fantástico, lo mismo que el héroe, pues como queda dicho, ni el nombre de éste figura en la historia peruana. El doctor López piensa que el asunto es tan antiguo, que probablemente es anterior á la dinastía de los Incas, fundándose para ello en la interpretación que da al nombre de *Ollantay;* pero Pacheco Zegarra la refuta con demostraciones gramaticales que no admiten réplica.

Ollantay, que equivale á Ollantino ó natural de Ollanta, es un joven general de origen plebeyo, del tiempo del Inca Pachakutic, hijo de Viracocha. Enamorado de la hija del Inca, la Ñusta ó princesa *Kusi Koyllur* (que significa Estrella de Alegría), y correspondido con aprobación de su madre la Koya Anahuarqui, aspira á su mano, y la solicita del Monarca invocando sus servicios. Siendo tan insólita pretensión contraria á las leyes del Imperio, pues las personas de la familia real se consideraban de origen divino, cuya casta sólo se unía entre sí, el Inca, después de haberle invitado á hablar, y á pedirle «aunque fuese su corona,» la rechaza, limitándose á decirle: «Acuérdate »que eres un simple vasallo: cada uno debe estar en »su lugar; has querido subir demasiado alto.» Ollantay, despechado, que había seducido á la Princesa, se subleva, haciéndose coronar Inca en la fortaleza de Ollantay, y derrota á las tropas incásicas enviadas para someterlo. En el intermedio de estos sucesos, que abrazan un espacio de diez años, muere Pachakutic y le sucede en el trono su hijo el Inca Tupac-Yupanqui. El primer general del Imperio, Rumi-Ñawi (Ojo de

Piedra) derrotado antes por Ollantay, se ofrece á apoderarse de éste, y lo consigue por medio de una estratagema de que luego se hablará. El nuevo Inca, no sólo perdona al rebelde, sino que lo colma de honores, nombrándolo su segundo y regente del Imperio, concediéndole además la mano de la princesa *Kusi-Koyllur*, quien por una combinación de accidentes novelescos por el estilo de los de Ana Racliffe, había sido salvada de un subterráneo en que la tenía encerrada su difunto padre, por intermedio de su hija, fruto de sus secretos amores con Ollantay. En cuanto á Ojo de Piedra, que se había sacrificado por salvar la dignidad de su Soberano, no recibe premio alguno, ni las gracias siquiera, siendo la moral del drama el triunfo real de la rebelión, la humillación de la autoridad incásica, y la violación de todas las leyes divinas del imperio de Manco-Capac.

Bastan el simple buen sentido y el más superficial conocimiento de la sociabilidad política del antiguo Perú para convencerse de que tal argumento ni concebirse podía bajo la dominación incásica, y menos aun que el drama pudiese ser representado á principios del siglo xv bajo el reinado de Hurayna-Capac, padre de Huascar y Atahualpa.

Un análisis de algunas escenas del drama pondrá más de bulto lo que de sólo el argumento se deduce.

Como en casi todos los dramas españoles de capa y espada, el *Ollantay* empieza por una ronda nocturna del galán acompañado de su paje ó escudero, que es á la vez el gracioso de la pieza, y que lleva el nombre de *Piki-Cháki* (Pie de pique, ó pulga), y acompaña á su amo como su sombra recibiendo sus confidencias. El contraste entre estos dos personajes constituye el elemento cómico de la composición desde el principio. Vese así, que mientras Ollantay habla de su estrella

(Koyllur), el bufón con palabras de doble sentido le hace un curso burlesco de astronomía hablándole de la luna y las estrellas del cielo. En su entusiasmo amoroso el galán exclama, parafraseando las letanías de la Virgen María: «¡Estrella de felicidad (¿matutina?), alúmbrame!» En seguida prorrumpe en una blasfemia, impropia de un creyente quechua: «Mi Estrella hace palidecer al sol,» concepto que se encuentra en varios dramas españoles. La escena termina con este rasgo que la sintetiza:—«Ollantay: Llévame »á ver mi Estrella.—Piki--Cháki: Es de día y no puede »verse.»

Para poner más de relieve este contraste, citaremos otros chistes del escudero, que acusan su origen esencialmente español.

El teniente Ollantay se llama «Urco-Huaranca», y *huaranca* en quechua significa mil. Ollantay pregunta á su escudero si en su ausencia alguno lo había buscado. Piki-Cháqui le contesta que «una cosa como mil hombres.» Luego resulta que es sólo un hombre, y á la pregunta: «¿Qué hombre?»—el gracioso replica:

Chay Urco-Huarancakatan niñi	Ya dije que Urco-Huaranca
Payllun kanmanta tapuhun	Es quien preguntó por ti.

Otra muestra:—«Piki-Cháqui: Tu mano está abier»ta para todos, menos para mí.—Ollantay: ¿Qué ne»cesitas?—Piki-Cháqui: Esto, lo otro... ofrecer un »vestido á mi muchacha... y, además, querría hacer so»nar mi dinero, porque esto da consideración.» Esto es español puro.

Otra:—«Ollantay: Partamos, marcha delante. »Piki-Cháki: Cuando se trata de huir, aquí estoy »yo.» Como todos los graciosos del teatro español, éste es también cobarde.

En otra ocasión el bufón, hablando con el gran sa-

cerdote que le pregunta por Ollantay, que se había insurreccionado, se entabla este diálogo:—«Willac-uma »(gran sacerdote): Y Ollantay ¿qué hace?—Piki-Chá»qui: Desenreda una madeja muy enredada.—Willac»uma: ¿Qué madeja?—Piki-Cháqui: Dame primero »algo, si quieres que hable.—Willac-uma: Te daré un »garrote para apalearte y tres para ahorcarte.—Piki»Cháqui: No me asustes.—Willac-uma: ¡Habla!— »Piki-Cháqui: Ya no me acuerdo.»

Todos estos rasgos se encuentran diseminados en las comedias españolas, casi con las mismas palabras.

Ahora, siguiendo en el análisis de algunas tiradas y situaciones del drama, se pondrá más de manifiesto su origen europeo.

La larga relación en que Ollantay pide al Inca la mano de su hija, recapitulando sus grandes servicios, está calcada sobre la del Cid Campeador en el popular drama conocido con este título. Se diría que es el héroe castellano el que habla de los moros, cuando dice al Inca:—«En tu servicio mi frente se ha cubierto »muchas veces de sudor. Enemigo de tus enemigos, los »he buscado por todas partes, combatiéndolos y anona»dándolos. Soy temible á todos, cuando me encuentro »en medio de mis bravos Antís. ¿Hay un sitio donde »mi sangre no haya corrido á torrentes? Mi solo nom»bre ahoga á tus enemigos como un dogal al cuello.»

El Yaraví á que antes nos hemos referido, es, como queda indicado, una paráfrasis del *Cantar de los Cantares*, en que con las mismas palabras se repiten las mismas comparaciones. Al leer el verso antes citado. «*Su cuello es suave como el cristal pulido,*» recuérdase esta otra comparación bíblica apenas disfrazada: «Tu garganta es suavísima, tu cuello como torre de marfil bruñido.» Dice el cantar salomónico: «Mi »amado metió su mano por el resquicio, y á su toque

»se estremecieron mis entrañas.» En el *Ollantay* se dice: «Al solo toque de su mano tan suave, me estremezco de placer.» El plan del Cantar y del Yaraví es el mismo: describir por medio de comparaciones las bellezas corporales y las sensaciones del amado y de la amada.

Una reseña militar que hace el teniente de Ollantar, Hurku-Waranka, es una reminiscencia de las de Homero con sus tribus y caudillos.

La estratagema que constituye el nudo del drama y alrededor del cual gira la acción y produce el desenlace, es tomado punto por punto de un hecho de la historia antigua vulgarizado por los *Viajes del joven Anacarsis*. Es el siguiente: Hacía largo tiempo que Darío sitiaba á Babilonia, que se había rebelado como Ollantay. Zopiro, conocido también bajo el nombre de Magabyso, se mutiló la nariz y las orejas, y se presentó á los rebeldes como una víctima de la crueldad de Darío, granjeándose por este medio su confianza y facilitando así la sumisión de la ciudad rebelada. La estratagema que el general Inca Tupac-Yupanqui, Rumi-Ñawi, empleó para someter á Ollantay y adquirir la confianza de éste, es la misma en todos sus pormenores. ¿Puede presentarse una prueba más concluyente del origen europeo del drama? Sin embargo, Pacheco Zegarra que la conocía, ni por entendido se da de ella, y la pasa por alto.

Por último, y para acabar con este análisis, presentaremos la traducción literal del discurso que Ollantay dirige al Inca, cuando éste le perdona su rebelión, le nombra su regente y le ciñe el llautu sagrado, menospreciando el sacrificio de su Zopiro, personificado en Rumi-Ñawi (Ojo de Piedra), y es como sigue:

OLLANTAY

¡Oh Inca! mucho levantas
A un hombre que nada vale.
Puedas tu vivir mil años
Y encontrar en mí un esclavo (1)
Caído, me pones de pie;
En desgracia, me socorres;
Pobre, enriquécesme tú;
Ciego, tú me das la luz;
Muerto, me vuelves la vida;
¡Tú me enseñas á olvidar!

¿Quién no creerá leer una tirada cuajada de antítesis del drama español en la época de su decadencia?

¿Y habrá todavía alguno que después de esto sostenga que el *Ollantay* refleja las costumbres, las creencias, la política, la historia y la sociabilidad de los antiguos peruanos, y desconozca la filiación del drama, á todas luces europeo, cristiano y genuinamente español?

VIII

Ampliaremos nuestras pruebas, buscándolas en la contextura del drama mismo, en sus elementos lingüísticos y en sus formas gramaticales, que como testimo-

(1) Pacheco Zegarra trae la traducción literal de estos cuatro versos, no insertando el resto de la relación que se encuentra en el texto de Valdez, publicado por Markham.

He aquí la traducción:

Anchetan Inka hokarinki
Demasiado, oh rey, tú elevas
Kay llatan yanka runata
Este desnudo insignificante hombre
Kawsakuy waranka wata
Vive tú mil años
Tmatan nokapi tartuki
Sea lo que sea, en mí tú encontrarás.

nios irrecusables acusan y determinan su verdadero origen.

Uno de los argumentos que más se han hecho valer por los partidarios de la originalidad y antigüedad del *Ollantay* es lo arcaico del lenguaje, que según ellos correspondería á la época en que el quechua se hablaba en toda su pureza. Esta prueba meramente inductiva—aun dando por cierta la premisa,--no tiene valor filológico refiriéndose á un manuscrito *escrito* dos siglos y medio después de la Conquista ; pudiendo agregarse que, si hoy mismo hay quien pueda apreciar aquella calidad, y aun restablecer la pureza del supuesto pretexto *oral*, bien pudo poseer esa facultad el cura Valdez ó quien sea su autor, un siglo ha.

Por otra parte, no parece que hayan hecho muy profundos estudios sobre el particular los que esto sostienen, pues se limitan á enunciar la proposición sin demostrarla. Tschudi, que es el único que insinúa que el lenguaje de la obra no es muy puro, y Markham, que sostiene lo contrario, han sido convencidos de ignorar completamente la estructura gramatical de la lengua quechua, y su opinión no tiene por lo tanto valor ni en pro ni en contra. El Dr. López, que sólo ha encontrado una palabra que según él podría «llamarse moderna,» ya se ha visto que la ha desconocido, pues la que cita es precisamente una de las más genuinas y antiguas del idioma. Pacheco Zegarra, el más competente de todos ellos como quechuista, ofuscado por su tesis preconcebida, no se ha dado cuenta de los españolismos de que está plagado el texto que comenta.

Las correcciones que los quechuistas han hecho en el sentido de restablecer la pureza primitiva del texto según su ideal, se limitan á substituciones de palabras, achacando á la infidelidad de sus copistas los españolismos que se encuentran en algunos textos, dejando,

empero, subsistentes otras más notables que han escapado á su observación. Así, la palabra *aznuta* (asno) los unos la suplen por *llamacta* (asno) y los otros por *atocta* (*atok*, zorro), á fin de darle un carácter arcaico ; y aun en esto mismo se equivocan contradiciéndose, pues *llamacta*, por ejemplo, no es el nombre de la llama, sino lo que corresponde á este animal, siendo la partícula *c* antes de *ta*, un acusativo que da á esta desinencia un significado distinto, como lo observa el mismo Pacheco Zegarra.

Si los que tal sostienen hubiesen penetrado un poco más en los elementos de que se compone el discurso, habrían notado que son frecuentes los españolismos en las interjecciones, las cuales no pueden alterarse ni achacarse al copista, porque forman parte integrante de la medida del verso en que el drama está escrito.

Es sabido que cada Nación tiene en su lengua propia ó modificada, una exclamación distinta para expresar el dolor físico ó moral ; y es una ilusión muy común de las Naciones figurarse que sus quejas inarticuladas corresponden al lenguaje universal. Empero, los españoles, los franceses, los alemanes y los ingleses, pueblos vecinos y en frecuente comunicación hace siglos, se quejan de distinto modo, y hay tanta diferencia entre el *ay* y el *alas* como entre el *ach* y el *helas*.

Con relación á los quechuas la distinción es todavía más delicada, pues así como tienen distintos verbos para expresar una misma acción, según el que la ejecuta, los accidentes que la acompañan ó la cosa á que se refieren, así también se quejan de distinto modo según los casos.

Ejemplo. En quechua según puede verse en el vocabulario del P. Holguín de 1608—*Anay*, es queja de dolor físico,—*anau*, *ananua* ó *acacay*, lo es especialmente de frío, y el *alalau* ó *acacau* de calor, refiriéndo-

se en tres casos á sí mismo. Doliéndose de otra persona, dicen: *ála*, y compadeciéndose de algo en general *átta ó áttah*.

Otros ejemplos. En el Arte y Vocabulario quechua de Torres Rubio (año de 1754), añadido por Figueredo, se enumeran veintidós interjecciones con mayor número de variantes para expresar el afecto, la admiración, la alegría, el espanto, la risa, la compasión, el placer, la burla, el enojo, el dolor de una quemadura, la aprobación, la desconfianza, la amenaza, etc., etc., sin que el *ay* ni cosa parecida se mencione, y esto cerca de dos siglos y medio después de la conquista del Perú por los españoles, en que el idioma indígena se había corrompido y mezclado con españolismos.

El *¡ay!* español no es, pues, exclamación quechua, aunque sus letras entren frecuentemente como desinencia ó como elemento silábico en la composición de sus pronombres, formando diptongos que se resuelven en las radicales. Sin embargo, esta es la exclamación más prodigada en el drama y puede decirse que la única, y esto, constantemente fuera de tiempo y lugar.

Corolario. La heroína emplea el *¡ay!* ocho veces consecutivas la primera vez que se presenta en escena, y siempre impropiamente según la mente quechua. Así por ejemplo, dice: *Ay koya* (ay reina); *ay kollallay* (mi reina); *ay mamallay* (madre mía); *ay kosallay* (mi marido). Con no menos impropiedad la emplea el héroe siete veces consecutivas en una sola escena. He ahí otros tantos testigos irrecusables de la paternidad española del drama.

IX

Queda todavía por considerar el drama en su estructura métrica, examinándolo desde un nuevo punto de vista que no han tenido presente los críticos que nos han precedido.

El *Ollantay*, con sólo dos excepciones, está escrito todo él en versos octosílabos, asonantados algunos ó afectando la forma de cuartetas aconsonantadas por regla general, no faltándole la combinación típica de la décima española—circunstancia que hasta hoy nadie ha señalado,—y encontrándose también versos alternados de diez y de cinco sílabas que se emplean para las canciones.

Estos artificios métricos, invención de los modernos, son propios de las lenguas del Mediodía de la Europa, y algunos de ellos son patrimonio exclusivo de la lengua y la literatura españolas.

Como es sabido, entre los antiguos—griegos y latinos,—cada verso estaba dividido en cierto número de compases á que damos todavía el nombre de pies, en los cuales el movimiento alternado de las sílabas largas y breves, producía su combinación armoniosa y constituía la diversidad de metros. En los idiomas modernos el artificio es imposible, por carecer del ritmo y la cadencia de la versificación primitiva, falta que ha sido suplida con la invención del actual sistema métrico cuyos recursos armónicos consisten en períodos musicales, marcados por acentos y apoyaturas y ornados además con el consonante ó el asonante, arte que desconocieron los antiguos, y que por otra parte no les era necesario. Fueron los provenzales los primeros que, sacando partido de una lengua enérgicamente

acentuada, combinaron hábilmente las acentuaciones, y produjeron un conjunto análogo al del verso antiguo, bien que cada sílaba dejó de tener su valor musical. Tal es el sistema métrico de la lengua española, que tiene su forma típica y popular en el octosílabo, el cual corresponde al antiguo verso trocaico de los latinos, es decir, de cuatro acentos rítmicos, con cuatro largas y cuatro breves, alternadas, apoyando en las impares.

Sería ya cosa de maravillarse que los antiguos quechuas hubiesen precedido á los españoles en la concepción psicológica del drama, tal cual sus grandes poetas, es decir, tal cual los más grandes poetas del mundo lo crearon, y que lo vaciasen en un tipo idéntico en cuanto á su forma; pero lo sería mucho más el que se hubieran anticipado á las complicadas combinaciones métricas que tuvieron por razón de ser la transición de la lengua latina á las modernas lenguas europeas y la adaptación de una literatura nueva á un modelo que en su forma armónica no era aplicable ya. Esto solo basta para establecer la convicción moral de que el *Ollantay* fué vaciado en el molde métrico de las lenguas del Mediodía de Europa, tomando por tipo el octosílabo español.

El quechua, por su índole y por su acentuación grave, se presta á los artificios de la métrica europea, y los escritores europeos que la emplearon en composiciones literarias, encontraron en él un instrumento adecuado para emplear las mismas formas y expresar en ellas conceptos aproximativamente equivalentes.

Pacheco Zegarra, que es el único que se haya ocupado de este punto, mostrando competencia en otro sentido, no ha acertado á establecer la verdadera teoría histórica y literaria, técnica ó filológica, por lo que respecta á la métrica y la fonética quechua en sus relaciones

con la literatura y las lenguas de Europa. Todos sus argumentos para demostrar la originalidad poética del drama en su forma externa, versan sobre las irregularidades de la rima, que no prueban sino incorrecciones del autor ó del copista ; y cuando pretende deducir una nueva métrica del carácter aglutinativo del idioma, llega en el fondo á la misma conclusión que nosotros, puesto que lo que demuestra es que el ritmo griego ó latino no es posible en la lengua quechua, cuya acentuación cadenciosa es distinta.

Markham, que procura robustecer sus pruebas inductivas con otras de carácter deductivo, insiste mucho sobre el testimonio de Garcilaso. Empero, de lo que él mismo dice se deduce con evidencia, que una composición de la extensión del *Ollantay*, no podía confiarse á la tradición oral, y que no existe absolutamente testimonio alguno respecto de la existencia de ninguna de este género anterior á la Conquista.

Las pruebas históricoliterarias que aduce Markham, merecen considerarse por su poca meditación y por falta de conocimiento que en la materia revelan, al punto de refutarse con las mismas citas y autoridades que trae.

Las más antiguas muestras que de la poesía, ó más bien dicho, de la métrica quechua se tengan, son las que trae Garcilaso en el cap. 37 de la primera parte de sus *Comentarios*. Consisten éstas en cuatro versos de una antigua canción quechua que el autor oyó en su niñez, y repite de memoria, y unos que el P. Blas Valera, á quien copia, dice haber encontrado en los quippos que le fueron descifrados por «los indios contadores,» lo que ya indica su origen fabuloso, pues los quippos eran simples auxiliares mnemónicos de la contabilidad.

La cancioncilla de Garcilaso se compone de tetrasí-

labos y trisílabos alternados, acentuados los primeros en las sílabas impares, y los segundos en la del medio ó sea un verso anfibráquico compuesto por una breve, una larga y una breve.

No es posible imaginar una versificación más rústica ni primitiva: es simplemente la materia prima de la prosa dividida en sus más elementales cláusulas rítmicas, sin el adorno siquiera de la rima, que, según el mismo Garcilaso, nunca conocieron los peruanos. El ritmo obedece naturalmente á la índole de la lengua, pues casi todas las sílabas del quechua son graves, estando por regla general acentuadas todas sus palabrás en la penúltima sílaba, y muy rara vez en la antepenúltima, y por lo tanto, los acentos rítmicos se colocan por sí sin artificio, como puede verse en los versos citados por Garcilaso.

Cás | lla | llá | pu	Al cántico
Pú | mún | quí	Dormirás
Cháu | pi | tá | ta	Media noche
Sa | mú | sac	Yo vendré.

Los del P. Valera, bien que un poco más regulares, y que él llama impropiamente espondaicos, son todos trocaicos, como él mismo lo demuestra en la traducción latina con que la acompañó, y por vía de muestra citaremos los primeros cuatro versos:

Súmac Ñústa	Palchra Numpha
Toralláiquim	Fráter tuus
Puyñuy quita	Nónam túam
Paquer cáyan	Nunc infringer

Tales son los únicos tipos métricos del quechua, citados por Garcilaso, cuya acentuación métrica hemos procurado reproducir, y de los cuales él mismo dice: «De la poesía alcanzaron otro poco (los antiguos pe»ruanos), porque supieron hacer versos cortos y largos,

»con medidas de sílabas... los versos eran pocos, para »que la memoria los guardase, empero muy compendia»dos, como cifras. No usaron consonantes en sus ver»sos, todos eran sueltos.»

Sobre estas citas contraproducentes, funda Markham su sistema de comprobación, incurriendo, con Garcilaso, en el grosero error de confundir la cuarteta ya citada con la redondilla española, que es uniformemente octosílaba y trocaica concertando el primero y cuarto versos con el segundo y el tercero. Al efecto invoca la autoridad de Ticknor, que refuta su arbitraria suposición.

Como se ve, con la «poca poesía» que alcanzaron los Incas, según el mismo apologista, no alcanzaron ni siquiera á hacer uso del octosílabo ni las redondillas de que está compuesto el drama *Ollantay*, que hasta en esto de estar todo él escrito en este verso revela su origen español.

El Dr. López ha hecho valer otro argumento que se liga á la discusión de la forma literaria, y por incidente á la cuestión métrica. Según él, en tiempo de la Conquista el uso de los coros líricos á la manera antigua era enteramente desconocido en España. En la época de la Conquista ya el lincenciado Fernán Pérez de la Oliva había hecho conocer en sus traducciones los coros de la tragedia griega. Además, por ese tiempo las canciones y villancicos, equivalentes á esos coros, ya eran populares en las representaciones dramáticas en España. Esto, suponiendo que el drama hubiese sido escrito por ese tiempo; pero, si se tiene en cuenta que por su estructura y su estilo debió ser compuesto después que Lope de Vega y Calderón le dieron la forma típica que revistió, se verá que los coros, ó sea las canciones que intervienen por accidente en la acción, tienen su modelo en los dramas de esos autores, que los

emplearon con frecuencia, como puede verse en la *Aurora de Copacabana* de Calderón, para citar otra composición de asunto peruano.

X

De todo lo expuesto se deduce claramente que el *Ollantay* es un drama esencialmente europeo y genuinamente español, como se ha probado con su mismo texto estudiado en su forma, en su fondo, en sus alusiones y en sus elementos lingüísticos.

Es posible que esa obra no pertenezca al cura Valdez, como por mucho tiempo se ha creído, como es probable que, sea quien fuere su autor, tal vez éste no sea en realidad sino el imitador ó traductor de algún drama poco conocido y que no sería difícil encontrar su original examinando con atención el teatro español.

Pero en presencia de las pruebas que atestiguan su origen, cualquiera que haya sido su autor ó su modelo, ó la época en que fué escrito, no se concibe cómo escritores y críticos del saber de Rivero, Tschudi, Barranca, Markham, López y Pacheco Zegarra, hayan podido desconocer la filiación cristiana, europea, española, moral, política y literaria de esta obra, que basta leer para caracterizar; y menos se concibe aún que hayan admitido la posibilidad de haberse representado en el Cuzco á principios ó mediados del siglo XV, es decir, cuando se inventaba la imprenta en el Viejo Mundo, y empezaban á alborear las ideas y sentimientos que constituyen su esencia.

Buenos Aires, marzo de 1881.

CARTA-PREFACIO

DE LA PRIMERA EDICION

A Domingo F. Sarmiento.

Buenos Aires, marzo 1.º de 1854.

Recuerdo que en uno de los más bellos capítulos de sus *Impresiones de Viaje* me llamó usted «poeta por vocación.»

Hoy, al tiempo de publicar mis poesías, se me ocurre retribuir aquella fineza colocando esta carta al frente de su primera edición. En el mismo capítulo en que me hacía el agradable cumplimiento que he citado, decía usted, hablando del sitio de Montevideo, que yo era soldado en aquella época: «En medio de »este caos de intereses, respirando la atmósfera carga»da de humo, y encerradas en un horizonte que á cada »punto tiene aparejadas tormentas que de una hora »á otra pueden descargar sobre sus cabezas, las musas »argentinas, cualquiera que sea la ribera donde les sea »permitido entregarse á sus sueños, lo divinizan todo, »hasta la desesperación y el desencanto. Me parece »que una causa profunda hace al pueblo español por »todas partes poeta: inteligencias caídas, como aque»llos nobles de otro tiempo descendidos á la plebe, con »organizaciones é instintos desenvueltos; mentes ele»vadas y ociosas que se remueven y agitan en su nada,

»revelando su elevada condición por entre los harapos »que las cubren. El español, inhábil para el comercio, »que explotan á sus ojos, naves, hombres y caudales »de otras Naciones, negado para la industria, la ma»quinaria y las artes; destituido de luces para hacer »andar las ciencias, ó mantenerlas siquiera; recha»zado por la vida moderna para que no está prepara»do; el español se encierra en sí mismo y hace versos; »monólogo sublime á veces, *estéril siempre*, que le hace »sentirse ser inteligente y capaz, si pudiera, de acción »y de vida, por las transformaciones que hace experi»mentar á la Naturaleza que engalana en su gabinete, »como lo haría el norteamericano con el hacha de los »campos, aquel poeta práctico que hace una pastoral »de un desierto inculto, é inventa pueblos y maravi»llas de la civilización, cuando del bosque asoma su »cabeza á la margen del río aun no ocupado. ¡Yo os »disculpo, poetas argentinos! Vuestras endechas pro»testarán por mucho tiempo contra la suerte de vues»tra Patria. Haced versos y poblad el río de seres fan»tásticos, ya que las naves no vienen á turbar el terso »espejo de sus aguas. Y mientras otros fecundan la »tierra, y cruzan á vuestros ojos con sus naves car»gadas el *almo río*, cantad vosotros como la cigarra; »contad sílabas, mientras los recién venidos cuentan »*patacones;* pintad las bellezas del río que otros nave»gan, describid las florestas y campiñas, los sotos y »bosquecillos de vuestra Patria; mientras el teodolito »y el grafómetro, prosaicos en demasía, describen á »su modo, y para otros fines, los accidentes del terre»no. ¡Qué riquezas de inteligencia y cuánta fecundi»dad de imaginación perdidas! ¡Cuántos progresos »para la industria, y qué saltos daría la ciencia si »esta fuerza de voluntad, si aquel trabajo de horas de »contracción intensa en que el espíritu del poeta está

»exaltado hasta hacerle chispear los ojos, clavado en »su asiento, encendido su cerebro y agitándose todas »sus fibras, se empleara en encontrar una aplicación »de las fuerzas físicas para producir un resultado »útil!»

La diatriba es un poco fuerte, y aunque algo merecida, hace tiempo que le guardo cierto rencor por la parte que me toca como soldado raso en la falange de poetas del Río de la Plata, que ha divinizado hasta la desesperación y el desencanto. Monólogo estéril, mentes decaídas, hombres incapaces para la acción, inhábiles para el trabajo, derrochadores de la inteligencia; tales son los calificativos que prodiga á la poesía y á los poetas, deplorando que la fuerza creadora aplicada á ensanchar los límites del mundo inmaterial no se hubiese aplicado exclusivamente á hacer alguna nueva conquista sobre el mundo material. Para confusión de sus detractores y para honor de la poesía, ha tenido que valerse de su propio lenguaje al atacarla, como esos caudillos de la montonera, que al mismo tiempo que procuraban desacreditar la táctica europea, se servían para contrarrestarla de sus propias maniobras mal aprendidas y peor enseñadas.

Ya veo que si le diesen á organizar el mundo, desterraría, como Platón, á los poetas de su República, sin embargo de que usted, lo mismo que aquel grande hombre, tiene más de poeta que de filósofo, y sólo le falte para complementar su inteligencia privilegiada, iluminar la parte tenebrosa de su mente con la luz resplandeciente de la poesía.

Tal es el objeto que me propongo en esta carta, y creo que lo conseguiré, haciendo resonar en el fondo de su conciencia aquella voz misteriosa que gritó á San Pablo, perseguidor de los cristianos: «Saulo, ¿por qué me persigues?»

Habiendo usted estudiado filosofía sin maestro, como yo, debe haber leído á Herder, Bouterweck, Richter, Jouffroy, Schlegel, Burke, Winckelmann y tantos otros, y por consecuencia debe saber lo que es estética, palabra derivada del griego, que, si hemos de dar crédito á los que comprenden este idioma, significa *sensación, sentido, facultad de sentir;* y por medio de la cual se designa la parte de aquella ciencia que explica y analiza la teoría de lo bello, de lo agradable y lo sublime. Asunto es éste que ha inspirado á Kant uno de sus libros más serios y bien pensados, libro que obligó á los espíritus más austeros á dar carta de ciudadanía en los dominios filosóficos á la ciencia de la estética, que ya Baumgarten había bautizado con el nombre alambicado de «Filosofía de las Gracias y de las Musas».

Sabiendo todo esto, debe saber también que la estética divide el imperio de las artes en dos: artes de espacio y artes de tiempo, es decir, artes que se ven ó que se palpan, y artes que se oyen ó se sienten. A las primeras corresponden la pintura, la escultura y la arquitectura; á las segundas, la música y la poesía, división con la cual yo no estoy del todo conforme, por las razones que paso á exponer.

Yo considero la poesía como un arte sintético, ó lo que es lo mismo, un arte que obra sobre la imaginación y sobre los sentidos á la vez, por la doble combinación de las formas materiales é inmateriales del espacio y del tiempo. Así ha observado Sismondi con mucha propiedad que «la poesía es una feliz combinación de »dos de las más bellas artes: música por los sonidos »y pintura por las imágenes.» Esto se comprueba con la observación hecha por todos los críticos, de que los más grandes poetas son precisamente aquellos cuyas ideas poéticas son susceptibles de representarse por

medio de la pintura, como se ve leyendo con atención las obras del Dante ó de Milton; habiendo el primero inspirado á Miguel Angel los famosos frescos, cuyos dibujos ornados por la mano del Giotto, habrá podido ver en la biblioteca del Vaticano; y habiendo sido propuesto el segundo como modelo á los pintores por uno de los grandes prosadores de nuestra época, por Guizot. D'Apère, un espíritu no menos serio, ni menos profundo, ha dicho á este respecto: «La grande escultura »griega, tal como se muestra en la Niobe de Floren»cia ó en las estatuas del Partenón, es la poesía ho»mérica traducida en mármol. El Dante dibuja sus »figuras á la manera enérgica, atrevida y grandiosa de »Miguel Angel; y el fresco del *Juicio final* es un canto »del Dante.»

No puede negarse que la línea, el colorido y la palabra, tienen sus límites, y que á la pintura y á la escultura les está vedado lo que es permitido á la poesía, pero esto no destruye la regla general de que, para excitar la admiración, la pintura necesita ser poética, así como la poesía necesita ser pintoresca. La razón de esto es muy clara: la idea que escapa á la pintura, es decir, la idea que no es pintoresca, que no puede traducirse por una imagen, ó que no tiene cierto movimiento dramático, se presenta confusamente á la imaginación. En esto se diferencia la poesía de la filosofía, que es una pura abstracción.

Toda esta disertación metafísica—que va á hacerme pasar la plaza de pedante—no tiene más objeto que crearme un punto de apoyo para repetir lo que se ha dicho tantas veces, que «algo le falta al hombre que »es insensible á los encantos de la música ó de la pin»tura» y que, por consecuencia, le falta todo al que no es susceptible de comprender todas las bellezas de

la poesía, que condensa á la vez la idea, la imagen y la armonía.

Y á propósito, ya que hablamos de música, ¿sabe usted quién fué el inventor de la lira? Según dice Apoliodoro (aun cuando los descubrimientos de Champollión parecen desmentirlo, pues sólo se ha descubierto el arpa en los monumentos egipcios), su inventor fué Hermes Trimegisto, secretario de Osiris, quien, habiendo encontrado en las riberas del Nilo una tortuga muerta, cuyos nervios resecos por los rayos del sol se habían convertido en cuerdas sonoras, tomó de aquí la idea del instrumento que hoy simboliza la poesía y al son del cual bailaba el hierofanta egipcio, expresando simbólicamente las revoluciones de los astros y el orden aparente del Universo. A esta escuela musical perteneció Moisés, y ella dió origen al arpa hebraica, á los salmos de David, á los Cantares de Salomón y á las Lamentaciones de Jeremías.

Algún tiempo después, inventó Hiagnis la flauta frigia, que acompañó los primeros himnos que se cantaron en honor de Baco y de Pan. Estos dos instrumentos (poniendo, si se quiere, el arpa en vez de la lira) tomados por la Naturaleza, compusieron la primera orquesta de los tiempos primitivos, y de la lira ó arpa egipcia y de la flauta frigia, ha nacido ese lenguaje universal que cuenta hoy más de ochenta sonidos, y que, según me lo aseguró un día el gran pianista Hertz, puede dar más de cien sonidos distintos en el piano; mientras que los idiomas más ricos de nuestros días no pueden dar ni la mitad.

¿Cómo se explica este misterio? Es que la música, más filosófica que los filósofos, y menos desdeñosa que los hombres de letras, ha recogido en su seno todas las modulaciones de todos los idiomas antiguos y modernos del Norte y del Mediodía, con las cuales se ha

enriquecido, en la misma proporción en que se ha empobrecido el idioma hablado, por el radicalismo exagerado de hombres que, á título de espíritus serios y positivos, pretenden desalojar á la armonía poética del último atrincheramiento en que se defiende aún con heroísmo, rechazando los ataques violentos de los prosistas iconoclastas, cuyo bello ideal es un lenguaje sin símbolos y sin música, y para quienes la estructura del verso no es una forma tomada de la Naturaleza misma, como la lira egipcia (ó griega, según otros), sino una compilación feliz del capricho humano—«un ingenioso contrasentido,» como decía Newton.—Por eso el verso se le presenta á usted como la prisión del pensamiento; por eso se ve en él un obstáculo más bien que un punto de apoyo; por eso, en fin, cree que una idea pierde en profundidad todo cuanto gana en sonoridad; y esto explica, ya que no disculpa, su juicio desventajoso sobre la poesía.

Si usted hubiese hecho un estudio detenido de las leyes de la versificación, si se hubiera propuesto darse cuenta de la razón del yambo, del dáctilo, del troqueo y del espondeo, habría visto que todo su mecanismo reposa sobre la combinación de las sílabas agudas y graves caracterizadas por los acentos; y que el movimiento del verso, su número y sus pausas, obedecen á reglas constantes que tienen su origen en la naturaleza de los idiomas, y en la organización humana, siendo la rima y la cantidad de sílabas lo más secundario que hay en la estructura del verso. Así vemos que el francés, que es el único idioma moderno que no haya adoptado para su versificación la prosodia poética inventada por los provenzales—de que hablaremos más adelante—es, en manos de sus más grandes poetas, un instrumento pobre é insonoro, por no contar con más recursos métricos que con los que le presta el número de sílabas y la

repetición de la rima, lo que hace que los franceses hayan llegado hasta el grado de negar que exista una armonía poética fuera de estas dos condiciones materiales. Por eso la lengua francesa es la lengua más prosaica del mundo, según lo han reconocido sus grandes hablistas, y entre ellos Carlos Nodier y Michelet; lo cual explica por qué la Francia no haya producido un gran poeta, digno de rivalizar con Homero, con Virgilio, con el Dante, con Byron, con Goethe, con Camoens ó con Calderón, aunque el genio lírico de Víctor Hugo haya convertido este instrumento sordo en instrumento sonoro. Aquí se demuestran hasta la evidencia la importancia de la forma métrica y la influencia que ella ha ejercido y ejerce en el desenvolvimiento del entendimiento humano y el desarrollo de las lenguas.

No extrañe que entre en estos detalles minuciosos sobre la cadencia poética en sus relaciones con la música y con la naturaleza humana, desde que ellos me sirven tan eficazmente al objeto que me he propuesto en esta carta. Además, como lo ha dicho Sismondi, «la »estructura del verso, esta parte en cierto modo mecá»nica de la poesía, está ligada, por acordes misterio»sos y secretos, con nuestras sensaciones, con nuestras »emociones, con todo aquello que habla á nuestro corazón y á nuestra imaginación, y sería conocer muy mal »el lenguaje divino de los poetas, considerarla sola»mente como una traba impuesta al pensamiento. Los »versos no conmueven nuestras almas, no cautivan »nuestras pasiones, sino porque tienen algo de más »íntimo que la prosa, algo que se apodera de todo nues»tro ser, encontrando más directamente el camino del »espíritu y de los sentidos, y trayéndonos impresiones »más completas que las que el lenguaje por sí solo y »desprovisto de estos accesorios puede despertar.» Y

más adelante agrega: «La rima es una especie de »llamamiento al recuerdo y á la esperanza, ella des»pierta una sensación pasada y hace desear una nue»va, realza la importancia de los sonidos, y da en cier»to modo una especie de colorido á las palabras.»

Nada de extraño sería que los poetas elogiasen su lenguaje, pero cuando los más eminentes prosistas proclaman su excelencia, preciso es reconocer que hay en él algo de verdaderamente sublime, y que, por lo menos, no se le debe juzgar sin haberlo estudiado antes.

Si del lenguaje poético, considerado en sus relaciones con la música y con la organización humana, la mente se eleva hasta la contemplación de la idea abstracta, y penetra en los dominios de la psicología, se verá que, siendo la poesía á la prosa lo que el drama lírico es al drama recitado, ella no es otra cosa que el lenguaje á toda orquesta, la palabra que se acompaña con la música del ritmo y de la rima, que se impregna de ella, que la asimila á su ser, que funde en un todo compacto la idea y la armonía al fuego inextinguible de la inspiración que arde en la cabeza del poeta. Así es cómo la poesía, á la manera de una onda sonora, penetra en lo más hondo de la imaginación y de la conciencia, apoderándose al mismo tiempo de los sentidos, despertando suavemente las emociones perezosas que dormitan, y hace sentir al hombre la unidad de su ser, formando en el fondo del alma un acorde sublime, al dominar con su canto las emociones disonantes del corazón humano.

Suprímase la poesía, y las relaciones del hombre con la Naturaleza quedan interrumpidas, mientras que nuestras facultades, funcionando aisladamente como en sueños, jamás producirán ese acorde sintético que es el resultado de la imagen, del sonido, del movimiento y de la abstracción; que son las cuatro grandes ma-

nifestaciones de la vida, los cuatro principios constitutivos de las bellas artes, los cuatro elementos de cuya combinación se forman todos los productos intelectuales, y que la poesía es la única que condensa y reduce á una sola fórmula.

La poesía es el puente misterioso que une al hombre físico con el hombre moral, y que pone en contacto todas sus facultades. Por eso decía Schiller:—«Para filosofar, basta la mitad del hombre, mientras que la otra mitad puede descansar; pero las musas lo absorben todo.» Para ser poeta, se necesita sentir y pensar á un mismo tiempo, y poner en ejercicio el poder de abstracción á la vez que la imaginación, porque lo que no conmueve y convence haciendo sentir, no merece el nombre de poesía. Las ciencias y las artes no tienen alas para volar más allá de las fronteras del mundo material, ni ojos para objetos que se hallen fuera del alcance del telescopio. La poesía, además de tener alas y de tener ojos para recorrer el Universo y contemplar en él cuanto hay de grande y de bello, puede lanzarse á los espacios infinitos de la Creación, penetrar en los dominios del mundo inmaterial, poner al hombre en relación con Dios, y establecer entre el Cielo y la tierra aquella cadena de oro, que, según los antiguos, ligaba á la criatura con su Criador.

Esto es la poesía, esto es el arte divino, del cual ha dicho usted que sólo tiene sacerdotes entre los hombres incapaces de acción, esto es lo que usted ha llamado «monólogo sublime á veces, estéril siempre.»

Una república prosaica, tal cual usted parece desearla, tendría mucha semejanza con aquella pálida mansión de los héroes de la antigüedad que el Dante nos escribe en su *Infierno*, imagen debilitada de la vida, en que las sombras vagan sin esperanzas de un bien mejor, llorando silenciosas la pérdida de una felicidad

que nunca conocieron. Sería un cuerpo sin alma; sería la bella estatua de Prometeo sin el fuego sagrado que le dió vida y movimiento. Desheredados de la poesía, ¿qué voz simpática respondería á las armonías secretas del corazón? ¿qué potencia sobrenatural nos elevaría á la contemplación de lo infinito? ¿qué relámpago iluminaría con sus resplandores pasajeros las profundidades de nuestro ser? ¿por qué medio se dirigirían los instintos, una vez quebrado el instrumento usual con que se forman y desarrollan el sentimiento y la inteligencia de lo bello? Preguntas son éstas que pondrían en bárbaros aprietos al legislador en teoría de esa soñada república platónica.

No sé por qué me parece encontrar cierta analogía entre su idea y las asociaciones de las abejas, de las hormigas y de los castores. He aquí tres repúblicas que realizan el bello ideal de los positivistas, y que llenan todas las condiciones pedidas por usted: repúblicas de matemáticos, de ingenieros, de químicos y de industriales, que pasan la vida cavando la tierra, edificando y destilando, «aplicando al trabajo todas las fuerzas fí»sicas, sin malgastar sus fuerzas intelectuales en or»namentaciones inútiles, ni en monólogos sublimes, »pero estériles;» ¡y deshojan las flores para arrojar sus perfumes en el gran alambique de la fábrica comunista! He aquí su bello ideal: el hombre menos la idea del progreso, menos la aspiración á lo infinito, menos la condición de la perfectibilidad; porque, desengáñese, sin la poesía bajo alguna de sus formas, el progreso, la abstracción y la perfectibilidad, son imposibles. Así se ve que los castores, las hormigas y las abejas, fabrican sus casas, hacen sus provisiones, trazan sus exágonos y destilan la miel lo mismo hoy que al principio del mundo, lo mismo mañana que hoy, sin dar un paso adelante. ¿Por qué? Porque les falta la poesía

que satisface á la aspiración de lo mejor, de lo ideal, que es el resorte poderoso de la perfectibilidad humana. Su aspiración prosaica me trae á la memoria en este momento los versos de un poeta español del siglo pasado:

> Dura resolución desesperada
> Labrarse un molde en que vaciar la vida,
> Sin que se altere de la estampa nada.

Los espartanos pretendieron también extirpar la poesía del corazón, y lograron fabricar un molde artificial para dar una nueva forma á la naturaleza humana, ¿y qué consiguieron? destruir el libre albedrío, arrebatar á la inteligencia el atributo más bello de la divinidad, despojar á la humanidad de sus amables virtudes, sin extirpar, sin embargo, esa poesía colectiva, á despecho del mismo pueblo que la rechazaba, que, como lo ha observado Tocqueville, es el signo característico de la poesía democrática. La república de Espartano es, por otra parte, sino un engendro de la imaginación poética de Licurgo, que concibió una asociación en su cabeza, la formuló en un poema que llamó leyes, y fanatizado por su idea, como Saint-Simon y Fourrier en nuestros días, dió su vida á trueque de ver realizada su teoría, hija más bien de la fantasía que de la observación de la naturaleza humana.

A pesar de tantas precauciones, la música y la poesía tenían un culto secreto en el corazón de aquellos austeros ciudadanos, dispuestos á morir por sus santas leyes; y la prueba de esto es que allí fué donde se añadió una cuerda más á la lira, lo que le valió un destierro perpetuo al inventor, bajo el pretexto de que tales armonías convidaban al pueblo á la molicie. La lira se encargó de su venganza.

Años después, los de Esparta, en guerra con los Me-

senianos, pidieron auxilio á Atenas. Esta República les envió por contingente un poeta armado de una lira. El poeta se llamaba Tirteo. Sus himnos guerreros encendieron el entusiasmo en todos los corazones y templaron la fibra viril del pueblo abatido por la derrota, que voló con decisión á la batalla. Rotos los escuadrones de Esparta, los dispersos oyeron á su espalda la voz robusta de Tirteo, que se acompañaba con la lira encordada por los espartanos, y volviendo caras, conquistaron de nuevo el lauro de la victoria, probando á sus enemigos que la poesía, lejos de convidar á la molicie, sabe exaltar lo que hay de más noble y de más sublime en el corazón humano. Por esto, el mismo Licurgo se vió obligado á confesar que el triunfo de Lacedemonia se debía á Tirteo. Los lacedemonios, salvados por la poesía, que en vano habían procurado proscribir, dieron á Tirteo el título de ciudadano, y promulgaron una ley para que en adelante sus poesías fuesen recitadas á los ejércitos de la República, reunidos en torno de la tienda de campaña de sus generales.

A usted, á quien veo muy propenso á seguir el ejemplo del éforo espartano, puesto que, según dice, la poesía es hija de la impotencia y la pereza, bueno es predicarle con estos ejemplos elocuentes que echan por tierra todas sus teorías, que con la mayor seriedad llama cosas prácticas. Y ya que andamos viajando por la antigua Grecia, no abandonaremos este país encantador, cuyos laureles nos quitan el sueño, sin haber hecho otra excursión por su historia. En una carta que nada tiene de geográfica, son permitidos estos paseos caprichosos, en que la imaginación gusta extraviarse por los senderos floridos que se abren ante sus pasos, aunque ignore adonde van á parar.

La palabra poesía se deriva del griego, y si hemos de dar crédito á los filólogos, significa *crear, compo-*

ner, fabricar, hacer, construir, en fin, es una verdadera palabra enciclopédica, que representa dignamente á la potencia creadora por excelencia, que á la manera del Criador sobre el barro, sopla sobre una idea invisible, le da forma y vida, y la inmortaliza por siglos de los siglos, sin el auxilio de la reproducción.

Marmontel pretende que allí donde esa palabra tuvo su origen, fué donde nació la poesía. La historia desmiente esta hipótesis: la poesía nació con el hombre, y el idioma rítmico fué el primero que vibró en su labio balbuciente, como el gorjeo es el primer sonido que sale de la garganta de las aves. Si el hombre no fuese perfectible, habría hablado eternamente en verso, como el pájaro, que por no ser susceptible de aprender á hablar, se ha quedado con su lenguaje primitivo, sin poder alcanzar hasta la prosa, que es, como lo observa Michelet, la última forma en que se concreta el pensamiento humano. ¿Y quién nos dice que porque el pájaro no pronuncie palabras como el hombre, no hay poesía en su canto? ¿Qué otra cosa es la poesía sino la queja tierna ó dolorida, la vibración armónica de cada organización, ó las emociones ó las ideas íntimas que se convierten en sonidos al pasar por los labios, como el viento al pasar por las arpas eólicas? En este punto estoy de acuerdo con Calderón, que dice que el pájaro es poeta, susceptible de pensar y de sentir, y por lo tanto de hacerse comprender en el lenguaje que le es peculiar. Cito los versos en que así lo da á entender, porque son admirables y dignos de un gran poeta:

Y con acento suave
Se queja una simple ave,
Y en amorosa prisión
Así aliviarse pretende;
Que al fin la queja se entiende
Si se ignora la canción.

Pero, dejando aparte esta profunda cuestión fisio-ornitológica, de lo que no hay duda, es que el verso precedió á la prosa, y sus más antiguos monumentos así lo atestiguan. Esto se prueba con la historia de los tiempos primitivos.

El Egipto, cuna de la civilización del mundo, donde estudiaron la música Moisés y Pitágoras, tuvo en su origen cantos para todos los trabajos, calculados para reglar el movimiento de los trabajadors por medio del ritmo, pues sus habitantes, como grandes observadores de la Naturaleza, habían descubierto ya el fenómeno fisiológico que se ha explicado en nuestros días, de cómo la música y las canciones hacen sobrellevar por más largo tiempo la fatiga con menos cansancio del hombre. Este pueblo, que tenía sin duda el órgano de la simetría, y que sujetaba al ritmo hasta los trabajos de campo, las ceremonias religiosas y las revoluciones de los astros, no puede haber hablado en sus primeros tiempos otro lenguaje que el métrico ; y aunque ni los árabes ni los griegos hagan mención de sus poetas, esto no prueba que su modo de hablar dejase de ser cadencioso, como el de todos los pueblos primitivos, pues de esto á lo que propiamente se llama poesía, hay una gran distancia.

Los primeros civilizadores de la Grecia fueron músicos y poetas. Los sacerdotes, los sabios, los médicos, los filósofos y los matemáticos, fueron los primeros poetas griegos.

Anfión, por el poder irresistible de las armonías de su lira, según cuenta la fábula, puso en movimiento las piedras y levantó los muros de la ciudad de Tebas.

Orfeo, que hizo parte de la expedición de los argonautas, cuyo viaje es tan cierto como el de Colón, domesticó las fieras con los blandos sonidos de su lira, según cuenta la misma fábula. Aun cuando pueda po-

nerse en duda este milagro y el de Anfión, ahí están sus Himnos de Iniciación para comprobar que antes de que hubiese prosa, hubo un poeta. Ahí están para mayor abundamiento los mitos y las poesías índicos, anteriores á las leyendas y á los himnos de Orfeo.

Homero y Hesiodo, su contemporáneo, que ennoblecieron el dialecto jónico, resumieron en sus poemas toda la civilización de un mundo, concretaron todo un ciclo histórico, y, ensanchando los límites del corazón y de la inteligencia, pusieron al hombre en relación con todos los objetos de la Naturaleza de que estaba rodeado.

Sólo ochocientos años años después de Orfeo, y cuatrocientos años después de Homero y Hesiodo, apareció por primera vez la prosa en Grecia, en el año 600 (antes de J. C.). Según algunos eruditos, el honor de esta invención correspondería á un indio llamado Bidpai ; según otros, á un esclavo frigio llamado Lokman, que no falta quien diga que es el mismo Esopo. Plinio sostiene que la gloria de la prosa corresponde al filósofo Ferecides, y á Cadmo de Mileto la de la historia. Otros piensan, con Strabón, que debe darse la prioridad á Cadmo. Ambas opiniones encontradas convienen empero en un punto, y es, que tanto la prosa de Cadmo como la de Ferecides, su contemporáneo, eran todavía una imitación del lenguaje poético, consistiendo toda su innovación en romper la medida del verso.

Pitágoras, la cabeza más matemática que haya producido el mundo, sin excluir la de Pascal, continuó pensando en verso, y en verso continuó hablando á sus discípulos, que en sus *Versos Dorados* nos ha transmitido las lecciones de aquel gran maestro y de su inmortal escuela.

Hasta la época de Platón no se acreditó la prosa entre los filósofos griegos.

Los latinos no conocieron la prosa sino 307 años después de la fundación de Roma, en que, con motivo de una arenga pronunciada ante el Senado por Apio Cæcus, para excitarlo á que no hiciese alianza con Pirro, se introdujo el uso de este lenguaje en la vida civil.

Los árabes no escribieron en prosa hasta el siglo VI de nuestra era, es decir, bajo la dominación de Mahoma; y en Irlanda no se hizo uso de ella hasta el siglo XII.

Basta lo dicho para demostrar que la poesía precedió á la prosa, y que ésta no es otra cosa en realidad, que el verso roto y descompuesto, ajustado á otra cadencia más grave y menos vibrante.

Aquí tiene usted cómo al descomponer los versos y ensartarlos unos tras otros, no ha hecho otra cosa que plagiar á los primitivos prosadores, repitiendo, sin sospecharlo, uno de los pasos más gigantescos que haya dado el lenguaje universal, cual es la transición del verso á la prosa.

Pero lo que en los antiguos era un progreso, en usted es un retroceso; y para demostrarle claramente esto que parecerá una paradoja, necesito entrar en algunos detalles técnicos sobre la versificación.

En las edades primitivas era más fácil hacer verso que prosa, porque el lenguaje métrico era para el hombre lo que el canto para el pájaro, en razón de que, fundándose los idiomas primitivos sobre sonidos imitativos, eran más sonoros, más armoniosos, más ricos en su pronunciación, y todas sus palabras, á la manera de esas tres notas musicales que de cualquier modo que se combinen producen una melodía, de cualquier modo que se mezclasen, siempre daban por resultado un verso. Eran también, si así puede decirse, más pintorescos, pues, como lo observa un crítico español, «los

»sonidos prolongados más bien que articulados, de que »están llenas las lenguas salvajes, parecen más pro»pios para conmover la imaginación pintando, que pa»ra hablar al entendimiento definido.» En tales idiomas, todo el artificio del verso—si es que artificio había—consistía en la medida de las partes y en los tiempos de la pronunciación. La inspiración era todo; el verbo no se había encerrado todavía—según la expresión de Nordier—en el tubo de una pluma.

Como, entre los antiguos, la música y la poesía estaban identificadas, pues, según dice Strabón, «hablar y cantar era lo mismo en otro tiempo,» el ritmo gobernaba á la melodía. Cada sílaba tenía un sonido y una duración determinados, y la división de las sílabas en largas y breves había asimilado completamente el ritmo poético al ritmo musical. Así es que en Grecia el descubrimiento de un nuevo metro daba por resultado inmediato la invención de una nueva música, y las escuelas musicales que conocemos con los nombres de *dórica, lidia, frigia, jónica* y *eólica*, no estaban fundadas sino en la diversidad de metros, siendo los sonidos radicales exactamente los mismos. Cada verso estaba dividido en cierto número de compases, á que damos todavía el nombre de pies, y cuya pronunciación, alternada dentro de tiempos iguales, producía la cadencia acentuada que venía á herir el oído periódicamente, cualquiera que fuese la diversidad de los sonidos. El movimiento alternado de las sílabas largas y breves, ó viceversa, y la combinación armoniosa de los pies ó compases, era lo que producía la diversidad de metros, la cual fué muy considerable entre los griegos y romanos. Debido sin duda á ese sentimiento de la armonía que se desarrollaba con el hombre, y que dejaba libre la imaginación para remontar su vuelo, es que las edades primitivas hayan producido poetas tan subli-

mes como Homero y como Job, poetas que no serán igualados jamás, á menos que la humanidad vuelva á encontrar la rica prosodia de los primeros tiempos y la frescura de las primeras impresiones.

Hoy sucede todo lo contrario. Es más fácil hablar y pensar en prosa, que cantar en verso, habiéndose multiplicado las dificultades de la versificación, así por la complicación del nuevo sistema métrico, como por las abstracciones de que las lenguas modernas se han impregnado al absorber tantas ideas nuevas y complejas como han surgido de la mente humana. La rica prosodia de los idiomas onomatopéyicos ha desaparecido en los idiomas modernos, y con ellos el ritmo y la cadencia de la versificación primitiva, falta que ha sido necesario suplir con la invención del actual sistema métrico, cuyos recursos armónicos consisten en períodos musicales, marcados por consonantes ó asonantes, acentos y apoyaturas, arte completamente desconocido de los antiguos, porque esto era totalmente inútil, desde que el ritmo suplía ventajosamente á la rima. Los provenzales fueron los primeros que se dieron cuenta de la dificultad de distinguir las sílabas en largas y breves, como lo hacían los antiguos, y los que, á imitación de los árabes (á lo que parece), sacando partido de una lengua enérgicamente acentuada, combinaron hábilmente las acentuaciones haciéndolas alternar con las sílabas no acentuadas, y añadiendo el ornamento de la rima, produjeron en su conjunto un movimiento análogo al del verso antiguo, aunque, por otra parte, cada sílaba dejó de tener su valor musical, como sucedía anteriormente. Tal es la teoría de la cesura que divide el verso en dos partes de un movimiento uniforme ó acompasado, dando al oído un ligero descanso que rompa la monotonía, de lo que proviene que, versos de un mismo número de

sílabas, difieran tan notablemente entre sí. La colocación respectiva de los acentos y apoyaturas decide del movimiento del verso: así es que hay varias clases de versos endecasílabos, cada uno de los cuales representa en realidad un metro distinto, fenómeno prosódico que no todos los poetas españoles han observado, y que es á la métrica lo que el contrapunto á la música.

Tales son las leyes de la versificación moderna, á las cuales se han sometido las lenguas del Mediodía de Europa, á excepción de la francesa, como lo observé antes. En esta última el esfuerzo de la pronunciación está repartido igualmente entre todas las sílabas, sin que el acento marque el sonido capital de cada palabra, de lo que proviene el martilleo monótono de sus versos, martilleo que Víctor Hugo ha pretendido corregir por el corte del alejandrino, asimilándolo en cierto modo á la prosa, que es lo mismo que los españoles—y entre ellos Moratín y Jovellanos—han hecho con el verso blanco.

El autor de *La Literatura del Mediodía de Europa* desenvuelve esta teoría prosódica: «En nuestra poesía »moderna las sílabas no son consideradas por lo que »respecta á su duración solamente, sino también en »cuanto á sus acordes; y esas vocales, ya ligeras, ya »sensibles ó sonoras, no pasan inadvertidas cuando la »rima las hace esperar y determina su situación. ¿Qué »sería de la poesía provenzal si no buscásemos en ella »más que el pensamiento, tal cual puede reflejarlo una »prosa lánguida? Había en ella algo más que el sim»ple sentido de las palabras, cuando el trovador armo»nizaba su bello lenguaje con los sones melodiosos de »su arpa; cuando la inspiración guerrera le suminis»traba rimas enérgicas, nerviosas y resonantes; cuan»do expresaba la embriaguez del amor por medio de »sonidos tristes y voluptuosos. La prosodia, del mismo

»modo que la rima, se acordaba con las emociones de »su alma, mucho mejor que el sentido de las pala»bras; la acentuación repetida y precipitada, que gol»peaba cada segunda sílaba en los versos yámbicos, »parecía corresponder á las pulsaciones de su corazón »y al movimiento del alma. Así fué cómo por medio de »esta sensibilidad exquisita de las impresiones musi»cales, y de esta organización delicadísima, inventa»ron los trovadores un arte de que ellos mismos no po»dían darse cuenta, y cómo, con el auxilio de una nue»va armonía, lograron comunicar esa emoción del alma, »que todos los poetas han buscado, y que no pueden »encontrar sino siguiendo las huellas de esos invento»res de nuestra prosodia.»

La rima y el acento: he aquí, pues, los dos pilares en que se columpia suavemente el verso, he aquí las dos condiciones que lo caracterizan; he aquí las dos líneas pronunciadas que lo separan del verso antiguo, y la causa de que sea tan difícil hablar y pensar en verso en nuestros días. Esta dificultad es tal vez la causa de que el mundo, después de la aparición de la prosa, y después de la extinción de los idiomas muertos, haya producido un número tan limitado de grandes poetas, todos los cuales han quedado siempre muy abajo del original, incluso Virgilio, que es un reflejo de la poesía primitiva, hasta que el Dante, con una lengua nueva, creó una poesía nueva. Pero estas nuevas dificultades impuestas al lenguaje poético, si por una parte han disminuido el número de los que pueden hablar en verso, por otra parte han servido eficazmente á su adelanto, dándole ese resorte poderoso que hace que el pensamiento se escape con más potencia á medida que más se reconcentra. La rima, que madame Stael llama «el eco del pensamiento», ha contribuido no poco á templar la poesía, que de otro modo sería

un lenguaje lánguido y descolorido; y así se observa, estudiando las obras de los nuevos poetas, que huyen con cuidado de emplear consonantes vulgares para expresar pensamientos sublimes, y que muchas veces la rebusca de un consonante original imprime á la idea una novedad inesperada y abre á la imaginación nuevos horizontes que de otro modo la inteligencia no habría previsto.

Los que crean ver en esos accesorios de la poesía las ornamentaciones plásticas de un arte en decadencia, se equivocan sobremanera; desde que, como se ve, esos accesorios de la poesía son parte integrante de ella, como los nervios de la estructura del cuerpo humano. La fuente de la poesía no se ha agotado aún, bien que los poetas de estos tiempos no vayan á beber la inspiración en las ondas de Helicona, y la lira del clásico Apolo es un instrumento que está muy lejos de haber dado todas sus armonías. Como lo observa D'Ampère: —«todo en este mundo tiene su colocación, y la poesía »conservará eternamente la suya. Siempre habrá una »necesidad de ideas, una aspiración hacia un mundo »superior, que cada día será más difícil satisfacer, »y á la cual no podrán jamás bastar ni las altas abs»tracciones del pensamiento, ni los curiosos resultados »de la ciencia, ni los descubrimientos de la historia.

»Hay que pintar todavía los nuevos sentimientos que »desenvuelve el progreso de los siglos; y hasta las gran»des ideas de la ciencia, las vistas elevadas de la filo»sofía, de la historia, tienen su poesía, y esta poesía »está por crearse. Existe para la humanidad un océano »de entusiasmo que está muy lejos de agotarse.» Sería una insensatez empeñarse en romper ese instrumento, cuya escala no tiene término, cuyas notas son infinitas, y que todavía no ha recorrido una mínima parte del diapasón de las pasiones.

Pero observo que el sendero florido que seguíamos nos ha llevado á la frontera del antiguo Egipto. Volvamos hacia atrás en busca de nuestra querida Grecia, que todavía no he agotado el tema, y en ella hemos de volver á encontrar al Egipto. Hablábamos de Homero.

Para usted, la epopeya de Homero es un monólogo estéril y sublime. Pues bien, ese monólogo estéril y sublime es el resumen de la cosmogonía y de la filosofía sacerdotal del Egipto, cuna de la civilización del mundo. Así dice el erudito don Agustín Durán, que «Hesiodo y Homero, creadores de la epopeya griega, »formaron sus poemas, redactando con sus fábulas to»do el sistema político, filosófico y religioso que cons»tituyen el espíritu de los pueblos progresivos, bajo cu»yos auspicios marcha aún la sociedad europea.» No es de extrañar que en vista de una obra tan vasta y tan sublime, muchos hayan dudado de la existencia de Homero—entre ellos Vico, en su *Scienza Nuova*—acreditando la hipótesis de que la *Ilíada* y la *Odisea* se componen de una serie de cantos populares, que transmitidos de siglo en siglo por la tradición oral, que adicionados con nuevos cantos al pasar por la boca de cada generación, llegaron á formar esos dos libros inmortales, cuyo verdadero autor es todo el pueblo griego. Cuando hablemos del *Romancero* español se verá que la hipótesis no carece de fundamento racional, pero, por ahora, sea que Homero haya existido ó no, para el fin que me propongo es lo mismo, puesto que con este ejemplo le demuestro, hasta la última evidencia, que no sólo el lenguaje poético, sino la poesía más sublime, fué la primera manifestación de la inteligencia humana, el primer molde en que se vació el verbo hecho hombre para redimirnos del cautiverio de la ignorancia.

Si esto no le bastase para convencerse de la verdad de mi tesis, oiga á los genios investigadores que han compulsado los monumentos escritos de la antigüedad, y le dirán que el *Veda* enigmático de los bracmanes, las tradiciones pérsicas de los güebros, el *Zend Avesta* de Zoroastro, los libros de Osiris, el *Korán*, y el *Edda* de los escandinavos, fueron escritos «en un lenguaje métrico y sentencioso», así como el *Génesis* y los demás libros poéticos de la *Biblia*; y que los frigios y los licios, en la extremidad occidental del globo, lo mismo que los túrdulos y turdetanos en el Mediodía de la Europa—según lo dice Strabón y lo repite Humboldt—redactaron en verso sus leyes, á las cuales asignaban una antigüedad de seis mil años.

¿Cómo, pues, habla con tan poco respeto de la poesía que hizo surgir la luz de la inteligencia, el mundo moral de las ideas, del caos sin forma ni color de las masas inertes de nuestro ser material?

¡Arrodíllate, pecador, y pide la absolución de tu blasfemia, á los pies de esa madre misericordiosa, que se llama poesía, y de cuyo seno mana la leche y la miel con que alimentas tu alma!

Pero, no, antes de vestir la cándida túnica de los neófitos, volvamos á la Grecia, por la última vez, y estudiemos el mágico poder de la poesía en uno de sus más grandes pueblos y de sus más grandes hombres: Atenas y Solón.

Los atenienses, después de haber sido batidos por los de Megara—ciudad dórica—decretaron la pena de muerte contra todo el que hiciera una moción para retornar á Salamina. Algunos años después, un poeta hizo llorar al pueblo con el relato de las desgracias de Conia, y el poeta fué multado por el tribunal, imitando en esto la crueldad de Esparta al desterrar al que encordó la lira.

Solón, comprendiendo todo el partido que podía sacarse de la poesía para imprimir al pueblo un movimiento eléctrico y sublime, haciéndose el insensato, infringió el decreto sobre Salamina, entonando en la plaza pública un canto guerrero, por medio del cual el futuro legislador, cual otro Tirteo, logró encender el entusiasmo popular. El pueblo pidió á gritos el ataque de Salamina, y Solón, haciéndose general en jefe, y cambiando la lira por la espada, tomó á Salamina á la cabeza de quinientos hombres.

Al dejar para siempre las playas de la Grecia, yo le impongo por todo castigo, que coloque ese lauro militar sobre las sienes de la poesía, para que otra vez se mida un poco antes de calificar de estéril á la que tantos hechos gloriosos, tantas acciones generosas, tantas ideas sublimes y tantos sentimientos nobles, ha sabido producir.

No es éste y el de Tirteo el único lauro guerrero que la poesía puede reivindicar para sí.

Dando un salto al través de los siglos, trasladémonos á la risueña Italia, que usted ha visitado con religioso respeto, según nos cuenta en sus *Viajes*.

Si es que ha leído la historia del Mediodía de la Europa, debe acordarse que el Emperador Luis II, cautivo del Duque de Benevento, debió su libertad á una canción compuesta por sus soldados. Esta canción, que es el monumento más antiguo de la baja latinidad, reunió en torno de la bandera caída del Monarca á sus antiguos soldados dispersos por toda la Italia, que, marchando valientemente contra Adelghiso, Duque de Benevento, lograron rescatar de su cautiverio al ilustre prisionero. Sin la poesía, la humanidad contaría esta acción generosa de menos en el catálogo de los grandes hechos que la honran y la dignifican.

¿Quién ignora la influencia que la poesía tuvo en

la batalla de Hasting? La historia nos cuenta que, próximos á chocarse los ejércitos de Haroldo y de Guillermo el Conquistador, un caballero normando, dando espuelas á su caballo, entonó entre los dos ejércitos el célebre canto carlovingiano, que conocemos desde aquella época con el título de *Canción de Rolando*, y que es la más hermosa epopeya de la Edad Media. El poeta, al presentar el ejemplo del paladín de Roncesvalles, y evocar los gloriosos nombres de Carlo Magno, de Oliverio y de Turpín, logró inflamar el entusiasmo de los normandos, excitándoles á vencer ó morir, y por eso vencieron, repitiendo en coro la *Canción de Rolando*. Dan testimonio de esto el poeta Wace, y los historiadores Guillermo de Malmesbury, Mateo de París, Ralph Hyden, Alberico y Mateo de Westminster.

La influencia de la poesía no fué menos decisiva en la Revolución de los Países Bajos. Es sabido que el alma de esa Revolución fué el famoso Marnix de Sainte-Aldegonde, político, escritor, orador, teólogo, renombrado diplomático y uno de los célebres hombres de guerra de sus días. Pues bien, cuando el Duque de Alba ocupó los Países Bajos, en 1569, degolló 18.000 hombres y proscribió 100.000. El Príncipe de Orange, á la cabeza de 24.000 hombres, no pudo triunfar del terror, y fué vencido sin combatir. Es entonces cuando Marnix escribe en el destierro el canto nacional, que se ha perpetuado hasta nuestros días con el título de *Wilhelmus Lied* (Canción de Guillermo). Con esas estrofas en los labios se sublevó un pueblo en masa, se levantó el entusiasmo guerrero y religioso, se triunfó del terror, y se inauguró una Nación que combatió sin tregua cien años por su Independencia, entonando el himno varonil, que, como dice Edgar Quinet, «es una »meseniana bíblica, que dió su ritmo á la Revolución, »y por el cual los escritores del siglo XVI llamaron á

Marnix nuevo Tirteo *(Alterum quasi Tirteum)*. Este gran poeta, profeta de la Nación Neerlandesa, es el mismo de quien ha dicho el austero Bayle, que cada verso de sus canciones valía por un libro: el mismo que redactó la constitución de las Provincias Unidas y tradujo en verso la Biblia, que es la fuente de la lengua holandesa, siendo otra rara coincidencia que también sea un poeta el creador de un idioma, cuya raíz y genealogía es necesario buscar en la poesía. Dan testimonio de todo esto las crónicas y memorias de la época.

Pero ¿para qué ir tan lejos? ¿No hemos sido testigos del poder mágico de la Marsellesa en nuestros días? ¡Cuántas victorias, cuántos valientes de menos contaría el pueblo francés, sin ese canto bélico que ha dado la vuelta al mundo!

Hasta los tiranos y los conquistadores han reconocido el poder irresistible de la poesía, persiguiendo con más encarnizamiento á los poetas que á los soldados en armas. Testigo de ello es Eduardo I, conquistador del país de Gales, el cual hizo degollar á todos los bardos de la comarca para consolidar su conquista, porque temía con razón que, mientras hubiese un arpa pulsada por ellos, mientras sus inspirados himnos resonasen en aquellas agrestes montañas, el recuerdo de la antigua libertad no moriría en sus habitantes, y que las armas serían impotentes para vencerla. Muertos los bardos, la conquista se consolidó. Esta es la catástrofe que Thomas Grey ha cantado en versos memorables.

No quiero abusar de mi superioridad en este punto, y guardándome otras muchas citas históricas que mantengo de reserva en mi cartera, me contentaré con recordarle otro ejemplo del mismo género. ¿Quién sublevó el espíritu teutónico del nacionalismo germánico contra la intervención napoleónica en Alemania?

¿Quién, sino la falange de poetas, á cuya cabeza se puso Koerner, el intrépido Tirteo del siglo XIX, que murió atravesado de una bala al frente de su regimiento de cazadores entonando el himno marcial con que había reclutado sus soldados? ¡Niegue ahora el poder de la poesía!

Si, prescindiendo de la parte rítmica de la poesía, y no contando para nada los progresos que ha hecho hacer á la civilización en el sentido de la filosofía y de la cosmogonía, pasamos igualmente por alto la influencia irresistible que ejerce sobre los móviles que impulsan al hombre al sacrificio generoso de la vida, y descendemos á considerar la poesía como instrumento de adelantos filológicos, ¡vamos á ver que, sin el auxilio de la poesía, los idiomas modernos serían los más bárbaros del mundo!

Ya le he demostrado que la prosa fué hija de la poesía. Ahora voy á demostrarle que la prosa ha hecho progresos, alumbrada por la antorcha de la poesía, que ha sido para ella la columna de fuego que la ha conducido hasta la tierra de promisión.

Dejemos á un lado los idiomas de la antigüedad y las lenguas teutónicas, y estudiemos tan sólo los cuatro principales idiomas que fluyeron como cuatro raudales del seno del latín, en el momento en que de la descomposición del mundo romano surgían los elementos de una nueva civilización.

El italiano era un dialecto vulgar cuando el Dante se sirvió de él para escribir su *Divina Comedia*, que, á la par de la más grandiosa epopeya de los tiempos modernos, es la fuente del idioma más puro y más armonioso de la raza latina. El Petrarca ornamentó, dió elasticidad y clasificó en cierto modo la lengua dignificada por el Dante, cambiando hasta cierto punto su esencia, como lo dice Sismondi, y legó á su pa-

tria un idioma digno de rivalizar con los de Grecia y Roma. Los poetas que se han sucedido dieron la última mano á la obra iniciada por los padres de la poesía italiana. Así, queda establecido que el idioma italiano es hijo de la poesía, y esta creación bastaría por sí sola para inmortalizar á su progenitor, y desmentir las imputaciones de esterilidad que se le hacen.

¿Cuál es el origen del francés moderno? Por supuesto que la fuente original es el latín que por espacio de cinco siglos estuvo depositando en el fondo de las poblaciones los materiales de los nuevos idiomas que debían reemplazarlo, y que hasta hoy son conocidos con el nombre de lenguaje romance, y del cual dice Sismondi que «circunstancias accidentales, más bien »que diversidad de razas, han dado origen á la diferen»cia que se nota entre el portugués, el español, el pro»venzal, el francés y el italiano, cuyo fondo común »es el latín.» Las Galias, después de haber perdido su idioma indígena (el celta), el cual ha llegado hasta nuestros días refugiado en la antigua Armórica, se hallaron—en el espacio que media entre el v y x siglos,—divididas por los idiomas *franko, theotesco* ó tudesco y el latín, y en una multitud de jergas y dialectos, que al fin se reconcentran en dos grandes fracciones: el román provenzal ó lengua de *Oc (sic)* y el román-wallón, ó lengua de *Oil* ó de *Oui (sic).*

Estos dos idiomas se repartieron la Francia. Al Mediodía el provenzal, que pasó á los Pirineos é invadió la Navarra, dando origen al catalán; y al Norte, el román-wallón, que, modificado por los normandos, dió origen al francés actual, y fué el mismo que Guillermo el Conquistador llevó á Inglaterra, y que bajo el reinado de Hugo Capeto se hizo la lengua nacional.

El provenzal, que en el siglo x produjo millares de poetas, dando á la luz una literatura original que en

nada se parece á la griega ni á la latina, fué por espacio de tres siglos la lengua de la poesía y del canto en Europa, así como hoy lo es el italiano. Hoy es una lengua muerta y sólo se conoce por los cantos de sus trovadores.

El román-wallón, que también fué en su origen un dialecto poético, aunque más áspero y seco que el provenzal, produjo los *troveros* ó *trouveres*, que no deben confundirse con los *trovadores* ó *trouvadours*, que son provenzales. Son los troveros los que primero compusieron los *fabliaux*, y los *lais* de amor.

A ellos también debe la Europa los romances caballerescos y las representaciones dramáticas; y gracias á la poesía, la lengua francesa, tan pobre como es, ha llegado á ser un idioma universal, el idioma de la prosa por excelencia, pasando de las manos de Corneille y de Racine á las de Pascal, que es quien tiene la gloria de haber fijado esta lengua complementada por Voltaire, Montesquieu, Buffon y Rousseau, y ornamentada por Lamartine y Víctor Hugo.

El portugués dejó de ser jerga, y es hoy considerado como idioma, gracias á las *Lusiadas* de Camoens, que al inmortalizar á su Patria con sus cantos, inmortalizó á la vez la lengua materna, fijándola en versos de bronce, para probar á las edades venideras que el lenguaje que la poesía adopta por suyo, por vulgar y pobre que sea, se sublima, se complementa y se hace eterno con su solo contacto.

El español, que es el antiguo *Romance*, y que se llamó así para distinguirle del romano ó latino, vino al mundo bajo los auspicios de la poesía, y por medio de ella se generalizó, se perfeccionó, y se perpetuó de generación en generación, hasta llegar á ser la lengua de Cervantes y de Solís. El monumento más antiguo del romance castellano, es el *Poema del Cid*, que en este

momento tengo ante mis ojos. Un poema fué, pues, el núcleo de la lengua castellana que hoy hablamos, y aunque no se conozcan las demás composiciones anteriores al siglo XII, en que este poema fué compuesto, debe suponerse que fueron en verso, pues sólo por medio de la cadencia métrica podrían transmitirse de generación en generación, sin corromperse, los libros fiados á la tradición oral, no habiéndose inventado todavía el uso del papel, siendo el pergamino carísimo, y habiendo cesado de venir el papirus de Egipto, con motivo de la invasión de los árabes.

Así, pues, la poesía desempeñó entonces el mismo oficio que hoy está encomendado á la imprenta. Ella fué la que se encargó de grabar en la mente las producciones del idioma vulgar, dando á la memoria puntos naturales de apoyo en el corte simétrico del verso y á la repetición periódica de la rima, de tal modo que, cuando una generación perdía un verso, la siguiente lo echaba al momento de menos.

Al *Poema del Cid* siguió la traducción del *Fuero Juzgo* y el código de *Las Partidas*, cuyo autor, el célebre don Alfonso el Sabio, fué, como Solón, poeta al mismo tiempo que legislador. Sus cántigas y sus coplas de arte mayor, verdaderas joyas poéticas, contribuyeron inmensamente á pulir el tosco lenguaje de aquella época de barbarie.

Después vino el *Romancero*, esa magnífica epopeya caballeresca, escrita por millares de autores, en el curso de varios siglos, y cuya unidad de acción y de lenguaje ha venido á demostrar prácticamente que la *Ilíada* de Homero pudo haber sido compuesta del mismo modo por la agregación sucesiva de los cantos de diversos autores y edades. El *Romancero* es el arca santa del idioma castellano, es su verdadera gramática y su verdadero diccionario. Sin los cantos del

Romancero, es decir, sin la poesía, la España hablaría catalán, árabe, gallego ó teothesco, y el mundo no poseería este idioma abundante y sonoro, que, según Carlos V, parece hecho para hablar con Dios. Los progresos sucesivos del castellano fueron obra exclusiva de sus poetas, que lo pulieron y ornaron imprimiéndole esos giros elípticos, valientes y atrevidos que lo caracterizan, que llevan en sí el sello de la inspiración poética. Puede decirse que Calderón y Lope de Vega han hecho más por el idioma castellano que toda la Academia Española desde su fundación.

¿Qué me dice ahora del monólogo estéril y sublime de esta musa, que después de obrar tantos prodigios, vuelca su urna y derrama de su seno cuatro idiomas inmortalizados por la poesía, y que han sido, por espacio de cuatro siglos, los agentes poderosos de la civilización moderna?

Mucho podría decirse sobre la influencia de la poesía en el desarrollo de las lenguas vivas de origen teutónico, especialmente sobre el inglés, que debe á Shakespeare mucho de lo que vale; pero me limitaré á apuntarle que el solo Milton introdujo en el lenguaje vulgar más de seiscientas palabras nuevas; y que el alemán debe á sus poetas, especialmente á Lessing, á Goethe y á Schiller, la asombrosa flexibilidad que lo hace tan propio para expresar las ideas más abstractas y vaporosas, dándoles forma y color por un proceder completamente poético.

No extrañará, pues, que á despecho de la oposición de hombres como usted, la poesía haya conquistado una alta posición, y que, en cada día que pasa, extienda y afirme más su imperio sobre la imaginación y sobre las conciencias, invadiendo audazmente los dominios psicológicos. En este sentido la poesía ha hecho y hace más por la mejora y por el conocimiento íntimo

del hombre, que cuantos estudios filosóficos se han emprendido. «El hombre y sus enfermedades invisibles, lo que es y lo que debe ser,» tal es el interminable espiral en que asciende la poesía moderna, marchando en torno de un eje sin encontrarse jamás sus extremos. Así se ve que, por lo que respecta al hombre íntimo, la poesía inicia, la filosofía explica y la prosa vulgariza, y que por esta triple operación llega á formar parte del fondo del gran tesoro del sentido común, lo que al principio se presentó como una brillante paradoja. Y en esta carrera precipitada de las ideas, mientras que la filosofía se entretiene en explicar, y la prosa en vulgarizar, la poesía sigue su marcha ascendente hacia la región de la luz, marcando con una columna de oro el gran paso dado por la humanidad, y dejando muy atrás á sus auxiliares en la labor constante del progreso.

Desde este punto de vista, la poesía puede considerarse hoy como un método de enseñanza superior, que coadyuva eficazmente al progreso moral en el sentido de la Inglaterra y de los Estados Unidos, los pueblos más progresistas del mundo, y los dos que con más tenacidad y valentía han perseguido el ideal en el terreno del experimento. Estas dos naciones trabajan hace mucho tiempo para mejorar la condición social por medio de la mejora parcial de los individuos, á la inversa de los alemanes, que pretenden regenerar á la humanidad entera por medio de esos ensalmos universales, que se llaman sistemas filosóficos ; y á la inversa también de los franceses, que hace sesenta años se agitan en el círculo vicioso de las revoluciones, buscando instituciones adecuadas al hombre, antes de haber formado los instintos del hombre, ó lo que es lo mismo, el hombre adecuado á las instituciones.

La cuestión capital en Inglaterra y en los Estados

Unidos es la que se relaciona con las almas y las conciencias. Así, se les ve contraer todas sus facultades á la propagación de las sociedades morales que mejoran las costumbres, al desarrollo de la libertad de pensar, á la difusión de la instrucción primaria que mejora la condición del hombre, derramando con profusión por el Universo todo la palabra poética del antiguo y nuevo testamento.

Por eso ha dicho un escritor norteamericano: —«Te»nemos ya bastante ciencia popular; lo que falta á »nuestros hijos son libros capaces de formar sus ins»tintos.» Este es el papel que desempeñan en la mejora del género humano los libros de poesía, que, como se ha dicho, son los que forman la conciencia de un mundo mejor. Si ellos nos faltan, ¿con qué los reemplazaremos?

Dejando á un lado la poesía, y pasando á los poetas, tengo que decirle cosas que le parecerán un poco paradójicas, y que sin embargo no son menos prácticas que las anteriores.

Los hombres prácticos, serios y positivos, tienen una manera muy singular de juzgar de la capacidad de los demás hombres, y le llamo singular, por no darle el nombre de absurda. Cuando un hombre sabe cuanto hay que saber en este mundo, ó al menos tanto cuanto puede aprender un hombre, y además la poesía, dicen: ¡es un poeta! Y con esto queda condenado. De manera que para que un hombre sea completo, es necesario que ignore la poesía, es decir, que desconozca al hombre moral; que no tenga el sentimiento de lo bello, que carezca de las facultades perceptivas de la armonía, que no haya leído ni á Homero, ni á Horacio, ni á Dante, ni á Schiller, ni á Shakespeare, ni á Lope de Vega, ni á Calderón, ni á Lamartine, ni á Goethe, ni á Víctor Hugo; que no conozca la historia literaria de

los pueblos antiguos ó modernos, que no le ande sobrando la imaginación, y que sea incapaz de crear seres de la nada en el silencio de la inspiración. Faltándole todos estos requisitos, es decir, siendo un ser incompleto, puede contar por seguro, cualquiera que responda á tales condiciones negativas, que será proclamado como hombre positivo por el Areópago de los hombres serios. Pero, si sabe todo lo que ese hombre puede saber, más la poesía, que supone otra multitud de conocimientos, puede contarse por seguro que será declarado, sin apelación, espíritu superficial. ¿Es serio este modo de juzgar?

Napoleón decía del poeta Corneille que, á haber vivido en su tiempo, lo habría nombrado su primer ministro. Napoleón, que fué un gran poeta en acción, á la manera de Alejandro, era digno de comprender cuánta ciencia política había en el creador de esos grandes caracteres de la antigüedad, en cuya boca ha puesto palabras que han inmortalizado á su autor, y que prueban que quien tan profundamente conocía á los hombres, bien pudo atinar con el mejor modo de dirigirlos.

¿Ha existido, con relación á su tiempo, un hombre más sabio que Homero, si hemos de juzgarlo por sus obras? Astrónomo, geógrafo, erudito, filósofo, político, habla de la guerra con la precisión de Xenofonte, describe los detalles culinarios como Careme en nuestros días, conoce perfectamente la mineralogía, y habla por la boca de Néstor y de Ulises con más buen sentido que nuestros titulados hombres de Estado. Debido á esto, hace treinta siglos que preside los destinos de la poesía, y que domina en todas las bellas artes. ¿Qué le falta á los ojos de los hombres serios para ser un hombre completo? No ser poeta, es decir, no haber escrito el libro más sublime que haya producido el inge-

nio humano, y por el cual el mundo quemaría diez bibliotecas como la de Alejandría. ¿Esto es serio? ¿Y qué diremos de Shakespeare? ¿Quién ha penetrado más hondamente que él en los arcanos del corazón humano? ¿Quién con más sabiduría y más profundidad que él ha sabido crear esos tipos inmortales que personifican las pasiones de tal modo que á no haber surgido de su mente, el hombre no se conocería á sí mismo? Shakespeare, puede decirse que, no sólo nada de lo que tenía relación con el hombre le era indiferente, sino que sabía todo cuanto al hombre concernía. ¡Lástima que fuese poeta, dirá usted, y que en vez de escribir dramas, no haya empleado su fuerza de voluntad en buscar alguna aplicación útil de las fuerzas físicas, en vez de extasiarse en un monólogo estéril y sublime! ¿Esto es serio?

Podría seguir bosquejando otra porción de cuadros del mismo género, por medio de rápidos perfiles, pero la multiplicidad de ellos no probaría más que los nombres de Homero, de Corneille y de Shakespeare, á quienes tendríamos que clasificar de hombres incompletos, si hubiésemos de juzgar con el criterio de los hombres positivos, que cuando les presentan un libro de poesía preguntan «¿y esto qué prueba?» Esos tres genios prueban, por lo menos, el poder del hombre para comprenderse á sí mismo, y no es poco probar, pues sin ellos no sabríamos de lo que somos capaces, ni lo que somos moralmente. Las ciencias y las artes nos han revelado ó hecho presentir todo aquello que podemos percibir ó alcanzar por medio de los sentidos, menos los límites del entendimiento que, como dice Leibnitz, es lo único que no entra por los sentidos. Lo primero está fuera del hombre, corresponde á una vida exterior que no es la suya. Lo segundo pertenece al hombre mismo, y, como lo dice Leroux, es la expresión de su propia

vida, ó más bien, su propia vida que se realiza y se idealiza comunicándose á los demás, y esforzándose en eternizarse.

Puede objetarse que por muy completo que sea un poeta, la preponderancia de la imaginación produce en sus facultades un desequilibrio que lo hace poco apto para los negocios prácticos de la vida. Esta es una vulgaridad desmentida por los hechos. Para poner de manifiesto lo contrario, bastará decir que si algún día hubiese de escribirse el código del buen sentido práctico, es á los libros de los poetas adonde irían á beberse sus principios.

El ser poeta no impidió á Solón ser el primer legislador de la antigüedad. El poeta Esopo representa la moral del sentido común. Tito, no por hacer versos, dejó de ser un gran político y un gran guerrero. Salomón, á pesar de ser un gran poeta, es el tipo de la sabiduría gobernando. Cicerón, que era poeta hablando en prosa, ha escrito hermosos versos que han llegado hasta nosotros. Augusto, el político más sagaz de la antigüedad, hacía versos, y en versos lloró la muerte de Virgilio, para salvar de la destrucción á la Eneida. César y Bruto, la víctima y el matador, también hicieron versos, que depositaron en bibliotecas públicas: poetas tan débiles como Cicerón, pero más felices que él, pocas personas supieron que los hacían. Maquiavelo, que á haber vivido en este siglo, se reiría de Talleyrand y Metternich, era poeta; Cervantes, el buen sentido hablando, era poeta, y Sancho Panza, el sentido común personificado, es una creación esencialmente poética en contraste con la poesía.

Un político célebre, reconocido por uno de los primeros oradores del mundo, el lord Chatham, empezó por hacer versos, como puede verse en Villemain. Don Alfonso el Sabio, el hombre más práctico de su tiempo,

fué también poeta. Poeta fué también el Marqués de Villena, eminente hombre de Estado de su época. El Dante bebió todas sus inspiraciones del conocimiento práctico que tenía de la vida y de los negocios públicos de su país. L'Hôpital, «representante de la conciencia humana,» como le llamó Sainte-Beuve, hacía versos. Halley, el más grande astrónomo de la Gran Bretaña, amó y cultivó la poesía, y en hermosos versos, que brillan como astros al frente de los *Principios* de Newton, celebró las sublimes ideas de su predecesor, hermanando el cálculo con la inspiración. Grocio, el severo publicista, es contado entre los poetas de su Nación, y legó á Milton el germen de su inmortal poema. Milton, que ha escrito panfletos políticos, fué un hábil ministro de relaciones exteriores, antes de ser el autor del *Paraíso perdido*. El célebre Bolingbroko fué poeta, y de poetas se rodeó y aconsejó en la época en que la Inglaterra pesaba con todo su poder en la balanza de los destinos del mundo.

Montesquieu, que tenía todas las cualidades brillantes del poeta, y que se extasiaba en leer á Ovidio ; Montesquieu, el que encontró las tablas perdidas de los derechos del hombre, también ha escrito poesías. Beaurmarchais, el autor del *Barbero de Sevilla*, fué un hábil negociante y un diplomático sagaz. Pocos hombres han poseído en tan alto grado la ciencia del mundo y el conocimiento del corazón humano como el poeta Molière, cuyas obras valen por doscientos tratados de moral. Voltaire, el representante del buen sentido de la humanidad, fué un poeta, y como tal será estimado en el futuro, cuando muy pocos lean sus obras en prosa. Federico II, á pesar de ser un mal versificador, rindió también culto á las musas, y sus composiciones poéticas, escritas en la víspera de sus grandes batallas, han sido recogidas por la historia y adoptadas por la li-

teratura. Canning, el hábil ministro que salvó la Inglaterra, fué un poeta. Beránger, otro representante del buen sentido universal, es uno de los primeros poetas populares. Madame Stael, una de las cabezas más fuertes de nuestros días, era una cabeza eminentemente poética. Rossi, el profundo economista, el político sesudo, uno de los primeros jurisconsultos del siglo, empezó su carrera literaria traduciendo en verso italiano los poemas de Byron, por lo que ha merecido los elogios del severo historiador Mignet. El mismo Lamartine, á quien por su calidad de poeta se le han negado las facultades del hombre político, tuvo (con todas sus deficiencias) la idea de la República cuando todos vacilaban ; pacificó la Europa con un manifiesto, y en tres meses de gobierno hizo más y se mostró más hábil que el hábil Luis Felipe auxiliado por Thiers y por Guizot, en el espacio de dieciocho años. Entre nosotros, Florencio Varela, el hombre de tacto político, el hombre de recto juicio y de tino práctico, era también poeta.

De manera que, si los poetas pueden reivindicar para sí la ciencia práctica y el buen sentido que por la vulgaridad se les niega, los hombres positivos, que se enorgullecen de su ignorancia poética, deben convenir, en vista de estos ejemplos, en que son incompetentes para juzgar aquello que no entienden, ó son capaces de sentir.

Alejandro, Tácito, Sócrates, Platón, Herodoto, Napoleón, Tito-Livio, Colón, Bolívar, han sido poetas á su manera, y si no escribieron poemas, fué porque dieron otra dirección á las fuerzas poéticas de que podían disponer. El primero las aplicó á las grandes conquistas civilizadoras ; el segundo, á las pinturas dramáticas que lo han inmortalizado. Sócrates y Platón presintieron, por intuición poética, las sublimes verdades

del progreso moral. Herodoto es el verdadero rival de Homero, y Tito-Livio eclipsa muchas veces á Virgilio.

Para comprender la idea poética que hizo á Colón descubrir el Nuevo Mundo, es necesario leer su *Diario de Viaje*, publicado por Navarrete, en el cual se ve al visionario, al espíritu entusiasta, mirando con los ojos del alma la tierra prometida de que se reían los espíritus positivos. Además, es bien sabido que Colón hizo realmente versos, habiéndose salvado algunos de los que le inspiró la musa cristiana en su *Libro de las Profecías.*

Bolívar, que carecía del genio metódico de la guerra y de las cualidades sólidas del político equilibrado, derramó toda la poesía que rebosaba en su alma, en brindis, proclamas, discursos, boletines y acciones grandiosas dignas de la epopeya, procurando en esto marchar tras la huella de Napoleón, poeta en acción, cuyo genio militar se dilataba en presencia de las Pirámides, ó evocando los recuerdos de la antigua Roma, y que se dormía bajo su tienda militar leyendo á Corneille ó á Ossian, como Alejandro, leyendo á Homero, derramaba lágrimas de dolor á la idea de que no tendría un poeta semejante que cantase sus hazañas.

¿Cuál es el reproche que los ingleses hacen á Roberto Peel, el primer hombre de Estado de nuestros días? Pues bien, le reprochan no haber sido poeta. No se sonría: lea la biografía de Peel, escrita por D'Israeli, el jefe del partido tory, y se convencerá de que hablo formalmente. Todos convienen en que este reproche es merecido. Roberto Peel era un gran organizador, pero carecía de esa facultad poética que se llama creadora, sea que ella se aplique á la composición de un poema, ó á los negocios de la administración ó de la política. Nada de lo que Peel ha hecho ha sido creado por él, y aun la misma reforma comercial que ha ilus-

trado su nombre, á la cual se opuso largo tiempo, fué, como se sabe, idea original de Cobden, caudillo imaginativo de la Liga de Manchester. Sus reformas sobre la Irlanda le fueron sugeridas por O'Connell, el inspirado poeta de los *meetings* al aire libre, á cuya palabra poética debe su redención un pueblo que lo aclama su libertador. Si Peel hubiese poseído la potencia creadora, es decir, si hubiese podido merecer el nombre de poeta que se le niega, habría sido el más eminente hombre práctico de nuestros días. No lo fué porque faltó el segundo término, la potestad creadora, que es el patrimonio de los genios poéticos, sea que hagan ó no versos. Así, pues, en los negocios prácticos de la vida, las cualidades poéticas, lejos de ser un inconveniente, constituyen una ventaja real y positiva, siempre que la imaginación no predomine de tal modo, que sofoque todas las demás facultades del entendimiento.

Ahora estudiemos al poeta por el lado de la seriedad. Generalmente se le considera como un hombre frívolo, que pasa su vida contando *sílabas* en vez de contar *patacones*, y que malgasta todo su talento en *producir ficciones*, en vez de llevar á cabo realidades. Distingamos. Hay dos especies de poetas: unos que se llaman *objetivos* y otros que llamaremos *subjetivos*. Los primeros son los que se asimilan todas las ideas poéticas de los demás, identificándolas con las suyas propias, y que sin agotar su propia substancia, las vuelven modificadas y digeridas como si exclusivamente les pertenecieran. Estas naturalezas artísticas pero frías no se gastan jamás y producen siempre, y á ellas corresponden, Voltaire, sin inspiración, y Goethe, con numen, que debieron á esta circunstancia el poder alcanzar una ancianidad serena. Los poetas por temperamento, para quienes la poesía es una vocación, son como las lámparas: alumbran gastando en sus poemas

el aceite de la vida, y derraman en sus obras su propia substancia, apagándose muy temprano, como Byron ó como Schiller.

Consideradas desde este punto de vista, hay pocas ocupaciones más serias que las del poeta, que en cada sílaba, en cada verso, en cada estrofa, gasta tal vez un minuto, una hora, un día de su existencia, vive en un solo momento lo que otros en un año. Todo cuanto el poeta describe ó pinta lo ha visto, lo ha sentido, como el Dante vió las penas del infierno, y existe desparramado en la Creación, aunque los ojos del vulgo no puedan percibir su armonioso conjunto. Los tipos inmortales creados por Rafael no han existido ni existirán jamás; ¿son por esto una mentira? ¡Oh, no! ellos son la idealización de la realidad, ó, como se ha definido el ideal, «la expresión más alta de la verdad.» Tal es la poesía; y el poeta, su inspirado intérprete, cuando, de pie sobre la trípode del genio fatídico, repite las palabras misteriosas que susurran en su alma, se asemeja á la sibila de la antigüedad, que sólo entonaba el canto profético en medio de dolorosas convulsiones.

En vista de todo esto, podremos decir que tanto la prosa como la poesía son dos manifestaciones de la palabra, son las dos formas de que se reviste el pensamiento, y que, si la una es el fruto, la otra es la flor; que sin flor no puede haber fruto, y que, por lo tanto, enredarse más en esta cuestión sería lo mismo que disputar sobre si tiene más importancia la base que la cúspide de la pirámide ó cuál fué primero: el huevo ó la gallina. Por lo que, pongo aquí el punto final á mi disertación.

He terminado, y sin embargo apenas he desflorado el vasto campo de mi tesis. Podrían escribirse sobre ella muchos volúmenes, gastando tantas plumas de diaman-

te, cuantas yo he gastado de acero en esta carta. Dejo á otros esa agradable tarea. A mí me falta tiempo para ser literato, así como me ha faltado para ser poeta, si es que hubiese podido serlo.

Hubo un tiempo en que fuí poeta por vocación, como usted me ha llamado en sus *Viajes;* y cuando me acuerdo de esto, me digo á mí mismo, penetrado de una profunda melancolía: *¡Y yo también viví en Arcadia!*

Las poesías que va á leer fueron escritas casi todas ellas á la edad de veinte años. Entonces soñaba con la gloria poética, y los laureles de Homero me quitaban el sueño. Pronto comprendí que ni podía aspirar á vivir en la memoria de más de una generación como poeta, ni nuestra sociedad estaba bastante madura para producir un poeta laureado. Sin embargo, ese poco de poesía que Dios había depositado en mi alma, lo he derramado á lo largo del camino de mi vida, consagrándolo unas veces á mi Patria, otras á mis amigos, otras á las afecciones puras y serenas del hogar, porque el que cuenta por seguro que sus versos no llegarán á la posteridad, debe ser generoso con su pequeño tesoro.

Tal es el origen de las pocas composiciones que he escrito después de veinte años. Hoy, hace tanto tiempo que no hago versos, que creo que me he olvidado de pulsar la lira, hablando en estilo metafórico de mal gusto. Por eso amo las páginas que siguen, las cuales reflejan algunos de esos dolores intensos y de esos momentos solemnes de la última Revolución contra el tirano de nuestra Patria, tiranía que, para honor de nuestro culto, no ha contado un solo poeta entre sus filas.

La tiranía se levantó, imperó veinte años en nuestro país haciendo rodar cabezas, y cayó al fin postrada por sus propios excesos, sin que un solo poeta le quemara un grano de incienso, lo que prueba que la poesía

ha sido considerada entre nosotros como un verdadero sacerdocio, mientras que la prosa se prostituía torpemente. Por este solo rasgo serían acreedores nuestros poetas á la corona cívica, aun cuando no fuesen dignos de ceñir sus sienes con el lauro literario de los grandes genios. En la antigua Roma, el despotismo de Augusto tuvo por auxiliares á la musa de Horacio, de Virgilio y de Ovidio; y la bárbara tiranía de Nerón tuvo por aduladores á Séneca y á Lucano, notables poetas de la decadencia latina. Entre nosotros, la tiranía de Rosas apenas ha merecido algunas coplas vulgares, porque la poesía que tiene el sentimiento de lo bello, huye de la fealdad moral, á la par que se apasiona por la virtud y la justicia, que son un reflejo de la belleza ideal sobre la tierra. Por eso, los poetas del Río de la Plata han derramado en sus versos su amor á la libertad y su odio por la tiranía, guiados siempre por ese sentimiento de lo bello, que hace comprender cuánto hay de sublime y de hermoso en la libertad y en la justicia.

Tengo otra razón para odiar á Rosas, y la publicación de estas *Rimas* es mi venganza. Odio á Rosas, no sólo porque ha sido el verdugo de los argentinos, sino porque, á causa de él, he tenido que vestir las armas, correr los campos, hacerme hombre político y lanzarme á la carrera tempestuosa de las revoluciones sin poder seguir mi vocación literaria.

Hoy mismo, en medio de las embriagantes agitaciones de la vida pública, no puedo menos de arrojar una mirada retrospectiva sobre los días que han pasado, y contemplar con envidia la suerte de los que pueden gozar de horas serenas, entregados en brazos de la musa meditabunda. Cuando esto me pasa, se me viene á la memoria un cuento que en otro tiempo me hizo reir, y que hoy me hace suspirar, tal es la profunda verdad

que encierra. Oiga el cuento, por fin de carta. Un pobre pastor, hablando consigo mismo, se decía :—¡ Ah ! ¡ si yo fuera rey !...—Y. bien, ¿ qué harías ?—preguntóle uno que le oía, sin él advertirlo.—¿ Qué haría ?—dijo el pastor,—¡ cuidaría mis ovejas á caballo !—Digo lo mismo. Si fuese rey, haría versos, por el gusto de hacer versos... á caballo. Y sin embargo, es probable que en el resto de mi vida no haga una docena de versos.

TEORÍA DEL TRADUCTOR

E con paura il metto in metro.
(Canto XXXIV, verso 10).

Una traducción—cuando buena,—es á su original lo que un cuadro copiado á la Naturaleza animada, en que el pintor, por medio del artificio de las tintas de su paleta, procura darle el colorido de la vida, ya que no le es posible imprimirle su movimiento. Cuando es mala, equivale á trocar en asador una espada de Toledo, según la expresión del fabulista, aunque se le ponga empuñadura de oro.

Las obras maestras de los grandes escritores—y sobre todo, las poéticas,—deben traducirse al pie de la letra, para que sean al menos un reflejo (directo) del original, y no una *bella infidel*, como se ha dicho de algunas versiones bellamente ataviadas, que las disfrazan. Son textos bíblicos, que han entrado en la circulación universal como la buena moneda, con su cuño y con su ley, y constituyen por su forma y por su fondo elementos esenciales incorporados al intelecto y á la conciencia humana. Por eso decía Chateaubriand, á propósito de su traducción en prosa del *Paraíso perdido* de Milton, que las mejores traducciones de los textos consagrados son las interlineales.

Pretender mejorar una obra maestra, vaciada de un golpe en su molde típico, y ya fijada en el bronce eterno de la inmortalidad ; ampliar con frases ó palabras parásitas un texto consagrado y encerrado con precisión en sus líneas fundamentales ;, compendiarlo por demás hasta no presentar sino su esqueleto ; arrastrarse servilmente tras sus huellas, sin reproducir su movimiento rítmico ; lo mismo que reflejarlo con palidez ó no interpretarlo razonablemente según la índole de la lengua á que se vierte, es falsificarlo ó modificarlo, sin proyectar siquiera su sombra.

Cuando se trata de trasladar á otra lengua uno de esos textos que el mundo sabe de memoria, es necesario hacerlo con pulso, moviendo la pluma al compás de la música que lo inspiró. El traductor no es sino el ejecutante que interpreta en su instrumento limitado las creaciones armónicas de los grandes maestros. Puede poner algo de lo suyo en la ejecución, pero es á condición de ajustarse á la pauta que dirige su mano y al pensamiento que gobierna su inteligencia.

Son condiciones esenciales de toda traducción fiel en verso—por lo que respecta al proceder mecánico,—tomar por base de la estructura el corte de la estrofa en que la obra está tallada ; ceñirse á la misma cantidad de versos, y encerrar dentro de sus líneas precisas las imágenes con todo su relieve, con claridad las ideas, y con toda su gracia pristina los conceptos ; adoptar un metro idéntico ó análogo por el número y acentuación, como cuando el instrumento acompaña la voz humana en su medida, y no omitir la inclusión de todas las palabras esenciales que imprimen su sello al texto, y que son en los idiomas lo que los equivalentes en química y geometría. En cuanto á la ordenación literaria, debe darse á los vuelos iniciales de la imaginación toda su amplitud ó limitarlos correctamente con la conci-

sión originaria; imprimir á los giros de la frase un movimiento propio, y al estilo su espontánea simplicidad ó la cualidad característica que lo distinga; y cuando se complemente con algún objetivo ó explanación la frase, hacerlo dentro de los límites de la idea matriz. Por último, tomando en cuenta el ideal, el traductor, en su calidad de intérprete, debe penetrarse de su espíritu, como el artista que al modelar en arcilla una estatua, procura darle no sólo su forma externa, sino también la expresión reveladora de la vida interna.

Sólo por este método riguroso de reproducción y de interpretación—mecánico á la vez que estético y psicológico,—puede acercarse en lo humanamente posible una traducción á la fuente primitiva de que brotara la inspiración madre del autor en sus diversas y variadas frases.

Tratándose de la *Divina Comedia*, la tarea es más ardua. Esta epopeya, la más sublime de la era cristiana, fué pensada y escrita en un dialecto tosco, que brotaba como un manantial turbio del raudal cristalino del latín, á la par del francés y del castellano y de las demás lenguas románicas, que después se han convertido en ríos. El poeta, al concebir su plan, modeló á la vez la materia prima en que la fijara perdurablemente. Esto, que constituye una de sus originalidades y hace el encanto de su lectura en el original, es una de las mayores dificultades con que tropieza el traductor. Las lenguas hermanas de la lengua del Dante, muy semejantes en su fuente originaria, se han modificado y pulido de tal manera, que traducir hoy á ellas la *Divina Comedia* es lo mismo que vestir un bronce antiguo con ropaje moderno; es como borrar de un cuadro de Rembrandt los toques fuertes que contrastan las luces y las sombras, ó en una estatua de Miguel Angel limar los

golpes enérgicos del cincel que la acentúan. Todo lo que pueda ganar en corrección convencional lo pierde en fuerza, frescura y colorido. Si el lenguaje de la *Divina Comedia* ha envejecido, ha sido regenerándose, pues su letra y su espíritu se han rejuvenecido por la rica savia de su poesía y de su filosofía.

El problema á resolver, según estos principios elementales, y tratándose de la *Divina Comedia*, considerada desde el punto de vista lingüístico y literario, es una traducción fiel y una interpretación racional, matemática á la vez que poética, que sin alterar su carácter típico, la acerque en lo posible al original al vestirla con un ropaje análogo, si no idéntico, y que refleje, aunque sea pálidamente, sus luces y sus sombras, discretamente ponderadas dentro de otro cuadro de tonos igualmente armónicos, representados por la selección de las palabras, que son las tintas en la paleta de los idiomas que, según se mezclen, dan distintos colores.

El sabio Littré—que á pesar de ser sabio, ó por lo mismo, era también poeta,—dándose cuenta de este arduo problema, se propuso traducir la *Divina Comedia* en el lenguaje contemporáneo del Dante, tal como si un poeta de la lengua del *oil*, hermana de la lengua del *oc*, la hubiese concebido en ella ó traducido en su tiempo con modismos análogos. Esta es la única traducción del Dante que se acerque al original, por cuanto el idioma en que está hecha, lo mismo que el dialecto florentino, aun no emancipado del todo del latín, ni muy divergentes entre sí, se asemejaban más el uno al otro, y dentro de sus elementos consecutivos podían y pueden amalgamarse mejor.

Según este método de interpretación retrospectiva, me ha parecido que una versión castellana calcada sobre el habla de los poetas castellanos del siglo XV—

para temar un término medio correlativo,—como Juan de Mena, Manrique ó el Marqués de Santillana, cuando la lengua romance, libre de sus primeras ataduras, empezó á fijarse, marcando la transición entre el período anteclásico, y el clásico de la literatura española, sería quizá la mejor traducción que pudiera hacerse, por su estructura y su fisonomía idiomática, acercándose más al tipo del original. Es una obra que probablemente se hará, porque el castellano, por su fonética y su prosodia, tiene mucha más analogía que el viejo francés con el italiano antiguo y moderno, y puede reproducir en su compás la melopea dantesca, con sus sonidos llenos y su combinación métrica de sílabas hasta cierto punto largas y breves, como en el latín de que ambos derivan.

Aplicando estas reglas á la práctica, he procurado ajustarme al original, estrofa por estrofa y verso por verso, como la vela se ciñe al viento, en cuanto da ; y reproducido sus formas y sus giros, sin omitir las palabras que dominan el conjunto de cada parte, cuidando de conservar al estilo su espontánea sencillez á la par de su nota tónica y de su carácter propio. A fin de acercar en cierto modo la copia interpretativa del modelo, le he dado parcialmente un ligero tinte arcaico, de manera que, sin retrotraer su lenguaje á los tiempos anteclásicos del castellano , no resulte de una afectación pedantesca y bastarda, ni por demás pulimentado su fraseo según el clasicismo actual, que lo desfiguraría. La introducción de algunos términos y modismos anticuados, que se armonizan con el tono de la composición original, tiene simplemente por objeto darle cierto aspecto nativo, para producir al menos la ilusión en perspectiva, como en un retrato se busca la semejanza en las líneas generatrices acentuadas por sus accidentes.

Tal es la teoría que me ha guiado en esta traducción.

El Dante ha sido por más de cuarenta años uno de mis libros de cabecera, con la idea desde muy temprano de traducirlo; pero sin poner mano á la obra, por considerarlo intraducible en toda su intuición, bien que creyese haberme impregnado bien de su espíritu. Pensaba que las obras clásicas de este género, que hacen época y que nutren el intelecto humano, debieran asimilarse á todas las lenguas, como, variando su cultivo, se aclimatan las plantas útiles ó bellas en todas las latitudes del globo. La *Divina Comedia* es uno de esos libros que no pueden faltar en ninguna lengua del mundo cristiano, y muy especialmente en la castellana, que hablan setenta millones de seres, y que á la par de la inglesa—como que se dilatan en vastos territorios,—será una de las que prevalezcan en ambos mundos. Esto, que explica la elección de la tarea, no la justificaría empero, si existiese en castellano alguna traducción que reflejase siquiera débilmente las inspiraciones del gran poeta, pues entonces sería inútil, cuando no perjudicial.

Cuando por primera vez me ensayé por vía de solaz en la traducción de algunos cantos del *Infierno* del Dante, con el objeto de pagar una deuda de honor á la Academia de los Arcades de Roma, no conocía sino de mala fama la versión en verso castellano del general Pezuela, más conocido con el glorioso título del Conde de Cheste. Después, vino por acaso á mis manos este libro. Su lectura me adelantó á completar mi trabajo, con el objeto de propender, en la medida de mis fuerzas, á la labor de una traducción que verdaderamente falta en castellano. La del general Pezuela, elogiada por sus amigos, ha sido justamente criticada en la misma España, por inarmónica como obra métrica, en-

revesada por su fraseo, y bastarda por su lenguaje. Sin ser absolutamente infiel, es una versión contrahecha, cuando no remendona, cuya lectura es ingrata, y ofende con frecuencia el buen gusto y el buen sentido. Es como la escoria de un oro puro primorosamente cincelado, que se ha derretido en un crisol grosero. Esto justifica por lo menos la tentativa de una nueva traducción en verso. La mía, puede ser tan mala ó peor que la de Pezuela; pero es otra cosa, según otro plan y con otro objetivo. Si se comparan ambas traducciones, se verá que, á pesar de la analogía de las dos lenguas, difiere tanto la una de la otra, que sólo por acaso coinciden aún en las palabras. Diríase que los traductores han tenido á la vista diversos modelos. Quizá dependerá esto del punto de vista ó del temperamento literario de cada uno.

El único poeta español moderno que pudiera haber emprendido con éxito la traducción del Dante, es Núñez de Arce. En su poema *Selva obscura* ha mostrado hallarse penetrado de su genio poético; pero tan sólo se ha limitado á imitarlo. Es lástima, pues queda siempre este vacío en la literatura castellana, que la traducción de Pezuela no ha llenado.

He aquí los motivos que me han impulsado á llevar á término esta tarea, emprendida por vía de solaz y continuada con un propósito serio. Una vez puesto á ella, pensé que no sería completa si no la acompañaba con un comentario que ilustrase su teoría y explicara la versión ejecutada con arreglo á ella. Tal es el origen de las anotaciones complementarias, todas ellas motivadas por la traducción misma, dentro de su plan, que pueden clasificarse en tres géneros: 1.° Notas justificativas de la traducción, en puntos literarios que pudieran ser materia de duda ó controversia. 2.° Notas filológicas y gramaticales con relación á la traducción

misma. 3.º Notas ilustrativas respecto de la interpretación del texto adoptado en la traducción.—No entro en citas históricas, sino cuando la interpretación del texto lo exige, ni repito lo que otros han dicho ya.—Si alguna vez me pongo en contradicción con las lecciones de los comentadores italianos del Dante, que con tanta penetración han ilustrado el texto en muchas partes obscuras de la *Divina Comedia*, es tributándoles el homenaje á su paciente labor debido, pues con frecuencia me han alumbrado en medio de las tinieblas dantescas que los siglos han ido aclarando ó condensando.

Apenas habían transcurrido veinte años después de publicada la primera edición del Dante (ed. de 1342), y ya el texto dantesco era casi ininteligible, aun para los mismos florentinos (en 1373). Fué entonces necesario que el gobierno municipal de la República de Florencia encomendase al Boccaccio la tarea de explicarlo, y éste fué el primer comentario de la *Divina Comedia*. Han transcurrido más de cuatrocientos años, y los comentarios continúan. No pasa día sin que se descubran cosas nuevas en el «insondable poema», como ha sido llamado, se susciten nuevas dudas acerca de su sentido místico, histórico ó moral, ó se corrijan con nuevos documentos las erradas interpretaciones de sus comentadores. No es de extrañar, pues, la variedad de lecciones contradictorias. Por mi parte, al separarme algunas veces de los comentadores italianos más acreditados, he cuidado de dar las razones de mi interpretación en las notas complementarias, que siendo un modesto contingente para el comento del texto original, pueden quizá ser de alguna utilidad como estudios para una correcta traducción del Dante en castellano, de que la mía no es sino un ensayo.

El objetivo que he marcado, es más fácil de señalar

que de alcanzar ; pero pienso que él debe ser el punto de mira de todo traductor concienzudo, así como de todos los extraños á la lengua italiana, que se apliquen con amor á la lectura del Dante, repitiendo sus palabras :

O degli altri poeti onore e lume,
Vagliami il lungo studio e il grande amore
Che m'han fatto cercar lo tuo volume.

Dante es el poeta de los poetas y el inspirador de los sabios y de los pensadores modernos, á la vez que el pasto moral de la conciencia humana en sus ideales. Carlyle ha dicho que la *Divina Comedia* es en el fondo el más sincero de todos los poemas, que, salido profundamente del corazón y de la conciencia del autor, ha penetrado al través de muchas generaciones en nuestros corazones y nuestras conciencias. Humboldt lo reconoce como al creador sublime de un mundo nuevo, que ha mostrado una inteligencia profunda de la vida de la tierra, y que la extremada concisión de su estilo aumenta la profundidad y la gravedad de la impresión. Su espíritu flota en el aire vital y lo respiran hasta los que no lo han leído.

Buenos Aires, enero de 1889.

LIBRARY
MAY
31
1977
CITY OF TORONTO

BIBLIOTECA DE LA NACION

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

F
2843
M57
1909

Mitre, Bartolome, Pres.
Argentine Repbulic, 1821-
1906
Paginas de historia

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 22 08 05 001 7